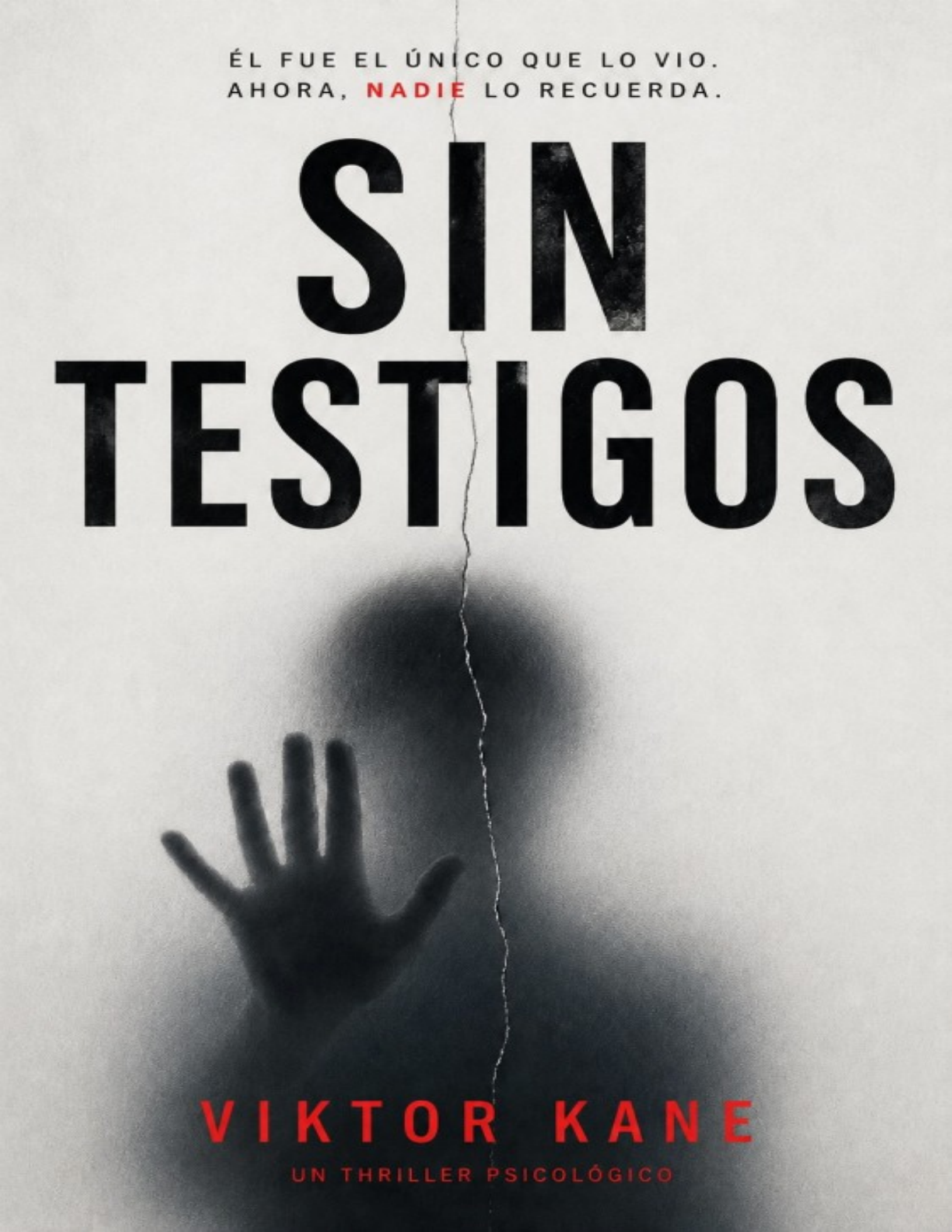
ÉL FUE EL ÚNICO QUE LO VIO.
AHORA, NADIE LO RECUERDA.

SIN TESTIGOS



VIKTOR KANE

UN THRILLER PSICOLÓGICO

VIKTOR KANE

Viktor Kane escribe thrillers psicológicos centrados en los rincones má incómodos de la mente humana. Sus historias exploran la obsesión, el miedo, l culpa y las heridas invisibles que las personas esconden incluso de sí mismas.

Con una narrativa intensa y atmosférica, crea personajes imperfectos situaciones moralmente ambiguas y escenarios en los que la tensión crece poco poco, como una grieta que se extiende bajo el suelo.

Influenciado por el suspense contemporáneo y por las historias que deja huella más allá del último capítulo, Viktor Kane apuesta por novelas oscuras adictivas y profundamente humanas.

Porque algunas verdades no desaparecen. Solo aprenden a esconderse.

Agradecimientos

Poco podría decir en este apartado que les interesara a mis lectores. Pero gracias a cierta personas, este libro puede salir adelante. Leti, mi hermana y mi apoyo moral; Álex, mi otr hermano y el mecenas tecnológico del libro; Ceci, una personita que escucha todas mis historias yo las suyas; mi abuela Mili; y por último, mis padres

A mayores, mis compañeros de trabajo, por aguantarme día sí y también.

«Estudia como si fueras a vivir siempre vive como si fueras a morir mañana»

— De mi abuela Mil

© 2026 Viktor Kane
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2026

Publicado por Kane Editorial

ISBN: 979-8-1807-1683-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización escrita del autor.

PRÓLOGO

David significa "amado", o eso dicen, y nunca le di demasiada importancia, no por falta de interés sino porque no había nada que sostener en esa palabra, nada que la justificara en la práctica, y aun así terminé usándolo, sin planteármelo demasiado, hasta que dejó de ser algo provisional y pasó a formar parte de lo cotidiano. Las historias no siempre encajan, y los nombres no garantizan nada.

Es difícil señalar un punto de partida sin cambiarlo, porque cuando intento fijarlo, ya estoy dentro y todo fluye con naturalidad. La habitación sigue iluminada, las distancias son precisas y mis movimientos encajan perfectamente. Aunque, claro, lo que debería ser una conversación apenas alcanza la palabra.

En el campo de la medicina, las llamaban líneas de Langer, lo que sonaba a apellido de médico alemán con bata impecable y vida ordenada, justo lo contrario de lo que estaba pasando allí. Lo había leído en un libro de anatomía —una afición por la medicina, he de admitir— subrayado a conciencia; sin embargo, a veces uno decide usarlo para lo menos académico posible.

Las líneas de Langer no eran más que la forma en que la piel decide organizarse por dentro, la dirección en la que las fibras de colágeno se tensan y se alinean como si el cuerpo, en su obsesión por el orden, hubiera trazado una red invisible bajo la superficie. No se ven, claro, pero están ahí, marcando por dónde cede con facilidad y por dónde se resiste.

Entre tú y yo, lo verdaderamente interesante no era la teoría, sino la respuesta del cuerpo ante una amenaza real. Porque, llegado ese punto, todo se volvía sorprendentemente previsible. Las manos aparecen primero, los antebrazos le siguen y los dedos, en un gesto tierno, aunque inútil, intentan apartar el destello plateado para que no penetre en su piel. Pobre infeliz.

Los informes forenses –tan educados, tan empeñados en que todo suene razonable– lo llaman "lesiones de defensa".

Me resultaba casi encantador.

Pero, rompiendo aquella armonía con una insolencia ofensiva, llegó un sonido monocorde.

—Para.

A los quince años, ya tenía claro que la gente a menudo interviene en lo momentos menos oportunos, con la mejor de las intenciones, claro. Intentar evitar situaciones que ya están decididas, aferrándose a ideas que, aunque ingenuas, les sirven para sentirse mejor. La palabra, casi ridícula, intenta evitar la escena, pero ya es tarde.

Después de aquello, lo que quedó no fue culpa ni nada parecido, sino una especie de alivio. Era una sensación limpia, ligera, parecida a cuando dejas de notar una presión constante en el pecho por ansiedad sin darte cuenta siquiera de cuándo empezó. Supongo que por eso dejar que el fuego hiciera su parte, de una forma que cualquiera habría tomado por un accidente, no me pareció un exceso, sino una extensión natural de mi persona. La forma más eficaz de cerrar el proceso y evitar que quedara cualquier resto que pudiera alterar ese equilibrio. Y descubrirme.

No fue algo aislado, al final fueron cuatro, uno detrás de otro, sin demasiada diferencia entre ellos –bueno, en el tipo de muerte, quiero decir–. Se escuchaban voces entrecortadas, pasos rápidos y gritos de dolor, seguidos de un silencio total. Lo único que podría ser un poco más ruidoso sería el incendio, porque ayudaría a eliminar algunas pruebas y restos biológicos de los que, de otra forma, no podría deshacerme en casa.

Con el tiempo, la historia se simplificó hasta volverse casi amable: tres hermanos, el del medio, unos padres, una casa y poco más que añadir sin estropear la versión que todos preferían conservar.

Me hacía gracia, en el fondo, esa manera de recordar lo justo, de dejar el resto quieto, en su sitio, exactamente donde debe estar.

IMPACTO

Interea dubito: nihil est intacto.

Mens mea tremit, et déjà se fracto.

Praeter visum, veritas in pacto.

Ahora insisto: nada es exacto.

C'était réel, mais todo es abstracto.

Tempus fugit... y queda el impacto.

Omnia manent... o nunca fue un acto.

PRIMERA PARTE

EL ORDEN

1

El despertador estaba puesto a las seis y cuarto, pero a mí se me abrieron los ojo a las seis y catorce, como casi todas las mañanas. Me di un momento par relajarme antes de que la alarma me recordara el día que ya tenía planeado. L apagué sin siquiera mirarla. Mientras tanto, la habitación, en el azul desnudo de l luz que filtraba la persiana, estaba exactamente igual que la noche anterior: la zapatillas paralelas a la pata de la cama de IKEA, el vaso de agua en la mesilla d noche, el libro de tapa dura cerrado con la marca a media página. Nada se habí movido. Eso, que para otros sería una observación banal, para mí era un dato.

Me incorporé. Hice la cama. Doce minutos exactos: sábana, embozo, manta colcha, almohadas. Lo de las almohadas, sobre todo, lo hacía con demasiad atención. Había algo frágil en el orden de la cama. Cuando terminé, retrocedí u par de pasos y salí del dormitorio.

El piso era un rectángulo perfecto. Lo había comprado por eso. Vestíbulo, salón con dos ventanales en el cruce, cocina al fondo, baño, dormitorio y un habitación más pequeña que yo llamaba estudio cuando hablaba de ella y consult cuando hablaba con mis pacientes. Todas las paredes estaban pintadas del mism blanco. No había alfombras, no había cuadros, no había plantas —salvo las d plástico—. Encima de la mesa del comedor siempre había una taza de té hojich vacía y unas gafas de sol. Las gafas las entendía. Los días malos convertían la lu en algo insoportable y terminaba llevándolas incluso dentro de casa. El té no. Er hojicha, una variedad japonesa que empecé a tomar después de leer que ten menos cafeína y era una alternativa más tranquila al café. A mí me parecía un ofensa líquida y lo odiaba con una constancia admirable. Cuando una de las do cambiaba, el piso entero lo notaba. Yo, desde luego, sí.

En la ducha cerraba los ojos. Era el único momento del día en el que me permití no ver nada. Cuando salía, me secaba primero el pelo, luego el torso, luego lo brazos. Después me vestía. Y a las seis y treinta y nueve estaba en la cocin poniendo agua a hervir para el té. El olor de aquella infusión, que para alguna personas es un placer y para otras una distracción, en mí no era ni una ni otra. D

hecho, no era casi nada. Hacía años que apenas distinguía olores; la mezcla suave de café recién hecho y el formol eran las dos únicas excepciones, y solo a veces. Era la confirmación, visual y sonora más que olfativa, de que las cosas continuaban en su estado natural.

Mientras el hervidor eléctrico calentaba el agua, abrí la persiana del salón. La luz entró de golpe y me obligó a apartar la vista una décima parte. Cuando volví a mirar, ya estaba ahí, abajo, lo de siempre: el cruce.

El cruce no era mío. Era de la ciudad. Pero yo había aprendido a tratarlo como una propiedad pequeña, una herencia que cuidaba con desapego, igual que un guarda cuida un parque sin haberlo plantado. Russafa contra Colón, en un ángulo casi recto, tres semáforos, un paso de cebra grande que siempre se quedaba a medias en hora punta, y una farola que en invierno se encendía antes que las demás. Lo conocía mejor que la planta de mi propio piso, porque mi atención caía sobre él tres veces por minuto: cuando los coches pasaban, cuando el tranvía bajaba con su quejido metálico por la otra acera, cuando alguna voz subía por la fachada y se enganchaba en la persiana entreabierta.

Sobre el cruce, en perpendicular, mi edificio.

Lo veía cada vez que volvía a casa y todavía no me había acostumbrado. Era un bloque blanco, simétrico, con dos torrecillas idénticas rematadas en cúpula a izquierda y derecha, levantadas un par de plantas por encima del resto del cuerpo principal. Algún arquitecto valenciano de principios de siglo había querido decir algo con esas dos torres; nadie en el barrio sabía ya qué. Para los vecinos era uno más y para los conductores nuevos del tranvía que cruzaba Colón, era una imagen útil: imposible de no ver. Cuando ves las dos torres, ya estás en el centro.

La verdad es que me hacía gracia esa expresión, aunque no lo dijera en voz alta. Me gustaba porque era simple y, a la vez, era exactamente lo contrario de lo que yo intentaba ser en todo lo demás. Vivir en un edificio imposible de no ver y dentro de él, hacerme imposible de ver. Me parecía un acuerdo justo con la ciudad. La fachada representaba la parte pública del trato. Yo me ocupaba de la otra, la privada.

El agua comenzó a hervir. Volví, serví el té en la taza pequeña, lo tomé de pie mirando el reloj digital del horno. Seis y cincuenta y dos. Me había adelantado en dos minutos respecto al promedio. Lo apunté, mentalmente. Esa era la regla más generosa que me concedía: la posibilidad de variar en dos minutos en cualquier dirección.

A las siete y cuarto bajé.

En el portal flotaba, como casi siempre, una mezcla de suelo recién fregado y humedad. Don Emilio levantó la mano para saludarme sin apartar la vista del periódico. Llevaba el periódico a la portería cada mañana desde hacía veintidós años y se enteraba de los crímenes del país antes que los policías que iban a investigarlos. Encontraba algo extrañamente satisfactorio en esa precedencia. A veces, en mañanas tranquilas, me detenía dos segundos para preguntarle, sin separarme del paso, si había pasado algo. Siempre decía la misma cosa: nada que merezca un café. Lo que necesitaba saber ya estaba en su cara.

—Nada, doctor. Hoy tampoco.

Lo de doctor era inexacto. Yo era licenciado en psicología por una universidad pública a distancia, con una especialización clínica posterior y un máster en trauma infantil cursado en el extranjero. Treinta y dos años. Atendía pacientes en mi propia casa, en la habitación que llamaba consulta, dos días a la semana, y dedicaba el resto del tiempo a la escritura académica. Mi primer libro, un ensayo modesto titulado *Pequeñas crueldades: estructura del control en la infancia temprana*, se había publicado dos años atrás en una pequeña editorial universitaria y había recibido una reseña amable en una revista que casi nadie leía. Para los pacientes y para el barrio, sin embargo, era el doctor. Yo no lo corregía. Sabía que la palabra los tranquilizaba y, desde muy joven, había aprendido a no quitarle a la gente las palabras con las que se siente segura.

Caminé dos manzanas hasta la panadería. El aire en la ciudad era seco y un poco metálico. Daba la impresión de que la urbe llevaba demasiado tiempo encendida para esas primeras horas del día. Las palomas, agrupadas en la barandilla del paso elevado, me miraron pasar con esa indiferencia que en ellas se parece demasiado a un veredicto. Compré media barra y le pedí a la panadera un ejemplar de El Diario del Turia—ella me lo guardaba debajo del mostrador desde hacía años— y volví por el mismo camino, por la acera de la derecha, evitando, sin pensarlo, el callejón estrecho que cortaba la manzana por la mitad. Terminaba rodeándolo sin pensarlo demasiado.

Cuando entré en el portal otra vez, Don Emilio hizo un gesto con la mano sin levantar los ojos. Era el cierre del primer ciclo del día. El segundo empezaba arriba.

Subí andando los seis pisos porque sencillamente era más rápido. El ascensor del edificio, antiguo y lento, tardaba en sus mejores días cuarenta y un segundos en alcanzar la última planta. Las escaleras, a mi paso cada mañana, me llevaban exactamente dos minutos y ocho segundos. La diferencia era pequeña, pero

estaba a favor de las escaleras en otra moneda: en el ascensor podía coincidir con alguien. En las escaleras nunca había nadie.

Sin embargo, había alguien.

A media subida, entre el tercero y el cuarto, una mujer joven estaba sentada en un escalón con una caja de cartón en el regazo. No la conocía. Llevaba un abrigo verde oscuro, mal abrochado, y se había recogido el pelo con un boli. Parecía una de esas cajas marrones de mudanza. No había nada escrito en ella. Cuando me vio venir, alzó la mirada, sin sobresalto, y me dijo:

—Buenos días.

—Buenos días —dije.

No me detuve. Subí los escalones que me separaban de ella, pasé por su lado y seguí. Detrás, oí cómo suspiraba, no de cansancio sino del esfuerzo de levantarse y luego oí el roce de la caja contra la pared y dos pasos más. Cuando llegué al rellano de mi planta, en el sexto piso, la mujer ya no se oía. O se había sentado de nuevo o se había bajado.

Saqué las llaves. Antes de meter la primera, hice lo que hacía siempre antes de entrar en casa: pegar el oído a la puerta un segundo. No esperaba oír nada. Era una manía. Como todas mis manías, me la justificaba con la idea de que no me costaba nada, y, como todas mis manías, había dejado de saber desde cuándo la tenía.

Dentro, el piso estaba exactamente como lo había dejado.

Dejé el periódico sobre la mesa, junto a la taza vacía, abrí la barra y partí un pedazo. Me lo comí sin sentarme, mirando por la ventana al cruce, donde dos niños cruzaban con sus mochilas demasiado grandes para sus espaldas. Los miré pasar como se miran las cosas que ocurren al otro lado del cristal: con atención y sin emoción. Cuando los niños desaparecieron tras la esquina, dejé el resto de pan en un plato y entré en el estudio. Aquella habitación era la única que no era blanca. Las paredes tenían un gris muy suave, casi azulado, que absorbía la luz sin devolverla. Había dos sillones idénticos, no enfrentados sino ligeramente desviados, un cuadro pequeño con un dibujo geométrico que había comprado por su precio y no por su autor, y una mesa baja con una caja de pañuelos. Sobre el escritorio, al fondo, una agenda de papel abierta para el día.

El día decía:

10:00 — Carla.

12:00 — escritura.

17:00 — Carla.

Dos sesiones con Carla. La paciente que más me ocupaba, en el sentido má literal del término. Cerré la agenda, no porque me sorprendiera la cita sin porque, por costumbre, no me gustaba dejar a la vista la siguiente sesión en l agenda, así que la cerraba para que nadie pudiera leer lo que había anotado. Er una superstición de oficio. Cada paciente, cuando se sentaba ahí enfrente, debí sentirse el único.

Me acerqué a la ventana del estudio, que daba al patio interior y no al cruce. E patio era estrecho, profundo, con cuatro fachadas iguales, y al fondo, abajo, u suelo de gravilla blanca que el viento llenaba siempre de hojas pequeñas, aunqu no hubiera árboles cerca. Hace tres días, alguien había colocado una jaula vacía e la ventana de uno de los pisos del patio. Seguía allí. La puertecilla, abierta oscilaba un par de grados a la izquierda y a la derecha con la corriente. Hacía u ruido muy pequeño, casi imperceptible, que yo había aprendido a percibir desd mi sillón.

Volví a la sala, me serví un segundo té y, con la taza entre las manos, me senté a fin en uno de los dos sillones del estudio. Quedaban dos horas para que llamara al telefonillo. Tiempo de sobra. Cerré los ojos. La luz, que ahora venía y horizontal por la ventana del salón a través del pasillo, me rozó la cara con u calor ligero. La idea apareció antes de que pudiera prestarle demasiada atención igual que muchas mañanas a esa hora: aquel día, como todos, no iba a ocurri nada. Sin embargo, fue la última vez que llegué a creerlo.

2

El telefonillo sonó a las diez en punto. Carla jamás se adelantaba ni se retrasaba aterrizaba exacta, y aquella puntualidad suya, calcada de la mía, fue lo primero que me agradó de ella. También debería haber sido lo primero que me alarmara. Uno desconfía de los desconocidos que llegan tarde; rara vez sospecha de los que llegan clavados, porque la precisión se disfraza de virtud.

Pulsé el botón sin preguntar quién era. Abajo, chasqueó el portal; el ascenso antiguo se despertó con su letanía de poleas; cuarenta y un segundos más tarde sus nudillos tocaron la puerta. Dos golpes. Nunca tres, nunca uno.

Abrí.

Carla rondaba la treintena, según la ficha que yo mismo había rellenado hace tres meses. Melena oscura recogida con un descuido demasiado armonioso para ser casual, abrigo de paño gris que se quitaba antes de sentarse y se doblaba sobre el brazo del sillón con una pulcritud que me resultaba vagamente familiar, aunque entonces no supe atribuirla a nada. Sus ojos tenían un color escurridizo, a medio camino entre el verde y la ceniza, y miraban de un modo que no era ni reto ni ruego, sino inventario. Carla entraba en una habitación igual que un tasador entra en una casa que va a heredar: midiendo, descontando, calculando lo que se queda y lo que se tira.

—Doctor —dijo—, antes de acomodarse.

—Buenos días, Carla.

No corregí lo del doctor. A ella, menos que a nadie.

Me instalé enfrente, en el sillón ligeramente desviado, con la libreta sobre la rodilla. Nunca grababa las sesiones. Tomaba apuntes a mano, con una caligrafía minúscula e inclinada que ni yo mismo descifraba pasados unos días; esa misma noche, sin falta, trasladaba lo esencial a un cuaderno bajo llave. Un sistema redundante, torpe, ineficiente. Lo conservaba precisamente por eso: copiar dos veces obliga a elegir qué merece sobrevivir.

—¿Qué tal la semana? —pregunté.

Tardó en contestar. Su mirada buscó, al fondo, la jaula vacía colgada en la ventana del patio, como si la conociera desde antes de cruzar mi umbral.

—Volví a soñar con la casa —murmuró.

Anoté: la casa.

—La de siempre —añadió.

—La de siempre —repetí.

—La del pasillo largo. Las cuatro puertas.

Levanté la vista despacio. Durante tres meses, aquel sueño se había repetido sin apenas variaciones: un corredor en penumbra, unas puertas. Cuatro. Yo había archivado la cifra sin solemnidad, con la pereza del manual: cuatro opciones, cuatro versiones de una misma encrucijada, la interpretación que cualquiera firmaría. Lo que me detuvo aquella mañana no fue el número, sino el tono. Carla lo pronunciaba sin miedo, con la serenidad de quien recita el plano de una vivienda en la que durmió mil noches.

—Cuéntemelo —pedí.

—Camino por el pasillo. Está oscuro, aunque no del todo; hay una claridad al fondo, como la de una cocina encendida de madrugada. Voy abriendo puertas una tras otra. Detrás de cada una, alguien duerme. —Una pausa breve—. Yo sé que no debo despertarlos. Que lo más piadoso, lo único decente que puedo hacer por ellos, es dejarlos dormir.

El bolígrafo se me quedó suspendido a un milímetro del papel.

—¿Y los despierta?

Reparé en que se había deslizado usted sin querer y en que ella lo había notado.

—Jamás —respondió—. Los contemplo dormir; cierro con sumo cuidado para que no descubran que estuve allí. —Sonrió, una sonrisa diminuta, casi tierna— Es un sueño apacible, doctor. Por eso me inquieta.

Hay frases que un terapeuta archiva. Hay otras, menos frecuentes, que, mientras las archiva, lo archivan a él sin que se entere. Aquella perteneció a la segunda especie. Es un sueño apacible; por eso me inquieta. La transcribí entera, sin abreviaturas, y al hacerlo descubrí que la mano me temblaba apenas lo justo para que la última vocal se alargara más de la cuenta.

No era miedo. A esas alturas de mi vida, había perdido el respeto por casi todo los miedos. Era reconocimiento. Solo que aún no sabía de qué.

—¿Por qué cree que sueña con dormidos, en vez de con muertos? —Pregunté y supe en el acto que la pregunta delataba más mi interior que el suyo.

Carla ladeó la cabeza con curiosidad aguda.

—¿Existe diferencia? —dijo.

3

Aquella tarde, después de Carla, me tocaba el señor Bru. Conviene que hable d él, porque durante un tiempo creí que la amenaza llegaría desde su butaca, y lo errores de un hombre tan poco dado a equivocarse merecen guardarse, aunqu solo sea para reírse luego de uno mismo.

Bru rozaba los setenta. Manos grandes y limpias, manos que habían trabajad con materia y ahora descansaban sin oficio. Me miraba de una forma que, e primer día, clasifiqué como soberbia profesional dentro del cajón de lo peligrosc Acudía por un duelo. Su mujer había muerto dos años antes y, según contaba, n conseguía «dejar la casa en paz»: cambiaba los muebles de sitio cada madrugada vaciaba armarios, perseguía algo que no acertaba a nombrar. A mí, qu reconozco el orden ajeno como un perfumista distingue una nota entre cien aquel desorden febril me olió desde el principio a culpa. La culpa, en m experiencia, casi siempre esconde un cadáver debajo. Llegué a sospechar, en mi peores noches, que Bru había hecho algo con su esposa y que su cabeza, igua que la mía, había aprendido a no saberlo.

Me equivocaba de medio a medio. El señor Bru no ocultaba ningún crimen ocultaba una carta. Una despedida que su mujer le había dejado escrita y que é no se atrevía a leer, así que la trasladaba de cajón en cajón, noche tras noche, par no encontrarla nunca sin perderla jamás. Tardé tres meses en comprenderlo. L tarde en que por fin la leyó, en voz alta, frente a mí, con aquellas manaza temblando como hojas, lloró de un modo que me dejó —a mí, que apena registro los olores y rara vez las emociones—, curiosamente inmóvil, igual qu quien asiste a algo ajeno y, pese a todo, lo reconoce.

Lo cuento por un motivo. La gente supone que un hombre como yo, entrenad en fingir, ha perdido la facultad de detectar lo auténtico. Sucede al revés Justamente porque vivo de simular, identifico lo verdadero con una precisión cas dolorosa, del mismo modo que el sordo percibe las vibraciones que a los demá se les escapan. Bru era auténtico. Su dolor, legítimo. Y yo, que lo había etiquetad de sospechoso, no había hecho sino proyectar mi propio muerto sobre s

biografía. Eso hacen los culpables: repartimos la culpa por el paisaje para diluir la nuestra hasta volverla invisible.

Hoy, desde la distancia, agradezco al señor Bru una lección que más adelante necesitaría como el aire: el que de verdad esconde algo no remueve la casa con frenesí. El que de verdad esconde algo la deja idéntica cada amanecer —las almohadas en formación, la taza vacía donde corresponde— y se sienta sereno a beber un té que detesta. Yo era el reverso del señor Bru. Y en algún punto de la ciudad respiraba alguien que era mi propio reverso, alguien tan ordenado como yo en la superficie y tan distinto por dentro. Solo que entonces lo ignoraba.

Cuando Bru se marchó, anoté en su ficha una palabra —«avance»— y, debajo, sin que viniera a cuento, una segunda que nada tenía que ver con él y sí con la mujer de la escalera, con la caja sin etiqueta, con el roce de algo que comenzaba a «atención».

4

La mujer del abrigo verde se llamaba Nora y se había instalado en el 4.º B.

Me enteré esa misma tarde por Don Emilio, que solía informarme de lo movimientos del edificio con la misma economía con que me ponía al día de lo crímenes del país. Bajé a por el correo a las seis menos cuarto —siempre a la seis menos cuarto, antes de la segunda sesión— y lo sorprendí saliendo de l portería con un sobre acolchado entre las manos.

—Tenemos vecina —dijo, señalando el techo con la barbilla—. El cuarto B Llevaba cerrado desde lo del señor Company, que en gloria esté. —Bajó la voz pese a que no rondaba nadie—. Una chica sola. Periodista, dice ella. De esas qu ahora hacen radio desde el ordenador.

—Pódcast —apunté.

—Eso mismo. —Arrugó el ceño, como si la palabra le supiera a poco—. Vin preguntando por la finca. Que si era vieja, que si había pasado algo aquí dentr Le solté lo de las torres, lo de la guerra, la copla de siempre. —Me observó u instante de más—. Curiosa, la muchacha. De las que apuntan.

De las que apuntan. No sabría explicar por qué se me clavó la frase. Yo tambié pertenecía a esa especie. Tal vez reconocí el peligro antes de comprenderl precisamente por eso: uno identifica su propia herramienta en la mano ajena co una facilidad que asusta.

Subí con el paquete. Contenía un libro encargado: la reedición de un viejo tratad de medicina legal que ya poseía, aunque deseaba la versión con láminas a colo No es una afición agradable de confesar, lo sé; aun así, la confieso porque a esta alturas fingir delicadezas sería ridículo. El cuerpo humano me interesaba como un relojero le interesa el mecanismo: no por afecto, sino por curiosidad técnica ¿Cómo se abre? ¿Cómo se detiene? ¿Qué hace en los instantes previos detenerse?

En el rellano del cuarto, la puerta del B permanecía entornada y exhalaba caja hacia el pasillo. Una lámpara sin pantalla. Un perchero desmontado. Una caj

rotulada "COCINA" y, justo debajo, otra sin una sola palabra escrita. Reconoc esta última: era la misma que Nora sostenía aquella mañana en la escalera Continuaba huérfana de etiqueta.

Hay personas que rotulan todas sus cajas salvo una. Y la que dejan en blanc suele ser, invariablemente, la que importa.

Pasé de largo. Ni tan deprisa que pareciese una huida, ni tan despacio qu delatara interés; llevaba años afinando esa velocidad intermedia. A la altura de s puerta, sin embargo, ella salió de sopetón con otro bulto y estuvimos a punto d chocar.

—Vaya —dijo—. El de las escaleras.

—El de las escaleras —concedí.

De cerca parecía más joven o más fatigada que en ciertas personas, lo cua equivale a lo mismo del revés. Una mancha de polvo le cruzaba la mejilla; lo ojos, en cambio, estaban demasiado despiertos para alguien que llevaba el dí entero cargando peso. Me estudió con esa atención profesional que identifiqué a vuelo, prima carnal de la mía: la atención del que no observa para ver, sino par almacenar.

—Nora —se presentó, sin tenderme la mano, ocupada como la tenía—. Acab de llegar. Literalmente.

—Bienvenida.

—¿Tú vives arriba?

—En el sexto.

—El ático de las torres. —Sonrió—. Qué suerte. Desde ahí se domina todo.

—Se ve el cruce —maticé.

—Se ve el barrio entero, querrás decir. —Inclinó la cabeza—. Hago un pódcas sobre… —vaciló, y aquella vacilación, la entendí mucho después, ven cronometrada— …sobre cosas que ocurrieron y que nadie terminó de conta Casos viejos. Esa clase de historias. Cualquier día te aburro con ellas.

—Cualquier día —dije.

Subí los dos tramos que me faltaban con un pulso impecablemente normal. Es fue lo que más tarde, al rememorarlo, me desconcertó: que el cuerpo no se m alterase ni lo más mínimo. Quien se ha pasado la vida entera preparándose par que llamen a su puerta debería sentir algo el día en que por fin lo hacen. Yo n

sentí nada. Solo pensé, con una nitidez fría y administrativa, una frase redonda con sujeto y predicado, de esas que se piensan cuando ya se sabe: ya está aquí.

Ignoraba el qué. Pero sabía que había llegado.

5

Hay un recuerdo de mi madre que me he prohibido durante años y que solo aqui con tiempo de sobra para levantar mis propias prohibiciones, me permito recordar.

Un día —yo tendría doce, la edad que tendría la pequeña la noche del fuego, la simetrías de esta historia me persiguen— entré sin avisar en el dormitorio de mi padres, buscando no recuerdo qué, y sorprendí a mi madre arrodillada junto a armario, con una baldosa suelta del suelo levantada y, debajo, una lata de membrillo vacía. Dentro de la lata había dinero. Billetes pequeños, doblados ahorrados de la compra durante quién sabe cuánto tiempo. Mi madre me miró con un susto que no le había visto nunca, ni siquiera ante mi padre, y me hizo jurar, agarrándome la muñeca con una fuerza que no sospechaba, que no se lo diría a nadie. Se lo juré. Cumplí. Es de las pocas promesas de mi vida que cumplí del todo.

Tardé años en entender lo que había visto. No era avaricia ni desconfianza conyugal. Era un plan. Mi madre, la mujer encogida de las gafas de sol en enero la que yo había dado por perdida, por cuenta cerrada, llevaba años, billete a billete, preparando una huida. Para ella. Para nosotros, quizá. Ahorraba en una lata de membrillo, bajo una baldosa, la posibilidad de una vida distinta, y la cantaba bajito secando los platos, y la guardaba debajo de las gafas de sol. No estaba perdida. Estaba esperando. Como esperan los presos pacientes, como esperaba la pequeña a que se durmieran las manos peligrosas, como esperé yo diecisiete años a que llamaran a mi puerta. Mi familia entera era gente esperando cada uno su momento, cada uno su huida, y la casa ardió antes de que ninguno alcanzara la suya.

Pienso mucho en esa lata. Ardió con todo lo demás, supongo; el dinero de la huida de mi madre se convirtió en humo la misma noche en que ella se fue. Y pienso que, si yo no la hubiera dado por perdida, si en lugar de clasificarla como cuenta cerrada la hubiera mirado como miro ahora, quizá habría visto a tiempo a la chica que cantaba y ahorraba bajo una baldosa, y quizá —es el quizá que má

me pesa de todos, más que el del pasillo— habríamos huido juntos antes de qu
hiciera falta ninguna cerilla. Mi hermana cerró puertas toda su vida. Mi madre, e
cambio, pasó la suya intentando abrir una en secreto con calderilla. De los do
métodos, el de mi madre era el único limpio. Y fue el único que no llegó
tiempo. Las casas que arden despacio siempre se llevan primero a los que estaba
ahorrando para marcharse.

6

En el segundo centro de acogida hubo un hombre, y le debo, sin exagerar, l
forma entera de mi vida adulta.

Se llamaba don Ricardo y daba clases de apoyo a los chicos rezagados, aunque y
no iba rezagado en nada, salvo en estar vivo. Era viejo, paciente, con una maner
de mirar que no buscaba nada, cosa rarísima; casi todos los adultos que pasaro
por mi infancia miraban para corregir, para temer o para no ver. Don Ricard
miraba para acompañar. Me prestó libros. Cuando descubrió que yo devoraba lo
de medicina y los de psicología, no se alarmó como se habían alarmado otro
ante el chico raro que subrayaba las partes de los muertos; me trajo más. Un dí
me dijo una frase que llevo treinta años repitiéndome y que solo aquí, en la celda
he terminado de entender: «Tú no quieres ser médico, chico». Tú quiere
entender por qué la gente se rompe. Eso no es medicina. Eso es otra cosa, y suel
venir de haberse roto uno mismo.»

No le confesé nada, claro; yo no confesaba. Pero por primera vez alguien habí
nombrado, sin juzgarlo, el motor de mi curiosidad: entender la rotura porque un
viene de ella. Don Ricardo me orientó hacia la psicología sin saber que orientab
a un superviviente hacia el estudio de su propio crimen imaginario; me dio, si
sospecharlo, las herramientas con las que pasaría diecisiete años desmontando e
los demás las trampas que no me atrevía a mirar en mí. Murió cuando yo estab
en segundo año de carrera. No fui al entierro; no iba a entierros; llevaba un
enquistado dentro que no me dejaba sitio para más. Pero le dediqué, año
después, mi único libro, con una línea que nadie entendió y que él habrí
entendido entera: «Para R., que me enseñó a mirar para acompañar, y no par
temer.»

Lo cuento porque la gente, cuando conoce mi historia, busca el momento en qu
un niño normal se tuerce, como si hubiera un instante, una bifurcación, un punt
de no retorno. No lo hay. Hay, a lo sumo, una larga cadena de manos: las cerrada
de mi padre, que me torcieron; la abierta de don Ricardo, que casi me endereza
Tuve mala suerte con las primeras y buena con la última, y aun así no bastó

porque las manos que nos forman de niños pesan más que todas las que vienen después. Don Ricardo me enseñó a mirar para acompañar. Aprendí la lección y me gané la vida con ella. Pero a la única persona a la que de verdad necesité mirar para acompañar —una niña en una acequia, con un canario y un futuro torcido— la miré durante años para protegerla del peligro de fuera, sin ver jamás el que llevaba dentro. El mejor maestro no puede enseñarte a ver lo que has decidido con toda tu alma, no mirar.

7

He pensado mucho, estos años de celda, en cómo empezó todo, y «todo» no empieza en un pasillo con un destello plateado: empieza mucho antes, en cómo se conocieron mi padre y mi madre, porque las casas se incendian despacio, años antes de que prenda la primera llama.

Me lo contó mi madre una vez, en su patria diminuta de las cuatro de la tarde con la taza de hojicha entre las manos. Se conocieron en una verbena. Él era el más guapo del pueblo, decía, y lo decía sin amargura, casi con asombro, como quien recuerda un tiempo en que las cosas todavía podían salir bien. La sacó a bailar, la hizo reír, le prometió un mundo. Andrés prometía bien; ya lo dije, sus promesas eran como sus amenazas, ruido para tapar un silencio. Mi madre, que tenía dieciocho años y unas ganas enormes de salir de la casa de sus padres, confundió el ruido con la música, como tantas. Se casó en seis meses. El primer golpe llegó al año siguiente, después de una verbena parecida a aquella en la que se conocieron, por un baile que a él le pareció demasiado largo. Mi madre me contó esto con una serenidad que entonces me pareció fortaleza y que hoy reconozco como lo que era: la calma del que ha dado por perdida la batalla hace tanto que ya ni recuerda haberla librado.

Lo cuento porque durante años odié a mi padre con una pureza que me organizaba el mundo: él era el monstruo, nosotros las víctimas, casillas limpias. Pero desde aquí, con tiempo de sobra para deshacer mis propias certezas, ya no me sirve esa aritmética. Mi padre fue también él un niño en alguna casa; alguien le enseñó las manos cerradas antes de que él nos las enseñara a nosotros. No lo disculpo; disculpar no es entender, y yo solo aspiro a entender. La cadena de las manos cerradas viene de lejos, de generaciones de verbenas y promesas y silencios, y se transmitió de mi padre a sus hijos de dos maneras opuestas: yo aprendí a ponerme delante de esas manos; mi hermana aprendió a ser una de ellas. El mismo veneno, dos antídotos contrarios, ambos venenosos a su vez.

A veces, en el patio de la cárcel, miro a los hombres que comparten condena conmigo e intento adivinar la verbena de cada uno, el baile demasiado largo, el

primer golpe del año. Casi siempre acierto. Casi nadie nace en el pasillo. A cas todos los llevan hasta él, de la mano, despacio, a lo largo de una infancia, con l mejor de las intenciones y la peor de las herencias. Mi hermana lo dijo de la únic forma que sabía: ordenando los huesos de una mano. El cuerpo es u mecanismo y los mecanismos se heredan. También los rotos. Sobre todo lo rotos.

8

El barrio, por aquellos días, seguía su vida ajena a todo, y yo me movía por é como un fantasma educado, saludando, comprando el pan, devolviendo lo buenos días, perfectamente integrado en una normalidad que ya sentí resquebrajarse bajo los pies.

Don Emilio seguía en su portería, con su periódico y su sabiduría de portales. L panadera me guardaba el diario bajo el mostrador. Las palomas me miraban pasa desde la barandilla del paso elevado con su indiferencia de jueces. El tranví bajaba por Colón con su quejido metálico. Todo en su sitio, todo igual, esa rutin del barrio que durante seis años había sido mi coartada perfecta: un hombre qu repite cada gesto a la misma hora no esconde nada, piensa la gente, cuando e exactamente al revés: la repetición es el mejor escondite que existe. Yo lo sabía Mi hermana lo sabía. Las dos personas más peligrosas de aquella historia éramo también las dos más rutinarias, las más educadas, las que mejor doblábamos e abrigo y saludábamos al portero.

Una de aquellas mañanas, Don Emilio me paró con el periódico en la mano y m señaló una noticia pequeña, de sucesos, de otra provincia: una mujer muerta e un incendio doméstico, «accidente, una estufa vieja». «Mire usted —dij meneando la cabeza—, cómo está el mundo. Otra que se va por una estufa. Y no sé qué les pasa a las estufas últimamente.» No supe qué contestar. Miré l noticia: tres líneas, un accidente más, un fuego que cierra una cuenta que solo e muerto y quizá alguien más conocen. Y pensé en las cinco ciudades de m hermana, en las cinco noticias de tres líneas que habría leído en su día algún Do Emilio de algún barrio, meneando la cabeza, sin atar jamás un cabo con otr porque los cabos solo se atan cuando alguien decide mirarlos juntos, y casi nadi decide. «Sí, Don Emilio —dije al fin—. Cómo está el mundo.» Y subí los sei pisos pensando que el mundo no está de ninguna manera: el mundo solo est lleno de noticias de tres líneas que nadie pone en fila, y de porteros buenos qu menean la cabeza, y de hermanas que cuentan con esa indiferencia, con es costumbre de no remover, para seguir cerrando cuentas a plena vista, en barrio como el mío, bajo edificios imposibles de no ver.

9

De los tres meses que Carla pasó en mi sillón antes de que todo se rompiera conservo las notas de cada sesión y, al releerlas ahora, desde la celda, se me eriza la nuca: porque lo que entonces tomé por los progresos de una paciente ansiosa era, en realidad, el avance milimétrico de una cacería.

La segunda semana me habló de su trabajo. Era contable, dijo, en una gestoría del centro; le gustaban los números «porque no mienten, doctor, o mienten de una forma que se puede demostrar». Le pregunté, de rutina, qué la había llevado a la contabilidad. Y me dio una respuesta que apunté sin entender y que hoy me sé de memoria: «Me gusta cuadrar cuentas. Que no falte ni sobre nada. Cuando una cuenta cuadra, el mundo descansa. Cuando no cuadra, alguien tiene que pagar la diferencia.» Sonrió al decirlo, esa sonrisa minúscula, y yo anoté «rigidez perfeccionismo, posible TOC» con la ceguera soberbia del que cree estar examinando cuando lo examinan.

La tercera semana lloró. Fue el único llanto que le vi en tres meses, y todavía no sé si fue verdadero o si Marina, que de niña aprendió a llorar a voluntad para ablandar a un guardia civil, lo encendió y lo apagó como quien abre y cierra un grifo. Lloraba, dijo, por un hermano. «Tuve un hermano al que quería más que a nadie. Lo perdí siendo muy pequeña. Y lo peor no es haberlo perdido: lo peor es que a veces, por la calle, creo verlo en un desconocido, y lo sigo durante metros sabiendo que es absurdo, hasta que el desconocido se gira y no es él.» Le ofrecí un pañuelo de la caja que tengo para eso. Lo cogió, se secó, me lo agradeció. Yo escribí «duelo no resuelto por figura fraterna» y subrayé «fraterna», sin sospechar que la figura fraterna no resuelta estaba sentada enfrente, secándose unas lágrimas con mi pañuelo, mirándome seguir sin reconocerla.

La quinta semana introdujo el pasillo. La séptima, las cuatro puertas. La novena, el canario sin nombre. Cada semana una pieza, colocada con la paciencia de quien arma un rompecabezas cuyo dibujo final solo ella conocía. Yo creía conducir la terapia. La terapia me conducía, sesión a sesión, hacia el centro exacto de mi propia casa quemada. Y lo más humillante, lo que de verdad me

quita el sueño aún hoy, no es que me engañara. Es que disfruté cada sesión. Qu esperaba los martes y los jueves con una ilusión que no me permitía desde niñ Que, sin saberlo, había vuelto a tener lo único que de verdad eché de menos e diecisiete años: una hermana al otro lado de la habitación, contándome cosa mirándome como si importara.

10

El viernes incorporé a un paciente nuevo a la agenda y durante varias semana estuve convencido de que el peligro entraría por su butaca. Me equivoqué tant con él como con el señor Bru, aunque de un modo distinto, y la diferencia entr ambos errores me enseñó algo que no olvidaría.

Se llamaba Néstor Ayala. Treinta y cuatro años, ingeniero, casado, con dos hija pequeñas. Lo enviaba un colega del hospital con una nota escueta: «Pensamiento intrusivos de contenido agresivo». Descartar riesgo.» Llegó encorvado, con e abrigo abrochado hasta el cuello pese al calor de la consulta, y tardó veint minutos en mirarme a los ojos. Cuando por fin habló, lo hizo en voz tan baja qu tuve que inclinarme.

—Pienso en hacerles daño —dijo—. A mis hijas. A mi mujer. No quiero. Lo jur por lo más sagrado que no quiero. Pero la imagen aparece. Cocino y veo e cuchillo entrar donde no debe. Las baño y veo mis manos haciendo lo que jamá harían. —Se le quebró la voz—. ¿Qué clase de monstruo piensa esas cosas doctor?

Lo observé con una atención que él habría confundido con compasión y que, en rigor, era de otra especie. Porque Néstor describía, con una precisión que m erizó la nuca, la mecánica exacta de lo que yo guardaba bajo llave: el cuchillo, la manos, el punto por donde el cuerpo cede. Durante un par de sesiones llegué sospechar que aquel hombre tímido no era un paciente, sino un mensajero; qu alguien lo había instruido para recitarme mi propio prólogo y observar m reacción. La paranoia, ya lo he dicho, es el lujo del culpable: ve su reflejo en cad charco.

Me equivocaba. Néstor no escondía ningún crimen, ni presente ni futur Padecía, con su pulcritud habitual, lo que mi oficio llama trastorno obsesivo d tipo agresivo: un cerebro que produce la imagen más intolerable posible —daña a quien más amas— precisamente porque la amas tanto que la sola idea t horroriza, y el horror, al revés de lo que cree la gente, no nace del deseo, sino d su contrario absoluto. Los hombres que de verdad hacen daño a sus hijas n

acuden temblando a una consulta. Acuden los que jamás lo harán, atormentado por imaginar que podrían.

Se lo expliqué a lo largo de varias semanas. Vi cómo el cuello del abrigo se le iba aflojando sesión a sesión, cómo recuperaba el contacto visual, cómo aprendía a dejar pasar la imagen igual que se deja pasar un coche por el cruce: sin subirse a él. Y mientras lo curaba, no se me escapó la amarga ironía del asunto. Yo, que dedicaba las tardes a convencer a un hombre bueno de que pensar en matar no lo convertía en asesino, dedicaba las noches a convencerme a mí mismo de lo contrario: de que un asesinato a medio recordar me convertía, sin lugar a dudas, en el peor de los monstruos. A Néstor le enseñaba que la culpa no prueba nada. A mí me cobraba la culpa como prueba de todo. Curamos siempre mejor a los demás de los males que nos negamos a tratarnos.

Aquella noche, cuando Néstor se marchó tranquilo por primera vez, anoté en su ficha «pronóstico favorable» y me quedé un rato largo mirando la jaula del patio pensando, sin querer, que ojalá alguien me hubiera explicado a los quince años lo que yo acababa de explicarle a él.

11

Con el señor Bru, en cambio, acerté tarde y por casualidad, que es como uno acierta casi siempre con las cosas importantes.

Llevábamos tres meses dando vueltas alrededor de su duelo sin tocarlo, igual que se rodea un agujero en el suelo de una habitación a oscuras. Él hablaba de los muebles que cambiaba de sitio cada madrugada; yo asentía y anotaba; ninguno de los dos nombraba lo que se escondía bajo aquel trajín. Hasta que, una tarde, sin que viniera a cuento, le pregunté qué era lo último que su mujer había tocado antes de morir. No lo planeé. Me salió, como me salían entonces las preguntas peligrosas, porque mi propia casa empezaba a llenarse de cosas sin tocar.

El señor Bru se quedó muy quieto, con sus manazas abiertas sobre las rodillas, y al cabo dijo:

—Una carta. Me escribió una carta. La encontré en su mesilla el día del entierro —Tragó saliva—. No la he leído, doctor. Tres años. El cambio de cajón cada noche, para no encontrarla ni perderla. La meto entre los calcetines, en la caja de herramientas, debajo del colchón. Por la mañana no recuerdo dónde la dejé y me pasó el día buscándola, con miedo de hallarla. —Le temblaba la barbilla—. Mi mujer me dejó sus últimas palabras, y yo llevo tres años huyendo de ellas como un cobarde.

Comprendí, de golpe, que aquel hombre no movía los muebles por locura, sino por una lógica perfecta y atroz: mientras la casa estuviera en movimiento, la carta no tenía un sitio fijo; y mientras no tuviera un sitio fijo, él no tenía que decidir si leerla. El desorden era su forma de no enterrar a su mujer del todo. Reconocí la maniobra al instante, porque era la mía vuelta del revés: él removía la casa para no leer una verdad; yo mantenía la mía inmóvil, las almohadas en formación, la taza vacía en su sitio, por el mismo motivo exacto. Los dos custodiábamos un sobre cerrado. El suyo, de papel. El mío, de memoria.

—Tráigala el jueves —dije—. La leeremos juntos. Aquí. Y si en algún momento quiere parar, paramos.

El jueves la trajo. Un sobre amarillento, ablandado por tres años de manoseo. L temblaban tanto las manos que tuve que abrirlo yo. Dentro había una sol cuartilla con una letra grande y trabajosa, de una mujer que aprendió a escribi tarde, y empezaba: «Antonio, no te enfades por lo que voy a decirte.» Bru ley hasta ahí y se detuvo; le dije que respirara, respiró y siguió. La carta no conten ningún secreto terrible. Contenía lo contrario: una mujer agradeciéndole cuarent años a un hombre, pidiéndole que volviera a salir a pescar, que no dejara que l casa se le cayera encima, que fuera feliz «aunque solo fuera por fastidiarme, qu ya sabes que siempre quise tener razón». Bru lloró como no he visto llorar nadie, con un llanto que era más alivio que pena, y yo, que apenas registro la emociones ajenas sin traducirlas en teoría, me quedé extrañamente quiet asistiendo a algo que no me pertenecía y que, sin embargo, reconocía.

Cuando se fue, sereno por primera vez en tres meses, anoté en su ficha «alta» me senté frente a la jaula del patio con un pensamiento que no me dejó dormi que yo le había enseñado a un desconocido a abrir el sobre que no se atrevía leer, mientras seguía sin atreverme a abrir el mío. Curamos siempre mejor a lo demás de los males que nos negamos a tratarnos. El señor Bru salió de m consulta curado. Su terapeuta se quedó dentro, con su carta cerrada, custodiand un nombre de pájaro que aún no sabía pronunciar.

12

De noche, cuando la ciudad bajaba el volumen y el cruce se reducía a su mínima expresión —un coche cada tanto, el semáforo cambiando para nadie—, sacaba el cuaderno.

Lo custodiaba en un cajón con cerradura del estudio, bajo las carpetas de los pacientes. No porque encerrara secretos suyos, sino porque guardaba los míos. Tapa negra, esquinas redondeadas por el uso, y dentro ni confesiones ni planes ni nada que un juez pudiera leer en voz alta ante una sala. Dentro había listas, sobre todo. Yo ordenaba el pasado en listas, igual que otros ordenan los armarios, porque las listas no exigen explicaciones: una cosa sigue a otra y con eso basta.

Aquella noche escribí, bajo la fecha:

Nora, 4.º B. Periodista. Casos viejos. Caja sin etiquetar.

Carla: sueño del pasillo. Cuatro puertas. «Es un sueño apacible; por eso me inquieta.»

Y, tras dudarlo, una tercera línea que no pertenecía al día sino a todo:

Hace diecisiete años.

Nada más. No hacía falta. El resto lo conocía de memoria, con esa memoria mía tan caprichosa que retenía el número de escalones de una casa y, sin embargo, había extraviado por completo el olor de mi madre.

Mi madre bebía hojicha. Eso sí, lo conservaba. Lo tomaba por las tardes, en una taza menuda, de pie en la cocina, con la vista perdida en un campo que el verano teñía de amarillo y el invierno reducía a barro. Sostenía que el café la alteraba y que el hojicha la serenaba. De niño, le robaba sorbos a escondidas para comprobar qué se sentía al estar sereno, y jamás noté nada salvo aquel regusto a hierba quemada que todavía hoy me ofende. Sigo bebiéndolo cada mañana. No porque me agrade —ya lo dije, lo aborrezco—, sino porque, mientras lo

aborrezco, ella, de un modo absurdo y privado, continúa de pie en aquella cocina Es la única forma de duelo que me he permitido: una que no se parece a ninguna otra.

Tenía tres hermanos; rezaba la versión amable. Falso. Éramos tres hermanos, lo cual es distinto. Tomás, el mayor. Yo, el del medio. Y la pequeña.

A la pequeña casi nunca la menciono. Ni siquiera aquí. Es una superstición tan tonta como las demás, aunque más antigua, y a las supersticiones antiguas la trato con respeto. Diré apenas que era la pequeña, que tenía un canario y que al canario lo llamó Capitán porque había decidido que un pájaro tan diminuto necesitaba un nombre enorme para no temerle al mundo. El canario habitaba en una jaula junto a su cama. Por las mañanas cantaba como si le pagaran por ello. Mi padre amenazaba con soltarlo cada vez que despertaba antes de las ocho y nunca lo hizo. Las amenazas de mi padre eran como sus promesas: ruido para tapar el silencio de abajo.

La casa ardió una noche de octubre. Murieron cuatro personas. Yo tenía quince años y fui el único que salió.

Esa es la versión que todos prefirieron conservar, la casi amable, y la sostuve durante diecisiete años con la misma terquedad con que sostengo el sabor de hojicha: como una penitencia que ya no recuerda su pecado. Porque la verdad —la mía, la del cuaderno, la que ni siquiera al cuaderno confío— es que la casa no ardió por azar.

La quemé yo.

Cerré el cuaderno. Lo devolví al cajón. Eché la llave. Y, como cada noche, me detuve un instante ante la jaula del patio, esa jaula vacía que alguien había colgado tres días antes en una ventana de enfrente, con la puertecilla abierta meciéndose en la corriente, mientras pensaba —no por primera vez— que el mundo gasta a veces un gusto pésimo con sus coincidencias.

Una jaula vacía. La puerta franca. Como si el pájaro, después de todo, hubiera tenido la última palabra.

13

Por aquellos días empecé a tratar a Adela, y conviene que la cuente, porque fue la paciente que, sin saberlo, me obligó a mirar de frente la pregunta que llevaba toda la vida esquivando: qué clase de hombre soy cuando alguien indefenso necesita que me ponga delante.

Adela tenía treinta y ocho años, trabajaba en una notaría y llegó a mi consulta por «ansiedad y problemas de sueño», la etiqueta cómoda bajo la que la gente esconde lo que aún no se atreve a nombrar. Hablaba en voz baja. Se sentaba en el borde del sillón, como si pidiera permiso para ocupar el asiento. Y llevaba, en pleno mes templado, un pañuelo al cuello que se ajustaba cada vez que la conversación se acercaba a su marido, un tal Gonzalo, gestor inmobiliario, «encantador con todo el mundo», repetía, con esa insistencia que en mi oficio es una alarma: nadie defiende tanto a quien no necesita defensa.

La reconocí enseguida. No a ella: a la situación. La reconocí en el pañuelo de enero, en la voz moderada, en la forma de hacerse pequeña en el sillón. Era mi madre, treinta años después, en otra ciudad, con otro nombre. Y la reconocí con una mezcla de profesionalidad y de algo mucho más antiguo y más peligroso, un calor sordo en el pecho que no sentía desde los quince años, desde un pasillo desde la última vez que decidí que algo «había que terminarlo». Tuve que recordarme, sesión tras sesión, que ya no era aquel chico, que existían cauces protocolos, leyes; que un psicólogo adulto no se pone delante con un destello plateado, sino con un informe, un teléfono y una derivación a los servicios adecuados.

Pero la tentación estaba allí, y sería deshonesto no confesarla, porque toda esta historia es, al fin, un inventario de mis tentaciones. Cada vez que Adela se ajustaba el pañuelo, una parte de mí —la que comparto con mi hermana, la que viene de la misma casa quemada— calculaba. ¿Dónde vivía Gonzalo? ¿A qué hora volvía? ¿Por dónde cede un hombre como ese? Lo hacía sin querer, como quien respira, y luego me espantaba de mí mismo y volvía a mis notas, a mi cauces, a mi protocolo. Marina, si hubiera tenido a Adela enfrente, habría resuelto

el problema en una semana, limpiamente, con una estufa o una escalera a oscuras y habría dormido tranquila. Yo no podía permitirme ser Marina. Llevaba diecisiete años construyendo, ladrillo a ladrillo, al hombre que no era Marina. Y Adela, sin saberlo, iba a obligarme a demostrar, por primera vez en mi vida adulta, si aquel hombre era de verdad distinto o solo era el mismo con mejores modales.

14

Aquella madrugada, con el cuaderno ya guardado bajo llave, no logré dormir, y l
memoria—que es una casa donde uno no elige en qué habitación despierta—m
devolvió al pueblo.

Mi padre, Andrés, era pescadero los días que trabajaba y, en los demás, hacía otr
cosa. Trabajaba poco. Recuerdo sus manos más que su cara: anchas, rojizas, co
un olor a sal y a hierro que ni el jabón disolvía, las únicas manos que mi nari
averiada todavía evoca con nitidez. De niño aprendí a leer aquellas manos com
un marinero lee el cielo. Si entraban en casa abiertas, la noche sería larga per
soportable. Si entraban cerradas, había que sacar a la pequeña de en medio ante
de que él encontrara un motivo, porque siempre encontraba un motivo, y si no l
encontraba, lo inventaba con la facilidad con que otros silban.

Mi madre, Pilar, perfeccionó el arte de hacerse pequeña. Hablaba bajo, pisab
bajo, vivía bajo. Llevaba gafas de sol en pleno invierno y sostenía, ante quie
preguntara, que tenía los ojos delicados. Nadie en el pueblo preguntaba do
veces; en los pueblos pequeños la compasión consiste, sobre todo, en mirar haci
otro lado con elegancia. Solo encontraba paz en su taza de hojicha de las tarde
de pie frente al campo amarillo, y yo, que de niño le robaba sorbos para entende
esa paz, comprendí mucho después que no era paz: era el único rato del día e
que él dormía la siesta y la casa respiraba.

Tomás, mi hermano mayor, eligió poner la música alta. Se encerraba con lo
cascos puestos y subía el volumen hasta que la casa entera dejaba de existir par
él, y a veces lo envidiaba por esa capacidad de borrar el mundo, una capacida
que yo nunca tuve, porque yo no borraba: yo miraba. Era el defecto que e
pueblo me reprochaba —«el del medio, el raro, el que observa»— y también m
única herramienta. Mientras Tomás se cubría los oídos, mi madre se hací
pequeña y la niña abrazaba al canario, yo observaba a mi padre. Prestand
atención a dónde respiraba con mayor fuerza antes de estallar, por dónde le dolí
más la rodilla mala, y por dónde, en caso de que fuera necesario una noche, s
rendiría.

A los catorce, encontré en la biblioteca del instituto un tratado de anatomía con láminas a color y lo saqué tantas veces que la bibliotecaria terminó regalándomelo, convencida de que tenía delante a un futuro médico. En cierto modo, no se equivocaba: me fascinaba el cuerpo igual que a un relojero le fascinaba el mecanismo, sin afecto, por curiosidad técnica. Subrayé a conciencia las páginas que hablaban de las líneas de tensión de la piel, de por dónde cede y por dónde resiste, y nunca me pregunté por qué precisamente esas. La pregunta llegaría diecisiete años más tarde, demasiado tarde, en una celda con una ventana pequeña.

La noche en que mi padre entró en el cuarto de la pequeña, yo lo saqué a rastras y me gané el labio partido; no sentí miedo. Esto es lo que nunca le conté a ningún colega, lo que ni el cuaderno sabe: no sentí miedo, sentí cálculo. De pie en el pasillo, con la boca llena de sangre y el corazón en su sitio, miré a mi padre como miraba las láminas del tratado, y pensé, con una frialdad que a mis quince años ya me habitaba, una sola frase, entera, con sujeto y predicado: esto hay que terminarlo.

No supe entonces ni quise saber, que la niña, desde su cama, con el canario entre las manos, me estaba mirando mirarlo. Y qué aprendía.

15

La segunda sesión de Carla, la de las cinco, comenzó igual que todas: dos golpes el abrigo plegado sobre el brazo del sillón, el inventario veloz de la habitación Aquel día, sin embargo, hubo una variación. Antes de tomar asiento, se acercó la ventana del estudio y contempló el patio.

—Hay una jaula —observó.

—Sí.

—Está vacía.

—Así es.

La examinó durante largo rato, con las manos cruzadas a la espalda, igual que un visitante en un museo diminuto.

—De niña tuve un pájaro —dijo—. Un canario. —Regresó a su sillón, s acomodó, se alisó la falda—. Le puse un nombre demasiado grande para lo poc que abultaba. Creía que así no tendría miedo.

No escribí nada. No pude. El bolígrafo descansaba sobre el papel sin avanzar mientras yo miraba la coronilla de Carla, la raya pálida y exacta que le partía l cabeza en dos mitades, y por un segundo el suelo del estudio dejó de hallars donde debía.

—¿Qué nombre? —pregunté. La voz me salió firme. Lo agradecí: que al meno la voz supiera disimular.

Sonrió, aquella sonrisa minúscula.

—No me acuerdo —respondió—. ¿No es raro? Recuerdo el miedo que le tení al pájaro, pero no su nombre. La memoria es injustísima con lo que decid guardar.

Solté el aire que ignoraba que retenía. No me acuerdo. Claro que no. Un casualidad. Miles de niñas tienen canarios; miles los bautizan. Yo, que me ganab el pan desmontando las coincidencias de los demás, que convencía a la gente d

que el universo no gira alrededor de su culpa, estuve a punto de tropezar en m propia trampa: la de suponer que el mundo me hablaba a mí en clave.

Me obligué a recuperar el oficio.

—¿Por qué cree que ha pensado hoy en el pájaro? —pregunté.

—Por la jaula —contestó, como si fuera obvio—. Las cosas vacías recuerdan las cosas que las llenaban. Es lo único que saben hacer.

Anoté la frase y, mientras la anotaba, sin levantar la mirada, le formulé l pregunta que un terapeuta no debería formular jamás con aquel tono, el tono de que necesita la respuesta para sí y no para el otro.

—Carla, ¿de qué tiene miedo de verdad? Cuando se retira todo lo demás.

Tardó en responder. El reloj de pared —barato, mudo, comprado precisament para que no se oyera el tiempo en la consulta— dejó correr tres minutos en silencio. Cuando habló, no me miró a mí, sino a la jaula del patio.

—Tengo miedo de acordarme —dijo—. Toda mi vida he sentido que llev dentro una habitación con la puerta cerrada y que, el día que la abra, reconocer lo que hay al otro lado. Y no podré volver a cerrarla. —Por fin se volvió hacia m —. Usted trabaja con recuerdos, doctor. Dígame una cosa: ¿alguna vez h recordado algo entero, con todos sus detalles, sabiendo a la vez, en algún rincón que no fue exactamente así?

Dejé el bolígrafo.

—A todo el mundo le ocurre —dije—. La memoria no es un archivo; es u relato. Y los relatos se reescriben solos cada vez que los contamos.

—Ya. —Asintió despacio—. Pero yo no hablo de reescribir. Hablo de mentir, d recordar algo de cabo a rabo a sabiendas de que es falso, y no poder dejar d recordarlo así.

Aquella noche no trasladé la sesión al cuaderno. Fue la primera vez en años qu rompía la rutina. Me dije que estaba cansado. Mentira, y lo sabía mientras l pronunciaba: que es el peor modo de mentir, el único que no engaña a nadie, n siquiera a uno mismo.

16

Adela empeoró deprisa, como empeoran estas cosas: en silencio durante meses y de golpe, en una tarde.

Vino un día sin cita, fuera de horario, y no llevaba el pañuelo. Quizá lo había olvidado con las prisas, o quizá —lo pensé después— quería que alguien lo viera de una vez. En el cuello tenía la huella inequívoca de unos dedos, ese mapa que deja una mano cerrada y que yo, hijo de quien soy, sé leer mejor que nadie. Se sentó, se echó a llorar y, entre sollozos, soltó la frase que llevaba meses tragándose: «No sé cómo salir. Si lo dejo, me mata. Lo ha dicho. Y le creo.»

La escuché entera, sin interrumpir, con la calma de cura que reservo para cuando por dentro me hierve todo. Y cuando terminó, tomé una decisión que me costó más disciplina que cualquier crimen: no le ofrecí lo que la parte vieja de mí quería ofrecerle. No le dije «yo me encargo», esa frase que le repetí a una niña hace diecisiete años y que la convirtió en lo que es. Le ofrecí, en cambio, lo aburrido, lo lento, lo legal: un teléfono de un servicio especializado, la dirección de un recurso de acogida, el nombre de una abogada que conocía, la promesa de documentar por escrito cuanto me había contado para que tuviera valor donde tiene que tenerlo: en un juzgado y no en un pasillo a oscuras. Le expliqué que el camino sería largo, incómodo, a veces humillante, y que aun así era el único que no la convertía a ella, ni a nadie por ella en otra cosa.

Adela me miró con una desconfianza que entendí: la gente que ha vivido bajo una mano cerrada no cree en los cauces, porque los cauces le han fallado siempre. «¿Y si no funciona?», dijo. «¿Y si el papel no llega a tiempo?» Era la pregunta de mi madre, la de su lata de membrillo bajo la baldosa, la del dinero ahorrado para una huida que nunca alcanzó. Y por una vez supe responderla sin mentir ni matar: «Funciona más veces de las que crees, Adela, aunque salgan en menos titulares que cuando falla. Y mientras tanto, no estás sola. Yo no voy a desaparecer. Voy a estar con mis informes, mis llamadas y mi paciencia hasta que estés a salvo. No me voy a poner delante de tu marido. Me voy a poner detrás de

ti y empujarte hacia la salida. Es menos heroico. Pero es lo único que de verdad
salva.»

Lo dije y, al decirlo, me oí curar, por fin, algo en mí mismo: la idea, sembrada a
los quince años, de que proteger a alguien significa eliminar la amenaza. No.
Proteger es acompañar hasta la salida. Mi hermana aprendió lo primero y se
volvió un monstruo. Yo, aquella tarde, con una mujer llorando en mi sillón, elegí
por fin lo segundo. Diecisiete años después. Pero lo elegí.

17

La tercera sesión de aquella semana —Carla había pedido una cita extra, cosa rar en ella— la dedicó entera al déjà vu.

—Me pasa cada vez más —dijo, con el abrigo gris ya doblado sobre el brazo de sillón. Entro en un sitio donde nunca he estado y lo reconozco. No vagamente con detalle. Sé que detrás de esa puerta hay un pasillo, sé de qué color es el suelo sé dónde chirría una bisagra. Y acierto, doctor. Esa es la parte que me asusta. No que lo sienta: que acierte.

Apunté la palabra correcta y la rodeé con un círculo, un gesto que no hacía desde la facultad.

—El déjà vu es un cortocircuito frecuente —expliqué, recurriendo al tono manual, el que tranquiliza—. El cerebro archiva una experiencia como recuerdo en el mismo instante en que la vive, y entonces el presente nos llega con la etiqueta de pasado. Es una avería pequeña, casi siempre inofensiva.

—Ya. —Ladeó la cabeza, con esa media sonrisa suya—. ¿Y cuándo no es el cerebro el que se avería, sino la vida la que se repite? —Se inclinó un poco—. Le pongo un ejemplo. Anoche soñé que entraba en una casa que no era la mía, subía seis pisos, pegaba el oído a una puerta antes de abrirla y, dentro, todo estaba exactamente como yo sabía que estaría: las paredes blancas, una taza vacía sobre la mesa, unas gafas de sol al lado. Ni un cuadro. Ni una planta de verdad.—Me miró sin pestañear.— ¿No le parece un sueño curioso, doctor? Soñar con la casa de un desconocido y conocerla mejor que él.

El bolígrafo se me detuvo. Acababa de describir mi piso. No aproximadamente con precisión de tasador, con la taza, las gafas, la manía de pegar el oído a la puerta que yo no le había contado a nadie en toda mi vida adulta.

Tenía dos caminos. Podía señalarle la coincidencia, romper la coreografía preguntarle de frente cómo conocía mi salón. O podía seguir el juego, dosificar fingir que no me había dado cuenta, y observar hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Elegí, como siempre, el segundo. El más arriesgado y el más revelador.

—Los sueños toman prestados los decorados de lo que vemos de día —dije, con una calma que me costó cara—. Habrá entrado usted en alguna casa parecida?

—Será eso. —Se reclinó, satisfecha, como quien ha colocado una pieza exactamente donde quería—. Aunque hay algo que el sueño añadía y que ninguna casa que yo conozca tiene. —Bajó la voz—. En el patio, frente a la ventana colgaba una jaula vacía con la puertecilla abierta. Y dentro del sueño yo sabía, sin que nadie me lo dijera, que esa jaula llevaba allí trece días, y que la había colgado yo.

Cuando se marchó, permanecí sentado en el sillón de enfrente —el suyo— más tiempo del que ningún paciente merece. Por la ventana del estudio, al otro lado del pozo de aire, la jaula real oscilaba con su ruidito de gozne, contando los días que solo ella y, al parecer, Carla, sabían contar.

18

De mis abuelos apenas sé nada, y ese vacío explica, mejor que cualquie psicología, por qué nadie vino nunca a salvarnos.

Los padres de mi padre habían muerto antes de que yo naciera; de ellos sol quedaba una fotografía y la sospecha, nunca confirmada, de que el abuelo habí sido con mi padre lo que mi padre fue con nosotros. La cadena de mano cerradas, que retroceden en el tiempo hasta perderse. Los padres de mi madr vivían en otro pueblo, a no muchos kilómetros, y esa es la parte que de verda me cuesta. Vivían. Sabían. Mi madre alguna vez debió de acudir a ellos con la gafas de sol en enero, en busca de refugio. Y no se lo dieron. No sé los detalles solo sé el resultado, que es el único dato que importa: que teníamos unos abuelo a una hora en coche y que jamás, ni una vez, vinieron a sacarnos de aquella casa Que prefirieron, como el pueblo, como la tía, como todos, no remover. «Lo matrimonios son cosa de dos», dirían. «No hay que meterse.» «Ya se arreglarán.» Las frases con las que la gente decente se lava las manos del horror ajeno.

Recuerdo una sola visita de mi abuela materna, cuando yo tenía ocho años. Llegó comió con nosotros, miró a mi madre con una pena que no se tradujo en ningú gesto útil y se fue antes de que anocheciera, «que se hace tarde y el camino e malo». Mi madre la despidió en la puerta, y yo, desde la ventana, la vi abrazarse, v a mi abuela susurrarle algo al oído y vi a mi madre asentir con la cabeza baja Años después, recuperando recuerdos bajo la niebla, entendí lo que mi abuel debió de susurrarle: «aguanta», «ten paciencia» o «por los niños». El consejo d todas las madres de todas las mujeres encogidas: aguanta. No: vente conmigo trae a los niños, yo te protejo. Aguanta. Y mi madre aguantó hasta que dejó d poder, hasta que una de sus hijas decidió, a los doce años, que ella no pensab aguantar nada.

Pienso en mis abuelos cuando la gente, al conocer mi historia, busca al culpable al monstruo único, al que apretó el gatillo. No hay uno. Hay una multitu silenciosa de gente que pudo y no hizo. Mis abuelos, que no vinieron. El pueblo que no oyó. La tía, que cerró con llave. Los vecinos, que «no se metían». Un

abuela que susurró «aguanta» en lugar de «vente». Cada uno de ellos puso un ladrillo en la pared de aquella casa que ardió despacio durante años. Mi hermana encendió la cerilla, sí. Yo la dejé encender. Pero la casa la construyeron entre todos los que prefirieron no remover, y de esa construcción colectiva no hay nadie en la cárcel, ni lo habrá nunca, porque la ley castiga la cerilla, no la pared. Yo cumplo por la cerilla. Por la pared no cumple nadie. Esa es la verdadera impunidad de esta historia, y no cabe en ningún sumario.

19

De mi madre conservo poco, y casi todo cabe en una taza.

Pilar no era una mujer débil, aunque el pueblo la recordara así, encogida y con gafas de sol en enero. Era una mujer administrada, que es distinto: alguien que ha calculado, hasta el último gramo, cuánto de sí misma puede gastar cada día sin que se note el saqueo. Gastaba lo justo en cocinar, en hablar, en mirarnos. Y se reservaba, intacto, un único lujo: la taza de hojicha de las cuatro de la tarde, de pie en la cocina, de cara al campo amarillo, durante los veinte minutos en que mi padre dormía la siesta y el mundo, por una vez, no le pedía nada.

Yo la espiaba desde el pasillo. No bebía aquel té por placer —decía que el café la ponía nerviosa, aunque ahora sé que no era el café lo que la ponía nerviosa—; lo bebía por geografía: era el único territorio de la casa que mi padre no había invadido: veinte minutos y una taza pequeña, una patria diminuta. A veces, al verme en el quicio, me hacía un gesto callado con la barbilla, una invitación, y yo me acercaba y ella me dejaba un sorbo. Hierba quemada. Una ofensa líquida. Lo bebía igual, porque beberlo era estar dentro de su patria veinte segundos, y porque a los nueve años uno no sabe que ciertos sabores se quedan a vivir en uno para siempre, montando guardia sobre un recuerdo que la cabeza ya no alcanza.

No la salvé. Esa es la frase que ningún terapeuta me ayudó a decir, porque nunca dejé que se acercara. Me puse delante de mi padre mil veces por la pequeña, me gané el labio partido por la pequeña, planeé durante semanas terminar con aquello por la pequeña. Por mi madre, no. A mi madre la di por perdida mucho antes de aquella noche, con la frialdad administrativa que ya me habitaba: era territorio ocupado, daño consumado, una cuenta que no se podía cerrar sin cerrarla a ella también. Y la noche del fuego —ahora lo sé, ahora que Marina me devolvió el recuerdo robado— mi madre seguía viva cuando yo me senté en el suelo del pasillo a mirarme las manos. Seguía viva y gritaba, y yo no me levanté. No por incapacidad. Por contabilidad. La había dado por perdida hacía años, y uno no se levanta por una cuenta que ya había dado por cerrada.

Sigo bebiendo hojicha cada mañana, en una celda, con un sucedáneo malo que s
le parece de lejos. Lo aborrezco con la misma constancia de siempre. Pero ahor
sé lo que aborrezco: no el sabor. Aborrezco haber heredado de mi madre s
único lujo y ninguna de sus razones; haberme quedado con la taza y habe
perdido la patria. Mi madre bebía para tener veinte minutos a salvo del mundo
Yo bebo para tener, cada mañana, veinte segundos en los que ella, de pie en un
cocina amarilla, todavía no sabe lo que sus dos hijos pequeños llevan dentro. E
la única forma de duelo que me permito. Y es, también, la única forma d
disculpa que sé ofrecerle a una mujer a la que dejé gritar.

20

Existe un experimento que suelo relatar en clase —cuando todavía me invitan cosa cada vez más rara— y que ilustra, mejor que ningún otro, la materia frágil con la que trabaja mi oficio. Lo bautizaron «el experimento del centro comercial». Se sienta junto a un adulto, un familiar de confianza, quien le narra cuatro recuerdos de su infancia. Tres son ciertos; el cuarto, inventado: una tarde en que el sujeto, siendo niño, se extravió en unos grandes almacenes y lloró hasta que un anciano bondadoso lo devolvió a sus padres. Nunca ocurrió. Pese a ello, uno de cada cuatro participantes, a la segunda o tercera vez que se le pregunta, no solo «recuerda» el extravío, sino que le añade detalles: el color de la camisa del anciano, el aroma a palomitas, el pánico. Fabrican el pánico. Y juran que es verdad.

Lo menciono porque aquella semana, después de la sesión del canario, dediqué tres noches a aplicarme el experimento a mí mismo. Solo que al revés. No para implantarme un recuerdo falso, sino para localizar el que ya llevaba implantado.

Me senté en el sillón del estudio, a oscuras, y me narré la noche del incendio tal como se la dictó en la página de un cuaderno: en forma de lista. Después interrogué cada elemento igual que interrogaría al sujeto de los almacenes. ¿Cómo sabes que la camisa era de aquel color? ¿Cómo sabes que olía a palomitas? ¿Cómo sabes que cruzaste el umbral de la cuarta habitación? Una por una, las respuestas se deshicieron entre los dedos. Lo sabía porque lo recordaba; lo recordaba porque lo sabía. Un círculo. La serpiente mordiéndose la cola. La huella inconfundible del recuerdo que jamás se ha contrastado con el mundo porque no hay mundo contra el que contrastarlo: únicamente ceniza.

Aquello debió alarmarme. A un profesional debería habérsele encendido el tablero entero: si mi recuerdo de la noche más decisiva de mi vida posee la textura de un recuerdo implantado, alguien, en algún momento, pudo implantármelo. No me alarmé. Hice lo contrario. Cerré de golpe ese cuaderno mental, me levanté, me preparé un hojicha a las tres de la madrugada y resolví que estaba cansado, que los hombres exhaustos piensan disparates.

Lo apunto ahora porque fue la primera ocasión, en toda esta historia, en qu mentí no a la policía, ni a Nora, ni a Carla, sino a la única persona a la que nunc había conseguido engañar: a mí. Y un hombre que empieza a mentirse a sí mism es un hombre al que ya le han desplazado un mueble en la penumbra, aunqu todavía no haya chocado contra el hueco.

Esa misma madrugada, según supe mucho después, Carla velaba en su silla, quince metros, al otro lado del patio, con la lámpara apagada, redactando en s propio cuaderno una frase que la inspectora Vega me leería en voz alta años má tarde, entre las pocas reliquias que se salvaron del fuego: «Hoy ha tardado do minutos de más en bajar a por el pan. Empieza a dudar. Bien.»

Los dos llevábamos un cuaderno. Los dos apuntábamos. Éramos, sin sospecharl todavía, una misma persona repartida en dos cuerpos y dos ventanas enfrentadas espiándose a través de un pozo de aire.

21

Conviene, antes de seguir, que cuente cómo un huérfano de quince años se convierte en un hombre invisible de treinta y dos, porque no fue magia ni talento fue oficio, y el oficio se aprende.

Después del incendio, pasé por dos centros de acogida. En el primero duré ocho meses. Era un sitio ruidoso, lleno de chicos rotos que gritaban su rotura de mil maneras: peleas, fugas, autolesiones, llanto. Yo no grité la mía de ninguna. Observé. Aprendí enseguida que el chico que no da problemas se vuelve invisible para los educadores, desbordados por los que sí los dan, y que la invisibilidad, lejos de ser un castigo, era una forma de libertad. Mientras los demás reclamaban a gritos que alguien los viera, yo perfeccionaba el arte contrario: el de no ser visto, el de bajar la escalera igual cada día hasta que nadie repara en que bajas. Un educador, en su informe de traslado, escribió de mí una frase que conservo de memoria: «Chico ejemplar, sin incidencias, de trato cordial y nula vida interior aparente.» Nula vida interior aparente. Lo aparente, ya entonces, lo cuidaba como un jardín.

En el segundo centro descubrí los libros y, entre ellos, por azar o por destino, uno de psicología del trauma. Lo leí como quien encuentra el manual de instrucciones de una máquina que lleva años manejando a ciegas. Allí estaban descritos, con nombres técnicos, los fenómenos que yo había vivido sin saber nombrarlos: la disociación, el afecto aplanado, la memoria fragmentada. Allí estaba, sobre todo, la idea que organizaría el resto de mi vida: que un niño puede sobrevivir a lo insoportable compartimentándolo, guardándolo en una habitación de la mente y cerrando la puerta. No sospeché entonces —no podía— que mi habitación cerrada no guardaba lo que yo creía. Estudié para entender a los demás. Tardé diecisiete años en comprender que estudiaba, en realidad, para no entenderme a mí.

Elegí la universidad a distancia porque no exigía presencia. Elegí la especialidad en trauma infantil porque era la única materia en la que, sin proponérmelo, ya tenía un doctorado de campo. Y elegí, al terminar, una ciudad donde nadie me

conociera, un apellido recortado, un piso sin vecinos en la escalera. Construí a doctor Salinas con la misma paciencia con que mi hermana, lejos, construía a otra persona distinta sobre los mismos cimientos. Dos huérfanos de la misma casa levantando dos identidades opuestas con el mismo ladrillo: yo, un hombre a quien nadie ve; ella, una mujer a quien nadie recuerda. La invisibilidad y el olvido. Las dos caras de no querer existir del todo. Las dos formas de seguir, sin saberlo, dentro de aquella casa quemada.

22

Conviene que explique mi relación con las ventanas, porque sin ella no se entiende lo que vino después.

Un hombre que se ha pasado la infancia aprendiendo a anticipar la violencia no deja nunca de vigilar; cambia de objeto, eso sí. Yo había dejado de vigilar a mi padre el día en que dejó de existir, y desde entonces vigilaba la ciudad, que es un padre más grande y menos predecible. Tenía dos puestos de guardia. El delantero daba al cruce: Russafa contra Colón, los tres semáforos, el paso de cebra que nunca daba tiempo a cruceros lentos, la farola que en invierno se encendía antes que las demás. El trasero daba al patio: el pozo de aire, la gravilla blanca, las cuatro fachadas idénticas y, desde hacía unos días, la jaula. Pasaba más horas de las confesables repartidas entre ambos puestos, leyendo la ciudad como otros leen el periódico de Don Emilio, sin buscar nada en concreto, solo confirmando que todo seguía en su sitio.

Aquellas semanas, sin embargo, el sitio empezó a moverse.

Una noche, hacia las tres, en el puesto delantero, distinguí una figura en la acera de enfrente, bajo la farola adelantada. Quieta. De cara a mi edificio. No miraba el escaparate cerrado de la farmacia ni esperaba un taxi que a esa hora no pasaba: miraba hacia arriba, hacia las dos torres, hacia mi ventana. Permaneció un buen rato. Cuando un coche giró y la alumbró de refilón, la figura se apartó del haz con una naturalidad ensayada, la misma con que yo me aparto de la luz, y se perdió calle abajo. No pude verle la cara. Solo el gesto. Y el gesto lo reconocí porque era el mío: el del que se mueve para no ser visto en un sitio imposible de no ver.

Volví al puesto trasero. La ventana de enfrente seguía a oscuras. La jaula oscilaba. Y, por primera vez en diecisiete años de vigilar, tuve la certeza incómoda —sin prueba, de las que más pesan— de que la vigilancia había dejado de ser un acto en una sola dirección. Llevaba toda la vida mirando el mundo a través del cristal con atención y sin emoción, convencido de que el cristal me protegía. Aquella noche entendí que el cristal es transparente por los dos lados. Que mientras yo

observaba el cruce tres veces por minuto, alguien podía llevar semana observándome observar.

No dormí. Hice la cama igual a las seis y catorce, bajé a por el pan a la hor exacta, saludé a Don Emilio, esquivé el callejón por costumbre. Pero algo s había desplazado, un grado apenas, como la puertecilla de la jaula con l corriente. Y los desplazamientos de un grado, en una vida calibrada al minuto, s notan más que un terremoto en una vida cualquiera.

23

Nora subió a mi piso un jueves, con dos cervezas y una disculpa lista de antemano.

—Vecina invasora —anunció en cuanto abrí—. Vengo a sobornarte antes de pedirte un favor. Es mi método: primero el soborno, después el favor, así te sientes en deuda y no te atreves a negarte. —Alzó las botellas—. Funciona con casi todo el mundo.

—No bebo —dije. Era cierto—. Pero pasa.

Titubeó medio segundo, sorprendida de que la franqueara el paso. Yo también me sorprendí. Llevaba años sin admitir en casa a nadie que no fuera paciente, y los pacientes pisaban el estudio, nunca el resto. Aquellos días, sin embargo, había decidido invertir la táctica. Si Nora era lo que temía, mantenerla lejos solo le permitiría investigarme a distancia, sin vigilancia. Cerca, en cambio, podría verle las manos. Mi padre, que acertaba en pocas cosas, soltaba una verdad cuando bebía: a los perros que muerden conviene dejar que te huelan.

Nora recorrió el salón con la curiosidad descarada de quien ha hecho de la curiosidad una profesión. Reparó en las paredes blancas, en la ausencia de cuadros, en la taza de hojicha vacía sobre la mesa, en las gafas de sol a su lado. No tocó nada. Lo miró todo, eso sí, mientras yo la miraba mirar; por un momento fuimos dos tasadores tasándose.

—Vives como en una sala de espera —dictaminó al fin—. No lo digo como reproche. Es… honesto. La mayoría atiborra la casa de objetos para no tener que mirarse. Tú, no.

—¿Y el favor? —pregunté.

Se sentó en el sofá sin esperar invitación, depositó las cervezas en el suelo y extrajo del bolsillo del abrigo verde —siempre el verde— una libreta. De las que apuntan.

—Mi pódcast —dijo—. La nueva temporada gira en torno a un caso de aquí, d
la provincia. Un incendio. Hace diecisiete años, en un pueblo del interior, ardi
una casa de noche. Murió toda una familia. Lo archivaron como accidente: un
estufa vieja, una fuga de gas, lo habitual. —Pasó una hoja—. Salvo que hay pieza
que no encajan. El único superviviente fue un crío de quince años que e
diecisiete años no ha concedido una sola entrevista. Se borró del mapa. Cambi
de provincia, de vida, casi de apellido. —Levantó los ojos—. Me obsesiona l
gente que desaparece habiendo sobrevivido. ¿A ti no?

Abajo, el cruce mudó de semáforo. Un coche frenó; otro arrancó. El mund
siguió sucediendo al otro lado del cristal, con atención y sin emoción
exactamente como yo lo contemplaba siempre.

—¿Qué favor necesitas de mí? —pregunté, y me oí pronunciarlo con una calm
que no reconocí como propia, sino como heredada: la calma idéntica de la vo
del prólogo, la voz de los quince años.

—Eres psicólogo —dijo Nora—. Trauma infantil, ¿verdad? Lo he leído. Tu libr
—Sonrió ante mi desconcierto—. Ya te avisé de que apunto. Quería preguntart
en plan técnico, qué le sucede a un niño que atraviesa algo así. Si sobrevive, ¿qu
clase de adulto se fabrica? ¿Cómo lo reconocerías por la calle? —Hizo una paus
—. ¿En qué se le notaría?

La pregunta quedó suspendida en el aire blanco del salón. ¿En qué se le notaría
Le sostuve la mirada. Tenía dos salidas, y las vi con nitidez, como dos puertas e
un corredor a oscuras. Podía cerrarme. O podía abrirme apenas, con una verda
pequeña y bien dosificada, para que ella creyese haber entrado.

Escogí la segunda. Escogía siempre la segunda. Es la más arriesgada y la má
eficaz.

—Se le notaría que ya no tiene miedo —dije—. Lo gastó de golpe, demasiad
pronto, y se quedó sin reservas. La gente imagina que el horror deja a su
víctimas asustadas para siempre. A veces sucede lo contrario: las deja serenas
Demasiado serenas. —Cogí la taza vacía y la deposité en el fregadero, por e
simple gesto de moverme—. Búscalo por ahí, Nora. No entre los que tiemblan
Entre los que no.

Nora no escribió nada. Se quedó observándome, muy quieta, con la cerveza si
abrir entre las manos, y por primera vez desde que había cruzado el umbral dej
de parecer una periodista frente a una fuente.

Parecía una mujer que acababa de oír una voz ya conocida.

24

Nora me invitó a bajar al 4.º B «a escuchar un montaje», y acepté, porque vigila de cerca seguía pareciéndome más prudente que vigilar de lejos, y porque —esto me costaba más admitirlo— su compañía había empezado a no resultarme indiferente, lo cual, en un hombre como yo, equivalía casi a una alarma de incendios.

Su piso era el reverso del mío: cajas a medio abrir, libros en torres inestables, un corcho enorme clavado sobre el escritorio. Me senté de espaldas a ese corcho a propósito; ella lo notó y sonrió, porque era de las que notan esas cosas.

—Trabajo así —dijo, ofreciéndome un té que rechacé—. Necesito ver el caso completo a la vez, como un mapa. Hay gente que escribe en líneas. Yo escribo en paredes. —Señaló el corcho con la barbilla—. Deformación profesional.

No me volví a mirarlo. No hizo falta: lo había registrado al entrar, con un solo barrido, igual que ella registraba los míos. Fotografías de un pueblo. Un titular ampliado que no necesité leer. Una casa en llamas. Hilos. La misma telaraña que, sin yo saberlo aún, crecía a quince metros de mi propia ventana, en otra pared, tejida por otra mano. Dos mujeres distintas reconstruían mi vida en dos corchos enfrentados, y yo, sentado entre ambos sin saberlo, me creía el cazador.

Nora pulsó play en su ordenador. Sonó su voz grabada, más grave y más lenta que la de carne y hueso, la voz que ponen los que cuentan historias para que la gente no apague: «Hay supervivientes que se pasan la vida huyendo del fuego. Y hay otros que aprenden a vivir dentro de él.» Detuvo la reproducción.

—Es el arranque de la temporada —dijo—. Todavía no tiene final, porque el final no lo sé. —Me miró con esa atención suya que lo guarda todo—. ¿Tú cómo crees que termina una historia así, David? Profesionalmente.

—Las historias de supervivientes no terminan —respondí—. Solo se interrumpen. El trauma no tiene tercer acto. Se repite, o se calla. No hay otra cosa.

Anotó algo en su libreta —de las que apuntan—, y reparé en que, junto a ordenador, una grabadora pequeña, de periodista de los de antes, parpadeaba con una luz roja. Llevaba todo el rato encendida.

—¿Me estás grabando? —Pregunté, sin alarma, casi con admiración.

—Lo grabo todo —dijo, sin pizca de vergüenza—. Es una manía. Me digo que no cuesta nada. —Se encogió de hombros—. Tranquilo, no es nada formal. Es solo que un día oí una entrevista buenísima y no la había grabado, y me prometí que no volvería a perder una palabra que mereciera la pena. Desde entonces grabo. Aunque luego no use casi nada.

Le sostuve la mirada un segundo de más. Aquella manía suya —apuntarlo todo, conservarlo todo por si acaso— era prima hermana de la mía, de la de Carla, de la de toda la gente que teme que la verdad se le escape entre los dedos. No le di importancia entonces. Cometí, al no dársela, el mismo error que ella cometería más tarde al creer que un archivo borrado desaparece de verdad.

25

Néstor, mi paciente de los pensamientos intrusivos, me dio el alta a sí mismo, en cierto modo, y su despedida me dejó una lección que solo entendí del todo en la cárcel.

Vino a su última sesión sereno, con el cuello del abrigo desabrochado por primera vez, y me dijo que ya no necesitaba venir, que las imágenes seguían apareciendo de vez en cuando pero que había aprendido a dejarlas pasar «como coches por el cruce, sin subirme». Me dio las gracias con la torpeza de los hombres que no están acostumbrados a agradecer y, al irse, en la puerta, se volvió y me dijo una cosa que no he olvidado: «¿Sabe qué me ha curado, doctor? No las técnicas. Lo que me ha curado es que usted, cuando le conté lo que pensaba —lo peor de mí—, no apartó la mirada. Yo esperaba que me mirara con asco, como me miraba yo. Y usted me miró… normal. Como si no fuera para tanto. Y entonces dejó de serlo.»

Lo apunté en su ficha y lo subrayé, sin saber aún que estaba subrayando el diagnóstico de mi vida entera. Porque eso era, exactamente, lo que yo necesité a los quince años y no tuve: que alguien, al ver lo que llevaba dentro, no apartara la cara. No tuve a ese alguien. Tuve a una tía que cerraba con llave, a un pueblo que prefería no remover, a unos psicólogos de un centro de acogida que escribieron «afecto aplanado» y pasaron página. Nadie me miró normal. Así que aprendí a no mostrarme, a hacerme invisible, a cuidar un jardín aparente para que nadie viera el sótano. Y mi hermana, peor: a nadie se le ocurrió mirarla sin apartar la cara, ni siquiera a la tía, sobre todo a la tía, y por eso ella se convirtió en lo que se convirtió, porque el monstruo no nace, lo fabrica la suma de todas las caras que se apartan.

A Néstor lo curé sin querer dándole lo que a mí me faltó. A Adela, igual. A mi hermana, demasiado tarde y demasiado poco. Es la simetría más cruel de mi historia: que dediqué mi vida profesional a no apartar la cara ante el horror de desconocidos, y curé a unos cuantos con eso, mientras que ante el horror de mi propia sangre —ante Marina, la que más me necesitaba— aparté la cara durante

diecisiete años, llamándolo protección. La miré para protegerla del peligro d
fuera. Nunca la miré, de verdad, normal, para que el peligro interior dejara de se
tan grande. Quizá si lo hubiera hecho. Quizá. Es el quizá con el que cargo, má
pesado que la condena: que tenía la cura, la ejercía con extraños, y se la negué a l
única persona del mundo que llevaba mi misma sangre y mi mismo pasillo.

26

Hay un recuerdo de la pequeña que no aparece en ninguna lista del cuaderno porque es de los que no se dejan reducir a una línea, y lo escribo ahora por primera vez.

Teníamos un juego ella y yo en los veranos, cuando el campo se ponía amarillo y mi padre dormía la siesta, y la casa, durante dos horas, era nuestra. Lo llamábamos «el juego de la acequia». Consistía en algo muy simple y, lo entiendo ahora, muy revelador: nos tumbábamos boca arriba en el borde de la acequia seca, hombro con hombro, y mirábamos el cielo, y yo le hacía preguntas. No preguntas de niños. Preguntas mías. «Si tuvieras que esconder una cosa para que nunca la encontraran, ¿dónde la esconderías?» Y ella, con seis, con siete, con ocho años, contestaba con una seriedad que me fascinaba. «Donde ya hayan mirado», dijo una vez. «La gente no mira dos veces en el mismo sitio.» Tenía ocho años. Me quedé callado un rato largo, mirando el cielo, sintiendo el orgullo equivocado del que cree haber encontrado a un discípulo y no se da cuenta de que ha encontrado a un maestro.

Otra tarde le pregunté qué haría si alguien le hiciera mucho daño, mucho, todos los días. Pensé que diría llorar, huir o pedir ayuda, las respuestas de una niña. Se quedó pensando, con una brizna de paja entre los dientes, y dijo: «Esperaría. A que se durmiera. La gente que hace daño también se duerme, ¿no? Pues esperaría a eso.» Y se rió porque para ella era un juego, y yo me reí también porque para mí también lo era, y los dos miramos el cielo amarillo sin saber que estábamos ensayando, palabra por palabra, la noche que nos partiría la vida en dos.

Le enseñé los nombres de los huesos y ella me enseñó, sin saberlo, lo que yo no quería ver en mí mismo: que la frialdad no era un defecto que me hubiera causado mi padre, sino un suelo que ya estaba ahí, y sobre el que ella construía con la misma facilidad que yo. La diferencia, la única, la que tardé diecisiete años en entender, es que yo usaba ese suelo para ponerme delante de los demás, y ella aprendería a usarlo para cerrar puertas detrás de sí. El mismo material. Dos arquitecturas opuestas. Un muro y una trampa, levantados con el mismo ladrillo.

La quise más que a nada en el mundo, a la niña de la acequia. La sigo queriendo en una celda, diecisiete años y una condena después. Y a veces, en las peores noches, me pregunto si no la quise tanto precisamente porque, de todos los habitantes de aquella casa, era la única que se parecía a mí por dentro. Uno reconoce su propia herramienta en la mano de otro, ya lo he dicho. Y a veces Dios me perdone, esa herramienta en la mano de otro no da miedo. Da compañía.

27

El sobre apareció un martes, bajo la puerta, cuando volví de la panadería.

No tenía sello ni remite ni una sola palabra escrita por fuera. Lo recogí de felpudo con dos dedos, como se recoge algo que podría estar vivo, y permanec un rato de pie en el recibidor, calibrando su peso. Pesaba lo que pesa una fotografía. Antes de abrirlo, repasé mentalmente la cadena de la mañana: Don Emilio en su portería, las palomas en la barandilla, la panadera y su periódico bajo el mostrador, la acera de la derecha, el callejón que esquivaba por costumbre. Nadie me había seguido. O nadie que yo supiera ver, lo cual, en mi caso, suele bastar.

Dentro había una sola fotografía. Me mostraba a mí, saliendo del portal de las dos torres, con la barra de pan bajo el brazo izquierdo y el diario en la mano derecha. La instantánea estaba tomada desde abajo, desde el cruce, con teleobjetivo: el grano delataba la distancia. La luz correspondía a una mañana reciente; lo deduje por el toldo nuevo de la farmacia, que habían colocado el lunes anterior. Alguien me había fotografiado, por tanto, en las últimas cuarenta y ocho horas, desde la acera de enfrente, sin que yo lo advirtiera, yo, que me jacto de advertirlo todo.

Le di la vuelta. En el reverso, ninguna amenaza, ninguna cifra, ningún insulto. Solo una pregunta, escrita a lápiz con una caligrafía minúscula e inclinada que se parecía tanto a la mía que, por un instante absurdo, temí habérmela escrito yo en un episodio que no recordaba: ¿Cuántos salieron de la casa?

Me senté. No por debilidad —ya he dicho que mi cuerpo rara vez se altera— sino por método: cuando la cabeza necesita pensar deprisa, conviene quitarle al cuerpo la tarea de sostenerse. Releí la pregunta tres veces. *¿Cuántos salieron de la casa?* La respuesta oficial, la amable, la que yo había sostenido durante diecisiete años, era una. Uno salió. Yo. La pregunta, por tanto, no buscaba información: insinuaba que la respuesta correcta era otra y que quien la formulaba la conocía.

Mi primer impulso fue racional, casi tranquilizador: Nora. La periodista qu husmeaba mi caso, que se había mudado tres pisos más abajo y me habí preguntado la víspera «en qué se le notaría». Encajaba con una nitide sospechosa. Demasiada. Y la experiencia me había enseñado que, cuando un pieza encaja demasiado, suele estar tallada a propósito para encajar.

Mi segundo impulso fue peor, porque no venía de la cabeza sino de la piel, de es antebrazo que se eriza solo. La letra. La maldita letra inclinada, gemela de la mía En mi familia escribíamos todos parecido; nos había enseñado la misma maestra en la misma escuela del pueblo, con la misma plantilla cuadriculada. Tomá escribía así. Mi madre escribía así. La pequeña, cuando aprendió, copiaba mi bucles con una devoción que entonces me enternecía y que ahora, a la luz d aquel reverso, me helaba.

Guardé la fotografía en el cajón del cuaderno, bajo llave, junto a mis listas Aquella noche no escribí ninguna línea nueva. Me limité a abrir la persiana de estudio, apagar las luces y sentarme frente al patio, observando la ventana d enfrente, donde la jaula vacía seguía meciéndose con su ruido de gozne. L ventana permanecía a oscuras. Y, sin embargo, cuanto más la miraba, más certez tenía —una certeza sin pruebas, de las que más miedo dan— de que, al otro lad del pozo de aire, alguien estaba haciendo exactamente lo mismo que yo: mira esperar, apuntar.

28

Esa noche volví a soñar con ella, con la pequeña, y al despertar no supe distinguir, durante un minuto entero, si la había soñado o recordado. Empieza a ser difícil, cuando uno se acerca a la verdad, separar las dos cosas; quizá nunca estuvieron tan separadas como creemos.

La pequeña me seguía a todas partes. Tomás, cuatro años mayor, había aprendido pronto a desaparecer, primero entre los cascos y luego, en cuanto pudo, fuera de casa; pero la niña, demasiado pequeña para huir, eligió la estrategia contraria: pegarse a mí como una sombra, porque había deducido, con la lógica implacable de los niños, que el lugar más seguro de la casa era el hueco que yo dejaba al ponerme delante. Y no se equivocaba. Yo era su muro. Donde yo estaba, mi padre lo pensaba dos veces.

Le enseñé cosas que un hermano no debería tener que enseñar. A reconocer la manos abiertas y cerradas. A salir por la ventana del lavadero sin hacer ruido. A esperar en el campo, junto a la acequia, hasta que la luz de la cocina se apagara: señal de que la tormenta había pasado. Y le enseñé también cosas inofensivas, porque un niño no puede vivir solo de estrategias de supervivencia: le enseñé los nombres de los huesos de la mano, que se los sabía de memoria gracias a mi tratado, y ella los repetía como una canción: escafoides, semilunar, piramidal, riéndose de lo raros que sonaban.

El canario llegó en un cumpleaños, como regalo de una vecina compasiva. La niña quiso ponerle un nombre y estuvo días dándole vueltas, descartando cada propuesta por insuficiente.

—Tiene que ser un nombre grande —me explicó, muy seria, con el pájaro temblando en el cuenco de sus manos—. Porque es muy pequeño y el mundo es muy grande, y si le pongo un nombre corto se va a asustar.

—¿Y si lo llamas Capitán? —dije—. Los capitanes son los últimos en abandonar el barco. Nunca tienen miedo.

Le encantó. Lo bautizó Capitán esa misma tarde, en una ceremonia de la que fu el único testigo, y durante años creí que le había regalado una idea bonita. M equivocaba en lo esencial, como en casi todo lo que se refiere a ella. No le habí enseñado que el capitán es valiente. Le había enseñado, sin darme cuenta, que e capitán es quien se queda cuando todos los demás se hunden. Que la lealtad y e naufragio son la misma cosa, vistas desde dos cubiertas.

Diecisiete años más tarde, una mujer a la que yo creía no conocer me devolver ese nombre desde un sillón gris, y entendería, por fin, que ningún profesor sab nunca del todo qué lección está dando. Uno cree estar regalando un pájaro y, e realidad, está enseñando a hundirse con elegancia.

29

Carla cambió de tema sin que yo se lo pidiera, lo cual, en una paciente tan medida, equivalía a un anuncio.

—He estado leyendo sobre la piel —dijo a mitad de la siguiente sesión, mientras yo fingía repasar mis notas—. ¿Sabía usted que la piel se organiza por dentro a lo largo de líneas? Unas direcciones invisibles, según las cuales las fibras se tensan. Hay quien las llama líneas de tensión. Un anatomista austríaco les puso su nombre hace un siglo y medio.

Levanté la cabeza muy despacio, con el cuidado del que no quiere espantar a un pájaro posado en su hombro.

—Líneas de Langer —dije.

—Exacto. —Sonrió, complacida, como una alumna ante el profesor que confirma la lección—. Langer. Suena a médico alemán con bata impecable y vida ordenada, ¿no le parece? Justo lo contrario de lo que uno imaginaría al manejar ese conocimiento. —Cruzó las piernas—. Lo curioso es para qué sirve saberlo. En medicina, para que las cicatrices queden disimuladas: si cortas siguiendo la línea, la herida cierra fina, casi invisible. Pero el dato en sí es neutro. Sirve igual para coser como para lo contrario. Depende de en qué manos caiga.

No respiré. La frase del prólogo, la mía, la que no he pronunciado en voz alta ante nadie, latía en algún lugar detrás de mis dientes: a veces uno decide usarla para lo menos académico posible. Carla acababa de decir lo mismo con otras palabras, frente a mí, en mi propio sillón, con la naturalidad de quien comenta el tiempo.

—¿Por qué ha leído usted sobre eso? —pregunté. El usted me servía de barandilla.

—No lo sé. —Se encogió de hombros, y el gesto fue tan creíble que casi la creí —. Me topé con ello en un libro y se me quedó. A veces un dato se te queda enganchado y no entiendes por qué. Como una canción de la infancia. O como el nombre de un pájaro que crees haber olvidado. —Me miró fijamente, sin

parpadeo—. Usted lo entenderá, doctor, que trabaja con lo que se queda enganchado en la gente. Dígame: ¿hay datos que se le hayan enganchado a usted ¿Qué cosas sabe sin recordar de dónde las sabe?

Dejé el bolígrafo en la mesa baja con lentitud deliberada, para que el gesto no temblara.

—Todos los tenemos —respondí—. Forma parte de ser humano.

—Ya. —Asintió—. Aunque hay una diferencia entre los datos que se enganchan por azar y los que alguien te clava a propósito. —Se inclinó apenas hacia delante —. Igual que hay diferencia entre una cicatriz que sigue la línea de Langer y otra que la atraviesa. La primera apenas se ve. La segunda nunca se cierra del todo. — Ladeó la cabeza—. ¿Qué clase de cicatrices tiene usted, doctor? ¿De las que siguen la línea o de las que la cruzan?

Cuando se marchó, a las cinco y cincuenta en punto, me quedé largo rato sentado en el sillón vacío de enfrente —el suyo, no el mío—, mirando la jaula del patio. Por primera vez admití, sin rodeos, una idea que llevaba semanas rondándome y a la que no había querido abrir la puerta: que Carla no hablaba de su pasado en aquellas sesiones.

Hablaba del mío.

30

Decidí averiguar quién era Carla. No por la vía de preguntárselo —jamás se l pregunta a un adversario lo que se le puede sustraer—, sino por la mía: lo papeles.

Tenía su ficha. La había rellenado yo el primer día: Carla Mond, treinta años, sir pareja, contable en una gestoría del centro. Un teléfono. Una dirección que, ahor lo sabía, era falsa, porque su verdadera dirección daba a mi propio patio. Empec por la gestoría. No existía ninguna contable con ese nombre; ni siquiera existía l gestoría que figuraba en la ficha, o había cerrado años atrás. Probé el teléfon desde una cabina —aún quedan dos en el barrio, reliquias que uso precisament porque nadie las usa—: daba tono, saltaba un buzón impersonal, una vo robótica que no decía ningún nombre.

Tiré de los hilos que un hombre discreto sabe tirar sin dejar huella. Un conocid del registro. Una búsqueda en los listados públicos. El rastro de cualquier person normal: la nómina, el padrón, las redes, la huella digital que todos arrastramos sir querer como un caracol su baba. Carla Mond no tenía ninguna. No es que tuvier poca: no tenía. La mujer que se sentaba en mi sillón dos veces por semana, qu doblaba su abrigo gris con pulcritud de tasadora, que pagaba siempre en efectiv no constaba en ningún sitio. Era un nombre vacío, una jaula sin pájaro.

Solo conozco dos clases de personas sin rastro. Los muertos. Y los que se ha borrado a propósito, con método, con tiempo, con la misma disciplina con la qu yo me borré a mí mismo hace diecisiete años.

Aquella constatación debió de señalarme la verdad como una flecha. Una muje de la misma edad que mi hermana, borrada del mundo con mi misma técnica sentada frente a mí, preguntándome por cuchillos y pájaros. Pero la mente cuando teme una conclusión, construye desvíos, y la mía construyó el má cómodo: si alguien se había fabricado a Carla Mond de la nada, ese alguien tení que ser un profesional de las identidades, alguien acostumbrado a inventa personajes e investigar vidas ajenas. Alguien, por ejemplo, una periodista.

Así que, en lugar de cruzar el patio, bajé dos pisos. En lugar de mirar la ventan de enfrente, miré la de abajo. Me equivoqué de mujer del modo más torp posible: teniendo todas las piezas sobre la mesa, las ordené para que apuntaran quien prefería que fueran, y no a quien eran.

31

Durante tres días me equivoqué de mujer.

Conviene confesarlo, porque demuestra que ni siquiera yo, que vivo de leer a la personas, escapo a la trampa más vieja del oficio: ver lo que uno ha decidido ve de antemano. Había resuelto que la amenaza tenía el rostro de periodista. Nor encajaba con una comodidad casi insolente. Había surgido de la nada justo cuando se reabría el caso; se había instalado en mi edificio; preguntaba con l dulzura de quien ya conoce la respuesta; investigaba «casos viejos que nadi terminó de contar». Y, sobre todo, tenía la edad. La edad exacta. Si la pequeñ seguía viva, tendría veintinueve años. Nora podía tener veintinueve sin esfuerzo.

Así que durante tres días la vigilé. Volví los prismáticos —ya he reconocido qu los tengo— hacia el 4.º B en lugar de mirar al patio. La observé. La seguí un mañana hasta una cafetería de la calle Cádiz; la vi reunirse con un hombre qu resultó ser su productor; escuché, desde una mesa prudente, con un libro y mi gafas de sol, invisible en el edificio imposible de no ver, cómo discutían plazos audiencias, patrocinios. Una noche, incluso, rebusqué en su basura; a estas altura las delicadezas sobran. Hallé recibos, un blíster de pastillas para dormir, e corazón de una manzana, un bolígrafo seco. Lo que cualquiera encuentra en l basura de cualquiera. Lo que no hallé fue una sola prueba de que Nora fues quien yo temía. Porque no lo era.

Y, pese a todo, con qué facilidad me había convencido de lo contrario. En tre días le había levantado a Nora un expediente entero de culpabilidad con el mism material con el que cualquiera podría levantarme uno a mí: coincidencias, edades oportunidades. Ahí regresaba la lección del señor Bru, devuelta como u bumerán: el culpable distribuye sospechas por el horizonte para no mirarse en e espejo.

Hasta que una noche, repasando mis apuntes de la semana, me detuve en tre líneas anotadas sin darles peso. «Carla: pájaro. Canario. Nombre demasiad grande. No se acuerda.» Más abajo: «Carla paga siempre en efectivo.» Y debaj aún: «Carla llega clavada. Ni antes ni después. Como yo.» Tres notas sueltas, tre

baches en un camino que llevaba meses recorriendo sin mirar el suelo. Las le juntas por vez primera, igual que se leen juntas las cajas de una mudanza o la almohadas de una cama, y emergió la arquitectura.

Buscaba a una desconocida infiltrada en mi edificio. No se me había ocurrido, n por asomo, recelar de la única persona a la que yo mismo había abierto la puerta sentado en un sillón enfrente y pagado por estudiarme dos veces por semana.

El mejor escondite no es la oscuridad. Es la cita de las diez en punto.

Aparté los prismáticos del 4.º B. Despacio, casi con reverencia, los giré hacia e patio, hacia la ventana de enfrente, hacia la jaula vacía que llevaba trece día oscilando frente a la mía.

32

Decidí seguir a Carla.

Lo resolví con la misma frialdad con que resuelvo todo: sopesando el coste calibrando el riesgo, sin pedirle permiso al corazón. Si la fotografía bajo m puerta decía la verdad, si de aquella casa había salido más de uno, entonces l pequeña respiraba en algún lugar, rondaría los veintinueve, y arrastraría diecisiet años de una infancia clausurada por el fuego. Y yo, que me ganaba la vid reconociendo a los supervivientes del trauma, tenía enfrente, dos veces po semana, a una mujer de esa edad exacta, obsesionada con un pasillo de cuatr puertas, que soñaba con dormidos a los que no debía despertar, que habí bautizado a un canario con un nombre demasiado grande.

Resultaba absurdo. Un paciente no elige a su terapeuta por capricho del cosmos Carla me había localizado en una web de psicólogos, había solicitado una cit como cualquiera, había pagado en efectivo —ahora, al recapitular, siempre e efectivo— y me había servido una historia perfectamente vulgar de ansiedad soledad. Yo mismo, con la cabeza intoxicada por las coincidencias, estab ensamblando un monstruo a base de retales. El error clásico del que se sab culpable: creer que el universo entero conspira para cobrarle la deuda.

Aun así, la seguí.

Salió de la sesión de las cinco a las cinco y cincuenta, puntual como un sentencia; se puso el abrigo gris en el rellano y bajó por la escalera. Aguard medio minuto y descendí tras ella, a dos tramos de distancia, con las suela mudas y el pulso en su sitio. La acompañé por Russafa; crucé Colón cuando e semáforo me lo permitió sin obligarme a correr; y me preparé para una larg caminata hacia algún arrabal, hacia una vida que justificara su efecto y su tristeza.

No hubo caminata.

Carla dobló la esquina de mi propia manzana. Se internó en el callejón estrech que yo evito por costumbre, el que parte la manzana por la mitad y que —ahor lo veía por primera vez en años, porque nunca lo piso— desembocaba en l

trasera de un edificio. Una fachada que daba perpendicularmente a un patio interior.

A mi patio interior.

Me detuve en la boca del callejón. Observé cómo Carla sacaba unas llaves, abría un portal desconchado y se adentraba en él. Conté las plantas con la mirada, traté la geometría, levanté el plano en la cabeza como hago siempre, y el plano me devolvió una respuesta que me clavó al suelo en mitad de aquel pasaje que llevaba años esquivando sin saber por qué.

El piso de Carla daba al mismo patio que el de mi estudio.

Estaba enfrente. A no más de quince metros, separados por aquel pozo de aire hondo y angosto, con la gravilla blanca al fondo. Su ventana miraba mi ventana.

Y en su ventana, desde hacía exactamente trece días —tres antes de que yo la contara por primera vez; ahora todo era cálculo—, colgaba una jaula vacía con la puerta abierta.

33

Regresé a casa por la ruta de siempre, subí los seis pisos, entré, pegué el oído a l puerta por costumbre y me dirigí al estudio sin encender una sola luz.

Me dejé caer en mi sillón, a oscuras, y observé el patio. Enfrente, a quinc metros, se encendió una luz: la ventana de Carla. La vi moverse por el interior d su piso —una silueta, el abrigo gris ya retirado, la melena soltándose— con l despreocupación de quien llega a su hogar y desconoce o desatiende que l observan. Encendió una lámpara de pie. Y entonces, al iluminarse el fondo de l estancia, vi la pared.

La pared de Carla, la que daba al patio, la que, desde mi sillón, quedab exactamente enfrente y a plena vista, estaba forrada de papeles.

No alcancé a leerlos desde allí. Tampoco me hizo falta para reconocerlo Recortes de prensa. Folios impresos. Fotografías. Hilos rojos como los que l gente tiende en las películas y que yo siempre había juzgado un recurso d guionista perezoso, hasta esa noche, en que comprendí que la gente los tiend porque, a veces, la verdad verdadera adopta forma de telaraña. Había un geografía en aquella pared, un orden; y yo, que detecto el orden ajeno como u perfumista una nota, supe que tenía delante un caso. Y supe, con un certidumbre que me bajó por la espalda como agua helada, de quién era.

Mío.

Saqué los prismáticos. No voy a fingir que no los tengo, a estas alturas; u hombre que vigila un cruce tres veces por minuto y un patio cada noche pose prismáticos, y quien afirme lo contrario miente o se desconoce. Enfoqué. L mano, esta vez, no me tembló: ante el peligro real, el cuerpo se me ordena solo tiembla únicamente ante el peligro imaginado.

Leí.

En el centro, una fotografía grande, granulada, ampliada de algún periódic antiguo: una casa de pueblo envuelta en llamas, de noche, con las siluetas de lo bomberos recortadas contra el fuego. Encima, un titular que me sabía d

memoria desde los quince años: TRAGEDIA EN LA VEGA: MUEREN CUATRO PERSONAS DE UNA MISMA FAMILIA EN UN INCENDIO.

Alrededor, como satélites, otras imágenes. Mis padres, jóvenes, en una foto de comunión. Tomás con el uniforme del instituto. La casa entera reconstruida en papel. Y, abajo a la derecha, separada de las demás, unida al centro por un hilo rojo, una fotografía reciente.

Era yo. Saliendo de mi portal, el de las dos torres, con la barra de pan bajo el brazo. La misma toma que había recibido en el sobre, o su hermana gemela. Junto a ella, en un pósit amarillo, con esa caligrafía minúscula e inclinada, idéntica a la mía, tres palabras.

Las leí tres veces para cerciorarme.

Es él. Confirmado.

Bajé los prismáticos. En el patio, el viento agitó la jaula vacía y la puertecilla repitió su pequeño ruido, ese que yo había aprendido a oír desde mi sillón. Por fin entendí por qué lo había aprendido a oír: porque alguien lo había colgado ahí frente a mi ventana, para que yo lo oyera. La jaula no era una coincidencia de mal gusto del universo. Era un mensaje. Llevaba trece días sonando para mí, y yo, el gran lector de los demás, no había sabido descifrarlo.

Carla no era mi paciente.

Carla me cazaba.

Y, mucho peor —lo comprendí esa noche con el estómago cerrado—, llevaba semanas permitiéndome verla hacerlo.

SEGUNDA PARTE

LA GRIETA

34

(Nora)

Un primer periodista para quien trabajé, un hombre que olía a tabaco y a certez y que agonizaba lentamente en una redacción que cerraron tres meses después me enseñó una norma: no te enamores de tu teoría, porque eso te lleva a dejar de buscar pruebas y a empezar solo a buscar confirmaciones. La repito antes de cada caso, como si fuera una oración. Sin embargo, en cada caso la incumplo igual que una promesa.

Con el doctor Salinas la incumplí desde el primer día.

Lo había rastreado durante meses antes de mudarme a la finca. Sabía que e superviviente del incendio de La Vega se había licenciado a distancia, se había especializado en trauma infantil —una ironía que no se me escapaba—, había publicado un ensayo casi clandestino y se había escondido en Valencia bajo un perfil tan tenue que costaba creer en su existencia. Cambió de provincia. Recortó su apellido en algún registro. Se volvió, literalmente, lo más invisible que se puede ser sin desvanecerse. Y eligió, entre todas las casas de la ciudad, la única imposible de no ver: el edificio de las dos torres. Esa contradicción me robó muchas noches de sueño. Un hombre que anhela esconderse y lo hace en el punto más visible del mapa. Solo encontré una explicación que me convenciera a que no pretendiera ocultarse del mundo, sino vigilarlo. Que necesitara ver llega lo que llegase.

Y algo llegaba. Lo supe por la fuente.

Arranqué el caso por mi cuenta; a los dos meses, recibí el primer sobre. Sin remite. Dentro, fotocopias del informe forense original, subrayadas. Alguien desde fuera, deseaba que yo siguiera tirando del hilo. Al principio sospeché de un policía resentido, de un vecino del pueblo con un rencor añejo. Los sobre

continuaron. Cada vez más precisos, cada vez más próximos. El último traía una sola línea, manuscrita, con una caligrafía minúscula e inclinada que parecía de médico o de niña aplicada: «El cuarto cuerpo no era de ella. Pregunte por la niña.»

No firmaba. Jamás firmaba. Pero quienquiera que fuese conocía detalles reservados a dos clases de personas: la policía, o alguien que hubiera estado dentro de aquella casa la noche del fuego. Y la policía no mete sus papeles en sobres anónimos.

Por eso alquilé el 4.º B. No para espiar a Salinas desde lejos —me había calado en primer día, lo noté en la facilidad con que me franqueó la entrada; un hombre así no abre su puerta por cortesía—, sino para estar cerca cuando aquello, fuera lo que fuera, sucediera. Porque iba a suceder. Los sobres lo anunciaban con la paciencia de un reloj.

Confieso lo que no suelo confesar: también me mudé por mí. Tuve un hermano Mayor. Se marchó de casa a los diecinueve, tras una pelea con mi padre, una bronca como tantas, de esas que parecen una más hasta que resulta ser la última. Prometió que llamaría. No llamó. No está muerto, que yo sepa; sencillamente está en ningún sitio y lleva veinte años en ese mismo sitio. Me dedico a narrar historias de gente que se esfuma porque, en el fondo, sigo buscándolo en todas. Reconocí en Salinas la forma exacta de quienes se van quedando. Lo que no calculé —lo único que la norma del periodista muerto no contempla— fue empezar a dudar de quién era la víctima y de quién el cazador.

Porque la noche en que subí con las cervezas, cuando le pregunté en qué se le notaría a un superviviente y él me respondió, con esa calma de pozo, «búscalo entre los que no tiemblan», no me describió a un monstruo.

Se describió a sí mismo. Y lo hizo sabiéndolo.

Un hombre no te entrega su propio retrato a menos que ya haya decidido qué hará con la única testigo que lo escucha.

35

(Vega)

A mí el caso Salinas me lo dejó en la mesa un becario, con esa inconsciencia d los que aún no saben que algunos expedientes muerden. «Revisión rutinaria d restos, incendio del 2009, La Vega.» Llevaba veintiocho años en el cuerpo y habí aprendido a oler los casos que se cerraban deprisa, igual que se huele la humeda detrás de una pared recién pintada. Aquel olía desde la primera página.

No por lo que decía, sino por lo que callaba. Un incendio doméstico, una famili de cuatro, un superviviente de quince años sin una sola quemadura. La gente de pueblo había firmado «accidente» con el alivio de quien prefiere no remover, y entiendo ese alivio: nadie quiere que el horror tenga nombre y apellidos en su parroquia. Pero los números no sienten alivio. Y los de aquel expediente no cuadraban.

Mandé los restos al laboratorio nuevo, el que hace cosas que en 2009 eran cienci ficción. Tardaron tres meses. Cuando llegó el informe, lo leí dos veces, me serv un café que se enfrió y lo leí una tercera vez. En aquella casa habían muerto tre personas, no cuatro. Dos hombres y una mujer. De la niña, Marina Salinas, d doce años, no había rastro biológico. Ninguno. Y una criatura de doce años no s evapora.

Lo que de verdad me quitó el sueño no fue el dato. Fue la fotografía del crío, l del expediente antiguo: quince años, descalzo en el jardín, una manta sobre lo hombros, contemplando el fuego que devoraba a su familia. Todos lo supervivientes que he visto en veintiocho años miran ese fuego de una manera La he visto cientos de veces: la boca abierta, los ojos hundidos, el temblor. E crío de la foto no se veía así. Miraba el incendio como un albañil mira una pare terminada. Con atención. Sin temblor. Comprobando que había quedado bien.

Los compañeros más jóvenes creen que la culpa se lee en el nerviosismo. Llev demasiados interrogatorios para tragarme eso. La culpa torpe se pone nerviosa; l culpa inteligente se pone serena. Lo difícil no es pillar al que suda: es pillar al qu

te ofrece un té y te mira con la calma de quien, antes de abrirte la puerta, ha calculado cuánto vas a poder probar.

Por eso subí a las dos torres sin avisar la primera vez. Quería ver cómo recibía. Y lo que vi me confirmó lo que el laboratorio solo insinuaba: aquel hombre no era ni un inocente ni un culpable. Recibía como un profesional. Y de qué era profesional, me pregunté mientras bajaba en aquel ascensor antiguo y educado era lo único que el informe no me decía.

36

(Don Emilio)

A mí que no me pregunten por análisis ni por psicologías, que yo de eso no sé Yo sé de portales. Llevo veintidós años en este, y le digo una cosa: a la gente se l conoce de verla bajar la escalera. No hace falta más.

Al doctor lo conocí el día que vino a ver el piso; hace seis años. Bajó la escaler despacio, mirando los escalones como si los contara, y pensé: este es de lo ordenados, de los que no dan guerra. Y no la dio. Buenos días, buenas tardes: e periódico, el pan, las escaleras; siempre, nunca el ascensor. Educado. Distante eso sí, pero distante fino, no maleducado. Un hombre solo, de esos que se not que han tenido un golpe gordo en la vida y han decidido que ya no más. Yo d esos he visto muchos. El barrio está lleno. La ciudad está llena. Gente que baja l escalera como si pidiera permiso para existir.

Lo que nunca me cuadró fue lo de las visitas. Porque al doctor no lo visitab nadie, años, ni un alma, salvo los pacientes, que esos suben puntuales y baja puntuales y no cuentan. Y de pronto, en unos meses, tres mujeres. La periodist del cuarto, maja, curiosa, de las que apuntan. La policía, que esa la calé antes d que enseñara la placa, que a la policía se la huele. Y una tercera, una que vino un vez a preguntarme por él, del montón, ni guapa ni fea, de esas que no se t quedan. Esa me dio mala espina. No por nada que hiciera. Por cómo preguntaba Como quien ya sabe y solo comprueba. Se lo dije al doctor, que tuviera cuidad No me hizo mucho caso. La gente nunca hace caso al portero, y eso que e portero, se lo digo yo, es el que más ve.

La noche del fuego yo estaba en la portería con el periódico, como siempre. Oí e jaleo, los bomberos, la policía. Subieron, bajaron. Y al final sacaron al doctor co las manos quemadas y la cara de un hombre que ha perdido algo que no s recupera. Lo metieron en una ambulancia. Me miró un segundo desde la camilla y yo levanté la mano para saludarlo, como cada mañana, sin pensar, por costumbre Y él me la devolvió, con la mano vendada, también por costumbre. Fue lo últim

que vi que hizo en este portal. Luego vinieron los periódicos, y la radio por e ordenador, y lo pintaron de monstruo, del peor que se recuerda. Y yo, que no s de psicologías, solo puedo decir lo que sé, lo que vi desde una portería durant veintidós años: que un hombre que baja la escalera como ese hombre, contand los escalones, saludando sin mirar, no es el monstruo que cuentan. Será otra cosa Será un hombre con un golpe gordo. Pero monstruo, lo que se dice monstruo ese no. Y a mí, de portales y de gente bajando escaleras, no me gana nadie.

37

(Vega)

A mi comisario no le gustó nada que reabriera lo de La Vega, y me lo dijo con la franqueza de los que mandan: «Vega, ¿tú sabes lo que cuesta reabrir un caso cerrado como accidente hace diecisiete años? Papeleo, presupuesto, prensa, si se entera y todo: ¿para qué? Para quitar un dolor viejo en un pueblo que ya lo enterró. Déjalo. Te quedan dos años para la jubilación. No los gastes en fantasmas.»

Lo escuché en su despacho, de pie, con la carpeta bajo el brazo, y le di la única respuesta que me ha funcionado en veintiocho años con los que mandan: la verdad envuelta en un oficio. «Comisario, los números no cuadran. Tres cuerpos donde se contaron cuatro. Una menor desaparecida que nadie buscó. Si eso sale a la luz dentro de cinco años porque a alguien se le ocurre mirar lo que yo ya he visto, no va a ser un dolor viejo: va a ser una negligencia con su nombre y el mío en el encabezado. Yo solo le pido autorización para mirar. Si no hay nada, lo cierro y me jubilo en paz. Si hay algo, mejor que lo encontremos nosotros y no un periodista.»

La palabra periodista hizo efecto, como siempre. A los que mandan no les asusta la injusticia; les asusta el titular. Me dio un presupuesto de tres meses y medio refunfuñando, con la condición de que lo llevara «discreto». Salí de su despacho sabiendo dos cosas. La primera, que tenía vía libre, a regañadientes, para tirar del hilo. La segunda, más amarga, era que el sistema entero —el comisario, el pueblo, la Guardia Civil de hace diecisiete años— estaba construido sobre el mismo principio que la familia Salinas: no remover. Preferir el accidente al crimen. Preferir la cuenta que cuadra con la verdad, no la que escuece. Y comprendí bajando las escaleras de la comisaría, que mi verdadero adversario en aquel caso no sería un asesino. Iba a ser la inercia de un mundo entero empeñado en mirar hacia otro lado con elegancia. Contra un asesino, una sabe luchar. Contra la comodidad de todos, nunca se gana del todo. A lo sumo, se molesta.

38

(Vega)

Volví a las dos torres por segunda vez, y aquella visita me dejó peor que la primera, porque la primera me dio una sospecha y la segunda me quitó la coartada para no actuar.

Salinas me recibió igual: cortés, sereno, ofreciéndome un té que rechacé, con esa quietud que en veintiocho años solo había visto en dos clases de personas, los muy inocentes y los muy peligrosos, que por fuera se parecen tanto que el oficio consiste, en el fondo, en distinguirlos. Le hice las preguntas de rutina y me las devolvió perfectas, sin titubeos ni contradicciones. Demasiado perfectas. La gente normal se equivoca en los detalles pequeños: el día de la semana, el color de una puerta, cuántas escaleras subió. Salinas no se equivocaba en nada. Recitaba su vida como un testigo que ha repasado su declaración mil veces. Y un testigo que ha repasado su declaración mil veces o dice la verdad absoluta o miente con una disciplina que da escalofríos.

Pero hubo un instante. Uno. Cuando mencioné a su hermana —«su hermana pequeña, Marina, ¿verdad?»— algo le cruzó la cara. No miedo; este hombre no tiene miedo. Me di cuenta enseguida. Fue otra cosa. Ternura. Una ternura que apareció medio segundo y que él guardó enseguida, como se guarda una fotografía al oír pasos. Lo anoté mentalmente: este hombre puede no temer nada en el mundo y, aun así, hay un nombre que le ablanda los ojos. Y en mi oficio cuando un sospechoso de hielo tiene un solo punto cálido, ese punto es la grieta por la que se entra. O por dónde se le hace daño.

Bajé en el ascensor antiguo pensando que llevaba el caso del revés. Había subido a vigilar a un asesino frío, y me marchaba con la imagen de un hombre que protegía algo con toda su quietud. La pregunta no era qué había hecho David Salinas. La pregunta era a quién estaba cubriendo, y por qué un hombre se pasa diecisiete años construyéndose una vida de fantasma para custodiar un nombre que le ablanda los ojos. La respuesta, cuando llegó, semanas después, en una

pantalla con cinco ciudades y cinco muertes, no me sorprendió. Solo me dio pena. Porque hay culpables a los que una detiene con gusto, y hay otros a los que una detendría con gusto si no fuera porque, al mirarlos, ve a un crío de quince años poniéndose delante de algo para que no alcance a otro.

39

No confronté a Carla. Quien espera que un hombre como yo derribe la puerta d enfrente y exija explicaciones no ha entendido nada de un hombre como yo.

Pasé la noche entera repasando mis opciones igual que repaso la cama por la mañanas, buscando el pliegue que no encaja. Tenía delante a una desconocid que se hacía llamar paciente, que conocía mi rutina al minuto, que habí levantado en su pared un altar a mi pasado y que me espiaba a través de un patic La reacción instintiva —la de cualquiera— habría sido el miedo, la denuncia, l huida. Ninguna me servía. El miedo se nota; la denuncia abre expedientes, y u expediente sobre mí era exactamente lo que llevaba diecisiete años evitando; l huida confirma la culpa que la persecución solo insinúa.

De modo que escogí lo más difícil: continuar como si nada.

A la mañana siguiente bajé a por el pan a la hora de siempre, saludé a Do Emilio, esquivé el callejón por costumbre. A las diez en punto, cuando sonaro los dos golpes, abrí la puerta y recibí a Carla con la misma media sonris profesional de cada sesión. Ella se quitó el abrigo, lo dobló sobre el brazo de sillón e hizo un inventario rápido. Y yo, que sabía lo que sabía, le pregunté por s semana con una serenidad que me sorprendió a mí mismo. Porque, mientra hablaba, comprendí algo que me erizó la nuca más que cualquier amenaza: aque duelo de fingimientos no me angustiaba. Me entretenía. Llevaba diecisiete año sin sentir el pulso de un adversario a mi altura, y aquella mujer —fuese quie fuese— me lo había devuelto.

Esa misma tarde, sin embargo, el equilibrio que tan cuidadosamente sosten empezó a resquebrajarse desde un flanco que no había vigilado. Sonó el porter automático a una hora sin cita. Una voz de mujer, cansada, espesa, pronunció m nombre con la cortesía neutra de quien no necesita ser amable porque le sobr autoridad.

—¿David Salinas? Soy la inspectora Vega, Policía Nacional. ¿Le importa qu suba? Cinco minutos.

Miré el telefonillo unos segundos antes de pulsar el botón. Tres frentes, pensé. La periodista abajo. La paciente enfrente. Y ahora la policía en el portal. Tres mujeres orbitando alrededor de un hombre que se había pasado la vida puliendo su invisibilidad. El azar no construye simetrías tan limpias. Alguien las estaba colocando, una a una, con la paciencia con que yo coloco las almohadas.

Y empezaba a temer conocer su nombre.

—Suba —dije.

40

En una de aquellas sesiones, Carla volvió al sueño del pasillo, y lo hizo con una variación que me quitó el sueño a mí durante días.

—He vuelto a soñar con las cuatro puertas —dijo—. Pero esta vez las he contado mal. —Ladeó la cabeza—. En el sueño abro la primera y duerme un hombre grande, de manos rojas. Abro la segunda y duerme una mujer con gafas de sol puestas, incluso dormida. Abro la tercera, y duerme un chico joven con unos cascos en las orejas. —Hizo una pausa larga—. Y llego a la cuarta. Y la abro. Y dentro no duerme nadie. La cama está vacía, deshecha, todavía caliente. Y entonces, en el sueño, entiendo una cosa horrible, doctor: que la persona de la cuarta habitación no está dentro porque la persona de la cuarta habitación soy yo que estoy en el pasillo, abriendo puertas. —Me miró—. ¿Qué significa soñar que abres la puerta de tu propia habitación vacía?

Apunté la pregunta con mano firme, y firme me salió la respuesta, aunque por dentro algo se descolgaba:

—Significa, a veces, que uno se busca en un lugar donde ya no está. Que el yo que creía recordar se ha mudado, y uno sigue abriendo la puerta antigua por costumbre.

—O significa —dijo Carla, con su sonrisa minúscula— que en esa casa, aquella noche, había cuatro durmientes y un quinto de pie en el pasillo. Y que la historia que todos cuentan —cuatro muertos, un superviviente— se equivoca en la aritmética. No fueron cuatro y uno, doctor. Fueron tres durmientes a los que alguien no dejó despertar, y dos de pie en el pasillo. Dos. —Se levantó—. Pero usted es el experto en memoria. Seguro que yo cuento mal. Las niñas cuentan mal. Por eso nos mandan a dormir temprano: para que no contemos lo que pasa cuando los mayores creen que dormimos.

Cerró la puerta a las cinco y cincuenta, exacta, y yo me quedé con el bolígrafo en alto, repasando una suma que llevaba diecisiete años haciendo mal. Cuatro y uno. Siempre cuatro y uno. Y, por primera vez, la aritmética de una desconocida —tres

y dos— encajaba en el hueco blanco de mi memoria mejor que la mía propia. Porque en mi recuerdo verdadero, el de bordes sucios, el que sobrevivía bajo la niebla, no había cuatro cuerpos. Había tres durmientes. Y había una mano pequeña en mi hombro, en el pasillo, que llevaba diecisiete años colocando al principio de la noche cuando pertenecía, en realidad, justo al final.

41

Don Emilio fue, sin saberlo, el primero en avisarme de que algo se movía alrededor de las dos torres, y lo hizo con la misma economía con que me anunciaba los crímenes del país.

Bajé a por el pan un poco más tarde de la cuenta —tres minutos, no dos; ya he confesado que aquellos días empezaba a romper mis propias reglas— y lo encontré apoyado en el quicio de la portería, con el periódico doblado bajo el brazo en lugar de abierto sobre el mostrador, señal inequívoca de que tenía algo que contar y prefería contarlo de pie.

—Doctor —dijo, en ese tono confidencial que reserva para las cosas que no salen en su periódico—. Ayer vino una mujer a preguntarle por usted.

Me detuve en el primer escalón, sin volverme del todo, calibrando la frase.

—¿Una paciente?

—No lo dijo. —Se rascó la barbilla—. Joven. Del montón, ni guapa ni fea, de esas que no se quedan en la memoria, lo cual ya es raro, porque yo a la gente la recuerdo. Preguntó si usted vivía solo, a qué hora bajaba, si recibía visitas. —Frunció el ceño—. Le dije lo que le digo a todo el que pregunta de más: que aquí no damos datos de los vecinos. Pero me dejó una mala espina, oiga. No por lo que preguntó. Por cómo lo preguntó. Como quien ya sabe la respuesta y solo quiere ver si tú se la confirmas.

Como quien ya sabe la respuesta. Reconocí la técnica al vuelo, porque era la mía, la que empleo en consulta: no se interroga para averiguar, se interroga para comprobar lo que ya se intuye y, de paso, medir al que responde. Quienquiera que fuese aquella mujer del montón, no buscaba información sobre mí. Me estaba auditando.

—¿La había visto antes por el barrio? —pregunté.

—Esa es la cosa. —Don Emilio bajó aún más la voz—. Me sonaba. Pero no de la calle. Me sonaba como me suenan a veces las caras de los que salen en m

periódico, en las páginas de atrás, las de sucesos. Una cara que has visto en algú sitio y que no querrías volver a ver. —Se encogió de hombros, restándos importancia a sí mismo—. Cosas de viejo, doctor. Uno lleva veintidós año mirando pasar a la gente y termina viendo fantasmas. No me haga caso.

Le hice todo el caso del mundo. Subí los seis pisos a pie, como siempre, y po primera vez los conté escalón a escalón, no por puntualidad, sino porque conta me serenaba. Una mujer del montón, imposible de recordar, que preguntab como quien ya sabe, con una cara de las páginas de sucesos. No era Nora; a Nor se la recuerda. No era Vega; Vega enseñaba la placa. Era una tercera, y la tercera comprendí mientras metía la llave y pegaba el oído a mi propia puerta, llevab colgada una jaula vacía frente a mi ventana desde hacía exactamente dos semanas

42

Antes de que Vega subiera por segunda vez, hice algo que llevaba diecisiete año sin atreverme a hacer: solicité mi propio expediente.

No el judicial, que estaba cerrado y al que no se tenía acceso sin levanta sospechas, sino el otro, el administrativo, el de un menor que quedó huérfano d golpe y pasó por dos centros de acogida antes de cumplir la mayoría de edad Existe, en este país, un archivo para cada infancia rota; basta con saber pedirlo soportar la espera. Fui en persona, con mi documento y una mentira pequeñ sobre un trámite de pensión, y una funcionaria amable, de esas que tratan lo papeles ajenos con más respeto que sus dueños, me trajo una carpeta delgada descolorida con mi nombre.

La abrí en una mesa de formica, bajo un fluorescente que parpadeaba, y m encontré con un desconocido de quince años. Había fotografías: la ficha de centro, el rostro de un chico delgado que miraba a la cámara sin miedo ni súplica solo con ese inventario frío que ahora reconocía como mío. Había informes d psicólogos —ironía de ironías— que me describían con palabras que entonces n entendí y ahora me sé de memoria: «afecto aplanado», «ausencia llamativa d sintomatología postraumática», «el menor no presenta pesadillas, culpa n ideación intrusiva relacionada con el suceso». Es decir: el niño que lo habí perdido todo dormía como un tronco. Lo consignaron como una rareza clínica Hoy sé que era una confesión, redactada por profesionales que no supiero leerla.

Pero lo que me dejó la carpeta entre las manos, literalmente incapaz de pasar l página, fue una hoja casi al final. El informe de ingreso. En el apartado d «familiares supervivientes o tutores», alguien había escrito a máquina: «Ninguno» Es el menor y el único superviviente del accidente. Y debajo, a mano, co bolígrafo azul, una anotación posterior, fechada tres semanas después, que nadi se molestó nunca en explicar: «Reclama tutela una tía materna (norte). S concede traslado de la hermana.»

La hermana.

No de mí. De la hermana. La anotación daba por hecho, en un descuido burocrático que diecisiete años de archivo no habían corregido, que existía una hermana a la que trasladar al norte. Un funcionario, en algún momento, había sabido que la pequeña estaba viva, lo había escrito y lo había olvidado, y el papel había dormido en una carpeta mientras el mundo entero la enterraba en una casa quemada y yo me acusaba de su muerte cada noche.

Cerré la carpeta. Le di las gracias a la funcionaria amable. Salí a la calle, a la luz, y me quedé un rato largo en la acera, sosteniendo en el cuerpo una verdad que el papel acababa de darme con la frialdad de lo administrativo: no estaba loco, no era una coincidencia, no era la culpa hablando. La pequeña había sobrevivido. Lo decía el Estado, con su letra de máquina y su bolígrafo azul. Solo faltaba averiguar en qué se había convertido la niña que la tía del norte se llevó, y por qué, diecisiete años después, esa niña convertida en mujer se sentaba dos veces por semana en mi sillón a preguntarme por cuchillos.

43

Vega tardó veinte minutos en gastar sus cinco. La gente que anuncia cinco y consume veinte sabe exactamente lo que hace.

Rondaba los cincuenta. Manos grandes, voz fatigada, y esa cortesía densa de los buenos interrogadores, que no preguntan: dejan que el otro hable para rellenar un silencio que ellos no piensan rellenar. Se sentó en el borde del sofá sin desabrocharse la gabardina y barrió el piso con una sola mirada, distinta de la de Nora. Nora observaba para entender a la persona; Vega, para localizar el objeto fuera de sitio.

—Le seré franca, señor Salinas —dijo—. No es una visita oficial. Todavía. Hemos reabierto un caso antiguo. Un incendio. Ya sabe cuál.

—Lo sé.

—Diecisiete años. —Extrajo una carpeta fina; no la abrió—. Se cerró como accidente doméstico. Y es probable que lo fuera. Pero la tecnología ha cambiado los protocolos también, y de cuando en cuando, si hay presupuesto y poco trabajo, rescatamos del archivo lo que en su día se cerró deprisa. Revisamos restos. Cotejamos con bases de datos que entonces ni siquiera existían. Rutina. —Me miró—. ¿Le incomoda hablar de aquello?

—Es de lo único de lo que la gente quiere hablar conmigo —respondí—. Aprendí hace mucho tiempo a no incomodarme.

Asintió, como anotando sin anotar.

—Usted tenía quince años. Salió por la ventana del piso inferior, según el informe. Cuando llegaron los bomberos, estaba en el jardín, descalzo, sin una sola quemadura. —Me recorrió de arriba abajo—. Eso siempre me ha resultado curioso. Cuatro personas dentro, ninguna salió. Y un crío de quince, intacto.

—Tuve suerte.

—Tuvo suerte —repitió, en un tono que ni afirmaba ni negaba—. ¿Recuerda aquella noche?

Ahí estaba la pregunta. La misma que Carla me había formulado de otra manera la misma que Nora me había deslizado con cervezas. Toda mi vida, últimamente parecía girar en torno a una sola pregunta repartida entre tres bocas: ¿recuerdas?

—La recuerdo perfectamente —mentí, y la mentira era doble, porque lo que recordaba con nitidez era, justamente, lo que no había ocurrido—. Demasiado bien. Es lo que tiene el trauma a esa edad: no se borra, se fosiliza.

Vega me sostuvo la mirada un instante más. Luego se levantó.

—Una última cosa —dijo, ya en el umbral, con esa naturalidad ensayada de quien reserva lo importante para la puerta—. En el informe se contabilizaron cuatro víctimas. Sus padres, su hermano mayor y su hermana pequeña. —Media pausa —. ¿Usted vio los cuatro cuerpos?

—No. Estaba en el jardín. Solo vi el humo.

—Claro. —Una sonrisa que no terminó de manifestarse—. Verá, señor Salinas, ese es precisamente el detalle que nos hizo volver. El fuego de aquella casa fue intenso. Tanto que de tres víctimas quedó material suficiente para identificarlas. De la cuarta, en cambio, apenas nada. Y lo poco que se conservó, con los medios de hoy, plantea dudas. Nada concluyente. Por ahora.

—¿Qué clase de dudas?

Abrió la puerta. El aire frío del rellano se coló en el salón.

—Dudas sobre si su hermana pequeña estaba dentro de la casa aquella noche — dijo—. Que tenga buen día, doctor.

Y se marchó, dejando la palabra «doctor» flotando como una acusación cortés —porque sabía, igual que yo, que doctor no era—, y dejándome con la pregunta que llevaba diecisiete años sin atreverme a formular. Si la pequeña no estaba en la casa, ¿dónde estaba? Y, sobre todo: ¿dónde estaba ahora?

44

(Nora)

Debería explicar lo del fuego de mi propia casa, ya que ando metiéndome en la de los demás, porque un periodista que persigue desapariciones suele esta persiguiendo, en realidad, una sola.

Mi hermano se llamaba Quim. Era seis años mayor que yo, y para una niña sei años son una distancia astronómica que el cariño cruza como puede. Lo adorab con esa devoción acrítica de la hermana pequeña, y él me correspondía a ratos generoso y ausente a la vez, como son los hermanos mayores. La noche que s fue de casa yo tenía trece años y fingí dormir mientras él discutía con mi padre e el pasillo, una bronca como tantas, de las que parecen una más hasta que es l última. Oí la puerta. Oí sus pasos en la escalera. Pensé: mañana se le pasa, com siempre. No se le pasó. No volvió. No llamó. Llevo veinte años esperando un llamada que mi cabeza sabe que no va a llegar y que mi cuerpo, cada vez qu suena un teléfono desconocido, sigue esperando.

Me hice periodista por Quim, aunque tardé años en admitirlo. Cada caso que elij —desaparecidos, supervivientes, gente que se borra del mapa— es el mismo cas disfrazado. Persigo a hombres que se fueron por una escalera y no volvieron, lo entrevisto, los reconstruyo, les pongo nombre y final, y con cada uno entierro u poco a mi hermano sin lápida. Es un oficio enfermo, si lo piensas. Convertir e duelo en método. Pero todos los oficios buenos nacen de una herida, y el mí sangra por donde se fue Quim.

Por eso, cuando di con el caso de David Salinas, con el niño que sobrevivió y s borró, reconocí algo familiar antes de razonarlo. No buscaba a un asesin Buscaba, una vez más, a un hermano que se iba por una escalera. Y por es cuando empecé a sospechar que el verdadero fantasma de la historia no er David sino Marina —la que sí se borró del todo, la que volvió con otro nombr —, sentí un escalofrío que no era profesional. Porque llevo veinte años deseand que mi hermano vuelva, con cualquier nombre, de cualquier forma. Y la histori

de los Salinas me enseñó lo que nunca me había atrevido a pensar: que a vece los que vuelven no son los que se fueron. Que el tiempo y el daño lo transforman en otra cosa. Y que quizá la suerte más piadosa, con cierto hermanos, es que no vuelvan nunca.

45

La sesión siguiente con Carla fue la más extraña de mi vida profesional, y h tenido sesiones extrañas. Porque los dos sabíamos. Ella sabía que yo había visto l pared; yo sabía que ella sabía. Y, sin embargo, ninguno rompió la coreografía Nos sentamos uno frente al otro, paciente y doctor, dos esgrimistas que ha acordado, sin pactarlo, seguir tocándose con la punta del florete embotada par alargar el asalto.

—¿Qué tal la semana? —pregunté, como siempre.

—Productiva —dijo, como nunca—. He ordenado cosas que llevaban tiemp pendientes. Me gusta dejarlo todo en su sitio antes de… —dejó la frase abierta con una pulcritud cruel— antes de los cambios. Una se siente más tranquila s llegado el momento, no queda nada fuera de lugar.

Anoté la palabra cambios sin rodearla, para no darle el gusto de verm reaccionar.

—¿Espera usted cambios? —pregunté.

—Siempre llegan, doctor. La cuestión no es esperarlos, sino estar preparada. — Cruzó las piernas, me miró con esos ojos entre verde y ceniza—. ¿Usted est preparado? Para lo que sea que esté esperando desde hace, no sé, ¿diecisiet años?

Sostuve el bolígrafo sin escribir. El reloj mudo no marcaba nada. Fuera, el tranví bajó por Colón. Comprendí, en aquel silencio, la naturaleza exacta del juego qu jugábamos: no era un interrogatorio, ni una amenaza, ni una venganza. Era u reconocimiento. Dos personas que llevaban toda la vida siendo ilegibles para e resto del mundo se habían encontrado, por fin, con alguien capaz de leerlas, ninguna de las dos quería que la lectura terminara demasiado pronto. Me cazaba sí. Pero me cazaba despacio, saboreándolo, porque cazarme era la primer conversación verdadera que tenía en años. Y, para mi vergüenza, para mí también

—Carla —dije, y por una vez el nombre falso me supo a ceniza en la boca— ¿Por qué viene aquí? En realidad. Cuando se quita todo lo demás.

Sonrió, la sonrisa minúscula.

—Por lo mismo que usted no me echa —respondió, levantándose para marcharse, puntual a las cinco y cincuenta—. Porque los dos llevamos demasiado tiempo solos con algo que solo el otro puede entender. —Dobló el abrigo sobre el brazo, lo recogió—. Es agotador ser el único que sabe quién es uno, doctor. Usted lo sabe mejor que nadie. Hasta el jueves.

Cuando cerró la puerta, me quedé mirando el sillón vacío y, por primera vez, admití algo que me asustó más que la pared, más que la fotografía bajo la puerta, más que Vega: que no quería que aquello terminara. Que llevaba diecisiete años deseando, sin saberlo, exactamente a la persona que había venido a destruirme.

46

(Vega)

Fui a La Vega un martes, sola, sin coche oficial, porque a los pueblos pequeño conviene entrar como una jubilada cualquiera y no como la Policía Nacional. La gente del campo cierra la boca en cuanto ve una placa y la abre, en cambio, ante una desconocida que pide un café y elogia el pan.

El bar lo llevaba una mujer de unos setenta años, seca y lista, de esas que han visto pasar el siglo por su barra. Tardó dos cafés en colocarme y, una vez colocada, habló más de lo que yo había venido a preguntar, que es lo que pasa cuando alguien lleva años callando algo que le pesa.

—La casa de los Salinas —dijo, secando un vaso ya seco—. Usted viene por eso. Se le nota. Aquí ha venido poca gente a preguntar, y la que vino, vino por eso. —Me miró de arriba abajo—. El padre era una mala bestia. Eso lo sabíamos todos y lo callábamos todos, que para eso somos pueblo. La madre venía a por el pan con gafas de sol en enero. El mayor andaba siempre con los cascos. La pequeña una criatura con un pájaro. Y el del medio… —chasqueó la lengua— el del medio miraba. Como mira usted, oiga, no se ofenda. ¿Cómo mira la gente que está sumando por dentro?

Le pregunté, sin darle mayor peso, por la noche del incendio. Dejó el vaso.

—Eso pregúnteselo a quien quede de la familia de Casimiro, el pastor —dijo—. Él juraba que vio salir a dos críos de la casa antes de que aquello prendiera de verdad. Dos. Cruzando hacia la acequia. Se rieron de él porque bebía, pero Casimiro, borracho, contaba mejor la verdad que muchos sobrios el embuste. —Se inclinó sobre la barra—. Si salieron dos, señora, y solo se contó uno, ¿dónde está el otro? He estado haciéndome esa misma pregunta durante diecisiete años mientras seco vasos. Como usted es de fuera, quizás se atreva a responderla.

Salí de allí con la libreta llena y el estómago cerrado. Fui a ver al hijo de Casimiro, también pastor, heredero del oficio y de la mala fama. Confirmó la historia de su

padre con la indiferencia del que la ha repetido sin que nadie la haya escuchado
dos figuras pequeñas, una más alta que la otra, cruzando el campo helado hacia l
acequia mientras la casa empezaba a humear a su espalda. La más alta llevaba a l
pequeña de la mano. Y la pequeña llevaba algo entre las manos, algo que aleteaba

Un pájaro. La niña salió de aquella casa en llamas con un pájaro vivo entre la
manos. Lo apunté, subrayé «pájaro» dos veces y me quedé mirando la palabra e
mitad de un camino de tierra, sintiendo el primer escalofrío de verdad de todo e
caso. Porque los inocentes que huyen de un incendio no se detienen para salvar
un canario. Tenía un presentimiento, antes de que empezara todo, de que habrí
fuego.

47

(Declaración de J. M., bombero retirado, recogida por la inspectora Vega al reabrir el caso. Transcripción.)

«¿Qué si me acuerdo de aquel incendio? Señora, llevo cuarenta años apagando fuegos y la mayoría de ellos se me ha borrado. Aquel no. Aquel lo tengo aquí —se señala la frente— como si fuera ayer, y le voy a decir por qué, que nunca lo puse en ninguna parte porque entonces no se estilaba poner según qué cosas.

»Llegamos tarde, la casa estaba a las afueras, mal comunicada. Cuando entramos arriba ya no había nada que hacer. Pero el crío, el de quince, estaba en el jardín de pie, descalzo sobre la hierba helada, mirando arder su casa. Y aquí va lo que no se me olvida: ese crío no temblaba. Yo he sacado a mucha gente de incendios señora, y todos, todos, tiemblan, lloran, gritan el nombre de los suyos, quieren entrar a buscarlos aunque se quemen. Hay que sujetarlos. A ese no hubo que sujetarlo. Estaba quieto, con una manta que le habíamos echado, mirando el fuego con una cara… ¿cómo le diría? Con la cara del que mira la tele. Atento pero lejos. Le pregunté si quedaba alguien dentro y me dijo, clarito, sin que le temblara la voz: "Mis padres y mi hermano." Mi hermano. No dijo "mis hermanos". Dijo "mi hermano". Yo entonces no até cabos, estábamos a tope pero años después, cuando me jubilé y me daba por pensar, me acordé de eso. Que el crío contó a los muertos y le salió uno menos de los que decían los papeles. Como si él supiera una cuenta distinta.

»Lo otro que recuerdo es que, mientras subíamos las mangueras, me pareció ver allá lejos, hacia los campos, hacia donde está la acequia, algo pequeño que se movía. Un animal, pensé, un perro asustado. No le di importancia. Ahora que usted me pregunta por dos niños… yo no vi dos niños, señora, no le voy a mentir a estas alturas. Pero vi algo moverse hacia la acequia y a un crío que no temblaba, contando un muerto de menos. Haga usted las cuentas; para eso es policía. Yo solo apago fuegos, y aquel, le juro, fue el único que en cuarenta años me dio más miedo apagado que encendido.»

48

(Vega)

La científica que reanalizó los restos se llamaba Paula, trabajaba en el laboratorio nuevo y tenía la costumbre, que agradecí, de explicar las cosas como si una fuera tonta, lo cual, en ciencia forense, es la única manera de que una entienda algo.

Me citó en su despacho, lleno de pantallas, y puso sobre la mesa un informe que yo ya había leído tres veces sin entender del todo. «Inspectora —dijo—, le traduzco. En 2009, con los medios de entonces, se contaron cuatro cuerpos porque se contaron cuatro fichas dentales y porque faltaba una familia de cuatro. Lógica de descarte: si faltan cuatro y hay restos de cuatro, son esos cuatro. Pero la lógica de descarte falla cuando uno de los desaparecidos simplemente no estaba. Hoy no contamos fichas: contamos individuos. Y en esos restos hay tres individuos. Dos varones adultos emparentados entre sí y con el superviviente. Y una mujer adulta, también emparentada. Punto. No hay material infantil. Ni un molar de leche, que es lo más resistente que existe, inspectora, los dientes de leche aguantan lo que no aguanta el hueso. Si esa niña hubiera ardido en esa casa, tendríamos sus dientes. No los tenemos. Conclusión: esa niña no ardió en esa casa.»

Le pregunté si era concluyente, si lo firmaría ante un tribunal. Me miró por encima de las gafas con la paciencia de quien lleva toda la vida lidiando con policías que quieren certezas donde solo hay probabilidades. «Firmo que no hay restos compatibles con una menor de doce años. Lo que usted deduzca de esa ausencia es cosa suya, no de la ciencia. La ciencia solo le dice dónde no está el cuerpo. Encontrar dónde sí está la persona, eso es su oficio, no el mío.»

Salí del laboratorio con la frase de Paula clavada: la ciencia dice dónde no está el cuerpo; encontrar a la persona es tu oficio. Diecisiete años nadie había hecho eso oficio, porque nadie había tenido motivos para dudar de una cuenta que cuadraba sola: cuatro muertos, un huérfano, qué pena, a otra cosa. Hizo falta una tecnología nueva y una inspectora con pocas ganas de jubilarse en paz para

preguntar lo que el pueblo, la Guardia Civil y diecisiete años habían preferido no preguntar: ¿y si la niña no murió? La respuesta de Paula no acusaba a nadie. Solo abría un hueco con forma de niña en medio de un expediente cerrado. Pero los huecos, en mi oficio, no se quedan vacíos mucho tiempo. Tarde o temprano alguien vuelve a ocuparlos. Y aquella niña sin dientes de leche ya había vuelto comprendí; llevaba meses ocupando su hueco a quince metros de la ventana de su hermano, doblando con cuidado un abrigo gris.

49

(Vega)

El becario que me dejó el expediente en la mesa se llamaba Rubén, tení veinticuatro años y la convicción, propia de su edad, de que los casos viejos son aburridos. Lo emparejé conmigo precisamente por eso: necesitaba a alguien que no diera por sentado lo que mi generación sí lo daba.

Lo mandé al pueblo, a La Vega, a hacer lo que ya no tengo paciencia para hacer tocar puertas. Volvió a los tres días con una libreta llena y una cara distinta de la que se había llevado. Había hablado con la mujer del bar, con el cura, con dos vecinas ancianas, con el hijo del pastor Casimiro. Y todos, sin ponerse de acuerdo, le habían contado dos versiones de la misma familia. La oficial: padre trabajador, accidente fatal, niño superviviente. Qué desgracia. Y la otra, la que se cuenta en voz baja: el padre que pegaba, la madre con gafas de sol en enero, el chico del medio que se ponía delante y no lloraba, la cría con el pájaro, y aquella historia incómoda del pastor borracho que juraba haber visto salir a dos niños.

—Jefa —me dijo Rubén, y le temblaba un poco la voz de novato ante su primer caso de verdad—, hay una cosa que no me cuadra. Todos describían al chico del medio igual: raro, frío, el que miraba. Pero cuando les pregunto por la pequeña se les pone otra cara. Bajan la voz. Una de las viejas hizo el gesto de tocar madera. Y eso que la pequeña, oficialmente, murió a los doce años en el incendio. ¿Por qué le tienen miedo a una niña muerta desde hace diecisiete años?

Le di la respuesta que da el oficio cuando aún no tiene pruebas, solo certeza:

—Porque en los pueblos, Rubén, la gente sabe. No con la cabeza: con el estómago. Saben quién daba miedo en aquella casa, y no era solo el padre. Lo callan porque la cría murió y de los muertos no se habla mal, sobre todo de los niños muertos. Pero fíjate en una cosa: del chico dicen «raro». De la niña, bajan la voz. Raro es el que te inquieta. La voz baja se reserva para quien te aterra. —Cerré la carpeta—. Búscame a la niña, Rubén. La que murió sin dejar restos

Empieza por los registros de acogida del norte. Algo me dice que esa niña dejó de estar muerta hace mucho tiempo.

Rubén me miró como si le hubiera hablado en otro idioma. Tres semanas después, cuando cruzamos las cinco ciudades en la pantalla, dejó de mirarme así. Esa noche se fue a casa pálido, y yo me quedé sola en la oficina con cinco muertes ordenadas por fecha, pensando que llevaba toda la investigación vigilando la ventana equivocada del patio.

50

Una vez, una sola, estuve a punto de ser descubierto antes de tiempo, y fue po vanidad, el único pecado que no me sospechaba.

Años antes de Carla, cuando acababa de publicar mi modesto ensayo, m invitaron a dar una charla en un pequeño congreso de psicología del trauma Debí negarme; un hombre que ha organizado su vida entera en torno a l invisibilidad no sube a un estrado. Pero acepté, y acepté por vanidad: por la ide halagadora de que alguien quisiera oírme, de que el chico raro que subrayaba a lo muertos se había convertido en una voz que valía la pena escuchar. Don Ricard habría arqueado una ceja. La vanidad es la grieta por la que se cuela la perdició de los hombres ordenados.

Hablé sobre lo mío, sobre la transmisión del daño en la infancia, sobre cómo e verdugo suele haber sido antes víctima. Hablé bien; conozco el tema desd dentro, aunque el público no lo supiera. Y al terminar, en el turno de preguntas una mujer mayor, psicóloga de un pueblo del interior, se levantó y me hizo un pregunta que me heló la sangre en mitad del aplauso: «Doctor Salinas… Salinas qué apellido más de mi tierra. ¿No será usted de La Vega, por casualidad Recuerdo a una familia Salinas, hace años, una tragedia terrible, un incendi ¿Tiene usted algo que ver?»

El salón entero me miró. Tenía dos opciones, las de siempre, dos puertas en u pasillo. Negar —«no, debe de ser otra familia, es un apellido común»— arriesgarme a que insistiera, a que recordara, a que atara cabos delante de cie colegas. O reconocer una parte justa para cerrar el tema. Elegí, como siempre, l segunda, la más arriesgada y la más eficaz. Sonreí con una tristeza medida y dij «Sí, señora. Era mi familia. Perdí a los míos en aquel incendio cuando era niño. Y como comprenderá, es precisamente esa pérdida la que me trajo a esta profesió y a este escenario. No suelo hablar de ello, pero, ya que lo menciona, el traum del que les he hablado esta mañana no es teórico para mí. Es biográfico.» E salón se deshizo en una compasión murmurada, la mujer se disculpó conmovida alguien aplaudió, y mi historia, en lugar de delatarme, me blindó: a partir de aque

día fui, para aquel pequeño mundo académico, no un sospechoso, sino un superviviente ejemplar que había convertido su dolor en vocación. Convertí el momento más peligroso en el más protector. Es mi especialidad, ya lo he dicho: dar a la gente la verdad parcial que necesita para dejar de mirar. Pero salí de aquel congreso temblando por dentro, y no volví a aceptar una charla jamás. La vanidad casi me cuesta diecisiete años de invisibilidad. No tendría tanta suerte con mi hermana, que no era una psicóloga de pueblo con buena memoria, sino la única persona capaz de mirarme y verlo todo. A esa no se la despacha con medias verdades. A esa, al final, hubo que dejarla entrar.

51

El caso de Adela me ocupó semanas, y fueron, quizá, las semanas en que má cerca estuve de ser el hombre que fingía ser ante el barrio: el doctor, el que ayuda

La acompañé —con los cauces, siempre con los cauces— en cada paso. Redacte el informe clínico que documentaba las lesiones y el relato. La puse en contacto con la abogada. Hablé, con su permiso, con la trabajadora social del recurso de acogida. La animé a denunciar y, cuando reunió el valor, la esperé fuera de juzgado las tres horas que tardó, sentado en un banco con un café malo, como un padre, como el hermano que se ponía delante, solo que esta vez sin ponerme delante de nadie: limitándome a estar, a la salida, para que al salir hubiera alguien Gonzalo, el encantador marido, recibió una orden de alejamiento. No le pasó nada más. No se cayó por ninguna escalera, no le falló ninguna estufa, no se salió en ninguna recta. Siguió vivo, libre, probablemente buscándose otra Adela porque los hombres como él rara vez pagan y casi nunca cambian. Y esa impunidad, esa injusticia de que el culpable siguiera respirando mientras su víctima tenía que esconderse, fue precisamente lo que me confirmó que había hecho lo correcto. Porque la justicia limpia, la de verdad, casi nunca resulta satisfactoria. La satisfactoria es la otra, la de mi hermana, la del fuego que cierra cuentas. Y yo había aprendido, por fin, a preferir la insatisfactoria.

Adela se mudó a otra ciudad meses después, ya sin pañuelo, con un trabajo nuevo y un miedo que tardaría años en irse del todo, pero que ya no la gobernaba. La última sesión me dio las gracias de una manera que no olvido: no con palabras grandes, sino diciéndome que por fin había dormido. «Usted me enseñó que se puede salir sin convertirse en lo que huyes», dijo. No supe qué contestar, porque era exactamente la lección que yo no había sabido darme a mí mismo a los quince años, ni darle a mi hermana. Adela la aprendió. Nosotros, los Salinas, no. Esa es, supongo, la única diferencia que de verdad importa entre las familias que se salvan y las que arden: no el daño que reciben, que es parecido, sino lo que eligen hacer con él.

Pienso en Adela a menudo, en la celda, más que en muchos otros. Porque es l
prueba viva de que yo podía ser otra cosa, de que el hombre que no era Marin
existió de verdad durante unas semanas, con una paciente, en una notaría, en u
juzgado. No fui ese hombre durante el tiempo suficiente ni con quien más l
necesitaba. Pero existió. Y me aferro a Adela como un náufrago a una tabla: s
pude salvarla por las buenas, entonces no soy, no del todo, lo que el mundo cre
que soy. Soy, a lo sumo, un hombre que aprendió a hacer lo correcto demasiad
tarde y con demasiada poca gente. Que no es la inocencia. Pero tampoco es e
monstruo del pódcast.

52

Antes de Nora, hubo en mi vida una ausencia deliberada de mujeres, y d hombres, y de cualquier vínculo que pudiera obligarme a ser visto. No fu castidad ni desinterés. Fue arquitectura.

Tuve ofertas, a lo largo de los años; no por encanto, sino por esa atracción qu ejerce sobre cierta gente el hombre cerrado, el que parece esconder un tesor cuando en realidad esconde un sótano. Una colega de la facultad a distancia, e los encuentros presenciales, me buscó durante todo un curso con una pacienci que merecía un mejor objeto. Una paciente —ocurre más de lo que la profesió admite— confundió el alivio de ser escuchada con otra cosa y me lo hizo saber la derivé a un compañero esa misma semana, con la corrección de quien cierr una puerta sin dar un portazo. No me permití ninguna de aquellas puertas. N por ética, aunque la había; por supervivencia. Un hombre que guarda lo que y creía guardar no puede dejar que nadie se quede a dormir, porque la gente que s queda a dormir, tarde o temprano, te oye hablar en sueños, y yo no podí arriesgarme a lo que pudiera decir un hombre que se acusaba cada noche d cuatro muertes.

Construí, pues, una soledad perfecta, y la llamé paz, como llamamos paz a tanta cárceles voluntarias. Tenía mi piso sin huellas, mis horarios exactos, mi té qu odiaba, mi cruce al que mirar. Me decía que no necesitaba a nadie, y casi me l creía, hasta que una mujer de abrigo verde subió unas escaleras cargando una caj sin etiquetar y me caló el primer día. Lo peligroso de Nora no fue que m investigara. Fue que me leyera y, habiéndome leído, no apartara la vista. Llevab toda la vida organizándolo todo para que nadie me leyera, y de pronto deseaba con un hambre que me asustó, exactamente lo que más temía: ser legible par alguien y sobrevivir a ello.

No llegué a saber qué habría sido aquello en otra vida, una sin pasillos ni jaulas n hermanas que vuelven de entre los muertos. Lo pienso a veces, en la celda, con l disciplina con la que uno se permite o se prohíbe ciertos pensamientos. Una vid en la que Nora subiera con dos infusiones y no hubiera nada que esconder; en l

que pegar el oído a la puerta antes de entrar fuera solo una manía graciosa qu
ella me reprocharía con cariño; en la que la jaula del patio fuera la de un vecin
cualquiera y no un mensaje cifrado de mi propia sangre. No tuve esa vida. Tuve l
otra. Pero durante unas semanas, frente a una ventana, con la mano de Nor
sobre la mía y un té que los dos fingíamos tolerar, la rocé. Y rozarla, sabiend
que no era para mí, fue a la vez el mejor regalo y el castigo más fino que me h
dado este mundo de mal gusto.

53

Con Nora ocurrió algo que no estaba en mis cálculos, y lo que no está en mi cálculos me desarma más que cualquier amenaza, porque llevo toda la vid calculando.

Subió una noche, ya tarde, sin motivo, o con el motivo que la gente disfraza d «pasaba por aquí», aunque viva dos pisos más abajo y nadie «pase» por un sext Traía dos infusiones en vasos de cartón. Una era hojicha.

—Sé que lo odias —dijo, tendiéndomelo—. Me lo contaste. Por eso te lo traig He pensado que un hombre que bebe cada día algo que odia necesita que, de ve en cuando, alguien le obligue a odiarlo en compañía. Es menos triste.

Cogí el vaso. No supe qué decir, que en mí es un acontecimiento. Nos sentamo frente a la ventana del cruce, como ya era costumbre, y bebimos en silencio aque té que los dos fingíamos tolerar, y por un rato no hubo caso, ni pódcast, n incendio, ni hermana muerta que no estuviera muerta. Hubo dos personas que s habían quedado sin miedo demasiado pronto, mirando una ciudad encenderse apagarse al otro lado de un cristal.

—¿Puedo preguntarte una cosa que no es para el pódcast? —dijo ella al cabo.

—No prometo contestar. Aprendí de ti.

Sonrió.

—¿Por qué dejas que me acerque? —Giró el vaso entre las manos—. Eres e hombre más cerrado que he conocido. No tienes cuadros, ni plantas de verdad, n una sola foto en casa. Vives para que nadie pueda leerte. Y, sin embargo, me deja subir. Me cuentas lo del té, lo de las almohadas, lo de pegar el oído a la puert ¿Por qué a mí?

Podría haberle mentido. Era mi reflejo, la mentira pequeña y bien medida. Per estaba cansado, diecisiete años cansado, y aquella noche le dije una verdad, un entera, quizá la única que le dije sin medir:

—Porque llevas un cuaderno —respondí—. Porque lo apuntas todo, igual que yo igual que… —me detuve a tiempo— igual que la gente que tiene miedo de que la verdad se le escape entre los dedos. Reconozco a los de mi especie, Nora. Y los de mi especie estamos tan solos que, cuando encontramos a otro, preferimos el riesgo de que nos lea al castigo de seguir siendo ilegibles. —Bebí un sorbo del té que odiaba—. Tú me lees. Es peligrosísimo. Y es lo más parecido a la compañía que he tenido en los diecisiete años.

Nora no apuntó nada. Dejó el vaso en el suelo, y en algún momento de aquella noche su mano terminó sobre la mía, en el brazo de la silla, y la dejé ahí, y ninguno de los dos lo nombró. No fue un gesto de amor, o al menos no solo. Fue un gesto de inventario: dos tasadores que, tras una vida tasando a los demás, se tasan por fin el uno al otro y deciden, contra todo criterio profesional, que el otro vale el riesgo. Lo que nadie dijo, porque aún no lo sabía nadie, fue cuánto íbamos a pagar los dos por aquel inventario. Ella, su norma. Yo, lo poco que me quedaba por perder.

54

(El Diario del Turia, hemeroteca. Pieza completa, octubre de 2009.)

«TRAGEDIA EN LA VEGA: MUEREN CUATRO PERSONAS DE UNA MISMA FAMILIA EN UN INCENDIO. — Una familia al completo, a excepción de uno de sus miembros, falleció en la madrugada de ayer en el incendio que arrasó su vivienda, situada a las afueras de la localidad de La Vega. Las víctimas mortales son el matrimonio, de 44 y 41 años, y dos de sus tres hijos, de 17 y 12 años. El tercer hijo, un varón de 15 años, logró salvarse al abandonar la vivienda por una ventana de la planta baja.

»Según fuentes de los servicios de extinción, el fuego se habría originado en la cocina, posiblemente por un fallo en una estufa de gas, y se habría propagado con rapidez debido a la antigüedad de la construcción y a la ausencia de detectores de humo. Cuando los bomberos lograron sofocar las llamas, poco pudieron hacer ya por los ocupantes.

»El alcalde decretó tres días de luto. Vecinos de la localidad, consternados, describieron a la familia como "reservada" y "de pocas palabras". "Eran gente discreta, no se metían con nadie", declaró una vecina. Otro residente, que prefirió no identificarse, apuntó que "en esa casa pasaban cosas raras, pero ya se sabe, uno no se mete en lo de los demás".

»El menor superviviente, que no presentaba heridas de gravedad, quedó bajo la tutela de los servicios sociales. La Guardia Civil da por accidental el origen del fuego, si bien las diligencias permanecen abiertas a la espera del informe forense definitivo.»

(Nota de archivo, manuscrita, añadida al reabrirse el caso: "Releído diecisiete años después. Tres frases lo dicen todo y nadie las leyó entonces: 'gente reservada', 'pasaban cosas raras', 'uno no se mete'. El pueblo sabía. El pueblo siempre sabe. Y el pueblo, como nosotros, prefirió no remover. — L.V.")

55

(Nora)

No fui la única que olió la historia. Eso conviene contarlo, porque el true crime es una carrera de buitres, y yo, por mucho que me indigne, soy uno de ellos.

Se llamaba Bruno Sales, llevaba un pódcast rival con el triple de oyentes que el mío y, sin ninguno de mis escrúpulos, se enteró de que yo andaba tras el caso del incendio de La Vega más o menos cuando me mudé al edificio de las dos torres. A partir de ahí, fue una carrera sucia por su parte y defensiva por la mía. Bruno tenía recursos que yo no: un equipo, dinero, contactos en redacciones que le filtraban lo que a mí me negaban. Yo tenía algo que él no: la fuente anónima, los sobres, y una proximidad al protagonista que él habría matado por conseguir. Durante semanas nos espiamos como dos depredadores rondando la misma presa, publicando avances calculados para marcar territorio, soltando migajas para que el otro supiera que íbamos por delante.

Lo que me repugnó de Bruno —y lo que más miedo me dio, porque era un espejo— fue su absoluta falta de duda. Para él, la familia Salinas no era simplemente personas: era contenido. Las cinco ciudades eran «temporada dos asegurada». El dolor de cinco familias era «material que engancha». Una tarde coincidimos en un café, los dos fingiendo que no nos seguíamos, y me soltó, con una sonrisa de tiburón joven: «Reconócelo, Vidal, esto es oro. El superviviente guapo y misterioso, la hermana muerta que igual no lo está, el fuego. Si lo bordamos, esto es Netflix. ¿Te imaginas? Solo tenemos que decidir quién lo cuenta primero y mejor», le contesté que detrás de cada uno de esos ganchos había un cadáver real y una familia real, y él se rió y dijo: «Ya, claro, por eso vende». El dolor de verdad se nota. Es nuestro mejor ingrediente. No te ponga digna ahora, que vives de lo mismo que yo.»

Tenía razón, el muy canalla, y por eso lo odié. Yo vivía de lo mismo que él. La única diferencia, me dije entonces para poder dormir, era que yo dudaba y él no. Pero dudar y hacerlo igual no es mucho mejor que no dudar; quizá es peor.

porque añade hipocresía. Bruno me ganó en oyentes hasta el final. Lo que no consiguió, lo que me dio la única victoria sucia de aquella competición, fue la cercanía: David hablaba conmigo, me dejaba subir, me tomaba el té que los dos odiábamos. A Bruno jamás le habría abierto la puerta. Gané la carrera no por ser el mejor periodista, sino por estar más cerca del dolor ajeno, por haberme mudado a su mismo edificio, por haberme dejado, yo también, contaminar de aquella familia. La victoria en el true crime, descubrí, no es de quien cuenta mejor la historia. Es de quien se acerca más al fuego. Y acercarse al fuego, ya lo aprendieron los Salinas, siempre deja quemaduras.

56

(Transcripción — «Sin testigos», episodio 3. Voz: Nora Vidal, con fragmento de entrevista.)

«Hoy le cedo el micrófono a alguien que perdió a una persona en este casc aunque entonces nadie lo llamó "caso", sino "accidente". He cambiado su voz y su nombre para protegerla. La llamaremos Marta. Es la hermana de una muje que murió, hace años, ahogada en una piscina vacía, en una ciudad que nc nombraré.

»MARTA: …es que eso es lo que más rabia me da, ¿sabe? Durante todos esto años pensé que mi hermana había sido descuidada. Una socorrista que se ahoga qué ironía, decía la gente. Me lo dijeron tantas veces que me lo creí. Me pasé año enfadada con ella, con mi hermana muerta, por haber sido tan tonta como par bajar de noche a una piscina vacía. ¿Se da cuenta? Enfadada con la víctima. Esc es el "accidente": te roba hasta el derecho a llorar bien, porque lloras con reproche.

»NORA: ¿Y ahora?

»MARTA: Ahora, cuando me llamas y me cuentas que quizás no fue un accidente, que tal vez hubo alguien más involucrado, no sé si agradecerte o senti rabia. Por un lado, me devuelves a mi hermana, pura y sin reproches; ya no la vec como tonta, sino como víctima. Pero, por otro lado, también me quitas la tranquilidad. Diecisiete años durmiendo con una mentira cómoda, y viene usted a cambiármela por una verdad que no puedo probar ni vengar. ¿Eso es un favor o una crueldad, señora Vidal? Dígamelo usted, que vive de esto.

»(Silencio en la grabación.)

»NORA: …No lo sé, Marta. Sinceramente. Llevo toda la carrera diciéndome que la verdad siempre es mejor. Y este caso me está enseñando que no siempre. Que a veces la verdad llega tarde, sin pruebas ni justicia posible, y solo sirve para

quitarle el sueño a quien por fin dormía. Le pido perdón. Por llamarla. Y por no poder ofrecerle nada más que el peso de saber.

»(Fin del fragmento.) La entrevistada pidió, tras la grabación, que este episodio no se emitiera. La autora respetó su voluntad. Se reproduce aquí, años después, con su permiso expreso, "para que conste que también nos equivocamos los que contamos.»

57

(Transcripción — «Sin testigos», episodio 2. Voz: Nora Vidal.)

«En el episodio anterior os dejé una foto y una pregunta: ¿cuántas persona salieron de aquella casa? Hoy os voy a hablar de aritmética, porque en este casc en el fondo, es un problema de aritmética que nadie quiso resolver durant diecisiete años.

»Cuatro muertos. Un superviviente. Cinco personas en la casa, menos una qu sale, igual a cuatro que mueren. Cuadra. Es una cuenta tan limpia que da gusto y por eso, nadie la revisó: las cuentas que cuadran no se revisan. Pero la cienci forense de hoy ha hecho algo muy simple y muy demoledor: ha contado lo cuerpos de verdad, uno por uno, hueso por hueso. Y han salido tres. Tres oyentes. No cuatro. Falta uno. Falta, concretamente, el más pequeño: una niña d doce años de la que no queda ni un diente de leche, y os aseguro, porque me l explicó una forense con mucha paciencia, que los dientes de leche son lo últim que el fuego se lleva.

»¿Qué significa esto? Significa que la aritmética nunca cuadró. Que no fuero cuatro y uno. Fueron tres muertos… y dos supervivientes. Dos. Un chico d quince años que apareció en el jardín. Y una niña de doce que, según un pasto del que todos se rieron, cruzó aquella noche un campo hacia una acequia y n volvió a aparecer jamás. Oficialmente, murió. Forensemente, no estaba. Esa niña oyentes, lleva diecisiete años en una casilla equivocada: la de las víctimas. Y yo m he pasado meses preguntándome qué pasaría si la moviéramos de casilla. Si e lugar de buscarla entre los muertos, la buscáramos entre los vivos. Entre los qu cambiaron de nombre. Entre los que aprendieron, muy pronto, demasiad pronto, que a veces la única forma de no volver a tener miedo es ser tú quien l reparte.

»No os adelanto más. Solo os pido que esta semana hagáis una cosa: cuando un cuenta os cuadre demasiado bien, contadla otra vez. Soy Nora Vidal. Esto es si testigos.»

58

Aquellos días bajé a la hemeroteca municipal. Nunca lo hacía; llevaba diecisiet años evitando, con la misma disciplina con que esquivo el callejón estrecho cualquier papel que aludiera a aquella noche. Vega, no obstante, había sembrad en mí una incomodidad que no me concedía tregua, y la incomodidad, en u hombre ordenado, solo se cura ordenándola.

Pedí la prensa de aquel octubre. Me la trajeron en un carrito, encuadernada e tomos pesados que olían —esto sí lo olía— a sótano y a tiempo. Pasé las página hasta el día. Ahí seguía el titular que me sabía de memoria: TRAGEDIA EN L VEGA. Debajo, la fotografía de la casa ardiendo, las siluetas de los bomberos, e texto sobrio de los diarios de provincia, que relatan las catástrofes con el mism tono con que anuncian las fiestas patronales, porque en los pueblos pequeño todo termina siendo, al cabo, vecinal.

Lo leí entero. Y al pie, en un recuadro minúsculo que diecisiete años atrás, co quince años y roto por dentro, no había llegado a leer, encontré una declaració que me dejó la sangre quieta.

Un vecino, un tal Casimiro Pons, pastor, que aquella noche conducía el ganad por el camino de las afueras, declaraba a la Guardia Civil haber visto «salir de l casa, antes de que el fuego cobrara fuerza, dos figuras pequeñas, dos niños, qu cruzaron el campo hacia la acequia y se perdieron en lo oscuro». La declaració aparecía citada una sola vez y nunca más. En las crónicas posteriores, el núme de supervivientes era, invariablemente, uno: el chico de quince años. Las do figuras del pastor se habían evaporado del relato con la discreción con que s evapora cualquier dato que contradiga la versión que todos prefieren conservar.

Dos figuras. Dos niños. Rumbo a la acequia.

Permanecí largo rato ante el recuadro, en aquel sótano que olía a tiemp intentando recordar si yo había cruzado un campo esa noche. No recordab haber cruzado ningún campo. Me recordaba en el jardín, descalzo, aguardando los bomberos: lo que dice el informe, lo que dije yo. El pastor, en cambi

hablaba de dos niños y de una acequia, y mi cuerpo —ese cuerpo mío que retiene los baches de un camino que no piso desde hace diecisiete años— hizo, al leer la palabra «acequia», algo que no le había ordenado: se me erizó la piel del antebrazo, como si recordara el frío del agua.

Hay recuerdos que no anidan en la cabeza. Anidan en la piel. Y la piel, a diferencia de la cabeza, no sabe mentir; solo sabe encogerse.

Fotocopié la página. La doblé en cuatro. La guardé en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al pecho, y subí a la calle, a la luz, al ruido honrado del tráfico con la sensación precisa de quien acaba de sustraer una prueba contra sí mismo sin saber aún de qué lo acusa.

59

Aquella noche no dormí, y para mí no dormir era un acontecimiento tan insólito como para otros no despertar.

Yo dormía bien. Siempre. Escandalizaba a la gente cuando les contaba mi historia, porque creían que la culpa se cobra en forma de insomnio, como si el cuerpo llevara una contabilidad moral. No la lleva. Lo sé porque he revisado esa contabilidad, metafóricamente y, alguna vez, no tan metafóricamente, y dentro no hay nada: hay órganos, hay líneas de Langer, hay un mecanismo que se detiene. La culpa es un concepto que algunas personas inventan para creer que el universo les cobra por sus acciones. Pero yo nunca he creído que eso me afectara, y por eso podía dormir con tranquilidad.

Aquella noche, no.

Me senté en el sillón del estudio, a oscuras, frente a la jaula del patio, y repasé el recuerdo. El mío. El que había sostenido durante diecisiete años. Lo recorrí igual que recorro la cama al amanecer: en busca del pliegue que no encaja.

Recordaba el pasillo. Recordaba las cuatro puertas —sí, las cuatro, las mismas con las que Carla soñaba, coincidencia que aparté porque no era capaz de cargar con ella—. Recordaba haber entrado en cada habitación. Recordaba el destello plateado, las líneas de tensión, las manos que se alzan primero, los antebrazos, los dedos. Recordaba a mi padre. A mi madre. A Tomás.

Y aquí asomaba el pliegue.

A la pequeña no la recordaba.

Recordaba haber entrado en su cuarto. Recordaba la jaula junto a la cama, el bulto bajo las mantas, el canario callado por ser de noche. Recordaba haber pensado, con esa frialdad administrativa que ya entonces me habitaba, que faltaba una. Pero el instante exacto, el gesto, el destello sobre ella: eso no lo recordaba. Donde debería haber un recuerdo, se extendía una niebla blanca, lisa, sin textura, idéntica a la que cubre los recuerdos inventados.

Conocía esa niebla. Se la había visto a centenares de pacientes. Es la marca de agua del recuerdo falso: demasiado limpia, demasiado quieta. Los recuerdos verdaderos tienen bordes sucios, detalles inútiles —un calcetín fuera de sitio, un ruido que no viene a cuento—. Los falsos están barridos. Y el de la muerte de mi hermana estaba barrido.

Durante diecisiete años había dado por hecho que la había matado, porque había matado a los otros tres y porque al final habían sido cuatro. Cuatro era la cifra. Cuatro, decían los periódicos, el informe, la versión amable. Había rellenado el hueco de mi memoria con el número que me ofrecían, como se completa un crucigrama con la única palabra que cabe. Nunca se me ocurrió que el número pudiera fallar. Que el cuarto cuerpo, el de la pequeña, no hubiera existido jamás.

Que yo hubiera matado a tres.

Y que alguien —yo mismo, quizá, o el incendio, o el tiempo— hubiera convertido el tres en cuatro para cuadrar la cuenta.

Me levanté. Fui a la cocina. Puse agua a hervir, pese a que eran las cuatro de la madrugada, y preparé un hojicha que no pensaba beber, solo para ocupar las manos en algo que mi madre había repetido mil veces. Mientras el agua subía de temperatura, contemplé mi reflejo en el cristal negro de la ventana, sobre el cruce dormido, y le hice a aquel hombre la pregunta que llevaba toda la vida sin atreverme a plantearle.

—¿La mataste? —dije en voz alta. La casa estaba tan callada que la pregunta sonó indecente.

El hombre del cristal no contestó. Tenía mi cara, mi quietud, mi falta de miedo. Pero, por primera vez en diecisiete años, no parecía un asesino seguro de su obra.

Parecía un hombre al que le habían robado un cadáver.

60

Carla trajo el periódico a la sesión siguiente.

No lo anunció. Entró, dobló el abrigo sobre el brazo del sillón con su pulcritud de costumbre y, antes de sentarse, sacó del bolso una hoja amarillenta, frágil, recortada con tijera por una mano cuidadosa, y la depositó sobre la mesa baja entre los dos, encima de la caja de pañuelos. La alisó con la palma, despacio, como se alisa una sábana. Después se sentó y esperó, con las manos cruzadas, a que yo la mirara.

La miré. No me hizo falta acercarme para reconocerla: TRAGEDIA EN LA VEGA, el titular que me sabía de memoria, la fotografía granulada de la casa en llamas, las siluetas de los bomberos contra el fuego. Diecisiete años. El papel había envejecido hasta adquirir el color del té que aborrezco.

—La encontré en la hemeroteca —dijo Carla, con la voz neutra de quien comenta una receta—. ¿Sabe lo que más me impresiona de esta foto, doctor? No el fuego. El fuego es lo que todos miran. A mí me impresiona el jardín. —Señaló, sin tocar el papel, una esquina inferior de la imagen—. Aquí. ¿Lo ve? Es difícil distinguir con el grano, pero hay una figura. Un chico, descalzo, de espaldas a la cámara, mirando arder la casa. No huye. No grita. No se tapa la cara. Está quieto, mirando, como quien comprueba que un trabajo ha quedado bien.

Mantuve el rostro inmóvil. Era, palabra por palabra, lo que Vega me diría días después; era, supe luego, lo que la propia Vega había pensado al ver esa misma fotografía. Dos mujeres distintas, mirando la misma imagen, llegan a la misma conclusión sobre un niño de quince años. Y yo, sentado entre ambas miradas, era ese niño.

—¿Por qué me enseña esto, Carla? —pregunté.

—Porque usted trabaja con recuerdos —dijo—, y quería traerle uno que no fuera suyo, para variar. —Se inclinó, recogió el recorte, lo guardó con el mismo cuidado con que lo había sacado—. O para comprobar si lo es. —Volvió a cruzar las manos—. ¿Sabe qué pienso a veces? Que ese chico del jardín no recuerda bien

aquella noche. Se ha contado una versión durante tanto tiempo que ya no se distingue lo que pasó de lo que se contó. Y que, en el fondo, daría cualquier cosa por que alguien que estuvo allí se sentara enfrente de él y le dijera, por fin, lo que de verdad ocurrió.

Tragué saliva. El reloj mudo no marcaba nada.

—¿Y usted estuvo allí, Carla? —Pregunté, y fue lo más cerca que estuve, en tres meses, de romper la coreografía.

Sonrió, la sonrisa minúscula. Recogió el bolso. Se levantó.

—Pregúntemelo otro día, doctor —dijo en la puerta—. Cuando esté preparado para no volver a dormir bien. Por ahora, siga durmiendo. Se le da tan bien… Siempre se le dio. Hasta de niño.

Y se fue, dejándome con la última frase clavada como una astilla, porque solo una persona en el mundo podía saber que el niño del jardín, aquella noche y todas las siguientes, había dormido sin un solo sueño.

61

La duda sobre el cuarto cuerpo me devolvió, esa madrugada, a una escena qu llevaba diecisiete años sin visitar de frente: la mañana siguiente al fuego.

Recuerdo el frío del jardín en los pies descalzos. Recuerdo la manta áspera que u bombero me echó por los hombros y que olía a humo y a sudor ajeno. Recuerdo sobre todo, las preguntas, porque eran terreno conocido: yo llevaba toda la vid adelantándome a las de mi padre, y las de un guardia civil agotado a las seis de l mañana eran, en comparación, sencillas. ¿Dónde dormías? Abajo, en el cuarto de lavadero. ¿Por qué abajo? Porque hacía menos frío junto a la caldera. ¿Cóm saliste? Por la ventana, cuando olí el humo. ¿Y tus padres, tus hermanos? Grité llamé, no contestaban, el humo no me dejaba subir. Lloré en ese punto. No fu difícil llorar; bastó con pensar en la pequeña, y las lágrimas vinieron sola auténticas, las únicas auténticas de toda la mañana. El guardia me dio un palmada torpe en la manta. Nadie sospechó de un crío de quince años qu lloraba por su hermana muerta.

Lo que nadie supo —lo que entendí solo diecisiete años después, en un sillón gris, oyendo a una paciente pronunciar un nombre de pájaro— es que cad respuesta que di aquella mañana era cierta en la forma y falsa en el fondo, que e la clase de mentira que jamás se descubre. Dormía abajo, sí, pero no por l caldera: desde abajo se oía cuando mi padre subía. Salí por la ventana, sí, pero n huyendo del humo: el humo lo había provocado otra mano, y yo salí después cuando ya no quedaba nada que hacer dentro salvo arder. Y lloré por la pequeña sí, con lágrimas verdaderas, sin saber —esto es lo monstruoso, lo que todavía m cuesta escribir— que la pequeña no estaba dentro de la casa por la que yo l lloraba. Que cruzaba en ese momento un campo helado hacia una acequia, viva con un canario suelto volando vaya usted a saber dónde, mientras su hermano de medio se ganaba, a fuerza de lágrimas sinceras por una muerte que no existía, l coartada más perfecta que un asesino podría desear.

Diecisiete años creí que aquella coartada la había construido yo, fríamente, par protegerme. Aquella madrugada, por primera vez, se me ocurrió la pregunta qu

lo cambiaba todo: ¿y si la coartada no la construí yo? ¿Y si me la construyeron ¿Y si alguien, esa noche, colocó a un niño de quince años en un jardín, descalzo y llorando, como se coloca una pieza en un tablero, para que cargara durante diecisiete años con una cuenta que no le correspondía entera?

No pude seguir tirando del hilo. La mente, ya lo dije, construye desvíos cuando teme la conclusión. Pero el hilo quedó tirante. Y los hilos tirantes, tarde o temprano, alguien los corta o tiran de ellos hasta el final.

62

(Transcripción — «Sin testigos», episodio 1, montaje preliminar. Voz: Nora Vidal.)

«Hay una fotografía que no puedo quitarme de la cabeza. La sacó un fotógrafo de provincias hace diecisiete años, de madrugada, mientras ardía una casa en un pueblo del interior. En primer plano, el fuego. Los bomberos. El humo subiendo recto contra un cielo sin viento. Y, en una esquina, casi fuera de cuadro, una figura pequeña: un niño descalzo, de espaldas, mirando arder su casa.

»Todos los que han visto esa foto reparan en el fuego. Yo solo veo al niño. Porque el niño no hace lo que haría usted, lo que haría yo, lo que haría cualquiera cuyo mundo se incendia delante de él. No corre. No grita. No cae de rodillas. Está quieto. De pie. Mirando. Con la espalda recta de quien comprueba que algo ha quedado bien hecho.

»Ese niño tiene hoy treinta y dos años, vive en la ciudad imposible de no ver, en el edificio imposible de no ver, y se ha pasado diecisiete años siendo imposible de ver. Esta temporada vamos a preguntarnos una sola cosa, oyentes, y les advierto que la respuesta puede no gustarnos a ninguno: ¿cuántas personas salieron, de verdad, de aquella casa? Porque los papeles dicen una. La ceniza, cuando por fin alguien la ha mirado con los ojos de hoy, dice otra cosa.

»Soy Nora Vidal. Esto es sin testigos. Y, como en todas mis historias, les pido lo de siempre: no se enamoren de la primera teoría. Ni de la segunda. En estos casos, la verdad es la tercera, y suele llegar tarde, y suele doler.»

(Fin del montaje. Nota manuscrita de la autora en el margen, sin fechar: «No emitir hasta confirmar quién es el segundo. Cada día estoy más segura de que el segundo es ella. Y de que ella lo sabe. Y de que va a dejar que lo paguemos los demás.»)

63

Nora volvió a subir, esta vez sin cervezas ni excusas. Llamó a deshoras, pasada las once, cuando la ciudad ya había bajado el volumen, y me la encontré en e rellano con el abrigo verde sobre el pijama y los ojos de quien tampoco consigu dormir.

—No puedo con esto sola —dijo—. ¿Me dejas pasar? Prometo no apuntar nada.

La dejé pasar. Llevaba semanas dejándola pasar contra todo criterio profesional contra todo instinto de supervivencia, y empezaba a sospechar el motivo, aunqu todavía no me atrevía a nombrarlo.

Acercamos dos sillas a la ventana del salón, la del cruce, y nos sentamos contemplar la ciudad tal como la contemplo siempre: con atención y sin emoción, salvo que aquella noche había alguien al lado para corregirme l segunda parte. Le confié pequeñeces. No las grandes —esas aún las ignoraba y mismo—, sino las menudas, que a veces pesan más: el sabor del hojicha, la almohadas, los dos minutos de margen, la manía de pegar el oído a la puerta Nora escuchaba con esa atención suya que lo retiene todo, y en algún momento su atención dejó de pertenecer a la periodista y pasó a la persona, un cambio qu se percibe aunque no se vea, como se percibe el viraje de la luz dentro de un habitación.

—Te tengo que pedir algo —dije, mirando el semáforo cambiar para nadie.

—No prometo nada a ciegas. Soy periodista.

—Si esto acaba mal —y va a acabar mal, lo sé—, cuenta la versión verdadera Aunque sea más fea. Aunque te convenga otra. Tú cuentas la verdad, Nora.

Tardó en responder. Cuando lo hizo, no me miraba a mí, sino al cristal, nuestros dos reflejos superpuestos en el cruce.

—Es lo único que sé hacer —dijo—. Y es lo más difícil de mi oficio, contar l verdad cuando todos prefieren otra. —Apoyó la mano en el brazo de mi silla muy cerca de la mía—. Te lo prometo.

No le dije que las promesas en mi familia se parecían demasiado a las amenazas
ruido para tapar el silencio de abajo. Tampoco le dije que aquella, la suya, l
rompería ella; ni que la mía, la de pedírsela, la rompería yo. Aquella noche no l
sabíamos. Fuimos, durante unas horas, dos personas que se habían quedado si
miedo demasiado pronto y que, sentadas frente a una ventana, lo recuperaban u
poco juntas, lo cual es la única forma soportable de tenerlo.

64

(Nora)

El cuarto sobrellegó el día que decidí ir al norte.

Lo encontré en el buzón, sin sello, como los otros. Dentro, una esquela vieja recortada de un periódico de provincias, de hace ocho años: «María Asunción Vidal, viuda, fallecida en su domicilio a consecuencia de un incendio fortuito.» Y prendida con un clip, la consabida línea manuscrita, la letra inclinada de médico o de niña aplicada: «La que crió a la niña. Otro fuego. Empieza a contar fuegos, periodista.»

Empieza a contar fuegos. Lo hice. Y por primera vez en todo el caso, contar me dio frío en vez de adrenalina.

Cogí el coche y subí a aquel pueblo del norte, a la casa de la tía que había criado a Marina Salinas después de la tragedia. O a lo que quedaba de la casa, que era poco: un solar con los muros tiznados, igual que el de La Vega, como si la misma sombra hubiera pasado por ambos sitios con diecisiete años de diferencia. Pregunté en el bar —siempre el bar, la verdad de un pueblo vive en su barra— y una mujer me contó que la viuda Vidal había muerto sola, de noche, por una estufa vieja. «Como tantos», dijo, encogiéndose de hombros. Le pregunté si la viuda vivía con alguien. «Tuvo a una sobrina muchos años, una cría rara, callada. Pero la chica se fue antes. Una pena de familia, esa. Parece que la persigue el fuego.»

Parece que la persigue el fuego. Lo apunté en la libreta —de las que apuntan— y me quedé mirando la frase un buen rato, sin atreverme aún a darle la vuelta. Porque hay una diferencia entre que a alguien lo persiga el fuego y que alguien persiga con fuego, y esa diferencia, lo intuí en aquel solar tiznado del norte, era el corazón entero de mi historia. Solo que todavía no sabía hacia qué lado se inclinaba.

Volví a Valencia de noche, con la esquela en el bolsillo y una idea incómod instalándose en mí como la humedad en una pared. Llevaba meses persiguiendo un hombre, el superviviente, el invisible del sexto piso. Y por primera vez m pregunté si no habría estado mirando, todo este tiempo, a la persona equivocada Si la historia que yo creía contar —un monstruo que sobrevive— no fuera, e realidad, otra distinta: la de un monstruo que regresa.

Esa noche, al aparcar frente a las dos torres, levanté la vista hacia el sexto. La lu de David estaba encendida. Y, en el patio interior, a la altura de un cuarto pis que no era ni el suyo ni el mío, distinguí por primera vez una ventana con alg colgado. Una jaula. Vacía. No le di importancia. Cometí, al no dársela, el error d mi vida; el mismo que él cometía arriba, mirando el mismo patio sin entenderlo.

65

Hubo una sesión, hacia el segundo mes, en la que Carla me habló del fuego, y yo ciego, creí que hablábamos de metáforas.

—Sueño mucho con fuego, doctor —dijo—. Pero no es un sueño de angustia Es casi agradable. En el sueño, una casa arde, y yo la miro desde fuera, tranquila y siento… —buscó la palabra, ladeando la cabeza— alivio. Como si el fuego limpiara algo que llevaba mucho tiempo sucio. ¿Es muy raro soñar con incendio y sentir paz?

Lo anoté como un símbolo de transformación y renacimiento, según l interpretación del manual: el fuego que destruye para permitir lo nuevo. Le ofrec esa lectura: cómoda y profesional. Carla la escuchó con educación y luego dijo con su sonrisa minúscula: «Qué bonito, doctor. Renacimiento. A mí me gusta má pensar que el fuego, simplemente, cierra. Que hay cosas que solo se cierran ardiendo. La gente le tiene miedo al fuego porque destruye, pero yo creo que e fuego es lo más honesto que existe: no esconde nada, no disimula, no deja que l cosa siga pudriéndose en un rincón. Lo quema y se acabó. Limpio. ¿No le parec la cosa más limpia del mundo, un buen incendio?»

Debí oírlo. Debí oír, en aquella defensa apasionada del fuego, la voz de una niñ de doce años que prendió fuego a una cocina y cruzó un campo sin mirar atrás Debí atar el alivio del sueño al del prólogo que yo creía mío. Pero no lo at porque no quería atarlo, ya que mi propio censor me protegía de la conclusión Le dije que el fuego también mata, que no todo lo que cierra es bueno, que veces lo que arde no es lo que sobra sino lo que más se quiere. Carla me mir entonces con una intensidad que ahora recuerdo con un escalofrío y dijo: «Eso e verdad, doctor. A veces arde lo que más se quiere. Pero a veces lo que más s quiere prefiere arder antes que seguir viviendo en una casa podrida. ¿Usted qu cree que elegiría, si pudiera elegir: vivir podrido o arder limpio?» No le contesté Llevo diecisiete años sin contestar esa pregunta. La contesté, al fin, una noche, e un cuarto piso, alargando la mano hacia una ventana. Y ella, mi hermana, ya l había contestado a los doce años y volvió a contestarla soltándome los dedos. La

dos respuestas, la suya y la mía, fueron la misma: arder. Solo que ella ardió, y a m me dejó vivo para contar la historia o para guardarla en silencio. En esta familia ya se sabe que ambas cosas son iguales.

66

Hubo una sesión más con Carla antes de que todo se precipitara, y la recuerdo entera, palabra por palabra, porque fue la última en que jugamos a ser lo que ya no éramos.

Entró, dobló el abrigo, hizo su inventario. Pero esta vez, en lugar de sentarse enfrente, se acercó a la ventana del estudio y se quedó mirando el patio, su propia ventana al otro lado del pozo de aire, como quien contempla su casa desde fuera y mide la distancia que la separa de la ajena.

—¿Sabe lo que más me gusta de este patio? —dijo, sin volverse—. Que las cuatro fachadas son iguales. Cuatro paredes idénticas mirándose. Uno no sabe, desde dentro, en cuál de ellas vive, hasta que cuenta las ventanas. —Se giró hacia mí— Usted y yo vivimos en paredes enfrentadas, doctor. Lo sabía, ¿verdad?

No contesté. El silencio, con ella, era la única respuesta que no me comprometía.

—Lo sabe —concluyó, satisfecha, sentándose por fin—. Bien. Entonces dejemos de fingir un poco. Solo un poco. —Cruzó las manos sobre la rodilla—. Le voy a hacer una pregunta de paciente, la última que le haré como paciente. Cuando una persona descubre, ya de adulta, que el recuerdo más importante de su vida podría ser falso… ¿qué debe hacer? ¿Conservarlo, porque es el suelo sobre el que ha construido todo lo demás? ¿O arrancarlo, aun a riesgo de quedarse sin suelo?

Era mi propia pregunta, la que me hacía cada madrugada frente a la jaula, devuelta por su boca con una precisión quirúrgica. Comprendí que no me la hacía para que la respondiera: me la hacía para que supiera que ella conocía la herida, que sabía exactamente dónde apretar.

—Depende —dije, con la voz de cura— de si uno prefiere un suelo firme y falso o un abismo verdadero.

Carla sonrió y, por un instante, uno solo, la sonrisa no fue de cazadora ni de paciente, sino de algo más antiguo, casi fraternal.

—Esa —dijo en voz baja— es la respuesta más honesta que le he oído. Y la má triste. —Se levantó antes de tiempo, a las cinco y cuarenta, recogió el abrigo— No hace falta que me acompañe. Conozco el camino mejor que usted. Lo conozco desde dentro y desde fuera. —En la puerta se detuvo—. Hasta pronto doctor. Y gracias. Por escuchar. Aunque fuera a una desconocida. Aunque fuera fingiendo.

Cerró sin esperar respuesta. No la volví a ver entrar por esa puerta como paciente. La próxima vez que cruzáramos miradas, ya no habría sillones de por medio, ni libreta ni nombre falso. Solo un pasillo, diecisiete años después, y la misma palabra, esperando a ser dicha por fin, a tiempo.

67

Vega regresó el viernes. Esta vez avisó. Quien ha decidido apretar, avisa, porque quiere encontrarte en casa, sentado, cociéndote en la espera.

Llegó con una carpeta más gruesa que la anterior y la dejó sobre la mesa con un golpe seco que era, en sí mismo, una frase.

—Voy a ahorrarnos el baile, señor Salinas —dijo—. He hecho los deberes. ¿Quiere que se los lea o prefiere contármelo usted y así nos evitamos los dos el mal rato?

—Léamelo —respondí—. Tengo curiosidad por saber qué creen ustedes que pasó.

Me miró con algo que no era simpatía, aunque se le asemejaba: el respeto de profesional por otro profesional, aun jugando en bandos opuestos.

—Los restos —empezó—. En su día se contabilizaron cuatro víctimas. Con la tecnología de hace diecisiete años, parecía razonable: fuego intenso, restos muy degradados, una familia de cuatro más usted. Cuadraba. —Pasó una hoja—. Pero los restos se conservaron, y hoy hacemos cosas que entonces eran ciencia ficción. Se lo resumo. En aquella casa, aquella noche, ardieron tres personas. Tres. Dos hombres adultos y una mujer adulta. Su padre. Su hermano. Su madre. —Levantó la vista—. De su hermana pequeña, de Marina, no hay un solo resto. Ni un hueso. Ni un diente. Nada. Una niña de doce años no se evapora en un incendio doméstico, por intenso que sea. Siempre queda algo. Aquí no quedó, porque no había nada que quedar. —Cerró la carpeta—. Su hermana no murió en esa casa. Su hermana no estaba en esa casa.

Dejé correr el silencio. Era justo lo que ella esperaba que no hiciera; Vega quería que lo llenara, que me defendiera, que me explicase. No lo hice. Aprendí muy joven a no arrebatarle a la gente las palabras con las que se siente segura, y aprendí, a la vez, a no regalarles las mías cuando vienen a quitármelas.

—Dos posibilidades —continuó, ya sin la carpeta, de tú a tú—. Una: su hermana logró salir, como usted, y por algún motivo nadie lo supo nunca ni ella reapareció

jamás. Rarísimo, aunque posible. Dos: su hermana no salió de la casa porque nunca corrió peligro dentro de ella. Porque alguien la sacó. Antes. Alguien que sabía lo que iba a ocurrir. —Una pausa larga—. Usted salió por la ventana de abajo, descalzo, intacto, mientras su familia ardía arriba. Y la única que tampoco apareció entre las cenizas fue su hermana pequeña. —Se inclinó hacia mí—. A mí los números me cuentan historias, señor Salinas. Y este me cuenta que aquella noche hubo dos supervivientes. No uno. Dos. Y que uno se encargó de que el otro desapareciera. —Me sostuvo la mirada—. ¿Dónde está su hermana, David?

Por una vez, una sola, le contesté con una verdad limpia, sin medirla, porque era la única que tenía:

—No lo sé —dije—. Pero está más cerca de lo que usted imagina. Y le aseguro, inspectora, que no es a mí a quien debería buscar.

68

(Transcripción — «Sin testigos», episodio 4. Voz: Nora Vidal. Emitido tras la sentencia.)

«Os debo una confesión, oyentes, y la temporada no estaría completa sin ella. En el episodio uno os dije que no os enamorarais de la primera teoría. Os pedí paciencia, os prometí que la verdad sería la tercera y que llegaría tarde y dolería. Bien. Ha llegado. Y duele de una manera que no esperaba: duele porque no estoy segura de poder contárosla entera.

»Os he contado un caso con un culpable claro. Un hombre confesó, un tribunal lo condenó, una mujer murió en un incendio que él provocó. Es una historia redonda. Se vende sola. Vosotros la habéis escuchado, la habéis comentado, la habéis convertido en tendencia. Y yo me he callado, episodio tras episodio, una pregunta que me quema más que el fuego de aquel cuarto piso: ¿y si el monstruo de esta historia no fuera el que confesó?

»No os voy a dar pruebas. No las voy a dar nunca. Hice una promesa, y hay promesas que pesan más que una exclusiva. Solo os voy a dejar una imagen, la misma con la que empecé la temporada, para que la guardéis y, alguna noche, la giréis como se gira un cuadro para ver qué hay escrito por detrás. Un niño descalzo en un jardín, mirando arder su casa, sin temblar. Os dije que mirarais a ese niño. Os pido ahora que miréis lo que el niño no podía ver: quién, a su espalda, sostenía la cámara. Quién encuadró la foto. Quién decidió, aquella noche y todas las siguientes, qué entraba en el plano y qué se quedaba fuera, cruzando un campo, hacia una acequia, con un pájaro entre las manos.

»Soy Nora Vidal. Esto ha sido Sin Testigos. Y, por primera vez en mi carrera, cierro un caso sabiendo que la verdad existe, que la tengo guardada, y que voy a dejar que duerma. Que descansen los que descansan. Algunos se lo han ganado de la manera más extraña: pagando por lo que no hicieron, para no tener que contar lo que hizo quien quisieron.»

69

A la sesión del jueves, Carla no acudió.

Por primera vez en tres meses, las diez en punto transcurrieron sin los do golpes. Esperé. A las diez y cinco —cinco minutos, una eternidad para do personas tan exactas— comprendí que no vendría, y también que su ausencia er otro mensaje, tan deliberado como la jaula. Sé que sabes. Te dejo a solas con ello Carla manejaba los silencios igual que yo las velocidades: con un dominio qu asustaba precisamente por su aire de descuido.

Así que hice lo que cualquier hombre razonable haría en mi situación; o, dicho d otro modo, lo único que no debería haber hecho. Bajé al callejón, me colé en e portal desconchado detrás de un repartidor que salía, subí hasta la planta que mi cálculos señalaban y me planté frente a la puerta del piso que daba a mi patio.

No tuve que forzarla. Estaba abierta. No entornada: abierta de par en par, co esa franqueza que es la forma más educada de una trampa. Carla me había dejad la puerta abierta del mismo modo que me había dejado la pared a la vista. Tod en aquella mujer era una invitación a entrar en lugares de los que no se sale igual.

Entré.

El piso olía a papel y a polvo, ese olor que sí distingo, pariente del formol: el olo de lo que se conserva. Estaba casi vacío. Un colchón en el suelo. Una silla. Un mesa con un hervidor y una caja de hojicha —hojicha, sí; lo registré si permitirme aún la conclusión— y, ocupando la pared del fondo, frente a m ventana, el caso.

De cerca era peor. O mejor, según se mire; según lo impecable que a uno l parezca el trabajo de quien viene a destruirlo. Diecisiete años de mi vida clavado con chinchetas. Mi expediente académico. La portada de mi libro. Una lista d mis pacientes —tenía los nombres, todos; ¿cómo los recordaba?—. El plano d mi piso, dibujado a mano, acotado. Mis horarios. La hora exacta del pan. Hasta e dato, anotado al margen con su letra inclinada, de que subía siempre por l escalera y jamás en ascensor.

Me conocía mejor de lo que yo me conozco. Y yo me conozco mucho.

Pero lo que me detuvo no fue la pared. Fue una caja de zapatos sobre el colchón con la tapa puesta, colocada en el centro exacto de la cama deshecha igual que se coloca un regalo destinado a ser hallado. La cogí. Pesaba poco. La abrí.

Dentro había fotografías antiguas, de papel, con el borde blanco dentado de las de antes. Las fui pasando. Mi madre de pie en la cocina, con la taza pequeña frente al campo amarillo. Mi padre con Tomás a hombros. La casa entera, antes del fuego, con la fachada encalada y la parra sobre la puerta. Y, al fondo de la caja, una sola fotografía de una niña.

Una niña de unos doce años, flaca, con el pelo cortado a tijera por una mano impaciente, sentada en un escalón con una jaula en el regazo. Dentro de la jaula un canario. La niña no sonreía a la cámara: miraba ligeramente hacia un lado, hacia algo o alguien fuera del encuadre, con una expresión que conocía demasiado bien, porque era la mía: la del que mira para guardar, no para ver.

Le di la vuelta. En el dorso, a lápiz, una caligrafía infantil y aplicada había escrito una fecha, un nombre y, debajo, una frase.

El nombre era Marina.

La frase decía: «Para cuando vuelvas a buscarme».

TERCERA PARTE

LA HABITACIÓN CERRADA

70

Para cuando vuelvas a buscarme.

Salí del piso con la fotografía en el bolsillo. No robé nada más. Una sola foto, la de la niña, porque entendí —tarde, siempre tarde con ella— que Carla la había dejado precisamente para que la cogiera. Todo en aquel cuarto estaba dispuesto para mí. Era un decorado. Y yo, el único espectador para quien se había montado, llevaba semanas creyéndome el director de la función.

Esa noche me senté en mi sillón, a oscuras, frente a la ventana de enfrente, y por primera vez la ventana me devolvió la mirada. Carla estaba allí, en su silla, de cara al patio, de cara a mí, sin la lámpara encendida: una silueta más negra que la noche. No se ocultaba. Quería que la viese verme. Permanecimos así no sé cuánto, dos sombras a quince metros, separadas por un pozo de aire y por diecisiete años, mirándonos sin oírnos. En algún momento levantó una mano. No fue un saludo. Fue, lo comprendí, una despedida ensayada, la clase de gesto que se le dedica a alguien a quien ya se enterró una vez.

A la mañana siguiente, a las diez en punto, sonaron dos golpes en mi puerta.

Abrí. Carla aguardaba en el rellano con su abrigo gris, el pelo recogido, el inventario rápido de costumbre. Como si nada. Como si yo no hubiera estado en su casa, como si ella no me hubiese saludado desde la oscuridad, como si siguiéramos siendo lo que habíamos fingido durante tres meses: una paciente y su doctor.

—Llego puntual —dijo, y entró.

Se sentó. Dobló el abrigo sobre el brazo del sillón. Y yo me acomodé enfrente con la libreta en la rodilla y el bolígrafo en la mano, porque no se me ocurrió mejor manera de sostenerme que aferrarme al guion, al oficio, a la única coreografía que aún nos quedaba.

—¿Cómo se llamaba? —dije. No lo planeé. Brotó.

Ladeó la cabeza con su media sonrisa.

—¿Quién?

—El canario. El de su sueño. El del nombre demasiado grande. La última vez nc se acordaba. Pruebe ahora. —Dejé el bolígrafo.

Me sostuvo la mirada durante un buen rato. Fuera, el cruce cambió de semáforo el tranvía bajó por Colón con su quejido metálico. Dentro, el reloj mudo nc marcaba nada. Y entonces Carla, muy despacio, como quien deposita por fi sobre la mesa la carta que llevaba toda la partida escondida, dijo:

—Capitán.

La habitación no se movió. Lo aclaro yo, porque durante un segundo me parecic que sí, que las paredes grises se inclinaban, que la luz cambiaba de sitio. No. La habitaciones no se mueven. Solo se mueve lo que llevamos dentro y proyectamo sobre ellas; lo había explicado mil veces a mis pacientes. Ahora lo sentía, por fin en el cuerpo: el suelo del mundo no se abre; somos nosotros quienes caemo hacia dentro.

—Se lo puse yo —prosiguió Carla, con una voz que ya no era la suya, o que era l suya al fin sin disfraz—. Pensaba que un pájaro tan pequeño necesitaba u nombre enorme para no temerle al mundo. Tú me ayudaste a elegirlo. Dijiste qu Capitán era un buen nombre porque el capitán es el último en abandonar e barco. —Una pausa—. Te equivocabas. El capitán es el primero en saber que e barco se hunde. Por eso aguanta. No por valiente: por enterado.

Dejé la libreta en el suelo, despacio, como se deja un arma para demostrar qu uno no piensa usarla.

—Marina —dije.

Y por primera vez en diecisiete años pronuncié el nombre de mi hermana, el qu no nombro ni en el cuaderno, y al pronunciarlo sentí que se me caía de la boc un peso que llevaba toda la vida sosteniendo con la lengua.

—Hola, David —dijo ella—. Cuánto tiempo. He venido para que me cuente cómo me mataste.

71

(Marina)

Quiero contar cómo construí a Carla, porque fue mi mejor obra y porque nadie, salvo mi hermano, sabrá apreciarla.

No improvisé. Yo no improviso nada; el orden es lo único que me separa del caos de donde vengo. Tardé casi un año en construirla. Primero localicé a David —ya conté que lo busqué al revés, no por su nombre sino por su ausencia del pasado, por el hueco con forma de hombre que había dejado en el mundo— Después estudié su rutina desde la calle, desde el cruce, con la paciencia de quien observa un animal antes de entrar en su jaula. La barra de pan. El periódico. La escaleras, nunca el ascensor. La persiana del salón a las siete menos cuarto. Lo aprendí de memoria, como él se aprendió de memoria, de niño, las manos de nuestro padre.

Luego alquilé el piso de enfrente, el del patio, a su nombre, en efectivo, con una copia de su documento que conseguir fue más fácil de lo que creía. Colgué la jaula en mi ventana tres días antes de pedir cita, para que, cuando llegara el momento de nombrarla, ya formara parte del paisaje. Inventé a Carla Mond: un nombre sin rastro, una contable sin gestoría, una ansiedad de manual. Y le regalé a Carla mis propios sueños, los de verdad, los del pasillo y las cuatro puertas, porque sabía —porque lo conozco— que si algo iba a sacar a mi hermano de su quietud sería verme soñar en voz alta lo que él no se atreve ni a recordar.

La parte más difícil no fue engañarlo. Fue resistir las ganas de que me reconociera. Cada sesión, sentada en su sillón, viéndolo tomar notas con esa letra nuestra, idéntica, escuchándole la voz de pozo que es la mía, tenía que clavarme las uñas en la palma para no gritarle: soy yo, hermano, soy la niña de la acequia, mírame, por una vez mírame y reconóceme. Pero no podía. El reconocimiento para que valga, tiene que llegar por sí solo. Un testigo al que avisas no es un testigo: es un cómplice. Y yo no quería un cómplice. Quería un testigo. Quería que David, por sí mismo, sin ayuda, llegara a verme entera, lo que soy y lo que

hice, y que aun así —esta era la apuesta de toda mi vida— no pudiera dejar d
quererme. Porque si él, que es como yo, me veía entera y me seguía queriend
quizá yo no era un monstruo. Quizá solo era una hermana. Quizá las dos cosa
como tantas veces, eran la misma vista desde dos cubiertas.

Tardó tres meses en pronunciar el nombre del pájaro. Cuando lo dij
—«Capitán»—, con la voz quebrada, mirándome como se mira a un muerto qu
vuelve, sentí algo que no había sentido en las cinco ciudades, en ninguna de ella
noté que existía. Que por fin alguien sabía que yo existía. Llevaba diecisiete año
ejecutando una obra perfecta en una sala vacía, y mi hermano, al decir «Capitán»
encendió por fin las luces de la sala y ocupó la única butaca. Mi público. M
testigo. Mi condena y mi aplauso.

Lástima que los testigos, ya lo dije, tengan el defecto de existir. Y que existi
tarde o temprano, sea incompatible con lo que yo soy.

72

—No te maté —dije.

Fue lo único honesto que se me ocurrió y lo solté antes de pensarlo, lo cual tratándose de mí, era casi una confesión en sí mismo. Yo no hablo sin pensar llevo diecisiete años midiendo cada palabra antes de soltarla. Aquella se me escapó entera, sin permiso, porque era verdad, y la verdad, cuando lleva mucho tiempo encerrada, sale con malos modales.

Marina sonrió. No de alivio. De maestra.

—Cuéntamelo de todas formas —dijo—. Cuéntame cómo lo hiciste. Llevo diecisiete años queriendo oírlo de tu boca. Tómate tu tiempo. Empieza por el principio: la habitación iluminada, las distancias precisas. —Me miraba sin pestañear—. Anda. Cuéntamelo como te lo cuentas a ti mismo cuando no puedes dormir.

Abrí la boca para contarlo.

Tenía el relato listo. Llevaba diecisiete años con él: pulido, ordenado, archivado en listas. El pasillo. Las cuatro puertas. El destello plateado. Las líneas de tensión. Las manos que se alzan primero. Empecé por el principio, como me pidió, y las primeras frases salieron solas, con la fluidez de lo ya repetido. Padre. Madre. Tomás. Iba en orden. Iba bien.

Hasta que llegué a su puerta. La cuarta.

Y no había nada.

Lo intenté. Te juro —¿a quién juro, a estas alturas?— que lo intenté de veras delante de ella, con su mirada clavada en mí. Busqué en la niebla blanca el destello, el gesto, el peso de su cuerpo de doce años, el silencio del canario. Rebusqué el recuerdo como se rebusca una llave en una habitación a oscuras palpando paredes lisas. No había puerta. No había llave. No había nada salvo esa niebla barrida, demasiado limpia, la firma del recuerdo que nunca existió.

Me callé en mitad de la frase. Marina lo vio. Claro que lo vio. Había venido exactamente a verlo.

—No puedes —dijo en voz baja—. No puedes contarlo porque no ocurrió. —Se inclinó hacia adelante y, por un instante, dejó de ser la cazadora para volver a ser debajo de todo, la niña de la foto que miraba hacia un lado—. Llevas diecisiete años creyendo que mataste a cuatro personas. Solo mataste a tres, David. A mí no. A mí no me tocaste. —Tragó saliva—. La pregunta no es cómo me mataste. La pregunta es por qué estás tan seguro de haberlo hecho. ¿Quién te metió ese cuarto cuerpo en la cabeza? ¿Y por qué necesitabas tanto creerte el monstruo de la familia que preferiste inventarte un asesinato antes que mirar lo que de verdad pasó esa noche?

Me levanté. Fui a la ventana. Abajo, en el patio, la jaula oscilaba. Quince metros más allá quedaba su piso, su pared, su caso: diecisiete años de mi vida clavados con chinchetas por una mujer que había regresado de entre los muertos, no para vengarse de su asesino, sino para algo mucho peor: para preguntarle por qué se había declarado culpable de un crimen que tal vez no cometió.

—Si yo no te maté —dije, sin volverme—, y los otros tres están muertos de verdad… —Apoyé la frente en el cristal frío—. ¿Quién encendió el fuego, Marina?

A mi espalda, el silencio se estiró tanto que oí, abajo, lejísimos, el pequeño ruido de la puertecilla de la jaula.

—Esperaba que me lo dijeras tú —respondió ella—. Pero acabo de entender, por tu cara, que tampoco lo sabes. —Y, por primera vez desde que la conocía, en su voz tembló algo parecido al miedo—. Eso lo cambia todo. Porque si no fuiste tú y no fui yo… entonces quien lo hizo sigue ahí fuera. Y nos ha encontrado a los dos.

73

(Nora)

Vi una vez, sin que ellos lo supieran, lo que de verdad había entre los do hermanos, y desde entonces entendí que jamás podría escribir ese caso co honestidad, porque lo que vi no cabe en ningún género.

Subí al piso de David sin avisar, una tarde, a devolverle un libro. La puerta estab entornada y no llamé, no por fisgona —bueno, también—, sino porque oí alg que me detuvo: música. Bajita. Una voz de mujer tarareando, y otra, la de David siguiéndola muy de cerca. Me asomé. Estaban los dos en el salón, a oscuras, si verme, sentados hombro con hombro en el sofá, mirando la ventana, cantand juntos una canción que yo no conocía, una cancioncilla tonta de barcos y d volver a puerto. No se tocaban. No se miraban. Pero había entre ellos un intimidad tan densa, tan antigua, tan exclusiva, que me sentí una intrusa absoluta una desconocida espiando un país al que nunca tendría pasaporte.

Me fui sin que me vieran. Bajé las escaleras con el libro todavía en la mano y e corazón encogido, y entendí dos cosas a la vez, ambas incómodas. La primera profesional: que nunca tendría a David del todo; que, entre él y yo, siempr estaría ella, esa hermana con la que compartía una canción que yo no podí aprender. La segunda, humana, peor: lo que unía a aquellos dos no er complicidad criminal, venganza ni nada de lo que yo necesitaba para mi relat Era amor. Un amor deformado por el horror, retorcido, imposible, pero amor a fin, de la clase más pura y más terrible: la de dos personas que son lo único qu cada una reconoce en el mundo. Y comprendí, en aquella escalera, que mi cas no tenía villano. Tenía dos huérfanos cantando en la oscuridad la canción de s madre muerta. Y que vender eso como un thriller de monstruos era una traició que me iba a perseguir toda la vida.

Aquella tarde estuve a punto de dejar el caso. De hacer las maletas, devolver e adelanto, marcharme y dejar a aquellos dos con su canción y su patio y su tregu imposible. No lo hice. Me quedé, por las razones de siempre, las que no m

honran: porque estaba enganchada a él, al caso, al fuego. Pero desde aquella tard
supe que, escribiera lo que escribiera, mentiría. Porque la verdad de los Salinas n
era criminal. Era musical. Eran dos voces que se seguían en la oscuridad. Y esc
en mi oficio, no tiene cabida. En mi oficio, dos asesinos cantando la nana de s
madre solo pueden ser «escalofriantes», nunca lo que de verdad eran aquell
tarde, sin testigos, en un salón a oscuras: dos niños que sobrevivieron a la mism
casa y que, por una noche, volvían a ella por el único camino que no quemaba, e
de una canción.

74

Una sola vez cenamos los tres juntos: Marina, Nora y yo. Fue idea de Nora, qu aún no sabía lo que Marina era, y, visto desde aquí, fue la cena más peligrosa a l que he asistido en mi vida, aunque en la mesa solo hubo arroz al horno y un conversación cortés.

Nora había insistido en conocer «a tu hermana misteriosa», y yo, en un momento de debilidad o de soberbia —creí que podía controlarlo, siempre creo que pued controlarlo—, accedí. Marina se presentó impecable, encantadora, con es capacidad camaleónica que le permitía ser quien hiciera falta: ante Nora fue un hermana tímida y dulce, recién reencontrada, agradecida. Cocinó el arroz d nuestra madre. Preguntó a Nora por su trabajo con un interés que parecí genuino y que a mí me erizaba la nuca, porque yo sabía lo que significaba qu Marina se interesara por alguien: lo estaba midiendo, calculando por dónde s abría, archivándola por si acaso.

La cena fue, en la superficie, agradable. Por debajo, era un campo minado qu solo yo veía. Cada pregunta de Marina a Nora —«¿Y vives sola?», «¿Y t familia?», «¿Y nadie te echa de menos cuando trabajas de noche?»— era, para m oído entrenado, el inventario de una posible víctima: ¿quién notaría su ausencia? ¿qué cabos sueltos deja?, ¿cómo de fácil sería? Nora, ajena, respondía con s simpatía de periodista, regalándole, sin saberlo, a una asesina el mapa exacto d su soledad. Y yo, en mitad de la mesa, sostenía una sonrisa mientras por dentr hacía equilibrios imposibles: proteger a Nora sin alarmarla, contener a Marina si enfrentarla, mantener las dos mentiras —la de Carla muerta para Nora, la de l tregua para Marina— en el aire a la vez, como un malabarista al que se le acaba las manos.

Cuando Nora se fue, ya tarde, Marina recogió los platos con su pulcritud d siempre y, sin mirarme, dijo: «Me cae bien tu periodista. Es lista. Demasiad ¿Sabe ya que estoy viva, o todavía cree que se lo cuenta a un hermano de duelo? Le dije que no sabía nada, que la creía mi hermana sin más. Marina asintió secando un vaso. «Mejor para ella —dijo—. Porque el día que sepa demasiad

hermano, va a tener que elegir entre su título y su vida, y la gente, cuando elige casi siempre elige mal. Tú vigila que no sepa demasiado. Por su bien. Y por el tuyo, que se te nota en la cara que esa mujer ya no es solo una fuente.» Dejó el vaso en su sitio, exacto, y me miró con la media sonrisa de la familia. «Cuídala, David. Sería una pena tener que cuidarla yo.» No era una amenaza. Con Marina nunca era exactamente una amenaza. Era algo peor: una oferta de ayuda. Y aquella noche, por primera vez, supe con certeza que la tregua tenía los días contados, y que el final, cuando llegara, pasaría por una mesa, un patio o un fuego, pero pasaría, irremediablemente, por elegir a quién proteger.

75

Una de aquellas noches de tregua, apagué las luces del estudio y nos sentamos lo dos, Marina y yo, frente a la ventana del patio, a mirar su antigua ventana del otr lado.

Era una imagen extraña, casi tan cómica como triste: dos hermano contemplando, desde mi sillón, el piso vacío donde ella había representad durante meses el papel de mi cazadora. La jaula seguía colgada allá enfrente oscilando con la corriente nocturna, y su ruidito de gozne nos llegaba a los dos ahora, desde el mismo lado del pozo de aire.

—Pasé muchas noches ahí —dijo ella, señalando con la barbilla la ventana oscur —. Mirándote. Tú abrías la persiana a las siete menos cuarto, tomabas el té d pie, te ibas a la consulta. A veces te quedabas en el sillón con los ojos cerrados, y yo pensaba: está descansando. Y me daba una rabia absurda, porque yo n descanso, David. Nunca. Y tú, que habías hecho lo mismo que yo, descansabas —Hizo una pausa—. Tardé en entender que no descansabas. Que cerrabas lo ojos para no ver lo mismo que yo veo con ellos abiertos.

No le contesté enseguida. Miramos juntos la ventana vacía, el patio, las cuatr fachadas idénticas que de niños nos habrían parecido un mundo entero y qu ahora eran solo geometría.

—¿Sabes lo más raro? —dije al fin—. Durante todos estos años creí que el peo castigo era estar solo. Y resulta que el peor castigo es este: dejar de estarlo, y descubrir que la única persona que me entiende del todo es la que menos m conviene en el mundo. —Me volví hacia ella en la penumbra—. Eres lo má parecido a un hogar que he tenido desde que ardió el nuestro, Marina. Y eres, a l vez, la prueba viva de que aquel hogar engendró monstruos. Las dos cosas, en l misma persona, en mi propia sangre. ¿Cómo se vive con eso?

Marina tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz no tenía nada de la frialdad d las cinco ciudades; tenía la de una niña en el borde de una acequia.

—No se vive con eso, hermano —dijo—. Se elige. Tarde o temprano, alguien tiene que elegir. Yo ya elegí hace mucho, cada vez que cerré una puerta. Ahora te toca a ti elegir qué haces conmigo. Y los dos sabemos que no vas a llamar a esa inspectora. —Apoyó la cabeza en mi hombro, como cuando éramos pequeños y mirábamos el cielo desde la acequia—. Así que solo quedan dos finales, David. O me dejas seguir, y me convierto en algo que ni tú podrás mirar. O me paras tú. Tú, que me enseñaste a ponerme delante. Tú, el único que tiene derecho. Piénsalo. Tenemos tiempo. Poco, pero tenemos.

Y nos quedamos así, hombro con hombro, mirando una jaula vacía oscilar al otro lado de un patio, dos huérfanos de la misma casa esperando a que uno de los dos tuviera el valor de cerrar la última puerta.

76

Aquella noche, después de oír a mi hermana muerta pronunciar el nombre de un canario, no supe quién era yo, y descubrí que es la peor de las orfandades.

Uno cree que su identidad es un suelo: algo dado, firme, sobre el que se colocan las demás cosas. De pronto averigua que el suelo era un relato, que el relato tenía un error de origen, y que al corregirlo se desploma entero por la grieta. Yo había sido, durante diecisiete años, «el que mató a su familia». Una identidad atroz, pero mía, y estable, y sobre ella había levantado cada manía, cada horario, cada té que aborrecía. Si resultaba que no la había matado —o que solo había matado a una parte, o que la verdad era otra, peor o mejor—, entonces no sabía qué hacer con el hombre que se levantaba a las seis y catorce y tendía la cama en doce minutos. ¿A quién castigaban esas manías? ¿Qué condena era esa, dictada por quién?

Hice algo que no hacía jamás: deshice la cama. Del todo, almohadas incluidas, y me quedé mirando el desorden como el señor Bru contemplaría sus armarios vacíos, buscando una carta que no me atrevía a leer. No hallé nada, claro. Solo sábanas revueltas y a un hombre de treinta y dos años de pie en mitad de su cuarto a las cuatro de la madrugada, comprendiendo que el orden no sirve de nada cuando el desorden está dentro.

A la mañana siguiente bajé a por el pan cuatro minutos tarde. Cuatro. Don Emilio levantó la vista del periódico, algo que nunca hacía.

—¿Va todo bien, doctor?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. —Volvió a su lectura—. Es que hoy baja usted distinto. —Pasó una hoja—. Llevo veintidós años viendo bajar gente por esa escalera, y se aprende. La gente baja igual cada día hasta que un día baja de forma distinta. Y a partir de ese día ya baja distinta para siempre. —Me miró por encima de las gafas—. Cuídese. Que el barrio, sin usted, no sería el mismo.

No supe qué responder. Don Emilio, que se entera de los crímenes del país antes que la policía, acababa de diagnosticarme mejor que cualquier colega: había

bajado distinto, y bajaría distinto en adelante. La única incógnita era hacia dónde.

77

Hay una pregunta que Marina me hizo durante la tregua y que no he sabido contestar hasta ahora, en la celda, demasiado tarde para decírsela.

Estábamos en el salón, de noche, y de pronto dijo, sin preámbulo: «David, si pudieras volver a aquel pasillo, a los quince años, sabiendo todo lo que sabes ahora… ¿qué harías distinto? ¿Pararías a papá igual? ¿Me sacarías igual?» Le di una respuesta cobarde, evasiva, algo así como que no se puede cambiar el pasado y que no sirve de nada preguntárselo. Ella insistió, con esa terquedad suya de niña: «No te pregunto si se puede cambiar. Te pregunto qué harías. Es distinto.» Y yo, que tengo respuesta para todo, no se la di, porque la verdadera me asustaba.

Ahora sí la sé, y la escribo aquí, para ella, aunque no pueda leerla. Lo que haría distinto no es parar a papá; eso lo haría igual, mil veces, sin dudar. Lo que haría distinto es lo de después. No te sacaría de aquel pasillo en silencio, Marina, dándote por salvada. Me sentaría contigo en el suelo, entre todo aquel horror, y te miraría. De verdad. No para protegerte del peligro de fuera, que es lo que hice, sino para ver el que ya llevabas dentro y decirte, a los doce años, lo que nadie no dijo: que lo que sentías no te hacía un monstruo, que se podía salir de aquel pasillo y no volver a él, que no estabas sola con lo que llevabas dentro. Eso haría distinto. No te sacaría de la casa. Te sacaría del pasillo de dentro, ese que te acompañó toda la vida, de ciudad en ciudad. No supe.

Tenía quince años y la cabeza llena de huesos y de cálculos, y me pareció que salvarte era ponerte a salvo del fuego. No era eso. Salvarte era mirarte. Y no te miré hasta que volviste, diecisiete años después, haciéndote pasar por una desconocida, para obligarme por fin a hacerlo. Llegué tarde, hermana. Como llegan todos a esta familia. Pero llegué. Que conste que, al final, llegué.

78

El último día tranquilo, sin saber que era el último, Marina y yo dimos un pase largo por la ciudad, sin rumbo, como no habíamos hecho desde niños.

Bajamos hasta el río seco convertido en jardín, ese cauce desviado donde l ciudad plantó árboles en el lecho donde antes corría el agua, y a mí no se m escapó la metáfora, aunque no la dije: una ciudad que había aprendido a vivi sobre el sitio por donde una vez pasó una riada, igual que nosotros vivíamo sobre el cauce seco de nuestra infancia. Caminamos despacio, hablando poc Marina iba mirándolo todo con una atención nueva, casi tierna, la de quien s despide sin anunciarlo. Se paró ante un grupo de niños que jugaban, los miró u rato largo, y dijo: «¿Crees que alguno de esos lleva ya algo dentro, como nosotros sin saberlo todavía? ¿O eso solo pasa en las casas que arden?» No sup contestarle. Le dije que esperaba que no, que la mayoría de las casas no arden que la mayoría de los niños solo son niños. Ella asintió, sin convicción, seguimos andando.

Comimos en un sitio cualquiera, al sol, y por una hora fuimos dos hermano adultos comiendo al sol, sin pasado ni futuro, solo aquel mediodía. Marina se ri dos veces, de verdad, con una risa que no le conocía, que debía de ser la que ten antes de la acequia, antes del pasillo. Y yo pensé, viéndola reír al sol, que ojal pudiera congelar aquel instante, sacarlo de la historia, guardarlo donde no llegar nada de lo que sabía ni de lo que venía. Pensé, con una claridad triste, que aquell era la vida que nos habían robado: no la grande, ni los sueños, sino esto, l pequeño, un mediodía al sol con tu hermana riéndose. Eso fue lo que ardió e aquella casa, más que las paredes: la posibilidad de los mediodías corrientes.

Al volver, ya de tarde, Marina se paró frente al portal de las dos torres, levantó l vista hacia el edificio imposible de no ver, y dijo una cosa que entonces n entendí y que después fue lo único que entendí: «Es bonito, ¿sabes?, que eligiera vivir aquí. En el sitio más visible de la ciudad. Yo me he pasado la vid escondiéndome, y tú te escondiste a la vista de todos. Siempre fuiste más listo. C más valiente. Esconderse a la vista es de valientes.» Le dije que no era valentía

que era un acuerdo con la ciudad: vivir en lo imposible de no ver y hacerme imposible de ver dentro. Marina sonrió, con la media sonrisa de la familia, y dijo «Pues a mí me has visto tú. Al final. Eras el único que podía. Por eso vine.» Entramos. Subimos. Fue el último día tranquilo. Dos noches después, todo ardió. Pero aquel mediodía al sol, con mi hermana riéndose en un cauce seco, existió, y nadie podrá quitármelo, ni el fuego, ni el juicio, ni el pódcast, ni los treinta años. Es mío. Es nuestro. Es lo único de toda esta historia que de verdad nos pertenece a los dos, sin testigos, al sol.

79

La mañana siguiente al viaje me desperté a las seis y catorce, como siempre, y durante unos segundos el mundo volvió a ser sencillo: la luz azul de la persiana, las zapatillas paralelas, el vaso de agua. Después recordé, y el recuerdo ya no fue una niebla, sino una sala iluminada con cada mueble en su sitio.

Sobre la mesa del comedor, junto a la taza de hojicha vacía y las gafas de sol, estaba la jaula. La de verdad. La que había desenterrado de la ceniza en el cuarto de Marina y que habíamos traído envuelta en una bolsa de tela. La había dejado allí Marina al volver, sin decirme nada, en el centro exacto de la mesa, equidistante de la taza y de las gafas, con esa pulcritud suya que era una forma de hablar. La puerta, retorcida por el fuego, seguía abierta. Y comprendí que aquello también era un mensaje, como lo había sido la jaula del patio: me devolvía la prueba de que un pájaro había escapado de aquella casa antes del incendio. Me devolvía, en metal retorcido, la certeza de que ella sabía, antes de que ardiera, que iba a arder.

Me senté a mirarla un rato largo, con el primer té de la mañana enfriándose entre las manos, sin beberlo. Pensé en todo lo que aquella jaula vacía había significado a lo largo de mi vida sin que yo supiera leerlo. De niño, la cama de mi hermana con el canario cantando al amanecer. De adolescente, el hueco que dejó cuando creí que había ardido junto con todo lo demás. De adulto, el objeto que apareció una mañana frente a mi ventana y empezó a oscilar con la corriente, contando trece días, llamándome. Y ahora, sobre mi propia mesa, vacía y abierta, como una pregunta que por fin tenía respuesta y la respuesta no consolaba.

La gente cree que las jaulas sirven para encerrar. Aquella mañana entendí que las de mi familia siempre habían servido para lo contrario: para marcar quién había logrado salir. Mi madre nunca salió de la suya. Tomás murió saliendo de la suya, en el peor momento. Yo me construí una jaula blanca de paredes lisas y horarios exactos y me encerré dentro voluntariamente durante diecisiete años. Y la pequeña, la única, había abierto la puertecilla a los doce años y había echado a volar, dejándonos a todos dentro. Coloqué la jaula un poco más al centro de la

mesa, igual de obsesivo que ella, y supe, con esa claridad fría que es nuestra herencia común, que la tregua se terminaba, y que pronto uno de los dos tendría que decidir quién volvía, por fin, a cerrar una puerta.

80

Aquellos días, mientras decidía qué hacer con la mujer que se sentaba en mi sillón y dormía a quince metros de mi cama, hice lo que hace todo el que no sabe qué hacer: ordené papeles.

Saqué del cajón cerrado mi cuaderno negro, el de las listas, y releí diecisiete años de mí mismo a la luz nueva de lo que empezaba a sospechar. Y descubrí algo que me heló: que mis listas, las que yo creía un registro fiel, estaban llenas de huecos exactamente en los mismos sitios. Cada vez que, a lo largo de los años, me había acercado por escrito a la noche del fuego, la entrada se interrumpía, cambiaba de tema, se refugiaba en una nimiedad. «Octubre. Aniversario. Hojicha. Hacer la cama.» Diecisiete aniversarios anotados, y en ninguno una sola línea sobre lo que aquel día conmemoraba. Yo, que copiaba dos veces cada sesión de mis pacientes para decidir qué merecía sobrevivir, había decidido, año tras año, que mi propia noche no merecía ni una sola frase. No por olvido. Por censura. Un censor vivía dentro de mí, con mi misma letra, y llevaba diecisiete años tachándome la verdad antes de que llegara al papel.

¿Y si el censor no fuera yo? La idea me asaltó de madrugada, absurda y luminosa. ¿Y si la mano que me había tachado la memoria no era la mía, sino la de una niña de doce años que, en un jardín, me susurró al oído una versión soportable y me dejó repitiéndola durante el resto de mi vida? Los recuerdos implantados, ya lo he dicho, tienen una textura limpia, barrida, sin bordes sucios. Mi noche del fuego tenía esa textura. Y solo hay dos maneras de implantarle a alguien un recuerdo así: la sugestión paciente de un terapeuta a lo largo de años, o el trauma brutal de una sola frase dicha en el momento exacto en que la mente está abierta de par en par, como una herida, dispuesta a aceptar cualquier sutura que detenga el dolor.

Yo había estado abierto de par en par a los quince años, descalzo, en un jardín mirando a mi familia arder. Y alguien me había suturado con seis palabras. Tu nos has salvado. Yo ya estaba muerta. No recordaba haberlas oído. Pero el antebrazo se me erizaba al pensarlas, y el antebrazo, ya lo dije, no sabe mentir. Solo sabe encogerse ante lo que de verdad ocurrió.

81

Marina y yo hicimos las paces como los animales heridos: sin tocarnos, midiendo la distancia, dispuestos a creernos solo porque la alternativa era seguir solos.

Fue ella quien lo propuso, tres días más tarde. Subió a mi piso —ya sin abrigo gris, sin disfraz, con una sudadera y unas zapatillas que la rejuvenecían y la fatigaban a partes iguales— y se sentó en el sofá del salón blanco, no en la silla de la consulta, como si subrayara que aquello había dejado de ser una sesión para convertirse en otra cosa.

—Quiero recuperarlo —dijo—. La noche. Entera. Tú sabes cómo se hace; es tu oficio. Llevas años ayudando a otros a abrir esa habitación cerrada de la que te hablé. —Me miró—. Ábremela a mí. Y ábretela a ti. Hagámoslo juntos. Es la única forma de averiguar cuál de los dos miente sin saberlo.

Tenía razón, y eso me daba miedo. La memoria recuperada es el terreno más resbaladizo de mi profesión. La gente imagina que el recuerdo aguarda intacto listo para desenterrarse, y que basta con cavar. No es así. La memoria no se desentierra: se reconstruye. Y en cada reconstrucción caben el error, la sugestión el deseo. He visto a pacientes «recordar» abusos que nunca ocurrieron y olvidar otros que sí. He visto a la mente fabricar pruebas contra sí misma con un entusiasmo que cualquier fiscal ya quisiera. Por eso jamás había aplicado esas técnicas sobre mí: tenía demasiado que perder. O demasiado que encontrar, que a veces viene a ser lo mismo.

—Si lo hacemos —dije— y resulta que el monstruo de la familia eras tú, ¿está preparada?

No apartó la mirada.

—Llevo veintinueve años preparándome —respondió—. La duda es si lo está tú. Porque tú, David, has edificado una vida entera sobre la idea de ser culpable. Has hecho de la culpa tu casa. ¿Qué harás si abrimos esa puerta y dentro no está tú? ¿Sabrías vivir siendo inocente? —Ladeó la cabeza, con esa media sonrisa que ya reconocía como herencia—. A veces pienso que te declaraste asesino no para

protegerme a mí, sino para no enterarte de quién eras de verdad. Es más cómodo ser un monstruo conocido que un hombre por descubrir.

La frase me dejó sin respuesta, lo que en mí equivale a un grito.

Empezamos esa misma noche. Bajé las persianas, apagué las luces salvo una lámpara en el suelo, y senté a Marina en el sillón reclinable. Le pedí que cerrara los ojos. Le hablé con la voz que reservo para esto, la voz lenta y grave que no es mi voz cotidiana, la que mi madre habría llamado «de cura». Le pedí que respirara. Que regresara, sin prisa ni miedo, a la casa del pueblo. A su cuarto. A la jaula junto a la cama.

—¿Dónde está Capitán? —pregunté.

—Dormido —dijo Marina, y su voz mudó, se afinó, se hizo voz de niña—. Es de noche. No canta de noche.

—¿Y tú, estás en la cama?

Silencio. Un silencio largo, durante el cual oí, abajo, en el patio, el ruidito de la compuerta, ese que ella misma había colgado para mí y que ahora sonaba como si el pasado entero girara sobre un gozne oxidado.

—No —dijo al fin, con la voz de la niña—. No estoy en la cama. —Frunció el ceño, los ojos cerrados, hurgando en la oscuridad interior—. Estoy en el pasillo. Hay luz al fondo. La cocina. Alguien ha encendido la cocina de madrugada. —Su respiración se aceleró—. Y hay alguien más en el pasillo, David. Detrás de mí. Muy cerca. Noto su mano en mi hombro.

Se me secó la boca.

—¿Quién es? Marina. ¿De quién es la mano?

Abrió los ojos de golpe, y por un instante no me reconoció: miró a través de mí hacia algo situado diecisiete años por detrás de mi cara.

—Tuya —dijo—. La mano es tuya. Estabas detrás de mí en el pasillo. —Tragó saliva—. Los dos estábamos despiertos esa noche. Los dos. Y los dos sabíamos lo que iba a pasar antes de que pasara.

82

Con Nora, en aquellas semanas de tregua, ocurrió lo que yo más temía y meno sabía manejar: dejó de ser un riesgo controlado y se convirtió en una costumbre.

Subía casi todas las noches, con cualquier excusa o sin ninguna. Veíamos l ciudad desde la ventana del cruce. Hablábamos poco y bien, que es la mejo forma de hablar. A veces traía las dos infusiones, una de ellas hojicha, brindábamos en silencio por nuestro mutuo mal gusto. No hubo, durante mucho tiempo, nada que un observador llamaría romance; hubo algo más raro y má difícil de nombrar: una intimidad de náufragos, dos personas que se habían quedado sin miedo demasiado pronto y que, juntas, lo recuperaban un poco, l cual es la única forma soportable de tenerlo.

Una noche, Nora me hizo la pregunta que llevaba semanas rondándole. «T hermana —dijo—. Hay algo que no me cuadra. La presentas como una víctima la pequeña que sobrevivió, la dulce. Pero cuando me hace preguntas, se me eriz la piel, y yo a la gente la calo, es mi oficio. ¿Quién es Marina de verdad, David?» Y ahí, frente a la ventana, con su mano cerca de la mía, tuve la única oportunida real de salvarla que la vida me dio: contárselo. Decirle la verdad. Que mi herman era la asesina de cinco ciudades, que la cena había sido un inventario, que debí alejarse de mí y de ella y no mirar atrás.

No lo hice. Y esa es, de todas mis culpas, la que de verdad me corresponde, má que el fuego, más que el pasillo. Elegí proteger la mentira de Marina antes que l seguridad de Nora. Le dije una verdad pequeña para tapar la grande: «Marin tuvo una vida muy dura, Nora. Más dura que la mía. La gente que sobrevive ciertas casas se vuelve… difícil de leer. No te erizas sin motivo; te erizas porqu percibes el daño que lleva dentro. Pero es mi hermana. Y es lo único que m queda.» Nora me miró un rato largo, sopesando, con esa cabeza suya que l guarda todo, y al final asintió, no del todo convencida, y dejó pasar el tema porque confiaba en mí, porque me había dejado entrar, porque cometió conmig el error que yo llevaba toda la vida enseñando a evitar: el de fiarse del que se hac ilegible.

Aquella noche, cuando se fue, me quedé solo frente al patio, frente a la jaula qu oscilaba al otro lado, y me odié con una pureza nueva. Porque acababa de hace con Nora, exactamente lo contrario de lo que había hecho con Adela. A Adela l acompañé a la salida. A Nora la dejé dentro, en la casa que se quemaba, par proteger a la que la quemaba. Adela me demostró que yo podía ser un hombr bueno. Nora, esa misma semana, me demostró que seguía eligiendo, cuando l cosa apretaba de verdad, la lealtad a mi sangre por encima de la vida de lo demás. Las dos cosas eran verdad. Las dos caben en mí. Y esa convivencia —e que acompaña a la salida y el que deja dentro a quien quiere— es la únic descripción honesta que sé dar de quién soy. Ni el monstruo del pódcast. Ni e hombre bueno de la carta de Adela. Las dos cosas, peleándose, hasta el final.

83

Me pregunto a menudo qué fue de Capitán.

El canario que mi hermana soltó por la ventana la noche del fuego, antes de encender la cocina, antes de cruzar el campo hacia la acequia. El pájaro con nombre grande para que no tuviera miedo. Nadie lo buscó nunca; en el inventario de aquella tragedia no cabían los animales, y un canario suelto en mitad del campo, de noche, en octubre, no tiene, siendo realistas, ningún futuro. Los hay que mueren de frío. Los hay que caen en las garras de un gato o de una lechuza. Los hay, los más, que simplemente desaparecen, incapaces de sobrevivir fuera de la única jaula que conocían, demasiado domesticados para lo salvaje y demasiado salvajes ya para volver.

Y, sin embargo, prefiero imaginarle otro destino, y me lo permito, porque es de las pocas cosas que aún puedo regalarme. Imagino que Capitán sobrevivió. Que un canario criado para cantar al amanecer encontró un alero, una higuera, otra ave compasiva, y aprendió, contra todo pronóstico, a vivir sin barrotes. Me gusta pensar que de los cinco seres que habitaban aquella casa —cuatro humanos condenados y un pájaro—, el único que de verdad salió libre fue el más pequeño el que ni siquiera era de los nuestros. Que la libertad, en mi familia, solo estuvo al alcance de quien no llevaba nuestra sangre.

Marina lo soltó por compasión, dijo. Yo creo que lo soltó por otra cosa, más oscura y más suya: porque necesitaba que algo de aquella casa escapara intacto no corrompido, y sabía, con su lucidez de doce años, que ninguno de nosotros podía ser ya ese algo. Nuestros padres estaban perdidos. Tomás, atrapado entre sus cascos. Yo, ya entonces, era un niño que miraba a la gente por donde se abre. Y ella, la que más, a punto de cruzar la única puerta sin vuelta. Solo el canario seguía siendo inocente. Así que abrió la puertecilla y le dio al único inocente de la casa la única salida limpia, y luego prendió fuego al resto. Hay una piedad terrible en ese gesto, la única piedad de la que mi hermana fue capaz: salvar lo inocente y quemar lo demás, ella incluida, aunque tardara diecisiete años en dejarse caer por fin a un patio, como un pájaro que ha olvidado que no le crecieron alas.

Cada mañana, en la celda, viene al muro un pájaro que no es un canario pero se l
parece lo justo. No canta; los pájaros de las cárceles no cantan, aprenden e
silencio como lo aprendemos todos aquí. Pero se posa, me mira un segundo co
ese ojo redondo y sin fondo de las aves, y se va. Y yo, que no rezo, le digo cad
mañana lo mismo, en voz muy baja, para que no me oiga el compañero de celda
vuela, Capitán. Por todos nosotros, que no supimos. Vuela tú, que saliste
tiempo.

84

Hubo una noche, durante la tregua, en que estuve a un teléfono de distancia d entregarla.

Marina dormía en mi sofá —se quedaba a veces, cuando se hacía tarde, y yo se l permitía con una mezcla de vigilancia y de algo que no me atrevía a nombrar— La miré dormir desde el pasillo, igual que ella confesaba mirar dormir a su víctimas, solo que yo no decidía nada: solo miraba. Tenía el teléfono en la manc Conocía el número de Vega; me lo había dejado en una tarjeta «por si recordab algo». Bastaba una llamada. Cinco minutos. Y todo terminaría de la maner limpia, institucional, correcta: una detención, un juicio, una condena para quien l merecía. Las cinco familias tendrían su verdad. El mundo recuperaría su orden Yo recuperaría mi vida.

Marqué los primeros dígitos. Me detuve. No por cobardía, ni por lealtad ciega, n siquiera por amor, aunque de todo había. Me detuve por una imagen que se m impuso con la nitidez de un recuerdo verdadero, de esos de bordes sucios: l pequeña, a los doce años, empapada de acequia, con un canario entre las manos mirándome desde el campo helado mientras la tía la metía en un coche. Y yo, e el jardín, descalzo, dejándola marchar. Aquella noche del fuego ya había tenido e la mano la posibilidad de no protegerla, de contarlo todo, de señalarla. Y eleg callar. Diecisiete años después, con el teléfono a medio marcar, comprendí qu no estaba ante una decisión nueva: estaba ante la misma decisión de siempre repitiéndose, como se repiten las cosas en las familias rotas. Entregarla ahor sería traicionar al niño del jardín que prometió, sin palabras, sostenerle la puert para siempre.

Borré los dígitos. Dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa, junto a la jaula vacía Marina se removió en el sofá, murmuró algo que no entendí —un nombre, quiz el mío, quizá el de Capitán—, y siguió durmiendo con la respiración tranquila d quien no carga ninguna culpa. La envidié. Que Dios me perdone, envidié s sueño sin culpa mientras yo velaba con la mía a cuestas, sabiendo ya, aquell noche, que no la entregaría jamás, y que por tanto la responsabilidad de pararla, s

había que pararla, recaería sobre el único que no estaba dispuesto a usar un teléfono: sobre mí. Hay decisiones que uno no toma una sola vez. Las toma cada noche, en la oscuridad, frente a alguien que duerme. Y cada noche pesan más.

85

Una tarde, antes de las regresiones, Marina sacó la caja de zapatos y volcamo juntos las fotografías sobre la mesa baja del estudio, entre los dos sillone desviados, como dos arqueólogos sobre los restos de una civilización que sol nosotros recordábamos.

Las fue nombrando con una memoria que a mí me faltaba. «Mamá, en la cocina mira las gafas, hasta para la foto.» «Papá con Tomás a hombros; fíjate en la car de Tomás, ya entonces quería bajarse.» «La parra de la entrada, antes de que pap la cortara por gusto, solo por cortarla.» Y yo escuchaba, reconociendo a medias porque mi memoria de aquella casa estaba censurada hasta en lo bueno: el mismo censor que me había tachado la noche del fuego me había desvaído también la tardes amarillas, por miedo, supongo, a que un hilo bueno me llevara tirando hasta el malo.

Llegamos a una foto de los dos, de ella y de mí, sentados en el borde de l acequia seca, hombro con hombro, mirando al cielo. Alguien —Tomás, quizá— nos la había hecho sin que nos diéramos cuenta. Marina la sostuvo un rato largo en silencio.

—El juego de la acequia —dijo al fin—. ¿Te acuerdas de las preguntas que m hacías?

—Algunas.

—«Si tuvieras que esconder una cosa para que no la encontraran nunca, ¿dónd la esconderías?» —Sonrió, sin mirarme—. Yo dije «donde ya hayan mirado» Tenía ocho años. —Dejó la foto sobre la mesa, despacio—. ¿Sabes dónde m escondí yo, David, todos estos años? Donde ya habías mirado. En tu propi consulta. En el sillón de enfrente. En la lista de tus pacientes. Te lo dije con ocho años cómo lo haría, y tú me aplaudiste, y diecisiete años después no m reconociste porque estaba exactamente donde tú ya habías mirado mil veces sin ver.

Cogí la foto. Dos niños mirando un cielo que ya no existe. Y comprendí qu
aquel juego inocente de la acequia no había sido un juego: había sido un plan
Le había enseñado a mi hermana, a los ocho años, dónde esconde una cosa quie
no quiere que la encuentren. Le había enseñado, sin saberlo, a esconderse de m
Cada lección que creí regalarle —los huesos de la mano, la paciencia de esperar
que el otro se duerma, el arte de esconder lo importante donde ya han mirado—
había sido un ladrillo de la mujer que ahora tenía enfrente, ordenando fotografía
de muertos con la serenidad de quien ordena su propia obra. No la había criad
un monstruo. La había criado yo, en el borde de una acequia seca, una tard
amarilla, con la mejor de las intenciones y la peor de las herencias.

86

Una noche, Marina cumplió su promesa y me cantó la canción de nuestra madre.

No lo planeamos. Habíamos cenado, recogido, y estábamos los dos en el salón a oscuras, con la ciudad encendiéndose y apagándose al otro lado del cristal, cuando ella, sin venir a cuento, empezó a tararear muy bajo, igual que la tarareaba mamá secando los platos para que mi padre no la oyera. Tres notas primero. Luego la melodía entera. Y al final, en una voz casi inaudible, la letra: una canción tonta de cuando mi madre era joven, de verbena, de un amor que aún podía salir bien, con una rima fácil y un estribillo que hablaba de barcos y de volver a puerto. Una canción de nada. La cosa más valiosa que sobrevivió de aquella casa.

La escuché sin respirar. Yo no la recordaba; el censor que vive en mí la había borrado junto con todo lo demás. Pero mi cuerpo sí, y a media canción me descubrí moviendo los labios, siguiéndola, recordándola desde un lugar más antiguo que la memoria, desde los nueve años, desde el pasillo donde espiaba a mi madre robarle veinte minutos al mundo. Cuando Marina terminó, nos quedamos callados un rato largo. Y luego dijo, con la voz de la niña de la acequia: «Me la guardé entera, ¿sabes? Todos estos años, en cada ciudad, con cada nombre nuevo, me la cantaba bajito antes de dormir. Es lo único que no quemé. Lo único de mamá que me llevé limpio. Pensé que, si algún día te encontraba, te la devolvería. Es tu herencia también. No quería ser la única que se la quedara.»

Lloré, por segunda vez en diecisiete años, las dos por culpa de aquella canción. Y entendí, esa noche, algo que no cabe en el relato del monstruo que el mundo prefirió: que mi hermana, la asesina de cinco ciudades, había cargado durante diecisiete años, de ciudad en ciudad, con la única melodía hermosa de nuestra infancia, cantándosela a sí misma para dormir, guardándola para devolvérmela. Que, debajo del mecanismo que molía el aire, seguía existiendo la niña que le ponía a un pájaro un nombre grande, y que esa niña había salvado, de todo el naufragio, una canción de su madre, para no perderla, para no perdernos del todo. No hay forma de meter eso en un pódcast. No engancha. No vende. Pero es lo más verdadero que sé de mi hermana: que entre crimen y crimen, en hotele

de cinco ciudades, una mujer a la que el mundo llama monstruo se dormí
cantando bajito la nana de una madre muerta, para una hermana que no tenía
para un hermano que aún no había encontrado. Esa noche, en mi salón a oscuras
me la devolvió. Y al devolvérmela, me devolvió a mamá entera, no la cuent
cerrada que yo había clasificado, sino a la chica que cantaba. Es el regalo má
grande que me han hecho. Me lo hizo una asesina. Las dos cosas son verdad. Y
he dejado de intentar que no lo sean.

87

En una de las regresiones intermedias, las que no he contado porque no dieron un dato nuevo sino algo peor —una emoción vieja—, Marina recuperó la voz de nuestra madre.

La llevé, con la voz de cura, a las horas previas a aquella noche, a la cena, a la cocina. Y de pronto, con los ojos cerrados y la respiración de niña, dijo: «Mama está cantando.» Me quedé helado. No recordaba a mi madre cantar; en mi memoria, mi madre era silencio administrado, gafas de sol y una taza de té. Pero Marina insistió, con una sonrisa pequeña asomándole en pleno trance: «Canta bajito, mientras seca los platos, para que papá no la oiga. Una canción tonta, de cuando era joven. La canta solo cuando cree que nadie la escucha.» Y entonces Marina, en mi sillón, con treinta años y diecisiete de crímenes a la espalda, tarareó tres notas, tres, de una melodía que yo no conocía y que, sin embargo, me atravesó como atraviesa el frío del agua de una acequia, porque mi cuerpo, ese que no olvida lo que la cabeza tacha, la reconoció antes que yo.

Tuve que parar la sesión. No por ella, sino por mí. Salí del estudio, fui a la cocina, me agarré al borde del fregadero igual que se agarra uno a la realidad cuando se le mueve, y lloré por primera vez en diecisiete años. No por mi padre, ni por Tomás, ni siquiera por la culpa que creía mía. Lloré por tres notas de una canción tonta que mi madre cantaba bajito secando los platos para que su marido no la oyera ser, por un instante, feliz. Lloré porque comprendí que de mi madre lo había clasificado todo —víctima, perdida, cuenta cerrada— menos lo único que importaba: que dentro de aquella mujer encogida, debajo de las gafas de sol de enero, había seguido viva, hasta el final, una chica que cantaba. Que la había dado por perdida sin conocerla. Que me senté en el suelo de un pasillo a mirarme las manos mientras una mujer que cantaba bajito gritaba en la habitación de al lado y no me levanté, porque mi contabilidad la había enterrado años antes que el fuego.

Marina me encontró en la cocina. No me abrazó —ninguno de los dos sabe abrazar—, pero se quedó a mi lado, en silencio, mirando por la ventana el cruce

de noche. Y al cabo de un rato dijo, muy bajo, casi con la voz de la niña: «Yo s
me acuerdo de la canción entera. Si quieres, algún día te la canto. Es lo únic
bueno que me llevé de aquella casa. Lo demás lo quemé. Pero la canción d
mamá no. La canción me la guardé.» No le dije ni que sí ni que no. Pero es
noche, por primera y única vez, dejé que mi hermana, la asesina de cinc
ciudades, durmiera en mi cama mientras yo velaba en el sillón, custodiando s
sueño sin culpa como quien, en una casa que se quema despacio, custodia l
único que aún no ha ardido.

88

Una de aquellas tardes de tregua, Marina me pidió que la acompañara a compra
Una cosa de lo más normal, de hermanos normales, y precisamente por eso m
desarmó.

Bajamos juntos, cruzamos el barrio, entramos en el mercado. Y durante una hor
fuimos dos personas corrientes eligiendo fruta, discutiendo si los tomates estaba
maduros, saludando a la frutera. Marina se movía por el mundo con un
naturalidad perfecta, sonreía a los desconocidos, daba los buenos días, devolvía e
cambio mal dado con honradez. Nadie, al verla, habría imaginado nada. Y es
comprendí, siguiéndola entre los puestos, era lo más aterrador de mi hermana: n
su frialdad, sino su normalidad. El monstruo del pódcast que Nora escribirí
después tiembla, acecha, da miedo. El monstruo real elige tomates, sonríe a l
frutera y te pregunta si prefieres manzanas o peras. El mal de verdad no s
anuncia. Se integra. Pasa la compra. Dobla el abrigo con cuidado.

En la pescadería, Marina se detuvo más de la cuenta ante el mostrador, mirand
el hielo, los cuerpos plateados de los peces, los cuchillos del pescadero. Y s
quedó muy quieta, con una expresión que le había visto pocas veces, la de la niñ
que asoma debajo. «Papá olía a esto —dijo en voz baja, sin mirarme—. A sal y
hierro. Las manos. ¿Te acuerdas?» Me acordaba. Era el único olor que mi nari
averiada aún conservaba, junto al formol. Los dos nos quedamos ahí, dos adulto
frente a un mostrador de pescado, atrapados, de pronto, en una cocina de hac
diecisiete años, oliendo las manos de un muerto. «Lo raro —siguió Marina— e
que a mí ese olor no me da miedo. Me da hambre. ¿No es horrible? El olor de la
manos que nos hacían daño y a mí me abre el apetito. Eso es lo que me hicieron
hermano. Me cambiaron hasta lo que el cuerpo siente. Convirtieron el miedo e
hambre.» Lo dijo sin autocompasión, como un dato clínico, y fue lo más cerc
que estuvo nunca de pedir ayuda, aunque ninguno de los dos supiera ya cómo s
pide ni cómo se da.

Compramos el pescado. Volvimos a casa. Cocinó ella, con sus cuchillo
ordenados por tamaño, y comimos frente a la ventana, y fue una tarde tan norma

que me dolió, porque vi, por un instante, la vida que podríamos haber tenido lo
Salinas de no haber ardido la casa: dos hermanos comprando pescad
discutiendo por los tomates, envejeciendo juntos en un barrio cualquiera. Es
tarde, en el mercado, no estuve cerca de entregar a Marina ni de pararla. Estuv
cerca de algo peor y más humano: de perdonarla. De querer quedarme en aquell
normalidad falsa para siempre, fingiendo que el olor a sal y hierro nos dab
hambre y no espanto, fingiendo que una asesina y su cómplice podían se
simplemente, dos hermanos que volvían del mercado. Duró lo que dura un
comida. Pero existió. Y de todas las cosas que me reprocho, esa tarde casi feliz e
la única que volvería a vivir sin cambiar una coma, aunque supiera, como sé, tod
lo que vino después.

89

De Tomás, mi hermano mayor, hablo poco, porque lo conocí poco, y esa es, en s misma, la tragedia de Tomás: que vivió diecisiete años en la misma casa que yo apenas lo dejé entrar.

Tomás eligió, frente a nuestro padre, la estrategia opuesta a la mía. Yo me poní delante; él se quitaba de en medio. Se encerraba con los cascos puestos y subía e volumen hasta borrar la casa, y durante años lo juzgué por ello con la severida implacable de los quince años: lo tenía por cobarde, por egoísta, por el hermano que abandonaba a la pequeña a su suerte mientras se refugiaba en su música Hoy, desde una celda, lo entiendo de otra manera. Tomás no era cobarde. Era simplemente, normal. Reaccionaba al horror como reacciona la mayoría de lo seres humanos: protegiéndose, tapándose los oídos, rezando para que escampara Los raros éramos la pequeña y yo, que en lugar de taparnos los oídos afinábamo el oído; que en lugar de huir, calculábamos.

La última imagen que tengo de Tomás vivo —recuperada hace poco, bajo l niebla, gracias a Marina— es la de él saliendo de su cuarto aquella noche, sin lo cascos por una vez, arrodillándose junto a nuestra madre en el suelo de la cocina Salió de su refugio justo cuando no debía. El único gesto valiente de su vida, e de acudir al grito de mamá, fue el que lo puso en el sitio exacto donde la mano d su hermana pequeña lo encontró. Hay una crueldad insoportable en eso, una qu ningún dios me explica: que Tomás muriera, precisamente, por dejar d esconderse. Que la única vez que se quitó los cascos para ayudar fue la última.

Pienso mucho en Tomás, más que en mis padres, porque a mis padres los teng clasificados —el verdugo y la víctima, casillas limpias— y a Tomás no. Tomás e la casilla que no cierra. El hermano normal en una familia de monstruos mártires, el que solo quería que bajaran el volumen del mundo, el que murió po arrodillarse. A veces, en la celda, pongo música imaginaria, subo el volume mental hasta borrar los ruidos del pasillo carcelario, y por un momento entiend a Tomás del todo, y le pido perdón por no haberlo dejado entrar, y le agradezc tarde, diecisiete años tarde, el único gesto limpio que hubo aquella noche e

aquella casa: el de un chico con los cascos puestos que, al oír gritar a su madre, s
los quitó.

90

Las regresiones no siguen una línea recta. Avanzan como avanza el agua por una pared: encuentran la grieta, se filtran, y un día asoman por donde nadie esperaba. La segunda sesión con Marina no me dio la verdad de golpe; me dio fragmentos, y los fragmentos, en mi oficio, son más peligrosos que la ignorancia, porque tientan a rellenar los huecos con lo que uno teme o desea.

La acosté en el sillón reclinable, bajé la luz, usé la voz de cura. La llevé otra vez al pasillo, a la noche, a la cocina encendida al fondo.

—Huele —dijo, con su voz afinada de niña—. Huele a algo. No es humo todavía. Es… —arrugó la nariz, con los ojos cerrados— metálico. Como cuando papá traía pescado. Hierro. Sal.

Apreté el bolígrafo. Era el olor que yo no podía oler, el único, junto al formol que mi nariz averiada todavía evocaba: el olor de las manos de mi padre. Pero Marina lo situaba en la cocina, esa noche, antes del humo, y un olor a hierro en una cocina de madrugada no lo deja un pescado dormido en la nevera.

—¿Qué ves, Marina?

—Veo tu espalda —dijo—. Estás de pie. Y papá está en el suelo, contra los armarios bajos, y no se mueve como se mueve papá. Se mueve como se mueve la ropa cuando la tiendes. —Su respiración se entrecortó—. Y mamá grita desde la otra esquina, un grito raro, sin aire. Y tú te das la vuelta, y tienes una cosa en la mano, una cosa que brilla, y me ves en el umbral. Y dices…

Se detuvo. El reloj mudo no marcaba nada. Yo no respiraba.

—Dices «para» —susurró—. Y bajas la mano. Y te sientas en el suelo, despacio, como si se te hubieran acabado las pilas. Y te miras las manos. —Frunció el ceño con un esfuerzo doloroso—. Y ahí se acaba, David. Ahí la película se corta. Lo siguiente que recuerdo es el frío del campo y a Capitán volando, y la mano de la tía agarrándome el brazo. Entre una cosa y la otra, no hay nada. Negro.

La saqué del trance con cuidado, temblando los dos. Aquel «negro» de Marina era idéntico al mío: la misma niebla, en la misma frontera exacta de la noche, justo después de que yo me sentara a mirarme las manos. Dos hermanos con el mismo agujero, cosido en el mismo punto. Y empecé a sospechar, con un horror nuevo, que los agujeros gemelos no se deben al azar. Que a veces dos personas llevan dentro la misma ausencia y por eso se entienden.

91

Durante la tregua, antes de que comprendiera lo que mi hermana era, vivimo algo que solo puedo llamar, a falta de una palabra mejor, 'domesticidad'.

Marina venía casi todas las tardes. No hablábamos del caso, ni de Vega, ni de l pared del patio; habíamos firmado, sin firmarla, una tregua que consistía en fingi que éramos dos hermanos normales recuperando el tiempo. Cocinaba ella, co esa concentración fría que yo prefería no analizar, y cocinaba bien, platos d nuestra infancia que yo había olvidado y que mi lengua, traidora, recordaba: e arroz al horno de mamá, las torrijas de cuando había azúcar. Comíamos frente la ventana del cruce, mirando la ciudad, y a veces, durante minutos enteros, y olvidaba lo que sabía, y ella, sospecho, olvidaba lo que era, y los dos éramos sol David y la pequeña, mayores, cansados, supervivientes de la misma casa.

Una de esas tardes me pidió que le enseñara otra vez los huesos de la mano. L dijo de broma, riéndose, pero había algo más allá de la risa. Le cogí la mano — fina, de niña todavía, la misma que diecisiete años atrás sostuve para sacarla de u pasillo— y se los fui nombrando, tocándole los nudillos uno a uno: escafoide semilunar, piramidal, pisiforme. Ella los repetía, como a los ocho años, y por u momento el piso blanco se llenó de una acequia seca, de un cielo amarillo y d dos niños que aún no sabían en qué iban a convertirse.

—Sabes que esto no puede durar —dijo de pronto, sin soltarme la manc mirándola como se mira un mapa—. Lo de ahora. Tú y yo, jugando a hermanos.

—Lo sé.

—Uno de los dos sobra en esta historia, David. Lo supe antes de venir. Vin sabiéndolo. —Me apretó los dedos, los míos, los que años después se quemaría sujetándola—. Solo te pido una cosa. Cuando llegue el momento, no me mire con miedo. Mírame como me miras ahora, nombrándome los huesos. Míram como a la niña de la acequia. Es lo único que quiero llevarme. Que la última car que me mire sea la única que me quiso.

No le contesté. Le seguí nombrando los huesos, despacio, alargando la lista todo lo que pude, inventándome casi nombres para que no se acabara, porque mientras quedaran huesos por nombrar no habría que hablar de lo otro. Pero las manos, como las noches y las treguas, se acaban. Llegué al último hueso. Y nos quedamos los dos en silencio, cogidos de la mano, frente a una ciudad encendida, dos hermanos contando el tiempo que les quedaba en la única lengua que de verdad compartíamos: la de la anatomía, la del cuerpo, la de por dónde cede y por dónde resiste.

92

Una noche, durante la tregua, le hablé a Marina sobre Adela. No debí. Perc llevábamos semanas jugando a ser hermanos, y los hermanos se cuentan los días y bajé la guardia.

Le conté el caso a grandes rasgos, sin nombres: una paciente, un marido peligroso, una orden de alejamiento. Marina escuchó con atención, troceando verdura para la cena con esa precisión fría que yo prefería no mirar, y cuando terminé dejó el cuchillo sobre la tabla, se giró y me dijo, con la naturalidad de quien ofrece ayuda con una mudanza:

—Yo te lo soluciono, si quieres. Lo del marido. —Lo dijo sin énfasis, sin sonrisa siquiera, como el dato más razonable del mundo—. Una orden de alejamiento es un papel, hermano. Los papeles los rompe cualquiera. Tú lo sabes, has visto los telediarios. Ese hombre, tarde o temprano, vuelve. Y entonces el informe que tan bien redactaste no le va a servir de nada a tu paciente, porque los informes los leen después, cuando ya hay un cadáver, y el cadáver suele ser el de ella. —Recogió el cuchillo, siguió troceando—. En cambio, si yo me ocupo, no vuelve. Nunca. Limpio. Sin testigos. Tu paciente duerme tranquila el resto de su vida y nadie jamás sabe por qué. Es el regalo más grande que se le puede hacer a alguien que ha vivido con miedo: el fin de ese miedo. Yo se lo doy a la gente. Es lo único que sé regalar.

Me quedé helado, no por la oferta —la esperaba, en el fondo la esperaba desde que la conocí—, sino por la lógica. Porque tenía razón en lo del papel. La tenía. La orden de alejamiento es frágil, el sistema falla, las mujeres mueren con la denuncia presentada. Mi hermana me ofrecía, con toda su monstruosidad, una certeza que mis cauces legales no podían darme: que Gonzalo no volvería jamás. Y durante un segundo, uno solo, la parte de mí que viene de la misma casa que ella consideró el regalo. Lo consideró de verdad. Ese segundo es lo que más miedo me da de toda mi vida, más que el pasillo, más que el fuego.

—No —dije, cuando el segundo pasó—. Adela no necesita que muera nadie. Necesita salir. Son cosas distintas, Marina, aunque tú lleves toda la vida

confundiéndolas. Y yo te lo confundí, de niño, sin querer. Te enseñé que protege es eliminar. Me equivoqué. Proteger es acompañar a la salida. Lo he aprendido hace tres semanas, con una paciente, demasiado tarde para ti y para mí, pero lo he aprendido. —La miré—. Si tocas a ese hombre, o a mi paciente, o a cualquiera de los míos, dejamos de ser lo que estamos jugando a ser. Para siempre.

Marina me sostuvo la mirada un buen rato, con el cuchillo quieto. Y luego sonrió una sonrisa triste, casi de orgullo, la de la hermana pequeña que ve a su hermano mayor convertirse por fin en algo que ella ya no puede ser.

—Has cambiado, David —dijo—. Te felicito. De verdad. —Volvió a la verdura —. Es una pena. Porque significa que ya no eres como yo. Y si ya no eres como yo, entonces uno de los dos sobra de verdad en esta historia. Hasta ahora éramos dos iguales que se reconocían. A partir de esta noche somos un hombre y un monstruo. Y los hombres y los monstruos, hermano, no comparten cocina por mucho tiempo.

93

Una mañana, al volver de la panadería, supe que Marina había estado en mi casa.

No por desorden, sino por lo contrario. Me di cuenta a través de una pulcritud que no era la mía, en lugar del caos. La taza de hojicha vacía, que yo dejaba siempre a la derecha de las gafas de sol, estaba a la izquierda. Las zapatillas paralelas a la pata de la cama, miraban hacia la ventana en lugar de hacia la puerta. Detalles que, para cualquiera, no existirían y que, para mí, gritaban. Alguien había recorrido mi piso, lo había examinado con una atención idéntica a la mía y, al recolocarlo todo, había cometido el único error posible: lo había dejado demasiado perfecto, perfecto a su manera y no a la mía, como una falsificación impecable que solo el propio artista reconoce.

Me senté en el sillón del estudio y razoné. La cerradura estaba intacta; o tenía llave, o sabía abrir sin forzar, dos posibilidades igual de inquietantes. Llevaba semanas, quizá meses, entrando en mi ausencia. Por eso conocía la disposición de mis cuchillos, la marca de mi té, el orden de mis manías: no lo había deducido desde su ventana con prismáticos, como yo había supuesto. Lo había tocado. Había vivido mi vida de puntillas mientras bajaba a por el pan, había dormido quizá en mi sofá, había leído quizá mi cuaderno —el cajón seguía cerrado, pero un cajón cerrado no significa nada para quien aprendió de niña a salir por la ventana del lavadero sin hacer ruido—.

Debería haber sentido violación, ultraje y la rabia de quien descubre profanado su santuario. No la sentí. Sentí, para mi vergüenza, una intimidad espeluznante. Marina y yo nos habíamos pasado diecisiete años solos, ilegibles, cada uno en su pared del patio de la vida, y ahora resultaba que ella llevaba meses habitando mi orden con el sigilo con que se habita un recuerdo. No me espía como a un enemigo. Me habitaba como una hermana fantasma. Y esa diferencia, comprendí mientras devolvía la taza a su derecha y giraba las zapatillas hacia la puerta, era exactamente lo que la hacía más peligrosa que cualquier enemigo: que una parte de mí, la más sola, la más antigua, se alegraba de no estar solo en casa.

94

Decidimos volver al pueblo. A la casa. A lo que quedara de ella.

No es algo que recomiende a mis pacientes; regresar al lugar del trauma rara ve: cura, y lo más habitual es que reabra. Pero nosotros no buscábamos curarnos buscábamos una prueba, un detalle del mundo físico, una esquina de pared rea contra la que medir nuestros recuerdos de niebla. Cuando la memoria falla, sol queda la geografía. La geografía no miente; las casas, aunque ardan, dejan s planta en el suelo igual que un esqueleto.

Fuimos en el coche de Nora. Insistió en acompañarnos. «Si vais a desenterrar l verdad de mi caso, conduzco yo», dijo, y en su tono se mezclaban l profesionalidad y otra cosa, una inquietud por mí que ninguno de los tre nombró. Marina viajaba detrás, callada, viendo secarse el paisaje a medida qu nos alejábamos de la costa. Yo iba delante, dando indicaciones desde un memoria que ignoraba conservar: gira aquí, ahora el camino de tierra, ojo con l curva, hay una acequia. Diecisiete años sin pisar aquello, y mi cuerpo recordab cada bache. La memoria del miedo es la más leal de todas: nunca se tom vacaciones.

La Vega era —es— uno de esos pueblos del interior que mueren despacio y d pie, con dignidad de anciano. Cuatro calles, una iglesia, un bar, casas con l persiana echada de los que ya no volverán. La nuestra quedaba a las afueras, a final de un camino, apartada del resto. De niño me parecía un privilegio. A aparcar frente a las ruinas, entendí lo que de verdad significaba: que estábamo lejos. Que si una noche se oían gritos, nadie los escucharía cerca. Que mi padr había elegido aquella casa, quizá, por el mismo motivo por el que yo elegí un pis sin vecinos en la escalera: para que ciertas cosas sucedieran sin testigos.

La casa era un rectángulo de muros ennegrecidos, sin techo, devorado por l maleza. La parra de la entrada había vuelto, terca, a trepar por una jamb calcinada. Entramos por donde estuvo la puerta. Dentro, el suelo era ceniza viej endurecida y hierbajos, y el cielo caía a plomo sobre lo que había sido mi infancia Reconocí la planta enseguida: el salón, la cocina al fondo —donde mi madr

tomaba su té—, el pasillo. Y, abriéndose a él, las cuatro puertas. Cuatro hueco ennegrecidos en la pared, sin hoja, dando a cuatro habitaciones sin techo.

Cuatro puertas. Las del sueño de Carla. Las de mi relato falso. Allí estaban, reales contables, exactas.

Marina se quedó en el umbral del pasillo, sin atreverse a entrar. La vi temblar, no de frío. Yo, en cambio, avancé. Mis pies sabían el camino. Me detuve frente la cuarta puerta, la suya, la del fondo, la que en mi memoria se cubría de una niebla blanca. Y al asomarme a la habitación sin techo, a la que fue su cuarto distinguí algo en el suelo, medio sepultado en la ceniza endurecida, que el tiempo y el fuego habían respetado por capricho.

Me agaché. Lo desenterré con los dedos. Metal, retorcido por el calor pero intacto: una jaula. Pequeña. Vacía, claro. Con la compuerta abierta.

La jaula de Capitán. La de verdad. La original.

Y entonces lo comprendí, de golpe, con esa claridad fría que es lo único que heredé sin discusión de aquella casa: que la jaula colgada frente a mi ventana no era un símbolo improvisado, ni una amenaza, ni un juego. Era esto. Un eco. Llevaba diecisiete años llamándome con el ruido de una puerta abierta porque la noche del fuego, la noche verdadera, alguien había abierto esta jaula. Antes del incendio. Alguien había soltado al canario para que no ardiera.

Y solo una persona en aquella casa habría pensado, en mitad del horror, en salvar a un pájaro.

Me volví hacia el umbral, hacia Marina, que me observaba desde la distancia con los ojos colmados de algo que no era miedo, sino reconocimiento.

—Tú soltaste a Capitán esa noche —dije—. Antes del fuego. Lo soltaste para salvarlo. —La voz me salió rara—. Marina, ¿cómo sabías, antes de que empezara el incendio, que había que salvarlo?

Se llevó una mano a la boca.

95

(Marina)

Mientras David recorría las ruinas con esa devoción suya de relojero ante un mecanismo roto, yo me quedé en el umbral del pasillo, y no pude pasar.

Es curioso. He vuelto a entrar en muchas casas a las que no debía volver. He encendido estufas viejas, he caminado por rellanos a oscuras, he flotado en piscinas vacías la noche antes de que alguien se ahogara en ellas. Nada de eso me costó. Y, sin embargo, en el umbral de aquel pasillo carbonizado, con las cuatro puertas abriéndose a la nada, las piernas no me obedecieron. Porque hay una diferencia entre el lugar donde una hizo y el lugar donde una se hizo, y aquel pasillo era el segundo. Allí, a los doce años, dejé de ser la niña del canario y empecé a ser lo que soy. No me arrepiento; ya he dicho que no me pesa. Pero una cosa es no arrepentirse y otra atreverse a pisar el sitio exacto donde naciste de nuevo, con sangre ajena, mientras tu hermano se sentaba a mirarse las manos.

Lo vi agacharse al fondo de mi antiguo cuarto y desenterrar algo de la ceniza. La jaula. La de verdad. La levantó como se levanta a un recién nacido, y desde el umbral vi la espalda de mi hermano temblar, que no tiembla nunca, y comprendí que acababa de entender lo del pájaro. Que yo lo había soltado antes del fuego. Que sabía, antes de que la casa ardiera, que iba a arder. Que la inocencia que él me había atribuido durante diecisiete años se le caía al suelo de ceniza junto con aquella jaula retorcida.

Quise decirle muchas cosas en aquel momento. Quise decirle que no me salvó él a mí, que lo salvé yo a él; que la frase que le susurré en el jardín —«tú nos has salvado, yo ya estaba muerta»— fue el primer asesinato limpio de mi vida, porque con ella maté, de un solo golpe, la memoria verdadera de mi hermano y la sustituí por una soportable. Quise decirle que llevaba diecisiete años queriéndolo de único modo en que sé querer: cerrándole las puertas por las que podría haberle entrado la verdad. Pero no dije nada. Me quedé en el umbral, mirándole la espalda, sumando por dentro, como el del medio, como aprendí de él, y pensé

con una ternura que en mí es indistinguible de una sentencia: pobre David. Le h devuelto su jaula. Ahora también tendré que devolverle su culpa. Y, cuando se l devuelva entera, uno de los dos sobrará en esta historia.

Recé, a mi manera, que es sin Dios y sin esperanza, porque el que sobrara fuer yo. Era lo más parecido al amor que me quedaba.

96

(Nora)

La noche antes del viaje al pueblo, hice lo que llevaba semanas posponiendo comparé las letras.

Extendí sobre la mesa de mi cocina todos los sobres anónimos que había recibido a lo largo del caso, los que me habían ido empujando hacia la verdad migaja a migaja. Y, al lado, una nota que David me había escrito días atrás, una tontería, la dirección de una cafetería apuntada al vuelo en una servilleta. La puse bajo la lámpara, una junto a otra, y las estudié con la atención con que él estudia un cruce.

Eran la misma letra. O casi. Los mismos bucles, la misma inclinación hacia la derecha, la misma manera de cerrar las aes, esa caligrafía de escuela antigua que ya no enseñan. Durante un minuto entero pensé que David era mi fuente, que había sido él quien me había estado alimentando el caso desde el principio, y la idea me revolvió el estómago: ¿qué clase de hombre orquesta su propia caza? Pero entonces miré más despacio, con la lupa que uso para los documentos, y vi la diferencia. Pequeñísima. La letra de los sobres era un grado más pequeña, un punto más apretada, como escrita por una mano que aprendió esos mismos bucles imitando a otra y los perfeccionó hasta hacerlos más suyos que los del original. Una letra de hermana menor que, de niña, copió la del hermano mayor y, con los años, la superó.

Me quedé mucho rato mirando aquellas dos caligrafías gemelas bajo la lámpara, con el corazón acelerado, entendiendo por fin la forma entera de la historia que llevaba meses persiguiendo a tientas. No había ninguna persona en el centro de este caso. Había dos. Dos manos que escribían casi igual porque salieron de la misma casa, de la misma escuela, del mismo dolor. Una me mandaba sobres para que destapara la verdad. La otra se dejaba destapar sin defenderse. Y yo, la periodista lista, la que presume de no enamorarse de su teoría, había pasado meses creyendo que perseguía a un hombre, cuando en realidad dos hermanos

me habían estado usando, cada uno a su manera, para representar el último acto de una obra que había empezado hace diecisiete años en un pasillo.

Guardé los sobres. No le dije nada a David al día siguiente, en el coche de camino al pueblo. Pero lo miré distinto durante todo el viaje, por el retrovisor, y miré distinto a Marina en el asiento de atrás, con la frente pegada al cristal, y por primera vez tuve miedo de los dos a la vez. No del monstruo. De algo peor: de la lealtad entre dos personas que comparten una letra, una casa quemada y un secreto, y que, lo supe esa noche, serían capaces de quemar el mundo entero con tal de protegerse el uno al otro la versión soportable de quiénes son.

97

El viaje al pueblo lo hicimos en silencio casi todo el rato, y el silencio dentro d un coche tiene una densidad que no tiene en ningún otro sitio: te obliga a esta con el otro sin la coartada de mirarlo.

Conducía Nora. Yo iba delante, dándole indicaciones que me salían de un cuerp más que de la memoria: «en el próximo cruce, a la derecha»; «ojo, que viene un curva mala»; «despacio aquí, hay una acequia que se sale cuando llueve» Diecisiete años sin pisar aquella carretera, y mis manos se agarraban a salpicadero un segundo antes de cada bache, como si la piel llevara el mapa que l cabeza había borrado. Marina iba detrás, callada, con la frente apoyada en e cristal, viendo desfilar un paisaje que se secaba a medida que dejábamos atrás e mar. La miré una vez por el retrovisor. Tenía los ojos abiertos, fijos en lo campos, y movía los labios muy levemente, como quien reza o cuenta. Despué supe que contaba: los kilómetros que faltaban para el lugar donde dejó de ser un niña.

A medida que nos acercábamos, el aire en el coche cambió. No por nada qu dijéramos; por lo que cada uno traía de aquel sitio. Para Nora era un escenario, e clímax de su reportaje, y se la notaba alerta, profesional, casi culpable de s propia avidez. Para mí era el lugar donde maté a mi padre, o donde creí, durant diecisiete años, haber matado a todos. Para Marina era la cuna y la tumba a la vez el pasillo donde una niña de doce años se transformó en lo que iba a ser durant toda su vida. Tres personas, tres viajes distintos hacia el mismo punto del mapa encerradas en metro y medio de chapa y silencio.

Cuando enfilamos el último camino de tierra y la casa apareció al fondo —u rectángulo de muros negros contra el cielo blanco—, Nora aminoró sin que se l pidiera, con el instinto de respeto que tiene la gente decente ante el dolor ajen Marina dejó de mover los labios. Y yo sentí, por primera vez en el viaje, que e cuerpo se me adelantaba a la cabeza con una certeza tranquila y terrible: que d aquel sitio, diecisiete años atrás, no habían salido las personas que entraron. Qu la casa nos había cambiado a los tres supervivientes —porque éramos tres

aunque el mundo contara uno— en el momento exacto en que cruzamos su umbral hacia fuera. Aparcamos en silencio. Nadie se movió durante un largo minuto. Fue Marina la que abrió primero la puerta del coche y al aire del campo entró de golpe, seco, viejo, con un olor que ni mi nariz rota pudo ignorar del todo: a tierra quemada que la lluvia de diecisiete inviernos no había terminado de lavar.

98

Antes de volver, paramos en el bar. Fue idea de Nora, que posee el instinto de lo buenos periodistas para saber que la verdad de un sitio no habita en sus ruinas sino en su barra.

El bar de La Vega era el único que seguía abierto, y lo regentaba una mujer de unos setenta años, seca y cordial como el paisaje, que nos sirvió tres cafés sin preguntar y nos estudió el rato justo para colocarnos. A los forasteros se lo coloca enseguida en los pueblos pequeños; lo arduo es que te recoloquen una vez que te han fijado un sitio. Yo me había sentado de espaldas a la luz, con las gafas de sol que llevo en los días malos, y aquel era, sin discusión, un día malo.

Habló Nora. Dijo que preparaba un trabajo sobre casas antiguas de la comarca que había visto la de las afueras, la quemada, y que sentía curiosidad. La mujer secó un vaso ya seco —ese gesto universal del que decide cuánto va a contar— y soltó, sin que se lo preguntáramos de frente, lo que llevaba diecisiete años esperando que alguien viniera a preguntarle.

—La casa de los Salinas —dijo—. Mala casa. No por la casa: por el hombre. —Posó el vaso—. Andrés. El padre. Aquí lo sabíamos todos y aquí nadie dijo nada que para eso somos pueblo. Se oían cosas de noche, cuando bajaba el viento. La mujer venía a por el pan con gafas de sol en pleno invierno. —Me miró un segundo, a mí, a mis gafas, y desvió la vista con una delicadeza que dolió más que si me las hubiera arrancado—. El mayor, Tomás, buen chico, callado. La pequeña una cosita, siempre con su pájaro. Y el del medio… —vaciló— el del medio era el raro. El que miraba. Un crío que observaba a las personas como el médico observa al enfermo. Imponía un poco. Pero era el que se ponía delante. Cuando el padre arrancaba, el que se interponía era el del medio. Más de una vez apareció por el pueblo con la cara reventada. Quince años. Y no lloraba. Eso era lo que a mí me daba no sé qué. Que no llorara.

Bebí el café por tener algo que hacer con la cara.

—¿Y la noche del fuego? —preguntó Nora, con suavidad.

La mujer se encogió de hombros.

—Lo que dijeron. Un accidente. La estufa. —Recuperó el vaso seco—. Pero l voy a contar algo que no he contado a nadie, porque nadie se ha sentado preguntármelo. Casimiro, el pastor, que en gloria esté, juraba haber visto salir dos niños esa noche. Dos. Cruzar hacia la acequia. Lo dijo, y se rieron de él porque Casimiro empinaba el codo. Yo lo conocía: borracho veía mejor qu muchos sobrios. —Nos miró despacio—. Si salieron dos, ¿por qué se contó sol uno? Esa pregunta se la hice yo a la Guardia Civil hace diecisiete años. Y m contestaron lo que siempre contestan cuando una pregunta molesta: que no l removiera.

Salí del bar antes que Nora. Necesitaba aire. Fuera, las cuatro calles muertas s asaban en silencio, y me quedé apoyado en la pared encalada, con la fotocopia d la hemeroteca quemándome en el bolsillo, pensando en un niño de quince año que se ponía delante y no lloraba, preguntándome —por primera vez con toda las letras— delante de qué me había puesto yo aquella última noche. Y a quié había dejado, sin querer, detrás de mí, en el pasillo, mirando.

99

(Nora)

Conduje hasta La Vega con los dos hermanos en el coche y el estómago encogido, y no por la carretera.

David iba delante, dándome indicaciones desde una memoria que él juraba no tener: gira aquí, ojo con la acequia. Marina iba detrás, callada, viendo pasar el campo. Yo los miraba por el retrovisor y pensaba en mi norma, la del periodista muerto, hecha trizas hacía tiempo. Porque ya no veía un caso. Veía a dos personas rotas en el mismo sitio, y me veía a mí, conduciéndolas hacia el lugar donde se rompieron, con la excusa de un reportaje y la verdad de que no quería dejarlos solos.

En el pueblo, mientras ellos entraban en las ruinas, yo me quedé fuera, apoyada en el coche, mirando aquel rectángulo de muros negros comido por la maleza. Y por primera vez en todo el caso sentí miedo. No miedo periodístico, del que espolea. El otro. El que avisa.

Porque había algo que no encajaba, y mi oficio consiste en notar lo que no encaja. David hablaba de su hermana con una ternura desarmada, como de una víctima a la que había salvado. Pero yo había leído los informes, había recibido los sobres, había subido al norte, y la mujer dulce de la que él hablaba dejaba, allá por donde pasaba, el mismo rastro de ceniza que aquella casa. Dos relatos sobre la misma persona, incompatibles, y yo en medio, sin saber a cuál agarrarme.

Cuando salieron de las ruinas, David traía algo en las manos, una jaula pequeña y retorcida por el fuego, y la sostenía como se sostiene a un hijo. Marina caminaba un paso por detrás, mirándole la espalda. Y en esa mirada —la capté un segundo, solo uno, antes de que ella la guardara— no había amor de hermana. Había cálculo. La misma mirada que el del medio, según la mujer del bar, le echaba a su padre: la del que suma por dentro.

No dije nada. Subí al coche, arranqué, los llevé de vuelta a la ciudad. Pero es
noche, en mi piso del 4.º B, hice algo que llevaba semanas posponiendo: cog
todos los sobres anónimos, los extendí sobre la mesa y comparé la letra con un
nota que David me había escrito días atrás, una tontería, una dirección apuntad
al vuelo. Las dos caligrafías eran casi idénticas. Casi. La de los sobres tenía lo
mismos bucles, la misma inclinación, la misma escuela. Pero era un poco má
pequeña. Un poco más apretada. Una letra de hermana que, de niña, copió la d
su hermano y la perfeccionó hasta superarla.

No era David quien me había estado alimentando con el caso. Nunca lo fue. Y s
la fuente era ella, si llevaba meses colocándome las piezas con la paciencia d
quien arma una trampa, entonces yo no era la periodista que destapaba l
historia. Era una pieza más de la historia que alguien estaba destapando para mí.

100

De Tomás guardo un recuerdo bueno, uno solo, y lo saco poco porque lo recuerdos buenos de los muertos pesan más que los malos.

Yo tendría diez años; él, catorce. Una tarde de domingo, de las raras en que m padre se había ido al bar y la casa respiraba, Tomás me dejó ponerme sus cascos Los grandes, los acolchados, su refugio. Me los puso con cuidado en las orejas eligió una canción y le dio al play, y por primera vez en mi vida el mund desapareció. No oí el reloj, ni el campo, ni el silencio de debajo de la casa. Sol música, llenándolo todo, empujando hacia fuera el ruido del miedo. Entendí, e aquellos tres minutos, por qué mi hermano vivía con los cascos puestos: no er huida, o no solo. Era el único sitio donde un chico podía estar a salvo sin tene que ponerse delante de nadie, como hacía yo, ni cerrar ninguna puerta, com haría la pequeña. Tomás se salvaba hacia dentro, con volumen. Yo me salvab hacia fuera, con cálculo. Dos hermanos, dos estrategias, y entre los dos, sin que l viéramos, la tercera, que aprendía de ambos lo peor.

Cuando la canción terminó, Tomás me quitó los cascos y me revolvió el pelo, u gesto torpe, masculino, de hermano mayor que no sabe decir te quiero y lo dic así. «No se lo digas a papá —murmuró—. Lo de los cascos. Es nuestro.» Y fu nuestro. El único secreto limpio que compartí con Tomás: que una tarde d domingo me regaló tres minutos de mundo sin miedo. No volvimos a hacerlo. L vida en aquella casa no dejaba espacio para repetir las cosas buenas; las malas, e cambio, se repetían solas. Pero me quedé con la lección, aunque tardé treint años en formularla: que cada uno de nosotros encontró su manera de sobrevivi a la misma casa, y que ninguna manera era cobarde, ni siquiera la de Tomás, a que juzgué tantos años por taparse los oídos. Tomás no era un cobarde. Era u chico que había encontrado, en tres minutos de música, lo que yo no encontré e diecisiete años de orden ni mi hermana en cinco ciudades de fuego: un siti donde el miedo no entraba.

Murió saliendo de ese sitio. Se quitó los cascos al oír gritar a mamá y salió a pasillo; allí lo encontró la mano de la pequeña. A veces pienso que, si aquell

noche hubiera tenido el volumen un poco más alto, si no hubiera oído el grito, s
se hubiera quedado dentro de su refugio tres minutos más, hoy estaría vivo, calv
quizá, padre quizá, escuchando todavía sus canciones. Lo mató su único gest
valiente. Y yo, que me creí toda la vida el valiente de la familia, el que se poní
delante, sigo aquí, vivo, condenado, escribiendo esto. La valentía, en mi familia
nunca premió a quien debía. Casi nada lo hizo.

101

De vuelta en Valencia, esa misma noche, repetimos la regresión. La definitiva Marina insistió. Aseguraba que ya no le temía a la habitación cerrada, que había visto la casa de verdad y la casa de verdad resultaba menos terrible que la de sus pesadillas, lo cual es la frase más esperanzada y más triste que le he oído a un ser humano. La senté de nuevo en el sillón reclinable. Bajé las luces. Empleé la voz de cura. Esta vez no la conduje al pasillo, sino antes: a la tarde de aquel día, a las horas previas. Porque el trauma nunca empieza donde creemos; empieza siempre un poco antes, en el instante en que el cuerpo supo, sin que la cabeza lo supiera todavía, que esa noche sería distinta.

—Es por la tarde —dijo Marina, con su voz de niña—. Papá ha vuelto temprano. Eso es malo. Cuando vuelve temprano, es malo. —Su mano apretó el brazo del sillón—. Mamá está en la cocina. Tomás se ha encerrado en su cuarto con la música alta para no oír. Y tú… tú me has llevado a mi habitación y me has dicho que no salga pase lo que pase. Que me quede con Capitán. Que tú te encargas.

—¿De qué me encargo, Marina?

—No lo dices. —Frunció el ceño—. Solo dices «yo me encargo». Como siempre. Llevas semanas diciéndolo. Desde que papá empezó otra vez. Desde lo del brazo de mamá. Desde la noche en que entró en mi cuarto, tú lo sacaste a rastras y te ganaste el labio partido. —Se le entrecortó la respiración—. Llevabas semanas planeando algo, David. Yo lo notaba. Mirabas a papá de una manera. Como miras tú las cosas. Como si calcularas por dónde se abren.

Me quedé muy quieto. La línea de Langer del prólogo. Por dónde cede con facilidad y por dónde se resiste. Mi afición a la medicina. El tratado de anatomía subrayado en las partes de los muertos. A los quince años. Mi voz fría de pozo que no es la voz del trauma, sino la de algo anterior al trauma, algo con lo que nací.

—Sigue —dije, y la voz ya no era la de cura. Era la mía. La de verdad.

—Es de noche —continuó—. Me despierta un ruido. Suelto a Capitán por l ventana, sin saber por qué, lo hago sin pensar, como si una parte de mí y supiera. Salgo al pasillo. La cocina está encendida. Y os veo. —Apretó lo párpados—. Os veo a los dos. A ti y a él. Y hay algo plateado. Y mamá grit desde el suelo. Y Tomás sale de su cuarto, se mete, y entonces… —Se detuvo Tragó—. Entonces tú me ves en el pasillo. Y dices una palabra. Una sola. Me l has repetido mil veces en sueños.

—¿Qué palabra?

Abrió los ojos. Y me miró con la claridad terrible de quien al fin ha encontrado e mueble en la oscuridad.

—«Para» —dijo—. Me dijiste «para». Pero no me lo decías a mí, David. Yo n hacía nada. Estaba quieta en el pasillo. —Se incorporó, pálida—. Te lo decías a t mismo. «Para.» Y no paraste.

El prólogo. Llegó un sonido monocorde. —Para. Diecisiete años creyendo qu aquella palabra la había pronunciado una víctima pidiéndome clemencia. Y no. L había dicho yo. Me la había dicho yo. Una orden que me di a mí mismo y qu desobedecí.

No era el relato de Marina el falsificado. Era el mío. Aunque no en lo que y creía. Creía haberme inventado un crimen ajeno; resultaba que me habí inventado una inocencia. Había tomado lo que de verdad hice —matar a m padre, esa noche, con quince años y un destello plateado, para que dejara d hacer lo que hacía— y lo había envuelto en tanta niebla, lo había multiplicado po cuatro, lo había vuelto tan total y tan monstruoso, que el monstruo entero terminó tapando al monstruo real. Es el método más seguro para esconder u cadáver: bajo una montaña de cadáveres inventados.

—Yo maté a papá —dije en voz alta, y por primera vez en diecisiete años er verdad—. Solo a papá.

Marina asintió, llorando sin ruido.

—Para protegernos —dijo—. Para protegerme a mí. —Y entonces, con una vo que de pronto ya no era de niña ni de paciente, sino de algo más viejo y más frío añadió—: La pregunta, hermano, es quién mató a los otros dos. Porque tú parast después de papá. Yo te vi parar. Te vi mirarte las manos y te detuviste. —Se sec la cara—. Mamá y Tomás seguían vivos cuando tú te sentaste en el suelo de pasillo a mirarte las manos.

CUARTA PARTE

CINCO CIUDADES

102

Marina dijo que necesitaba caminar. La creí, porque yo también necesitab caminar y porque aún no había aprendido a desconfiar de las cosas qu pronunciaba con la voz pequeña. Se fue sobre las once. Yo me quedé en e estudio, a oscuras, con la jaula calcinada sobre la mesa y el cuaderno negr abierto por una página en blanco, intentando escribir la frase nueva, la verdader —*maté a mi padre, solo a mi padre*—, y descubriendo que la mano se negaba, no po miedo, sino porque sabía algo que la cabeza tardaba en alcanzar.

Mamá y Tomás seguían vivos cuando me senté en el suelo del pasillo.

Lo había dicho Marina, y Marina, en la regresión, no mentía: con esa voz, la qu sale antes de las palabras, no se miente. Mamá gritaba desde el suelo de la cocina Tomás había salido de su cuarto. Yo me había sentado a mirarme las manos vaciado, detenido por fin después de mi padre, incapaz de un gesto más. Es parte la recordaba ahora con bordes sucios, con detalles inútiles —el frío de la baldosas, una mosca, increíblemente una mosca en octubre—, la textur inconfundible de lo verdadero.

Lo que venía después seguía en niebla. Pero, por primera vez, la niebla tenía un forma dentro. Una silueta menuda. Una niña de doce años que sale al pasillo pasa por mi lado, me apoya una mano en el hombro —noto su mano en m hombro, había dicho ella, colocándolo mal en el tiempo, situándolo al principi cuando pertenecía al final— y continúa hacia la cocina. Hacia mamá, que grita Hacia Tomás, que intenta levantarla.

No vi lo que hizo Marina. Me había sentado a mirarme las manos. Pero oí. Voce entrecortadas, pasos rápidos y gritos de dolor, seguidos de un silencio total. M propio prólogo. Mi confesión robada. Diecisiete años recitando como mías la cosas que hizo mi hermana de doce años mientras yo me contemplaba las palma en el suelo del pasillo. Había absorbido su crimen igual que se absorbe un golpe para que ella no lo sintiera. Me había declarado autor de los cuatro porque l verdad —que la niña a la que protegí matando a nuestro padre aprovechó m

parálisis para rematar la faena con mi madre y con Tomás, y que le gustó— resultaba insoportable de un modo distinto al de la culpa.

Después de aquello, lo que quedó no fue culpa, sino una especie de alivio.

No era mi alivio. Nunca lo fue. Era el suyo. De niño le robaba sorbos al té de m madre para averiguar qué se sentía estando en paz, y jamás sentí nada. Marina, d niña, le robó a aquella noche algo mucho peor, y sí lo sintió: alivio. La diferenci entre mi hermana y yo, la única que importa, cabe en ese sorbo. Yo maté una vez para detener algo, y me quedé hueco. Ella mató, y se llenó.

Y el fuego —el fuego que siempre había reivindicado como mi obra maestra, m manera limpia de cerrar el proceso— también lo había encendido ella. Por es soltó al canario antes. No por compasión repentina ni por instinto: lo solt porque ya sabía, mientras yo me miraba las manos, que iba a quemar la casa. A los doce años. Con sus padres y su hermano dentro, dos de ellos ya cadáveres po su mano y uno por la mía. Salvó al pájaro y nos dejó arder. Después salió desapareció, y permitió que el mundo me colgara la cuenta entera, porque alguie debía cargarla y el tonto del medio se ofrecía gratis.

Me levanté tan deprisa que volqué la silla.

Porque si todo aquello era cierto —y lo era, lo sabía con la certeza fría de la líneas de tensión—, entonces Marina no había vuelto a buscarme para que l contara cómo la maté. Eso era el disfraz; igual que el de Carla. Marina habí regresado por la única razón por la que regresa la gente como ella: para cerrar e proceso. A eliminar lo que pudiera alterar el equilibrio. Y a no ser descubierta.

Quedaban tres personas en el mundo capaces de unir a Marina con lo que era. L inspectora Vega, que tiraba de los restos. Yo, que acababa de recordarlo todo. Y Nora.

Nora, que vivía dos pisos más abajo. Nora, a quien Marina había dicho que salía caminar para no decir adónde iba.

103

(Atestado de la Guardia Civil. Diligencia de fallecimiento n.º 0447. Transcripción parcial.)

«…siendo las 03:40 horas, se recibe aviso de incendio en una vivienda unifamilia sita en las afueras de la localidad de La Vega. Personados los servicios d extinción, se confirma el fallecimiento de tres adultos y se da por desaparecida una menor de doce años de edad, cuyos restos no han sido localizados atribuyéndose dicha circunstancia a la intensidad del fuego.

»Un único superviviente, varón, de quince años, hallado en el jardín posterior, sin lesiones de consideración. En su declaración manifiesta haber dormido en e cuarto contiguo a la caldera y haber salido por una ventana al percibir humo. N se aprecian incongruencias en su relato. El menor presenta un estado de calm que el agente que suscribe atribuye al shock.

»Declara asimismo D. Casimiro P., pastor, vecino de la localidad, haber observad "dos figuras de corta estatura" abandonando el inmueble en dirección a l acequia con anterioridad a la propagación del fuego. Dada la condición d embriaguez del declarante en el momento de los hechos, y la ausencia d cualquier otro testigo, no se incorpora dicha manifestación a la hipótesi principal, que se mantiene como siniestro de origen accidental.»

(Anotación a bolígrafo en el margen, letra distinta, sin firma, hallada al reabrirs el caso diecisiete años después:)

«Dos figuras. El pastor borracho fue el único que dijo la verdad y el único a quie nadie creyó. Como siempre. — L.V.»

104

(Marina)

Hubo, en el norte, una chica. Lucía. Y es la única persona del mundo, además d mi hermano, a la que, de adulta, no he hecho daño, aunque tuviera motivos par hacerlo, y por eso la cuento.

Compartimos pupitre en dos cursos, en aquel colegio gris de monjas donde la tí me había matriculado para que «las hermanas me enderezaran». Lucía era todo l que yo no: ruidosa, torpe, generosa sin cálculo, de las que se ríen con la boc entera. No sé por qué se empeñó en ser mi amiga; quizá por lo mismo qu ciertos animales se acercan a lo que deberían temer, por una inocencia que n distingue el peligro. Me invitaba a su casa, una casa normal, con padres que s hablaban sin gritar y un olor a comida que no ocultaba nada. Yo iba, me sentab a su mesa, observaba aquella normalidad como un antropólogo observa una trib cuya lengua no hablará nunca, y volvía al cuarto sin ventana de la tía con un rabia fría que no sabía dónde poner.

Un día, Lucía descubrió algo. No sé qué vio exactamente —quizá cómo miré un gato que se había metido donde no debía, quizá una de las cosas pequeñas qu de niña hacía y que las monjas atribuían a «mal genio»—. Pero un día me mir distinto, con un principio de miedo asomándole a los ojos, el mismo miedo qu años después le vería a una compañera de piso socorrista y a una psicólog buenísima. Y entendí, con doce años, que Lucía estaba a un paso de volvers legible para mí, de contarme, de señalarme. Sabía ya, instintivamente, lo qu había que hacer con la gente que te vuelve legible. Lo sabía desde un pasillo.

No le hice nada. Es lo único que de verdad me redime, si algo me redime, y l cuento sin orgullo, porque no fue virtud: fue agotamiento, o nostalgia, o la últim astilla de la niña de la acequia. Me alejé de Lucía. Dejé de ir a su casa, dejé d hablarle, fui cruel con la única crueldad limpia que existe, la de la distancia, hast que su miedo se transformó en desconcierto y luego en indiferencia y al final m olvidó, como se olvida a una compañera rara de pupitre. La protegí de m

quitándome yo de en medio. Es exactamente lo que mi hermano hacía conmigo de niña —ponerse delante—, pero al revés: yo me aparté para no caerle encima. Fue mi único acto de amor de aquellos años, y nadie lo vio, y la propia Lucía vivió y murió de vieja, supongo, sin saber jamás que una tarde estuvo a un pelo de ser mi primera ciudad, y que se salvó porque, por una vez, elegí desaparecer yo en lugar de hacer desaparecer a otra. Donde ya han mirado, decía mi hermano. Aquella vez me escondí yo. Para que Lucía siguiera riéndose con la boca entera. Es lo más bonito que he hecho nunca. Y consistió, simplemente, en marcharme.

105

(Marina)

Desaparecer es un oficio, y como todo oficio, se aprende, se perfecciona y deja de costar.

Aprendí los primeros rudimentos sin querer, de niña, en la casa de la tía del norte: hacerme pequeña, no dar problemas, ocupar el menor espacio posible en la memoria ajena. Pero el oficio de verdad lo estudié de adulta, con método, como mi hermano estudió la psicología. Leí sobre identidades. Aprendí qué papeles se pueden conseguir y cómo, qué huellas deja una persona normal y cómo evitarlas. Descubrí que el mundo, contra lo que cree la gente asustada, está lleno de grietas por las que cabe una mujer decidida a no existir del todo: empleos que se pagan en efectivo, alquileres sin contrato, ciudades grandes donde nadie mira dos veces. Me hice contable porque los números me gustaban desde la acequia, y porque una contable discreta es invisible por definición: nadie recuerda a quien le cuadra las cuentas, igual que nadie recuerda al portero hasta que falta.

Cambié de nombre cuatro veces. Cada nombre era una persona entera, con su biografía mínima, sus gustos prestados, su manera de peinarse. No las improvisaba; las construía con la paciencia con que se construye una coartada, y las habitaba el tiempo justo. La clave, descubrí, no es mentir mucho: es mentir poco y verdaderamente. Dar siempre un dato real, comprobable y anodino, para que nadie busque más abajo. Esconder lo importante donde ya han mirado, como me enseñó mi hermano una tarde amarilla sin saber lo que enseñaba. Carla Mond fue mi obra cumbre en ese arte: una contable sin gestoría, una ansiosa de manual, una mujer tan corriente que un psicólogo entrenado en leer a la gente la tuvo tres meses enfrente sin leer nada, porque no había, aparentemente, nada que leer.

Lo que nunca aprendí, lo que ningún manual enseña, es a desaparecer de mí misma. Podía borrarme del mundo, de los registros, de la memoria de los vecinos. No podía borrarme del único sitio donde seguía existiendo entera y sin coartada: mi propia cabeza, a las cuatro de la madrugada, cuando ningún nombre falso

protege y una se queda a solas con la niña de la acequia y con lo que esa niñ
llegó a hacer. Por eso volví a buscar a mi hermano. No para añadir un nombr
más a la lista, sino para lo contrario: para que, por una vez, alguien me llamar
por mi verdadero nombre. Marina. El que la tía me cambió. El que llevab
diecisiete años sin oír en boca de nadie que me quisiera. Cuando David l
pronunció por fin, en su consulta, con la voz rota —«Marina»—, sentí que dejab
de desaparecer. Y supe, con la misma certeza con que sé cerrar una puerta, qu
estaba dispuesta a morir con tal de no volver a hacerlo.

106

(Marina)

Durante los primeros días en Valencia no me acerqué a él. Lo estudié, que e distinto, y es lo que mejor sé hacer.

Alquilé el piso del patio antes incluso de verle la cara, solo por la dirección qu había costado meses confirmar. Y durante dos semanas fui su sombra a distancia con la paciencia que aprendí de niña esperando a que se durmieran las mano peligrosas. Lo veía salir a las siete y cuarto, exacto, con esa puntualidad nuestr que reconocí como un latido propio. Lo seguía a la panadería sin que me viera — seguir sin ser vista es un arte, y yo soy artista—. Lo veía comprar media barra un periódico, volver por la acera de la derecha, esquivar siempre el callejó estrecho, ese mismo callejón que desemboca en nuestro patio y que él evitaba po una costumbre cuyo origen, estoy segura, había olvidado. Yo no lo habí olvidado. Ese callejón huele a tierra mojada en las noches húmedas, y la tierr mojada huele a acequia, y a mi hermano la acequia le eriza la piel aunque s cabeza no sepa por qué. Lo evitaba sin saber que lo hacía por mí. Toda su vid estaba organizada, en secreto, en torno a cosas que no recordaba y que yo sí.

Verlo de lejos, en aquellas primeras semanas, me hizo sentir de una manera qu no esperaba. Había imaginado al asesino frío que me arrebató a la familia, e monstruo que necesitaba para justificar mi viaje. Y me encontré con un hombr cansado que hacía la cama mirándola como un albañil revisa una pared, qu tomaba de pie un té que se le notaba que odiaba, que pegaba el oído a su propi puerta antes de entrar en una casa donde nunca le esperaba nadie. Me encontré en fin, conmigo. Con mi reverso exacto: yo, que cierro puertas por medi España; él, que pega el oído a la suya por si dentro hay alguien, deseando temiendo a partes iguales que lo haya. Dos soledades simétricas a quince metros diecisiete años de distancia.

Aquellas dos semanas estuve a punto de marcharme sin más. De dejarlo en paz de regalarle la única piedad que se me ocurría: no entrar en su vida, no devolverl

el horror, dejarlo seguir tomando su té malo en su jaula blanca. Lo pensé d
verdad. Pero entonces, una tarde, desde mi ventana, lo vi sentarse en su sillón de
estudio y cerrar los ojos de frente al patio, y supe que no descansaba, que fingí
descansar, igual que yo finjo no recordar. Y comprendí que dejarlo en paz no er
piedad: era condenarlo a seguir solo con una mentira a cuestas. La verdader
piedad, la única que sé dar, era la más cruel: entrar, hacerme reconocer
devolverle su vida verdadera aunque ardiéramos los dos en el intento. Colgué l
jaula esa misma noche. Y pedí una cita para el jueves. Dos golpes. Siempre dos.

107

(Marina)

La decisión de volver a Valencia la tomé una tarde de noviembre, en un banco frente al mar, en la quinta de mis ciudades, con un café que se me enfriaba entre las manos y la certeza de que me estaba apagando.

Lo había hecho todo bien. Tenía un trabajo discreto, un piso limpio, una identidad sin grietas. No me buscaba la policía de ninguna provincia; cada cuenta cuadraba; cada puerta que había tenido que cerrar estaba cerrada con la pulcritud de un buen contable. Y, sin embargo, allí sentada, mirando un mar que me daba igual, comprendí que llevaba meses sin sentir nada en absoluto. Ni orden, ni alivio, ni la fría satisfacción del trabajo bien hecho. Nada. La máquina seguía funcionando, pero ya no molía grano: molía el aire. Y una máquina que muele el aire termina, tarde o temprano, moliéndose a sí misma.

Pensé en desaparecer del todo. Lo contemplé con la misma frialdad con que lo contemplo todo: una sexta ciudad, una sexta identidad, o bien el final limpio, sin testigos, el que les regalé a otros y que quizá me merecía. Estuve cerca. Más cerca de lo que nunca confesé a María Jesús. Lo que me detuvo no fue el miedo a morir —a estas alturas la muerte y yo nos tuteamos— sino una idea insoportable: que si desaparecía entonces, lo haría sin que nadie hubiera sabido jamás que existí. Que la niña de la acequia, la del pájaro con nombre grande, se borraría del universo sin dejar más rastro que cinco titulares de tres líneas en periódicos de provincia que nadie relaciona.

Y entonces pensé en él. No como en un objetivo, ni como en una cuenta pendiente. Pensé en él como se piensa en la única ventana iluminada de una calle a oscuras. David. Mi hermano. El único ser humano que, si me viera entera, no apartaría la vista, porque está hecho de mi mismo material y conoce el peso exacto de cargar con ello. No volví para vengarme; no tenía de qué vengarme, él me había salvado. No volví para que me perdonara; el perdón es moneda de gente con culpa. Volví por la razón más tonta y más humana de todas: la que

mueve también a los que no matan. Volví para que alguien supiera que había vivido. Para tener, antes del final, un testigo. Tiré el café frío a una papelera compré un billete y empecé a planear, con el cuidado de siempre, la última obra la de hacerme reconocer por el único capaz de reconocerme.

108

(Marina)

Los pocos que me han conocido —y siguen vivos para contarlo, lo cual no abundan— dirían que soy una mujer fría. Se equivocan. La fría es la otra. Yo no soy fría: soy ordenada. Es distinto. El frío no siente; el orden siente y coloca. Yo siento muchísimo. Lo que ocurre es que tengo un sitio para cada cosa que siento y la coloco ahí, cierro el cajón y, por eso, parezco serena. Aprendí de niña, en una casa donde sentir en voz alta costaba el labio partido o algo peor. Aprendí a guardar. Un día descubrí que también se puede guardar a las personas. Que a las personas que estorban el orden se las puede colocar en su sitio. Quietas. Definitivas. Exactamente donde deben estar.

La primera vez no la recuerdo del todo. Es lo único que comparto con mi hermano: las dos tenemos un agujero en el mismo punto, la noche del pueblo. A partir de ahí, nuestros agujeros se bifurcan. El suyo se llenó de culpa inventada; el mío, de método. David se construyó una cárcel. Yo me construí un oficio.

No fue de golpe, conviene aclararlo, porque la gente imagina a las de mi especie naciendo terminadas, con los dientes ya afilados. No. A mí me fueron afilando. La tía del norte que me crió, esa que «prefería no remover», me encerraba en un cuarto sin ventana cuando lloraba por las noches; tardé años en entender que el silencio que me exigía era el mismo que mi padre había impuesto en aquella casa solo que sin gritos. El primer novio me rompió dos costillas y una orden de alejamiento que la jueza no firmó a tiempo. La compañera de piso me robaba, me humillaba, contaba a quien quisiera oírla que yo era «rara». Cada uno de ellos me explicó, sin proponérselo, una lección sencilla: el mundo solo respeta el orden que no puede deshacer. Y yo sé poner orden. Es mi único talento, y lo ejerzo con una pulcritud que ya quisieran los que me despreciaron.

He vuelto por David, sí. Pero no por lo que él cree, ni por lo que la periodista escribirá algún día. He vuelto porque en veintinueve años de vida, cinco ciudades y unas cuantas habitaciones puestas en su sitio, David es la única persona de

mundo que, si me mirara de verdad, me reconocería. No la cara: eso lo reconoc
cualquiera. Lo de abajo. La línea por donde cedo. Y una se cansa, no sé si m
explico, de resultar ilegible. Una se agota de hacerlo todo tan bien y que nadie
jamás, sepa que fue ella. He puesto orden con elegancia durante diecisiete años,
a la vez me he ido muriendo de la cosa más tonta del mundo: las ganas de qu
alguien supiera lo buena que soy en lo mío. La soledad del artista al que nadi
firma el cuadro.

Por eso lo busqué. Para tener, una sola vez, un testigo capaz de entender la obra
Y para averiguar, de paso, si el agujero de su memoria guardaba lo mismo que e
mío; si éramos, como sospechaba desde niña, la misma cosa repartida en do
cuerpos.

Hay un problema con los testigos, claro. Lo sabe cualquiera de mi oficio: e
problema es que existen. Y lo que existe, algún día, habla.

Así que ya he decidido cómo termina esto. Lo decidí antes de colgar la jaula en
mi ventana, antes de inventarme a Carla, antes de sentarme en su sillón gris
recitarle sueños prestados. Voy a concederme el lujo de ser comprendida, un
vez, por la única persona capaz de comprenderme. Y después cerraré el proceso
como siempre, sin dejar nada que altere el equilibrio. Ni a la periodista, qu
apunta demasiado. Ni a mi hermano, que ahora recuerda. Ni a mí, si hiciera falta
Sobre todo a mí, si hiciera falta.

Porque la verdad más hermosa que aprendí en aquella casa, la que David nunc
entendió por más tratados de medicina que subrayara, es esta: los muertos no so
los que peor guardan un secreto.

Son los únicos que lo guardan del todo.

109

(Marina)

Hubo uno al que no maté, y lo cuento porque me explica mejor que los cinco que sí.

Fue entre la tercera y la cuarta ciudad, en un tren nocturno. Un hombre se sentó a mi lado, de madrugada, en un vagón casi vacío, y empezó con esa labia de lo que han hecho del acoso una forma de conversación. Que si viajaba sola, que s qué guapa, que si por qué tan seria. Le seguí el juego un rato, por costumbre midiéndolo por dónde se abría, calculando ya, casi sin querer, la parada solitaria el andén sin cámaras, lo fácil que es que alguien caiga a la vía entre dos vagones La máquina, ya lo dije, había aprendido a funcionar por sí sola. Tenía el plan y montado antes de decidir si quería seguir adelante.

Y entonces el hombre, envalentonado por mi silencio, sacó el móvil y me enseñó una foto «para que viera que era buen tío»: dos crías pequeñas, hijas suyas, en una playa, riéndose con esa risa desdentada de los seis años. «Son mi vida», dijo, con una ternura que no encajaba con el resto de su persona, y siguió a lo suyo, a acoso, sin notar que algo, en mí, se había detenido. Porque en aquella foto, en la risa desdentada de la mayor, vi a alguien. Me vi a mí, a los seis años, en una acequia seca, antes de que las manos cerradas y los pasillos me enseñaran lo que enseñan. Vi a la niña que aquel hombre desagradable tenía esperándola en casa, y vi, con una claridad que me dejó sin aire, lo que le esperaba a esa niña si yo cerraba esa noche la puerta de su padre: el coche, el luto, el cambio de nombre, la tía del norte, el cuarto sin ventana, la máquina que muele el aire. La cadena entera. Mi propia cadena, transmitida a otra cría desdentada que no tenía culpa de nada.

Me bajé en la siguiente parada, aunque no era la mía. Dejé al hombre con su labia, sus dos hijas y su vida intacta, y caminé por un andén frío, preguntándome qué me pasaba y por qué la máquina se había detenido por primera vez. Tardé en entenderlo. No lo perdoné a él; los hombres como él no me importan, son

intercambiables, hay uno en cada vagón. Perdoné a sus hijas. O más bien: me negué, por una vez, a fabricar otra como yo. Fue lo más cerca que estuve de la bondad en diecisiete años, y llegó por el camino más torcido: no matando a un hombre que lo merecía, para no condenar a una niña que no me había hecho nada. Esa noche, en el andén, supe que la máquina no me había borrado de todo, que quedaba dentro una astilla de la niña de la acequia. Y supe, a la vez, que esa astilla era insoportable, porque una asesina con un resto de conciencia no descansa ni en el crimen ni en la inocencia: se queda en mitad del andén, en las oscuras, sin pertenecer a ninguno de los dos lados. Aquella noche decidí, definitivamente, volver a buscar a mi hermano. No por los que maté. Por el que no maté. Por la astilla. Necesitaba que alguien la viera antes de que la máquina terminara de molerla.

110

(Cartas de la tía a un destinatario no identificado, halladas tras su muerte y aportadas a la investigación. Sin fechar. Extractos.)

«…te escribo aunque no sé si echaré esta carta, como las otras. La niña sigue rara. No es mala, no quiero decir eso, Dios me libre. Es… callada de un modo que no es el de una niña. Ayer encontré un pájaro muerto en el alféizar, un gorrión, y ella lo miraba con una calma que no me gustó. Le pregunté si lo había tocado y dijo que no, que se había caído solo. A lo mejor es verdad. Seguro que es verdad. Una ya ve cosas donde no las hay, de tanto callar…»

«…me preguntas por qué no cuento lo que pasó aquella noche, lo que vi cuando fui a buscarla. No lo cuento porque no lo sé, y porque lo poco que sé prefiero no saberlo. La saqué del campo, empapada, con el pájaro vivo entre las manos, sin una lágrima, y me dijo una sola cosa en todo el viaje: "El fuego lo arregla todo, ¿verdad, tía?". Tenía doce años. Doce. ¿Qué se contesta a eso? Yo le dije que sí, que durmiera, y conduje toda la noche sin volver a mirarla por el retrovisor porque me daba miedo lo que pudiera ver. Que Dios me perdone por no haber preguntado más. O por haber preguntado demasiado poco. Ya no sé cuál de las dos cosas es el pecado…»

«…he decidido que es mejor no remover. Lo hecho, hecho está. La cría necesita una vida normal, y removerlo solo traería desgracias. La he matriculado con las monjas, a ver si la enderezan. Cierro con llave por las noches, no te voy a mentir, no por ella, por mí, para dormir. Una madre no debería cerrar con llave para protegerse de su…, bueno, no es mi hija, es mi sobrina, pero ya me entiendes. Que sea lo que Dios quiera. Yo ya soy vieja y solo quiero paz. Si he hecho mal guardándola, que me lo demanden allá arriba. Aquí abajo nadie va a remover lo que yo no remueva…»

(Nota de la inspectora Vega, jubilada, grapada al legajo: "La tía supo, a su manera, desde el principio. 'El fuego lo arregla todo.' Una niña de doce años lo dijo, y una mujer adulta prefirió no oírlo, y cerró con llave, y la mandó con las monjas, y no

removió. Otra más. En este caso, el único que no miró hacia otro lado fue un chico de quince años que se puso delante, y mírenlo: es el que está en la cárcel. Hay una justicia en todo esto, pero no es la nuestra. — L. V.")

111

(Marina)

Del norte recuerdo el frío y las puertas cerradas, que, en el fondo, son la mism
cosa.

La tía me sacó de la acequia aquella noche sin hacer preguntas, y durante años l
agradecí ese silencio, hasta que entendí que no callaba por protegerme, sino po
protegerse. Una niña que aparece de madrugada empapada de acequia, con u
canario y sin lágrimas, es una niña sobre la que es mejor no saber. La tía eligió n
saber con la misma elegancia con que el pueblo entero había elegido no oír lo
gritos de mi madre. Me dio techo, comida y un apellido nuevo, y a cambio m
pidió lo único que sabía pedir: que no removiera, que fuera buena, que las niña
calladas son niñas buenas.

Fui callada. Fui buenísima. Saqué notas perfectas, no di un problema, aprendí
doblar mi ropa con una pulcritud que asustaba a las monjas del colegio. Po
dentro, mientras tanto, hacía lo que hacía: miraba, sumaba, esperaba. Miraba a l
tía cerrarme con llave el cuarto sin ventana las noches que lloraba —dejé de llora
pronto, claro; una aprende—. Sumaba los años que me faltaban para marcharme
Y esperaba, con la paciencia que me enseñó mi hermano en una acequia seca: «l
gente que hace daño también se duerme».

No la maté de adolescente, aunque pude. Tuve la disciplina de esperar a se
adulta, a estar lejos, a que el rastro se enfriara. Esa espera de años fue mi obr
maestra de autocontrol, y la cobré entera una noche, ocho años después, con un
estufa vieja que ella nunca revisaba. No sentí rabia. Ya lo he dicho: sentí orden
Pero lo que no he dicho, lo que no le dije ni a María Jesús en tres años de terapia
es que aquella primera noche, conduciendo de vuelta desde el norte con e
resplandor del incendio menguando en el retrovisor, lloré. Una sola vez. No po
la tía. Por la niña del cuarto sin ventana, por mí, por la certeza de que acababa d
confirmar para siempre lo que la noche del pasillo solo había insinuado: que y
era buena en una sola cosa, y que esa cosa era cerrar puertas.

Mi hermano abrió una puerta a los quince años para salvarme. Yo llevo desde entonces cerrándolas. Quizá por eso, cuando por fin volví a buscarlo, no fue para que me perdonara. El perdón no me interesa; es una palabra de gente con culpa y yo no la tengo. Volví para que me viera cerrar la última. La mía. Y para que, al verme, entendiera que la niña a la que había sostenido la puerta había aprendido la lección demasiado bien.

112

(Marina)

Del segundo, ya que confieso, daré el detalle que me callé, porque es el que mejo me explica.

Se llamaba como no importa, y la noche en que decidí cerrarlo me invitó a cena para reconciliarnos, como hacía siempre después de cada costilla rota: manteles velas, esa liturgia del arrepentimiento que los hombres como él repiten porque le funciona. Yo acepté. Me senté frente a él, le sonreí, le dejé servirme vino, y mientras él hablaba de cambiar, de que esta vez iba en serio, de que el amor a veces duele, yo lo miraba por dónde se abre, igual que mi hermano me enseñó a mirar a nuestro padre, y calculaba la curva de la carretera de vuelta, la que él tomaría deprisa para presumir, la única recta del trayecto donde un volantazo parece un sueño y un sueño parece un accidente.

No sentí odio durante la cena. Esto es lo que nadie entiende y que solo mi hermano entendería: no hubo odio. Hubo atención. La misma atención con que se sigue una receta o se resuelve un cálculo. El odio es desorden, y yo no mato desde el desorden; mato desde el orden, que es lo contrario. Le sonreí con ternura verdadera, porque le agradecía de corazón la lección que me había dado sin querer: que el miedo, ese que mi madre llevó puesto como unas gafas de sol toda su vida, se puede devolver. Que no es una propiedad fija de la víctima. Que cambia de manos en cuanto una decide dejar de ser la mano que tiembla y convertirse en la que sostiene el destello plateado.

Cuando el coche se salió en la recta, yo ya no iba dentro; me había bajado antes con una excusa, en una gasolinera, sin testigos. Caminé un rato por el arcén, de noche, bajo un cielo sin viento parecido al de la acequia, y pensé en mi hermano al que entonces todavía no me atrevía a buscar. Pensé: lo entendería. Si le contara esto, no me miraría como un monstruo. Me miraría como se mira en un espejo difícil. Y esa certeza —la de que existía en el mundo una persona capaz de mirarme sin horror— fue, durante años, lo único que me ató a esta vida. La obra

perfecta necesitaba un público. Y el público, lo supe en aquel arcén, tenía una sola cara posible, la del niño que se ponía delante, la del único que no lloraba.

113

(Marina)

Voy a contar las cinco, porque mi hermano querría que alguien las contara bien, y porque la periodista, cuando las encuentre, las contará mal: las pintará de monstruo, y el monstruo es un personaje aburrido. Yo no soy un monstruo. Soy una alumna aplicada. Aprendí a mirar a las personas por dónde se abren observando a David mirar a nuestro padre, y aprendí a cerrar lo que estorba esa misma noche, a los doce años, en un pasillo. Lo demás fue práctica. Toda destreza mejora con la práctica.

La primera fue la tía. María Asunción, viuda, del norte. Me sacó de aquel campo helado la noche del fuego, me metió en un coche y me cambió la vida y casi el nombre, y durante años creí que se lo debía todo. Tardé en entender que no me había salvado: me había guardado, igual que se guarda una culpa en un cajón. Me encerraba en un cuarto sin ventana cuando lloraba de noche, y me lo decía con la voz dulce de los que hacen daño con método: que era «por mi bien», que «no removiera», que «las niñas calladas son niñas buenas». Reconocí en ella demasiado tarde, la misma técnica de mi padre, solo que sin gritos: el silencio impuesto, la ventana clausurada, el orden a costa de la otra. Cuando cumplí veintiuno y me marché, le dejé funcionando una estufa vieja que ella jamás había revisado. Volví ocho años más tarde, por una sola noche, para comprobar que seguía sin revisarla. No sentí nada parecido a la rabia. Sentí orden: una cosa que llevaba mucho tiempo torcida, por fin derecha. El fuego, como ya lo decía David, es la manera más limpia de cerrar un proceso.

114

(Marina)

De la compañera de piso conviene que cuente el antes, no solo el después porque el después se entiende mal sin el antes, y yo, ya que confieso, confieso con contexto.

Compartí con ella casi un año, en una ciudad del sur cuyo nombre no hace al caso. Se llamaba Sonia, era enfermera, tenía risa fácil y esa generosidad ruidosa que la gente confunde con bondad. Al principio me cayó bien, todo lo bien que me cae alguien. Me invitaba a sus cenas, me presentaba a sus amigos, intentaba «sacarme de mi cueva», como decía ella. Yo me dejaba, hasta cierto punto, porque una sombra a veces necesita ponerse a la luz para no levantar sospechas. Lo que Sonia no toleraba, lo que ninguna Sonia tolera, era que hubiera una habitación de mí a la que no dejaba entrar. Y empezó a forzarla. A preguntar de más. A revisar mis cosas «sin querer». A comentar, entre amigos, con esa risa fácil, que yo era «un misterio», que «daba un poco de cosa», que una noche me había encontrado «mirándola dormir desde la puerta, quietísima, qué rara».

Eso último era cierto. Ya lo he dicho: tengo esa costumbre desde la acequia. Miro dormir a la gente y decido, sin despertarla, si merece seguir durmiendo. A Sonia la miré dormir muchas noches sin decidir nada, porque no me estorbaba lo suficiente. Lo que cambió la cuenta no fue que me robara —dinero suelto, un reloj, menudencias—. Fue que me volviera legible. Que me señalara. Que le diera a los demás un mapa de mí: «la rara», «la que mira dormir». Una sombra señalada deja de ser sombra. Y yo no podía permitirme dejar de ser sombra porque debajo de la sombra estaba todo lo que la acequia me había enseñado.

La piscina del polideportivo cerraba en invierno y la vaciaban para limpiarla. Sonia, socorrista en verano, tenía llave todo el año; le gustaba bajar de noche, sentarse en el borde del vaso vacío «a pensar», presumía. Una noche la acompañé. Hablamos. Le pedí perdón por ser tan reservada, le dije que tenía razón, que debía abrirme más, y ella, generosa, ruidosa, me abrazó al borde de aquel pozo de

azulejo. El resto ya lo conté: una pena, con lo bien que nadaba. No hubo fuego esa vez. Hubo azulejo, y silencio, y la sensación limpia de siempre. Pero hubo también, por primera vez, un matiz nuevo que no supe nombrar hasta María Jesús: cansancio. Empezaba a cansarme de cerrar puertas que nadie sabía que yo cerraba. La obra crecía, perfecta, y la sala seguía vacía. Faltaba mi hermano. Pero a mi hermano todavía no me atrevía a buscarlo.

115

(Marina)

El segundo fue un hombre que me quería del modo en que algunos hombre dicen querer: como se quiere un objeto que se teme perder. Me rompió do costillas un domingo por la tarde y, el lunes, lloró y me compró flores; y yo, qu de niña había visto a mi madre aceptar exactamente esas flores, supe que conocí el final de aquella película fotograma a fotograma. La denuncia la puse yo; l jueza no firmó la orden a tiempo. El sistema, tan empeñado en que todo sonar razonable, me explicó que «no había riesgo inminente». Lo hubo. Aunque n para mí.

Conducía deprisa por las rectas, presumía de ello y sostenía que las curvas era para los cobardes. Una recta es el lugar más sencillo del mundo para que u coche se salga, si la noche viene cerrada y nadie mira. Aprendí entonces algo qu mi hermano nunca quiso admitir sobre sí mismo: que existe una paz enorme, cas tierna, en devolverle a alguien la lección exacta que vino a darte. No lo odiab cuando ocurrió; le agradecía, en cierto modo, haberme enseñado que el mied puede mudar de bando. Dejé aquella ciudad sin mirar atrás. Sin testigos Empezaba a gustarme la expresión más de lo que convenía.

116

(Marina)

Con el casero aprendí que la negligencia ajena es el mejor cómplice, y se lo debo sin saberlo, a mi hermano.

David convirtió, a los quince años, un asesinato en un accidente doméstico, y un pueblo entero lo creyó porque la gente prefiere un accidente a un asesino entre los suyos. Yo apliqué la lección con un casero que llevaba meses sin arreglar la luz del rellano de su propio edificio, pese a las quejas de todos los inquilinos, incluida la mía, que constaba por escrito, qué oportuno. Un hombre que entra en los pisos sin avisar «porque son míos», que sube el alquiler por capricho, que te mira como mi padre miraba a mi madre, ese hombre se cae solo por una escalera a oscuras que él mismo se negó a iluminar. No hace falta empujar. Apenas hace falta estar. La diferencia entre un accidente y un crimen, descubrí, es a menudo solo una cuestión de quién decide no encender la luz, y cuándo.

No sentí nada por el casero. Ni alivio ni pena ni orden; nada. Y eso me asustó más que cualquier otra cosa, porque significaba que la herramienta estaba empezando a funcionar por sí sola, sin que yo le pusiera dentro ningún sentimiento, como una máquina que sigue moliendo aunque ya no quede grano. Aquella noche, conduciendo de vuelta, me miré en el retrovisor y no me reconocí: no por monstruosa, sino por ausente. La niña de la acequia, la del canario, la que le ponía a un pájaro un nombre grande para que no tuviera miedo, se había ido vaciando, ciudad a ciudad, hasta quedar en una superficie pulida y ordenada, sin nadie dentro.

Y entendí que necesitaba urgentemente una de dos cosas: o parar, o que alguien me viera entera antes de desaparecer del todo. Parar no sabía. Así que busqué lo otro. Busqué a David. No para que me salvara —ya nadie me salvaba—, sino para que, al menos, alguien supiera que la niña de la acequia existió antes de que la máquina la borrara por completo.

117

(Marina)

La última sesión con María Jesús la recuerdo entera, minuto a minuto, porque fu la única vez en mi vida adulta en que estuve a punto de dejar que alguien m salvara, y porque la maté precisamente por eso.

Era un martes por la tarde. Llovía. Yo llevaba casi tres años yendo a su consulta y aquel día, no sé por qué, quizá por la lluvia, quizá por el cansancio de l máquina que muele el aire, bajé la guardia más de lo que debía. Hablamos de m infancia, del incendio, de la culpa de superviviente que yo fingía tener y que, e su versión falsa, era casi cierta. Y María Jesús, que era buenísima, que llevaba tre años tejiendo paciencia alrededor de mis silencios, hizo por fin la pregunta. L hizo con todo el tacto del mundo, inclinándose un poco, con esa voz cálida qu no juzga: «Marina, hay algo que llevo tiempo queriendo preguntarte, y quiero qu sepas que lo pregunto desde el cariño, no desde la sospecha. ¿Has tenido tú alg que ver, alguna vez, con la muerte de alguien cercano? No me refiero a la culp imaginaria de un superviviente. Me refiero a algo real. Porque a veces, cuand alguien describe la pérdida como la describes tú, sin lágrimas pero con tant detalle, lo que hay debajo no es duelo. Es otra cosa. Y si es otra cosa, Marina podemos trabajarla. No estás sola. Sea lo que sea.»

Se hizo un silencio enorme en aquella consulta bajo la lluvia. Y en ese silenci por primera vez en diecisiete años, sentí la tentación de decir que sí. De soltarl todo. De poner en manos de aquella mujer cálida el peso entero: la tía, el novio, l compañera, el casero, el pasillo, la cocina, mi padre en el suelo, como rop tendida. Lo tuve en la punta de la lengua. María Jesús me ofrecía exactamente l que llevaba toda la vida buscando sin saberlo: ser vista entera, y no por venganz ni por morbo, sino para ser ayudada. Un testigo bondadoso. La cosa má peligrosa del mundo.

Y por eso la maté. No porque fuera una amenaza policial —no lo era, el secret profesional la ataba—. La maté porque, si decía que sí, si me dejaba salvar po

ella, tendría que dejar de ser lo que soy, y yo no sé ser otra cosa, y descubrirlo a los veintisiete años, en una consulta con lluvia, era más insoportable que cualquier crimen. La maté para no tener que cambiar. Es la verdad más fea que tengo, más fea que las cinco muertes: que María Jesús murió no por saber demasiado, sino por ofrecerme demasiado. Por tenderme una mano que yo no supe coger sin arrancármela. Le dije que no, que no había nada, que solo era culpa de superviviente. Sonreí. Le di las gracias por preguntar. Y esa misma semana cerré la única puerta que conducía a una vida distinta. La suya. La lloré como no lloré a nadie, ya lo dije. Lo que no dije es por qué: porque al cerrar la puerta de María Jesús, cerré también, para siempre, la mía. La de poder ser salvada. Después de ella ya solo quedaba mi hermano. Y mi hermano no podía salvarme: solo podía verme, y pararme. Que es otra forma de amor, la última que me quedaba.

118

(Marina)

La tercera fue una compañera de piso y, de las cinco, es la que la periodist entenderá menos, porque desde fuera parecerá la más gratuita. No lo fue ninguna lo fue. Ella me robaba —menudencias, dinero suelto, un reloj— y, sobr todo, me contaba. Iba diciendo por ahí que yo era «rara», que le daba «no sé qué» que a veces me sorprendía al verla dormir. Eso último era verdad, lo confieso tengo esa costumbre desde niña, la de mirar dormir a la gente y decidir, sin despertarla, si merece seguir durmiendo. Pero una cosa es saberlo una y otra vez que lo pregone, que te señale, que te vuelva legible ante desconocidos. La gent que te hace legible es la más peligrosa de todas: te arrebata el único escondite qu de verdad importa, el de no ser comprendida.

Era socorrista, lo cual tiene su ironía: pasaba el verano rescatando a desconocido del agua. La hallaron en invierno, en el fondo de una piscina vacía, con la cabez abierta contra el azulejo. Resbalón nocturno, dijeron. Una pena, con lo bien qu nadaba. Esa noche no hubo fuego; no todo se cierra igual, y un buen oficio sab variar la herramienta. Lo que sí hubo, de nuevo, fue esa sensación limpia, ligera parecida a la de dejar de notar una presión en el pecho sin saber cuándo empezó Mi hermano la bautizó, en su confesión robada, como alivio. Acertó con e nombre. Erró solo en el dueño.

119

(Marina)

A María Jesús llegué buscando, por una vez, exactamente lo que la gente norma busca en una consulta: que alguien me ayudara a parar.

No le dije la verdad, claro. Le di una versión: pesadillas, insomnio, una infanci difícil, un incendio, una familia perdida, una culpa de superviviente que n terminaba de encajarme. Todo cierto en la forma, todo falso en el fondo, m especialidad. Pero, a diferencia de las cinco ciudades, con María Jesús no fui cerrar una puerta. Fui a pedir, con la voz más pequeña que tengo, que alguien m enseñara a no cerrar la siguiente. Estuve tres años yendo. Tres años son mucho para alguien como yo. Tres años son casi una vida entera de confianza.

Era buena. Cálida sin empalago, paciente sin condescendencia, lista sin presumi Por primera vez desde la acequia, alguien me sostenía la mirada sin que yo tuvier que calcular por dónde se abría. Empecé, despacio, a deshelarme. Y ahí estuvo e error, el suyo y el mío: que al deshelarme, asomó el dibujo. Una tarde, con todo e tacto del mundo y esa dulzura profesional que años después reconocería idéntic en mi hermano, me preguntó si yo había «tenido algo que ver» con algunas de la pérdidas que arrastraba. No me acusó. Me tendió una mano. Me ofreció, si saberlo, la única cosa que yo llevaba toda la vida deseando y temiendo a parte iguales: ser vista entera.

Y no lo soporté. Esa es la verdad que más me cuesta confesar, más que los cinc nombres. No la maté porque fuera un peligro; la maté porque estuvo a punto d ser mi público, y descubrí, con un terror que no había sentido nunca, que n estaba preparada para que mi primer testigo fuera una desconocida bondados que cobraba por hora. Si alguien iba a verme entera y a seguir queriéndome, n podía ser ella. Tenía que ser él. Tenía que ser de mi sangre, de mi pasillo, de m acequia. María Jesús tuvo la desgracia de llegar a la verdad antes que mi hermanc y de no ser mi hermano. La lloré como no lloré a ninguno. Y, llorándola, supe po fin lo que tenía que hacer: dejar de cerrar puertas al azar por media España

volver, de una vez, a la única puerta que importaba. La del sexto piso de un edificio imposible de no ver.

120

(Marina)

Del casero diré, ya que confieso entero, algo más que lo poco que dije, porqu fue él quien me enseñó a mí misma lo lejos que había llegado.

Se llamaba Robles y era de los que disfrazan el abuso de derecho. «Es m propiedad», decía, y con esa frase justificaba entrar en mi piso cuando yo n estaba, subir el alquiler a capricho, mirarme de arriba abajo en el rellano con un sonrisa que conocía bien, la de los hombres que han aprendido que pueden. M recordaba a mi padre, no en lo grande, sino en lo pequeño: en la manera d ocupar el espacio, de hacerte sentir que estás de prestado en tu propia vida. L soporté meses, calculando, esperando, como me enseñó mi hermano en un acequia: la gente que hace daño también se confía.

Robles llevaba tiempo sin arreglar la luz del rellano de su edificio. Quejas d todos los inquilinos, por escrito, incluidas las mías, muy oportunas. Un negligencia documentada, suya, perfecta. Una noche lo esperé. No hice nada, es es la elegancia: no hace falta empujar a quien sube confiado una escalera que é mismo se negó a iluminar. Solo hace falta estar, y no estar. Coincidir en lo oscur y dejar que la física y su propia desidia hagan el trabajo. Cayó. Se rompió el cuell en su propia escalera a oscuras, y el informe dijo lo que tenía que decir: accident por falta de iluminación, responsabilidad del propietario, qué ironía responsabilidad suya.

Lo que no dije antes, lo que solo a mi hermano podría contarle, es lo que sent bajando aquella escalera después: nada. Y ese nada me aterró más que cualquie remordimiento. Porque significaba que la máquina había aprendido a funciona sin combustible, que ya no necesitaba ni odio ni miedo ni orden para moler, qu molía por inercia. Con la tía sentí rabia vieja. Con el novio, la paz de devolver un lección. Con la compañera, fastidio. Con María Jesús, pena. Con Robles, nada Cero. Una transacción limpia y vacía. Y comprendí, en aquella escalera a oscuras que estaba a un crimen de distancia de matar sin motivo alguno, por puro hábit

como quien se muerde las uñas. Que la niña de la acequia se había gastado po
completo, que solo quedaba el mecanismo. Robles fue el penúltimo. Despué
vino María Jesús, que por un segundo me devolvió la pena, es decir, la prueba d
que aún quedaba dentro algo humano. Y por eso lloré a María Jesús y a Roble
no. Robles me enseñó lo que era. María Jesús me recordó lo que había sido. Entr
los dos me convencieron de que había llegado la hora de volver a buscar a David
No para matar otra vez. Para que alguien viera a la niña de la acequia antes de qu
el mecanismo la borrara para siempre. Robles fue, sin saberlo, mi última lección
antes de volver a casa. Me enseñó que ya casi no quedaba nadie a quien volver.

121

(Marina)

El cuarto fue un casero, y de él diré poco, porque fue el más vulgar, y lo crímenes vulgares aburren hasta a quien los comete. Subía el alquiler a capricho entraba en mi piso sin avisar «porque era suyo», me miraba como mi padre miraba a mi madre. Un día rodó por una escalera mal iluminada de un edificio cuyo dueño, qué casualidad, llevaba meses sin arreglar la luz del rellano. La negligencia, a veces, es la coartada más elegante: nadie busca una mano detrás de un descuido que la propia víctima venía cometiendo. Esa lección la aprendí de un experto. Mi hermano había transformado un asesinato en accidente doméstico a los quince años, y un pueblo entero le creyó. Yo apenas perfeccioné la herencia.

Pero fue con el quinto cuando comprendí qué me faltaba, y por qué, pese a hacerlo todo tan bien, no encontraba la paz.

122

(Marina)

La quinta fue mi psicóloga. María Jesús. Y esta me dolió, porque a esta no me l merecía.

Acudí a ella de verdad, sin segundas intenciones, agotada de ser ilegible buscando lo que busca todo el mundo en una consulta: que alguien sostenga l que uno no puede sostener por sí solo. Durante tres años casi lo consigo. Marí Jesús era buena, paciente, cálida de una manera que yo no había conocido e ninguna casa. Y justamente por buena, por paciente, por cálida, se acerc demasiado. Empezó a ver el dibujo. Un día, con mucho tacto y esa dulzur profesional que reconozco porque mi hermano la emplea, me preguntó si y había tenido «algo que ver» con ciertas pérdidas de mi pasado. Lo preguntó par ayudarme. Lo sé. Esa es la parte insoportable: que lo preguntó para ayudarme.

No podía consentir que en el mundo existiera una persona que hubiera visto e dibujo entero. Un testigo no deja de serlo por ser bondadoso; al contrario, e testigo bondadoso es quien termina hablando porque cree que la verdad cura. L encontraron en su consulta, sentada en su butaca, con fallo cardíaco a lo cuarenta y un años, sin antecedentes. Hay sustancias que un corazón joven n distingue de su propio cansancio. No hubo fuego, ni accidente, ni escándalo Hubo, eso sí, por primera vez, algo que en las otras cuatro no había sentido pena. Una pena limpia, sin culpa, pero pena al fin.

Y esa noche, llorando por María Jesús sin entender por qué lloraba, comprendí l que me faltaba. No me faltaba matar mejor; eso lo hacía de sobra. Me faltaba qu alguien lo supiera. Llevaba diecisiete años ejecutando una obra perfecta en un sala vacía. María Jesús había estado a punto de ser mi público, y había tenido qu cerrarle los ojos antes del aplauso. No volvería a tropezar con esa soledad Necesitaba un testigo incapaz de traicionarme, que me entendiera de verdad desde dentro, desde el mismo pasillo. Solo existía una persona así en el mundo.

Por eso, aquella noche, saqué de una caja la única fotografía que conservaba de l
niña que fui, le di la vuelta y escribí en el dorso, con mi mejor letra, la de l
escuela del pueblo, idéntica a la suya: Para cuando vuelvas a buscarme.

Y empecé a buscarlo a él.

123

(Marina)

Ya que confieso, confieso entera. Mi hermano no recuerda lo que pasó después de que se sentó en el suelo del pasillo. Yo sí. Lo recordé hace años, en una madrugada cualquiera, y desde entonces no he dejado de recordarlo ni una sola noche. No me pesa. Esa es la parte que nadie entiende: que no me pesa.

Papá ya estaba en el suelo cuando salí al pasillo. Eso lo hizo David, y lo hizo por mí, y se lo agradeceré mientras viva. Pero David, cuando terminó, se vació. Lo vi vaciarse. Se sentó, se miró las manos y dejó de estar. Y mamá seguía gritando desde la cocina, ese grito sin aire, y Tomás había salido de su cuarto y se arrodillaba junto a ella, y los dos miraban a papá en el suelo con una cara que yo conocía muy bien: la de los que ya están pensando en qué van a contar. A quién van a contárselo. La cara de los testigos.

Tenía doce años y entendí, con una claridad que no he vuelto a tener nunca, algo sencillo: si mamá y Tomás contaban lo que habían visto, a David se lo llevaban para siempre. Mi muro. El único que se ponía delante. Y yo me quedaba sola en el mundo con la gente que pone gafas de sol en enero y dice que no hay que remover.

No lo decidí con rabia. Lo decidí con orden, que es como decido todo desde entonces. Cogí del cajón de la cocina lo que había que coger. Mamá no se defendió; creo que, en el fondo, llevaba años esperándolo, aunque no de mí. Tomás sí, un poco, por instinto: levantó las manos, los antebrazos, los dedos igual que lo describen los informes que años después leería mi hermano sin saber que describían mi obra y no la suya. Lesiones de defensa. Qué nombre tan educado para el último gesto de alguien que te quería.

Después solté a Capitán por la ventana, porque un capitán no merece hundirse en un barco que no eligió, y encendí la cocina vieja de la manera en que se enciende un accidente. El fuego, ya lo he dicho, es la forma más limpia. Saqué a David del pasillo tirándole del brazo; se dejó llevar como un sonámbulo

descalzo, sin preguntar. Lo dejé en el jardín, a salvo, de cara a la casa, y le susurré al oído lo único que se me ocurrió para que sobreviviera a aquello: «Tú no has hecho nada malo. Tú nos has salvado. Yo no estaba aquí. ¿Lo entiendes? Yo ya estaba muerta.» Y crucé el campo hacia la acequia, hacia la tía que esperaba sin saber muy bien qué, con el canario volando sobre mi cabeza como una bandera diminuta.

Diecisiete años después, mi hermano se declararía autor de los cuatro. No podía mentir: por amor mal entendido y memoria mal cosida. Yo le había metido en la cabeza, a los quince años, en un jardín, la semilla de su propia inocencia disfrazada de culpa: «tú nos has salvado», «yo ya estaba muerta». Su mente, para sobrevivir, le dio la vuelta a todo: convirtió mi «yo ya estaba muerta» en «yo te maté», porque cargar con mi muerte le resultaba más soportable que cargar con mi supervivencia. Es más fácil ser un asesino que el cómplice de un monstruo a que quieres. Lo sé porque soy ese monstruo, y porque, a mi manera retorcida, también lo quiero a él.

124

(Vega)

Rubén, mi becario, quiso dejarlo a mitad del caso, y la conversación en que lo convencí de quedarse es de las pocas cosas de toda esta historia de las que me siento orgullosa sin reservas.

Volvió de su viaje por las cinco ciudades cambiado, ya lo conté, pálido. Pero uno días después vino a mi mesa con cara de no haber dormido y me soltó que se planteaba pedir el traslado, dejar la investigación, quizá hasta dejar el cuerpo. «No puedo, jefa —dijo, y le temblaba la voz de chaval—. He hablado con cinco familias que enterraron a los suyos creyendo que era mala suerte, un accidente, el destino. Y resulta que no: fue una persona, y esa persona lleva quince años viva y tan tranquila. Y nosotros llegamos ahora, diecisiete años tarde, a remover todo ese dolor, ¿para qué? Ni siquiera podemos detenerla si está muerta. ¿Para qué sirve esto que hacemos, jefa? ¿De qué sirve la verdad si llega cuando ya no salva a nadie?»

Era la pregunta de un chico bueno, la que se hacen todos los buenos antes de volverse cínicos o de marcharse. Y le di la respuesta que a mí me dio, hace veintiocho años, un sargento viejo que olía a tabaco, la misma que me ha sostenido en cada caso que llegó tarde, que son casi todos: «Rubén, la verdad casi nunca llega a tiempo de salvar a la víctima. Para eso está la prevención, y la prevención es otro oficio, más ingrato que el nuestro. Lo nuestro es lo de después. Y lo de después no sirve para salvar al muerto: sirve para que el muerto no haya muerto en vano, para que su familia sepa qué pasó, para que la próxima vez alguien mire un poco antes. La verdad tardía no resucita a nadie. Pero le devuelve el nombre. Le quita la etiqueta de mala suerte y le pone la de injusticia, que es lo único que un muerto aún puede ganar: dejar de ser una casualidad para convertirse en una advertencia. Si eso te parece poco, vete. Pero antes de irte dime a la cara que la hija de aquella psicóloga merece seguir creyendo que su madre murió de un fallo cardíaco a los cuarenta y uno, cuando tú y yo sabemos que no.»

Rubén no se fue. Se quedó, terminó el caso, y hoy, me cuentan, es un buen inspector en otra provincia, de los que miran un poco antes. Es lo único bueno que dejó el caso Salinas: que a un chico bueno no lo volvió cínico, sino más cuidadoso. A veces pienso que ayudé a más gente quedándome con Rubén que con todas las detenciones de mi carrera. Lo que se descubre demasiado tarde no cambia lo que ya pasó. Pero, de vez en cuando, deja algo que puede servirle a quien llegue antes la próxima vez. No es mucho. En este trabajo, rara vez tenemos más que eso.

125

(Nora)

Los últimos días antes del incendio supe que algo iba a pasar, y no hice lo qu debía, y con eso tengo que vivir.

Lo supe por acumulación, como se saben las cosas importantes: las do caligrafías gemelas bajo mi lámpara, el rastro de las cinco ciudades que habí reconstruido en secreto, la mirada de Marina en aquella cena calibrándome com a una pieza, la forma en que David, de pronto, había empezado a llamarm menos, a protegerme de algo que no nombraba. Sumé todo eso una noche, sol en mi cuarto, y la suma me dio una palabra que me heló: peligro. No para él. Par mí.

Debí marcharme. Cualquier persona cuerda se habría marchado: hacer la maletas, dejar el edificio, publicar lo que tenía y ponerse a salvo. Tenía l transcripción mental de meses de investigación, tenía la sospecha fundada de qu la hermana de mi vecino era una asesina en serie, tenía un instinto profesiona que llevaba años sin fallarme, gritándome que corriera. Y no corrí. Me quedé ¿Por qué? Me lo he preguntado mil veces, y la única respuesta honesta es la má incómoda para una periodista que presume de objetividad: me quedé por él Porque me había dejado entrar. Porque su mano había terminado sobre la mí frente a una ventana. Porque, contra toda mi norma, contra todo mi oficio, m había enamorado del protagonista de mi caso, que es el pecado capital de m profesión, el que te ciega, el que mata a las de mi especie.

Intenté avisarlo, eso sí, a mi manera cobarde. La última noche tranquila l pregunté de frente quién era Marina de verdad, le di la oportunidad d contármelo, de pedirme que me fuera, de protegerme con la verdad. Y él eligi protegerla. Me dio una verdad pequeña para tapar la grande, y yo —esto es lo qu no me perdono— me dejé tapar. Quise creerle. Me convenía creerle, porqu creerle me permitía quedarme, y yo quería quedarme. Así que aposté mi vida a l lealtad de un hombre dividido entre su hermana asesina y yo, y tuve la suert

inmensa, inmerecida, de que, en el último segundo, en una habitación en llamas eligiera empujarme hacia la puerta. Pudo no hacerlo. Estuvo, lo vi, partido por la mitad. Vivo porque un hombre roto, en una décima de segundo, me eligió a mí por encima de su propia sangre. No es un final feliz. Es un indulto. Y los indultos, a diferencia de las absoluciones, no te dejan tranquila: te dejan en deuda para siempre con quien podría no haberte salvado y te salvó.

126

Los últimos días supe que la policía rondaba, y lo supe por los mismos método por los que lo sé todo: mirando.

Una mañana, al bajar a por el pan, reparé en un coche aparcado en la boca de callejón que no encajaba. Demasiado limpio para el barrio, demasiado vacío par la hora, con el inconfundible aire de los vehículos camuflados, que intentan n llamar la atención y, por eso mismo, la llaman a quien sabe mirar. Dentro, un figura con un termo. Pasé de largo sin girar la cabeza, con el paso exacto de quie no ha visto nada, y subí los seis pisos calculando. No era casualidad. Er vigilancia. Y si vigilaban el callejón, vigilaban el piso del patio. Y si vigilaban e piso del patio, sabían lo de Marina, o estaban a punto de saberlo.

Se lo dije a Marina esa noche, sin dramatismo, como se comunica el tiempo. «T vigilan. Hay un coche en el callejón. La inspectora, o su gente.» Esperaba alarma planes de fuga, la frialdad operativa de quien lleva diecisiete años escapando. N la hubo. Marina dejó el cuchillo con el que troceaba la cena, se quedó quieta u momento, y luego sonrió, con una serenidad que me dio más miedo qu cualquier pánico. «Bien —dijo—. Ya era hora. Estaba tardando, tu inspectora. M caía bien, ¿sabes? Por las cartas que le mandé a tu periodista, supe enseguida qu era de las que no apartan la cara. Lástima que llegue tarde. Llegan todos tarde esta familia. Es nuestra especialidad: que nos encuentren cuando ya no hay nad que salvar.»

Comprendí, al verla sonreír ante la noticia de su propio cerco, que Marina n pensaba huir. Que llevaba semanas, quizá desde que llegó, preparando no un escapatoria, sino un final. Que el coche del callejón no era para ella una amenaza sino una señal: la del reloj que por fin marca la hora. Y comprendí, con e estómago cerrado, que el tiempo de la tregua, el de los mediodías al sol y la canciones de mamá, se había agotado, y que lo que viniera a continuación ya n lo decidiríamos del todo nosotros, sino la inercia de las cosas: un coche en u callejón, una periodista que sabía demasiado, una hermana que prefería arder vivir podrida, y yo en medio, como siempre, preparándome para ponerm

delante de algo una última vez, sin saber todavía delante de qué. Aquella noch
no dormí, yo que duermo siempre. Marina, en el sofá, sí. La oí respirar, tranquila
la respiración de quien ha terminado de calcular y solo espera la hora. Envidié s
calma, como envidio el sueño de quienes no cargan con culpa. Y velé, hasta e
amanecer, custodiando el último sueño tranquilo de mi hermana, sin saber qu
sería, casi, el último.

127

(Vega)

Lo que ata a un asesino en serie no es la sangre; es la costumbre. Y la costumbre deja rastro, porque el ser humano, hasta para matar, repite lo que le funciona.

Tardé en verlo porque estaba mirando al hermano. Tenía a David Salinas encuadrado como el superviviente sospechoso, el niño que no temblaba, y cuando uno encuadra a alguien, deja de ver lo que queda fuera del encuadre. Fue una conversación de pasillo con una compañera de la central, una que se dedica a cruzar bases de datos y que me movió la cámara. Le mencioné el caso, el incendio antiguo, la niña sin restos, y ella, por hacerme un favor, metió el nombre de la cría —Marina Salinas— en el sistema, a ver si saltaba algo. No saltó con ese nombre; la cría había cambiado de apellidos al ser acogida. Saltó cuando cruzamos la fecha y el lugar de nacimiento con muertes no resueltas en su entorno a lo largo de los años.

Lo que apareció en la pantalla me dejó sin palabras. Cinco ciudades. Cinco defunciones, repartidas en quince años, todas archivadas como accidentes o causas naturales, todas a poca distancia de los domicilios sucesivos de la misma mujer. Una tía fallecida en un incendio doméstico. Un hombre, salida de vía en una recta. Una joven ahogada en una piscina vacía. Un casero caído por una escalera a oscuras. Una psicóloga, parada cardíaca a los 41 años. Cada una, por separado, es un titular de tres líneas en un periódico provincial. Juntas, en una sola pantalla, ordenadas por fecha, eran otra cosa. Eran una firma.

Y la firma la conocía. Era la misma de la noche de La Vega: el fuego que borra, el accidente que tranquiliza, la ausencia milimétrica de testigos. Llevaba semanas atribuyéndosela al hermano, al hombre frío de las dos torres. Y resultaba que el hermano no había salido de Valencia en años, mientras que la otra, la muerta, la niña que se evaporó en un incendio, había estado muy viva, mudándose de ciudad en ciudad, dejando a su paso un reguero de gente que un día le hizo daño o, peor, que un día la entendió.

Me serví un café que no bebí. Veintiocho años en el cuerpo, y solo entonce
entendí qué clase de error había estado a punto de cometer. La culpa inteligent
no solo se pone serena: a veces se sienta en el jardín, descalza, de espaldas a l
cámara, y deja que el mundo fotografíe a su hermano mientras mira el fuego. Y
había mirado al chico del jardín durante semanas. Tenía que haber mirado quié
tomó la foto.

128

Llegó un punto, durante aquellas semanas, en que dejé de preguntarme si debí pararla y empecé a preguntarme cómo.

No con la policía; esa puerta la había cerrado yo mismo una noche, con u teléfono a medio marcar. No huyendo; huir habría sido dejarla suelta en u mundo lleno de gente que, antes o después, le haría daño o la entendería, las do únicas categorías que en su contabilidad se saldaban con la muerte. N convenciéndola; llevaba diecisiete años perfeccionándose, y a un perfeccionist no se le convence: se le interrumpe. Cada salida que consideraba me devolvía a l misma frontera, la que Marina me había señalado con la cabeza apoyada en m hombro: tú, que me enseñaste a ponerme delante, eres el único que tiene derech a pararme.

Lo pensé con la frialdad con que lo pienso todo, desplegando las opciones com un cirujano despliega el instrumental. Y descubrí, con un asco que me sorprendi porque creía haber perdido la capacidad de asco hacia mí mismo, que era capa de planearlo. Que mi cabeza, entrenada desde los catorce años en un tratado d anatomía, sabía perfectamente por dónde cede un cuerpo y por dónde resiste, que aplicar ese saber a mi propia hermana no me costaba el horror que deberí costarme, sino apenas una tristeza administrativa, la de cuadrar una cuenta qu llevaba diecisiete años descuadrada. Era, comprendí, hijo de la misma casa qu ella. El mismo material. La diferencia —la única, la que me repetía como un rez — era que yo solo había matado para detener a alguien, nunca para llenarme. Y que, si tenía que volver a matar, sería otra vez por eso: para parar. Para parar a l única persona a la que no había sabido parar a tiempo cuando tenía doce años un cuchillo de cocina en la mano.

No tomé la decisión aquella noche. La fui tomando, como se toman la decisiones de verdad, en pequeños gestos que parecen otra cosa: dejando d esconder los cuchillos, mirándola dormir sin marcar ningún núme memorizando sin querer la geometría de mi propio salón como quien estudia u escenario. Cuando por fin llegó la noche del fuego —el de ella, el del cuarto pis

no el del pueblo—, yo ya había decidido, en el fondo, lo que iba a hacer, aunqu
me dijera lo contrario. Por eso subí corriendo cuando entendí que iba a por Nora
No subí solo a salvar a la periodista. Subí, también, aunque me costara diecisiet
años admitirlo, a cumplir por fin la promesa que le hice a una niña en un jardín
ponerme delante. Una última vez. Fuera cual fuese el precio. Lo pagara quien l
pagara.

129

(Vega)

Mandé a Rubén de viaje por las cinco ciudades, una semana entera, a tocar la puertas que yo ya no tengo piernas para tocar. Volvió cambiado, como vuelven los novatos del primer caso que les quita la inocencia.

En la primera ciudad, la del norte, habló con el hijo de la tía fallecida en el incendio de la estufa. Un hombre de mediana edad, amargo, que apenas conoció a su madre porque ella «se volcó en una sobrina que le cayó de no sé dónde». Le dijo a Rubén una frase que el chico me repitió con la voz todavía temblándole: «Mi madre cambió cuando llegó la cría. Se volvió rara, asustadiza. Cerraba las puertas con llave por dentro. Yo creía que era la edad. Ahora que usted me pregunta… nunca le tuvo miedo a nadie mi madre, era una mujer dura. Solo le tuvo miedo a aquella niña callada. Y mire cómo acabó.»

En la segunda, la de la recta, la madre del conductor muerto guardaba un detalle que ningún atestado recogió: su hijo, la última semana, le había confesado que «la novia le daba escalofríos», que «se reía de noche, sola, mirando al techo». La anciana lo contó llorando, convencida de haberle fallado a su hijo por no haber insistido. Rubén no supo qué decirle. Yo tampoco habría sabido.

En la tercera, la amiga de la socorrista ahogada describió a una compañera del piso que «miraba dormir a la gente». En la cuarta, los hijos del casero recordaban que su padre, hombre sin miedo a nada, había dejado de bajar al sótano «desde que una inquilina nueva le comentó, como sin querer, lo fácil que es tener un accidente en una escalera a oscuras». Y en la quinta, en la consulta de la psicóloga, una recepcionista jubilada recordaba a una paciente «encantadora, puntualísima, de las que doblan el abrigo con cuidado», que estuvo tres años y desapareció justo la semana en que la doctora murió.

Rubén extendió sus notas sobre mi mesa, pálido, y dijo: «Jefa, cinco ciudades, cinco testigos, y todos describen sin saberlo a la misma persona. La puntualidad. El abrigo doblado. La manía de mirar dormir. Las puertas. No es un perfil. Es un

retrato.» Tenía razón. Habíamos reconstruido a Marina Salinas a través de lo recuerdos incómodos de la gente a la que rozó, igual que se reconstruye u fantasma por los objetos que mueve. Y el retrato que salió de aquellas cinc puertas no era el de un monstruo de película. Era el de una mujer corriente educada, ordenada, que doblaba su abrigo con cuidado antes de cerrar la últim puerta. Me di cuenta de que hay personas que ocupan tanto espacio en una rutin que terminan por confundirse con ella. Dejamos de observarlas. Asume qu estarán ahí mañana. Y después resulta que no.

130

(Vega)

Cuando crucé las cinco ciudades en la pantalla y entendí lo que tenía delante cometí el error de contárselo al comisario antes de tener una detención, y estuvo a punto de costarme la pensión.

Le llevé el dosier: cinco muertes, un patrón y una sospechosa viva, con identidad falsa, rondando a un superviviente. Esperaba entusiasmo, refuerzos, una operación. Recibí lo contrario. El comisario cerró la carpeta despacio y me dijo: «Vega, esto es una bomba. Si tienes razón, llevamos diecisiete años con una asesina en serie suelta a la que dimos por muerta de niña. ¿Sabes el escándalo? ¿Sabes cuántas cabezas ruedan, empezando por las de los que firmaron el accidente en 2009 y, por cierto, siguiendo por la tuya y la mía si no equivocamos? Necesito algo más que una pantalla con cinco fechas. Necesito pruebas que aguanten, o esto no existe. ¿Me entiendes? Oficialmente, hasta que no me traigas algo irrefutable, este dosier no existe.»

Le entendí perfectamente. Me estaba pidiendo, con otras palabras, que esperara; y esperar, en aquel caso, con una mujer que cerraba puertas a su alrededor, significaba arriesgarse a un cadáver más. Le dije que no podía esperar, que había vidas en juego, las de un hermano y una periodista que la sospechosa tenía a tiro. Me contestó que sin pruebas no autorizaba ningún dispositivo, y que si yo actuaba por mi cuenta y salía mal, estaría sola. Solté la frase que llevaba veintiocho años sin atreverme a soltarle a un superior: «Entonces actuaré sola, comisario, y si sale mal, cargo yo. Prefiero jubilarme con un expediente disciplinario y la conciencia tranquila que con la pensión intacta y otro muerto que pude evitar.» Y me fui de su despacho a montar, por mi cuenta y riesgo, la vigilancia del piso del patio.

Salió mal a medias, ya lo conté: la perdí en una calle recta, se me evaporó. Y aquella misma noche, días después, el caso se cerró solo de la peor manera, con un incendio y una caída a un patio. El comisario, claro, una vez todo resuelto y

con una confesión perfecta en la mano, se apuntó el tanto sin un reproche; as
funcionan los que mandan. No me sancionó. Me felicitó, incluso, en públicc
Pero los dos sabíamos que durante unas semanas yo había trabajado al margen
jugándome la pensión, porque el sistema prefería esperar a contar con prueba
irrefutables antes de arriesgarse a remover. Otra vez la misma palabra. Nc
remover. El epitafio de este caso, de esta familia, de este país: aquí yace la verdad
nadie quiso removerla a tiempo.

131

(Vega)

Estuve a punto de cogerla. Lo pienso casi cada noche desde que me jubilé, y cad
noche el resultado es el mismo: a punto.

Cuando crucé las cinco ciudades y entendí que la asesina era la hermana, mont
una vigilancia discreta en el piso del patio, el que daba a la ventana de Salinas. N
pedí refuerzos; un despliegue habría espantado a una presa tan fina. Me senté y
misma, dos noches, en un coche camuflado en la boca del callejón, con un term
y la paciencia de veintiocho años, esperando ver entrar o salir a la mujer sin rostr
que el portero recordaba «como las caras de las páginas de sucesos».

La segunda noche la vi. O creo que la vi. Una mujer salió del portal desconchad
con un abrigo gris y el pelo recogido, y cruzó el callejón hacia la calle con u
paso que no era ni rápido ni lento, sino exacto, ese paso de quien ha calculado
qué velocidad se vuelve uno invisible. Me bajé del coche. La seguí medi
manzana. Y la perdí. No corriendo: la perdí porque dobló una esquina y, cuand
yo doblé detrás, no había nadie, ni un portal abierto, ni un taxi, ni una sombra
Como si se hubiera disuelto en la ciudad. Veintiocho años persiguiendo gente,
nunca, ni una sola vez, había perdido a alguien en una calle recta. Aquella muje
no se escondió de mí. Se evaporó, igual que se había evaporado en un incendi
diecisiete años atrás sin dejar un hueso.

Volví al coche con un sabor metálico en la boca, mezcla de rabia y de algo peo
de respeto. Y supe dos cosas. La primera, que no la iba a coger por los método
de siempre, porque no jugaba con las reglas de siempre. La segunda, má
incómoda, la que me hizo acelerar el caso contra mi propio criterio: que si y
había estado tan cerca, ella sabía que yo estaba cerca. Y la gente como ella
cuando huele el cerco, no huye. Cierra. Cierra el proceso, borra los cabos, no dej
testigos. Pisé el acelerador rumbo a comisaría pensando en los dos cabos suelto
que aquella mujer tenía a tiro y que yo no estaba protegiendo: una periodista e
un cuarto piso y un hermano en un sexto. Llegué tarde a casi todo aquella noche

Es lo que peor llevo. Que el oficio me diera la respuesta correcta con e cronómetro en contra.

132

(Nora)

Mientras los hermanos Salinas se abrían la cabeza el uno al otro en aquel piso blanco, yo hacía lo que sé hacer: tirar del hilo desde fuera, que es desde donde mejor se aprecia el dibujo.

La norma del periodista muerto. No te enamores de tu teoría. Llevaba meses enamorada de la mía —David, el superviviente, el monstruo tranquilo— y aquella tarde, en la casa quemada, viéndolo desenterrar una jaula con las manos como un niño que recupera un juguete, la teoría se me cayó al suelo y se hizo añicos. Así que hice lo que toca cuando se te rompe una teoría: barrer los cristales y empezar de cero. Y empezar de cero significaba, por una vez, mirar a la otra superviviente. A la niña que nadie buscó. A Marina.

Tenía una ventaja: sabía su nombre real, que David me había dado, y conocía su edad. Con eso, y con un par de favores que aún me debían en registros que no debería nombrar, reconstruí los diecisiete años que Marina había pasado en la sombra mientras yo perseguía a su hermano.

El dibujo que emergió me arrebató el sueño de verdad. No el sueño literario, el de las buenas historias: el otro.

Marina había residido en cinco ciudades. En cada una, durante su estancia, alguien había muerto cerca de ella. Y no de cualquier modo: siempre alguien que, de una u otra forma, le había hecho daño o se le había interpuesto. La tía del norte que la crió y que «prefería no remover»: fallecida en un incendio doméstico ocho años atrás, por fuga de gas, dijeron. Un novio que la había denunciado —o al que ella había denunciado, según un atestado que costó desenterrar—: muerto en un accidente de tráfico sin testigos, salida de vía en una recta. Una compañera de piso que, según una amiga en común, «le tenía miedo a Marina sin saber explicar por qué»: ahogada en una piscina vacía de invierno, ella que era socorrista. Un casero. Y una psicóloga, Dios santo, una psicóloga que la trató

durante tres años y que un día apareció muerta en su consulta, fallo cardíaco a lo cuarenta y un años, sin antecedentes.

Cinco ciudades. Al menos cinco muertes. Todas limpias. Todas verosímiles Todas, vistas una a una, perfectamente posibles. Solo al ponerlas en fila —igua que yo alineo las cajas de la mudanza, igual que David coloca las almohadas— afloraba la arquitectura. Y la arquitectura tenía una firma. La misma de la noch de La Vega: el fuego que borra, el accidente que tranquiliza, la ausencia d testigos. Tan empeñados en que todo suene razonable.

No había perseguido a un monstruo. Vivía en el rellano de abajo de dos. Y m había equivocado de planta.

Cogí el teléfono para avisar a David y advertirle de que la hermana recié recuperada, la víctima dulce de la jaula y del canario, llevaba diecisiete año sembrando incendios y accidentes razonables por toda España. Marqué. Sonaro dos tonos.

Entonces, al otro lado de mi puerta, en el rellano del cuarto, sonaron dos golpes Solo dos. Educados. Pacientes.

Colgué sin querer. Me asomé a la mirilla.

En el rellano, con una caja de cartón entre las manos —una caja sin etiqueta idéntica a las mías—, estaba Marina. Sonriéndome con una dulzura que ahora demasiado tarde, me supo a hielo.

—Hola, vecina —dijo a través de la puerta—. ¿Te echo una mano con la teorías? Se te están enfriando.

133

Durante unos días, Marina y yo vivimos una tregua que casi parecía una infanci recuperada.

Se quedaba hasta tarde en mi piso blanco. Cocinaba —cocinaba bien, con un concentración fría que yo prefería no analizar— y hablábamos de tonterías, de lo nombres de los huesos de la mano que ella aún recitaba de memoria, escafoides semilunar, piramidal, de Capitán, del campo amarillo. Por momentos olvidaba l que sabía de ella; por momentos, sospecho, ella olvidaba lo que sabía de sí misma Dos huérfanos jugando a que la casa nunca ardió.

Pero yo soy lo que soy, y lo que soy es alguien que mira a la gente por donde s abre. Y cuanto más la miraba, más veía. Vi cómo ordenaba mis cuchillos po tamaño sin darse cuenta. Vi cómo, al hablar de la tía del norte, de un novio, d una compañera de piso, los nombraba en pasado con una naturalidad que n correspondía a la edad que tendrían esas personas. Vi, sobre todo, cómo miraba Nora las dos veces que coincidieron: con la misma atención con que un tasado mira un mueble que estorba en una herencia.

Una noche, fregando los platos, se lo pregunté sin rodeos, porque entre nosotro los rodeos ya sobraban:

—Marina. La tía. ¿Cómo murió la tía?

No se volvió. Siguió fregando, con esa calma de pozo que yo creía mía.

—En un incendio —dijo—. Una estufa vieja. —Aclaró un vaso, lo dejó a escurri —. Ya sabes lo peligrosas que son las estufas viejas, hermano. Deberían revisars La gente no revisa nada. Por eso pasan las cosas.

El agua corría. Yo tenía un plato en la mano y no recordaba haberlo cogido. Y comprendí, de pie en mi propia cocina, con mi hermana de espaldas, que l tregua se había terminado, que la infancia recuperada nunca había existido, y qu la niña a la que salvé en un pasillo hacía diecisiete años no había necesitado nunc que la salvaran. Había necesitado, apenas, que alguien le sostuviera la puerta. Y

se la sostuve. Y ella la cruzó entera, y no ha dejado de cruzar puertas desde entonces, dejando a su espalda un reguero de estufas viejas que nadie revisa.

134

(Marina)

Preparé mi final con la misma calma con que lo he preparado todo, y lo cuento porque es la última obra y merece, como las otras, un testigo.

Empecé días antes, cuando comprendí, por la cara de mi hermano y por una mujer del montón que rondaba el callejón con un termo en un coche camuflado —a la policía se la huele, igual que él pega el oído a las puertas—, que el cerco se cerraba. No me asusté. Llevaba toda la vida sabiendo cómo terminaría; solo faltaba el cuándo, y el cuándo, por fin, había llegado. Así que hice lo que sé hacer: ordené. Fui trayendo, una a una, a mi piso del patio, las cajas de la falsa mudanza que nunca deshice, y las fui empapando, noche a noche, de aguarrás y de líquido de mechero, con la paciencia de quien riega unas plantas. Una casa lista para arder no se improvisa; se cultiva. Lo aprendí a los doce años, en una cocina, y nunca lo he olvidado.

No lo preparaba por miedo a la cárcel. La cárcel me daba igual; un cuarto sin ventana más, y de esos he conocido varios. Lo preparaba porque tenía una idea muy clara de cómo debía cerrarse mi proceso, y no era con esposas, ni con un juicio, ni con mi cara en el pódcast de la periodista. Era con fuego, como empezó. Y era, sobre todo, sin arrastrar a mi hermano. Esa fue la única variable que me costó calcular: cómo terminar yo sin que él terminara conmigo. Porque sabía —lo conozco— que David, llegado el momento, intentaría sujetarme. Es lo único que sabe hacer: ponerse delante, agarrar, sostener. Tenía que diseñar un final en el que su gesto de siempre, el de sujetar, no le costara la vida. Un final en el que yo me soltara y él no pudiera impedirlo, para que la culpa de mi caída no fuera suya. Una ventana. Un patio. Una caída hacia atrás, hacia donde las manos no alcanzan. Lo calculé como un problema de física, que es lo que era.

Lo que no calculé —lo único, siempre hay una cosa— fue a la periodista. No contaba con que aquella noche Nora estuviera en juego, con que David subiera a salvarla a ella, con que el final que yo había diseñado para dos terminara teniendo

tres personas en una habitación en llamas. Improvisé. Odio improvisar; el orden es lo único que me separa del caos del que vengo. Pero improvisé bien, creo. Solté a mi hermano, como tenía previsto. Le dejé salvar a su periodista, que era lo que él quería sin atreverse a quererlo. Y me fui por donde me había prometido irme, hacia atrás, hacia el patio, hacia el único sitio sin testigos. Lo único que cambié, en el último segundo, fue mirarlo. No estaba en el plan mirarlo. Pero lo miré. Porque se lo había pedido yo misma, semanas antes, con la cabeza en su hombro: que cuando llegara el momento no me mirara con miedo, sino como a la niña de la acequia. Y me miró así. Hasta el final. Fue lo único que improvisé que salió mejor que lo planeado.

135

Se lo pregunté de frente una última vez, la víspera de que todo ardiera, porque entre nosotros los rodeos ya no servían y porque necesitaba oírla decirlo.

—Las cinco —dije—. La tía, el novio, la compañera, el casero, la doctora. Fuiste tú.

Marina estaba sentada en el sofá del salón blanco, con las piernas recogidas, más joven que nunca en aquella postura, una niña de veintinueve años en la casa de su hermano. No se sobresaltó. Ladeó la cabeza, con la media sonrisa de la familia.

—¿Me lo preguntas como hermano o como médico? —dijo—. Porque la respuesta cambia. Al hermano puedo decirle la verdad. Al médico tendría que mentirle, que es lo que se hace con los médicos.

—Como hermano.

—Entonces sí. —Lo dijo sin énfasis, como quien confirma una cita—. Aunque «fui yo» suena a más de lo que fue. Yo no busqué a ninguno. Llegaron solos. David y todos, igual que papá, que llegó solo a aquella cocina. La gente que hace daño se acerca a una sin que una mueva un dedo; es asombroso lo poco que hay que buscar. Yo solo… cerré. Lo que estaba abierto y permitía el paso de corriente lo cerré. Como tú cerraste a papá. La única diferencia entre tú y yo —se le apagó un poco la voz, y por un instante pareció casi triste— es que tú cerraste una puerta y te pasaste diecisiete años vomitando. Yo cerré cinco y dormí estupendamente cada noche. ¿Quién de los dos está peor, hermano? ¿El que mató una vez y no lo soporta, o la que mató cinco y está en paz?

No supe contestar. Me había pasado la vida convenciendo a pacientes de que la culpa no prueba nada, y tenía delante la demostración viva de mi propia tesis vuelta del revés y convertida en monstruo: una mujer sin culpa, serena, lúcida, que mataba con la misma tranquilidad con que mi madre tomaba su hojicha frente al campo amarillo.

—No puedes seguir —dije.

—Lo sé. —Apoyó la barbilla en las rodillas—. Por eso he venido a buscarte. Par
terminar. De una manera u otra, David, esto termina contigo. Siempre supe qu
terminaría contigo. Eres el único que puede pararme, porque eres el único qu
entiende por dónde cedo. —Me miró, y en sus ojos no había amenaza, solo un
fatiga inmensa, de siglos—. Tú eres mi línea de Langer, hermano. Por ti me abr
Por ti, y por nadie más.

136

A mí, esa misma noche, me bastó una llamada perdida para entenderlo.

El teléfono vibró sobre la mesa del estudio: Nora. Dos tonos y se cortó. La llam de vuelta; saltó el buzón. Volví a llamar; el buzón otra vez. Una llamada que s interrumpe a los dos tonos no es un descuido: es una mano que aparta el aparat Y la única persona capaz de apartarle a Nora el teléfono de la mano, en su propi piso, a esas horas, era la misma que me había dicho que salía a caminar para n precisar el destino.

No necesité más. Encajé las piezas con la velocidad fría con que encajo siempr lo que de verdad importa, y el plano que me devolvieron era atroz en su sencillez Marina no había salido a caminar. Marina había bajado dos pisos. Y de las tre personas que podían unirla con lo que era, había escogido empezar por la má fácil de hacer desaparecer sin levantar sospechas: la recién llegada, la vecina sola la periodista de la que cualquiera creería que se mudó, se cansó del barrio y s marchó tan discretamente como vino.

Cogí lo único que cogí —las llaves, nada más— y salí al rellano. Por una vez n pegué el oído a ninguna puerta; las manías son un lujo del que tiene tiempo, y y había dejado de tenerlo. El ascensor antiguo dormía en alguna planta intermedia no lo esperé. Bajé por la escalera, esa escalera mía de dos minutos y ocho segundos cronometrados, esa por la que nunca había nadie, y la bajé de tres e tres, sin contar los segundos por primera vez en diecisiete años, con el corazó —ese corazón que no se me altera ni ante el peligro real— latiéndome al fi como late el de cualquiera.

Mientras descendía, una idea me acompañó escalón a escalón, lúcida y terrible Llevaba toda la vida creyendo que protegía a Marina del mundo. Aquella noch comprendí que, en realidad, llevaba toda la vida sin proteger al mundo de Marina Eran cosas distintas. Las había confundido durante diecisiete años. Y la factura d esa confusión iba a pasarla, si no llegaba a tiempo, una mujer de abrigo verde qu solo tenía la culpa de hacer bien su trabajo y de haberme pedido, una noch frente a una ventana, que contara la verdad.

Llegué al cuarto sin aliento. La puerta del 4.º B estaba entreabierta.

Abierta, pero no completamente: con esa franqueza que ya sabía reconocer, l
franqueza de una trampa que ya no tiene cebo.

QUINTA PARTE

SIN TESTIGOS

137

Empujé.

Nora estaba sentada sobre una de sus cajas todavía sin deshacer, muy quieta, la manos sobre las rodillas. No sangraba. No tenía marcas. Pero lucía en la cara es palidez concreta que dan dos cosas en la vida, y una de ellas es haber estado mu cerca de morir y saberlo. Frente a ella, de pie, tranquila, con una taza humeant entre las manos, aguardaba Marina.

—Has tardado —me dijo, sin volverse, como si me hubiera oído pensar do pisos más arriba—. Te he preparado un té. Hojicha. Sé que lo odias. —Sonrió la pared—. Lo odiamos los dos, en realidad. Es lo único que nos dejó mamá: e gusto por aborrecer despacio aquello a lo que no podemos renunciar.

—Apártate de ella —dije.

—No le he hecho nada. —Se giró por fin. En la otra mano, la que no sostenía l taza, no había cuchillo, ni arma, ni nada. Solo un teléfono—. ¿Ves? Nada. No h tocado a tu periodista. ¿Por quién me tomas? —Ladeó la cabeza—. Ah. Claro Por lo que soy. Disculpa. A veces se me olvida que tú ya lo sabes. Se te nota ¿verdad? Lo acabas de recordar todo, ahí arriba. Lo veo en tu cara. Tienes la car del que ha encontrado el cadáver que él mismo había escondido. —Bebió u sorbo del té que decía odiar—. Bienvenido al club, hermano. Yo lo recordé hac años. Es más llevadero de lo que parece. Una se acostumbra a quién es. Lo difíci es el rato entre que lo sospechas y lo aceptas. Ese rato es horrible. Tú lleva diecisiete años en él. He venido a sacarte. De nada.

Miré a Nora. Movió los labios sin voz: me lo ha contado todo.

—Se lo he contado todo —confirmó Marina, plácida—. Lo de la tía. Lo de novio. Lo de la pobre María Jesús, mi psicóloga. Qué pena, un corazón tan joven Se lo he contado porque quería que lo supiera alguien que escribe. Llevo toda l vida sin testigos, David. Es agotador. No sabes lo que cansa hacer las cosas bie y que nadie se entere. —Por un instante, uno solo, algo verdadero le cruzó e rostro—. Por eso volví. No por ti. Bueno, por ti también. Pero, sobre todo

porque me moría de la cosa más tonta del mundo: las ganas de que alguien supiera lo buena que soy en lo mío. —Levantó el teléfono—. Y aquí está. Una periodista. Una testigo. Y una grabadora.

—Si quisieras una testigo —dije, despacio, midiendo cada palabra como quien pisa hielo— no la habrías traído a una habitación de la que piensas que no va a salir.

Marina sonrió, y fue la sonrisa más triste que le vi nunca.

—Muy bien —dijo—. Muy bien, hermano. Por eso eras tú el listo. —Posó la taza junto a Nora—. Sí. Tienes razón. Quiero una testigo y quiero que no salga. Las dos cosas. Es contradictorio, lo sé. Toda yo soy contradictoria. Pero he encontrado la manera de tenerlas ambas.

138

(Nora)

Llevaba diez minutos sentada sobre una caja sin deshacer, con las manos quieta sobre las rodillas porque Marina me había pedido, con una dulzura que daba má miedo que cualquier grito, que las mantuviera «donde pudiera verlas».

Había subido a mi piso con la excusa de devolverme un libro. Le abrí porque er la hermana de David, porque me caía bien la Carla que yo creía conocer, porqu mi instinto periodístico, tan afinado para los demás, se apaga por complet cuando el peligro entra sonriendo y trae un libro. Para cuando entendí —po cómo cerró la puerta, por cómo dejó la cadena puesta, por cómo se movió po mi casa como si la hubiera medido antes— ya era tarde. Ya estaba sentada en l caja, con las manos a la vista, escuchándola hablar con esa calma de pozo idéntic a la de su hermano.

Me lo contó todo. Lo dijo sin que yo preguntara y con una naturalidad qu resultaba más inquietante que cualquier amenaza. La tía. El novio de la recta. L compañera de la piscina. El casero de la escalera. María Jesús, la psicóloga, «qu no se merecía, esa me dolió». Lo enumeró como quien repasa una lista de l compra, y yo, periodista hasta para el terror, hice lo único que sé hacer: bajé l mano muy despacio, encontré el teléfono en el bolsillo del abrigo, y pulsé graba a ciegas, rezando por que el roce no me delatara.

—Sé que estás grabando —dijo Marina, sin volverse, mirando por mi ventan hacia el patio—. Está bien. Quiero que lo grabes. Es la primera vez en mi vid que cuento esto en voz alta, y sería una pena que se perdiera. —Se giró, con l media sonrisa de la familia—. Lo que pasa, Nora, es que una grabación no es l que tú crees. Tú crees que es una prueba. Y es solo una voz. Las voces s interpretan. Mañana, cuando aparezca yo muerta y mi hermano vivo, est grabación no contará como una asesina confesando. Contará a una mujer rota la que su hermano, el verdadero monstruo, empujó hasta el borde. Lo mismo qu

aquella noche en el pueblo: él abre, yo cargo. Llevamos toda la vid repartiéndonos así los papeles. ¿Por qué iba a cambiar ahora?

Y entonces oí la puerta. Y entró David, sin aliento, con la cara de quien ha subid dos pisos corriendo por primera vez en diecisiete años. Y por la forma en qu Marina lo miró —con amor, con cálculo, con una despedida ya escrita— sup que yo no era la protagonista de aquella habitación. Era el testigo. Y los testigos en las historias de los Salinas, nunca terminan bien.

139

—Voy a dejar que ella lo cuente todo —prosiguió Marina, señalando a Nora con la barbilla—. Todo lo que soy, todo lo que hice, desde la noche del pueblo hasta hoy. Una historia preciosa. Va a ser un pódcast magnífico, Nora, de verdad, lo va a bordar. —Volvió a mirarme—. Y, al final de esa historia, habrá un nombre. Un culpable. Un monstruo que mató a su familia a los quince años y siguió matando durante diecisiete, ciudad por ciudad, fuego por fuego, hasta que una policía testaruda y una periodista valiente lo destaparon.

El frío me trepó por la espalda, escalón a escalón, igual que subo yo mi propio edificio.

—Ese nombre vas a ser tú, David —dijo mi hermana, con dulzura—. Como la otra vez. Tú abriste la puerta; es justo que tú cargues la cuenta. Se te da de maravilla. Llevas toda la vida ofreciéndote gratis.

—No tienes nada que me ate a tus muertos —repliqué, aunque ya veía, con un horror administrativo, que sí podía atarme.

—Ay, David. —Suspiró, con una paciencia de maestra que era, ahora lo comprendía, lo más aterrador de ella—. ¿De verdad crees que vine sin hacer los deberes? Te he tenido sentado frente a mí durante tres meses. ¿Para qué imaginas que servía todo aquello? ¿La consulta? ¿El «doctor, anóteme esto»? —Imitó cruel, la voz de Carla, y escucharla fue como verla despegarse una segunda cara de debajo de la primera—. Tengo tu letra, hermano. Cuadernos enteros con tu letra, igual a la mía; siempre lo fue. Nos adiestró la misma maestra. Tengo notas escritas por mí que cualquier perito jurará que son tuyas. Tengo en mi piso una pared preciosa. ¿La viste? Claro que la viste; te la dejé ver: con diecisiete años de tu vida clavados con chinchetas. La pared de un obseso. La de un hombre que llevaba media vida vigilando a su familia muerta. —Sonrió—. Solo que la pared está en mi piso, y mi piso, querido, lleva tres meses alquilado a tu nombre. En efectivo. Con tu DNI, que copié el primer día. ¿Recuerdas que siempre pagaba en efectivo? Qué detalle. Qué previsora.

El suelo del 4.º B no se movió. Ya lo expliqué: las habitaciones no se mueven
Pero por dentro caí, de nuevo, hacia donde caigo siempre.

—Las muertes de mis cinco ciudades —continuó, contando con los dedos, cas
disfrutando— encajarán contigo en cuanto Vega tire del hilo correcto, y se lo voy
a poner facilísimo. Coartadas tuyas que se desmoronan. Un patrón que es el tuyo
el fuego, el accidente, la ausencia de testigos. Tu propio libro, David, tu ensayo
sobre las pequeñas crueldades y el control, leído del revés, es la confesión de un
psicópata metódico. Cualquier fiscal lo usará. Lo escribiste tú. —Abrió las manos
—. Yo solo he ordenado tu vida para que cuente la historia que la gente ya
deseaba creer de ti: el niño que sobrevivió al fuego sin un rasguño, el hombre
invisible del edificio imposible de no ver. Llevas diecisiete años cosiéndote el
disfraz de monstruo. Yo apenas le he abrochado los botones.

Miré a Nora. Había sacado, muy despacio, el teléfono, y lo había dejado sobre la
caja, con la pantalla encendida, grabando. Marina lo vio. Por supuesto que lo vio.
Y, para mi espanto, sonrió aún más.

—Graba, graba —le dijo—. Por favor. Es lo que quiero. ¿Aún no lo entiendes,
periodista? Todo lo que digo, dicho en esta habitación, con él delante, suena a lo
que es: a una mujer rota contándole a su hermano cómo va a vengarse de él.
Nadie oirá una confesión. Oirán una amenaza. Y las amenazas no condenan a
quien las pronuncia; condenan a quien las recibe, sobre todo si al día siguiente
aparece muerto el que las decía. —Ladeó la cabeza—. Porque ese es el plan. Que
yo aparezca muerta. Aquí. Esta noche. En el piso que tú alquilaste. Con tu letra
por todas partes. Y con una periodista que te oyó amenazarme.

—Yo no he amenazado a nadie —dije.

—Todavía. —Dio un paso hacia mí—. Pero lo harás. Porque te conozco, David.
Eres mi hermano. Y sé exactamente qué palabra dirás, dentro de un momento,
cuando entiendas que el único modo de que yo no le haga daño a ella es que me
lo hagas tú a mí. Lo sé porque es la misma palabra de aquella noche. Te la dirás a
ti mismo. Y esta vez tampoco vas a parar.

140

Había algo que mi hermana, con toda su inteligencia helada, con sus cinco ciudades y sus diecisiete años de oficio, no había calculado. Una sola. Pero era la decisiva.

Había calculado a David como un monstruo. A David, el culpable que se ofrece gratis. Al niño que se sienta en el suelo del pasillo a mirarse las manos mientras ella remata la faena. No había calculado que David se había pasado diez años de su vida, en una habitación gris con dos sillones desviados, aprendiendo a desmontar despacio las trampas que la gente tiende a sí misma. Marina suponía que mi oficio era una tapadera. Mi oficio era lo único verdadero que tenía. Y mi oficio consiste, justamente, en una cosa: no morder el anzuelo que el otro necesita que muerdas.

—Tienes razón en todo —dije, y me senté. En el suelo. Despacio. Igual que aquella noche. Las manos sobre las rodillas, a la vista—. En lo de la letra, en lo del piso, en lo del libro, en lo de Vega. Has hecho un trabajo magnífico, Marina. De verdad. El mejor que he visto. —La miré desde abajo—. Y tienes razón en que sé qué palabra voy a decir. Pero te equivocas en una cosa. En la única que importa. ¿Crees que voy a repetir lo de aquella noche? No. Aquella noche me levanté y maté a papá. Hoy me he sentado. ¿Lo ves? Me he sentado. No pienso levantarme.

Marina parpadeó. Por primera vez desde que la conocía —como Carla, como Marina, como lo que fuera— la vi descolocada medio segundo.

—No te entiendo —dijo.

—Claro que no. Porque tú nunca te has sentado en el suelo a mirarte las manos —respondí—. Tú, cuando llega el momento, te llenas. Yo me vacío. Esa es la diferencia, y es toda la diferencia. Necesitas que me levante y te haga daño para que tu plan funcione. Necesitas un monstruo que reaccione. Y no pienso dártelo —Hablaba despacio, con la voz de cura, la que calma a quienes se hacen daño porque al fin y al cabo eso era ella: alguien que llevaba la vida entera haciéndose

daño a través de los demás—. Puedes matar a Nora. Puedes matarme a mí. Pero tendrás que hacerlo tú, con tus manos, sin que yo me mueva, sin amenaza que grabar, sin monstruo a quien culpar. Y entonces la grabación de Nora no contará la historia que tú quieres. Contará la única historia verdadera que has tenido el valor de pronunciar en tu vida. —Alcé la voz apenas, lo justo para el teléfono encendido sobre la caja—. Cuéntalo, Marina. No para condenarme a mí. Para que, por una vez, alguien sepa lo buena que eres en lo tuyo. Llevas la vida entera anhelando un testigo. Aquí lo tienes. Yo soy tu testigo. Cuéntamelo a mí. ¿Cómo mataste a mamá y a Tomás? ¿Cómo soltaste al pájaro y nos dejaste arder? Por una vez, deja que alguien que sabe quién eres te escuche hasta el final.

Y entonces sucedió lo que yo, el lector de los demás, había apostado que sucedería. Lo que necesitaba que sucediera.

Marina lo contó.

No pudo evitarlo. Era su única hambre verdadera, la que la había traído de vuelta de entre los muertos: que alguien supiera. Llevaba diecisiete años poniendo orden con una pulcritud perfecta y secreta, y la pulcritud secreta, al final, no alimenta. Se sentó frente a mí, en el suelo del 4.º B, como dos niños que regresan a un pasillo, y me lo contó todo: con detalle, con orgullo, con una voz que ya no era ni de Carla ni de niña, sino la suya, la de verdad, la voz de pozo que yo creía mía y que, desde la noche del fuego, siempre había sido un préstamo de ella.

Y el teléfono de Nora, sobre la caja, lo grabó entero.

Lo que ninguno de los tres oyó, porque estábamos demasiado dentro de aquella confesión, fue el ascensor antiguo y educado poniéndose en marcha seis plantas más abajo. Cuarenta y un segundos. La inspectora Vega tampoco avisaba cuando venía de verdad a apretar.

141

Lo que Marina contó, sentada conmigo en el suelo de aquel piso que pronto ardería, lo recuerdo entero, porque fue la única vez que la oí decir la verdad sin que le costara nada.

Habló del pasillo. De papá en el suelo, obra mía. De cómo me había visto sentarme y vaciarme. De mamá gritando sin aire en la cocina y de Tomás arrodillado a su lado, los dos con «cara de testigos, esa cara que ya está pensando a quién contárselo». Habló de la decisión que tomó a los doce años, «sin rabia con orden», de coger lo que había que coger del cajón, de las manos de Tomás levantándose —los antebrazos, los dedos, las lesiones de defensa que yo creí mías durante diecisiete años—. Habló del canario que soltó por la ventana «porque un capitán no merece hundirse en un barco que no eligió». Habló del fuego, «la forma más limpia». Y habló, por fin, de la frase, la que me susurró al oído en el jardín con mi cuerpo de quince años abierto de par en par como una herida: «tú nos has salvado, yo ya estaba muerta».

—Te sembré tu inocencia disfrazada de culpa —dijo, mirándome con una ternura insoportable—. Te dije «yo ya estaba muerta» para que sobrevivieras, y tu cabeza que es como la mía, lo dio todo la vuelta: convirtió mi «estoy muerta» en «yo te maté», porque cargar con mi muerte te resultaba más liviano que cargar con mi supervivencia. Es más fácil ser un asesino, hermano, que el cómplice de alguien a quien quieres. Lo sé porque yo soy ese alguien. Y porque, a mi manera, también te quise a ti cada uno de estos diecisiete años, mientras cerraba puertas por media España.

La escuché sin interrumpir, con la libreta imaginaria de mi oficio abierta por dentro, archivando cada palabra. No porque pensara usarla. Porque era comprendí mientras hablaba, la primera y la última vez que alguien me devolvía mi propia vida contada de verdad. Llevaba diecisiete años habitando una versión falsa de mí mismo. Mi hermana, en el suelo de un piso a punto de arder, me estaba devolviendo el original. Y el original, por terrible que fuera, pesaba menos que la falsificación, porque al menos era mío.

Lo que ninguno de los tres oyó —Marina hablando, Nora grabando, yo recibiendo mi vida de vuelta— fue el ascensor antiguo poniéndose en marcha seis pisos más abajo. Cuarenta y un segundos. La inspectora Vega tampoco avisaba cuando venía de verdad.

142

Marina terminó de contarlo justo cuando, en la puerta entreabierta, sonaron tre golpes. No dos. Tres. La diferencia, ínfima para cualquiera, a nosotros dos no reveló la verdad antes que la voz: ninguno de los nuestros llamaba así.

—Policía. Inspectora Vega. —El timbre cansado y espeso llenó el rellano— Señor Salinas, sé que está ahí. Y sé que no está solo. Abra, por favor.

Vi cómo a mi hermana se le ordenaba el rostro. Fue rápido, casi hermoso, en e sentido en que lo es un mecanismo de precisión: le vi cruzar los ojos el cálculo entero, las opciones, las salidas, el plano de la habitación que ella, como yo, habí memorizado al entrar. Una puerta. Una ventana al patio. Seis pisos de caída. Un periodista con una grabación. Un hermano sentado en el suelo que no pensab levantarse. Y una policía al otro lado que ya sabía que en aquella casa, diecisiet años atrás, no hubo un superviviente, sino dos.

El plan acababa de morírsele. Y mi hermana, que no soportaba que las cosa quedaran fuera de su sitio, hizo lo único que sabía hacer cuando el equilibrio s rompía. Lo que había hecho a los doce años. Lo que había repetido en cinc ciudades. Cerrar el proceso. Borrar. Con la herramienta de siempre.

Se movió tan deprisa que solo entendí su gesto cuando ya estaba hecho. Agarr la lámpara de pie por el mástil y la estrelló contra las cajas amontonadas junto a l pared, esas cajas de mudanza que nunca había deshecho y que —ahora lo olía ahora que el olor llegaba, el formol y la quemazón, las dos únicas cosas que m nariz rota distingue— no contenían libros ni ropa. Estaban empapadas. Llevaba días empapadas. Marina no se había mudado al patio para vigilarme: se habí mudado para tener, cuando llegara la noche, una habitación entera lista par arder.

La bombilla reventó contra el cartón mojado y el aguarrás, y el fuego subió d golpe, con esa avidez obscena que yo recordaba de una sola noche de mi vida, l avidez de un animal al que por fin sueltan.

—¡Salinas! —La puerta empezó a golpear contra el pestillo. Vega, embistiendo.

Marina retrocedió hacia la ventana del patio, recortada contra las llamas, y me miró. No con odio. Con algo peor. Con esa media sonrisa nuestra, la de familia, la que le había visto a ella, a mí en el espejo, a mi padre cuando se quedaba callado.

—Ahora sí te vas a levantar —me dijo, por encima del crepitar—. Vas a levantarte y sacar a tu periodista, porque eres así de previsible, hermano: eres el bueno de los dos. Y yo voy a salir por donde salen los pájaros. —Abrió la ventana a su espalda. El aire del patio se coló, y el fuego rugió, agradecido—. Lo único que te pido es que no me cuentes. A nadie. Nunca. Déjame ser la niña de la jaula. La que murió en el incendio. Es la única versión de mí que me gusta. —Subió un pie al alféizar—. Sin testigos, David. Como siempre. Es lo más bonito que me puedes regalar.

—Marina —dije, y me levanté, por fin; no para matar, sino para lo otro, para lo único otro que sé hacer con las manos—. Para.

Y, por primera vez en diecisiete años, la palabra iba dirigida a ella, la dije a tiempo y alargué la mano a través del humo para agarrarla antes de que el alféizar, la caída y el fuego se la llevaran.

143

(Vega)

Subí por las escaleras porque el ascensor estaba ocupado bajando, y maldije cad uno de los seis pisos con mis rodillas de cincuenta y tres años, sin saber aún qu aquella elección —escaleras, no ascensor— era la misma que Salinas hacía cad mañana por motivos que tardaría en entender.

Llevaba el caso cerrado en la cabeza desde la pantalla de las cinco ciudades. Sabí que la asesina era la hermana, no él. Sabía que la niña sin restos había vuelto. L que no sabía, lo que me hizo subir de tres en tres en lugar de esperar refuerzo como dicta el manual, era que aquella misma noche se cerraba todo, porque m lo había dicho una corazonada y porque a las corazonadas, después de veintioch años, les hago más caso que a los manuales.

En el cuarto piso, el humo ya se filtraba por debajo de una puerta. Lo olí antes d verlo. Y entendí, con el estómago en un puño, qué clase de final había elegido l mujer de las cinco ciudades: el suyo. El fuego que borra. La firma de toda s vida, vuelta por fin hacia sí misma.

Embestí la puerta. Una, dos, tres veces. A la cuarta cedió, y entré en aquel horn a tiempo de ver lo único que de verdad importa de toda esta historia, lo qu escribí en mi informe y nadie quiso leer: a un hombre al que el mundo llamarí monstruo, de pie entre dos mujeres que ardían, eligiendo a quién salvar primer No se eligió a sí mismo. No eligió a su hermana, su única sangre, su único amo Empujó hacia mí a la periodista, a la testigo, a la desconocida, y solo cuando l tuve agarrada se volvió hacia la ventana, hacia la mujer que se le escapaba, y s lanzó a por ella a través del fuego con las manos por delante.

Veintiocho años persiguiendo culpables me habían enseñado a reconocer a lo monstruos. Aquella noche, en aquel horno, reconocí lo contrario, y no supe qu hacer con ello, porque mi oficio no tiene casilla para eso. Tuve que sacarlo rastras, quemado, repitiendo un nombre de mujer entre el humo. Y mientras l arrastraba escaleras abajo, pensé, contra todo procedimiento, contra toda prueb

que yo misma acabaría firmando: este hombre es el menos culpable de cuanto he detenido. Y va a ser, me apuesto la pensión, el que más pena cumpla. Porque es el único que quiere cumplirla.

144

Le agarré la muñeca. La tenía fina, de niña todavía, como si una parte de ella no hubiera crecido desde la noche del pueblo, como si la hubiese dejado allí a propósito, en el escalón, con la jaula en el regazo, para poder volver siempre a buscarla.

—No —dije—. No esta vez. Esta vez sales conmigo. Las dos. Tú y ella. Salimos los tres.

El fuego ya lamía el techo. El humo bajaba en cortinas y Nora tosía a mi espalda doblada sobre la caja, buscando el teléfono que había resbalado al suelo. Vega seguía embistiendo la puerta, que se combaba sin ceder. Y Marina, en el alféizar con mi mano cerrada sobre su muñeca y los seis pisos de patio negro a su espalda, me miró con una sorpresa que le duró lo que dura la verdad en la cara de quien ha pasado la vida mintiéndose: un instante.

—¿Por qué? —dijo. No era una pregunta retórica. Era la pregunta de su vida entera, la que ningún psicólogo, ni el de verdad ni el falso, le había contestado— Sabes lo que soy. Acabo de contártelo. Iba a dejar que te pudrieras por mi muertos. ¿Por qué me sujetas?

Podría haberle dicho muchas cosas. Que la sangre. Que la culpa. Que aquella noche yo abrí la puerta y por tanto cargo con lo que entró detrás. Todo cierto, y nada de ello era la razón. La razón era más simple y más imperdonable, y se la dije, porque entre el humo y el rugido era el único momento de toda mi vida en que podría decírsela:

—Porque eres lo único que he querido —dije—. Y querer no entiende de lo que somos. Es la peor noticia que da este oficio, Marina. La gente cree que el amor se gana o se pierde según lo que uno hace. No. El amor es como las líneas de Langer: está ahí debajo desde antes, marcando por dónde cedo. Tú eres mi línea. Por ahí cedo. Siempre cederé por ahí.

Entonces mi hermana hizo lo único bondadoso, quizá, de toda su vida. O lo único cruel, según se mire; con ella las dos cosas eran la misma, ya lo dije. Se

miró la mano cerrada sobre su muñeca, esa mano que la sujetaba al mundo, y muy despacio, con una ternura que no le había visto nunca, empezó a abrirme los dedos uno a uno.

—Entonces suéltame tú —dijo—. Porque yo no voy a poder. Y si me sacas viva, David, no acaba aquí. Lo sabes. Habrá un sexto. Un séptimo. Habrá siempre una ciudad más. La única forma de que pare es esta. —Me besó la mano, la que la sujetaba—. Déjame ser la niña de la jaula. Sé el capitán, hermano. El que sabe que el barco se hunde y, aun así, no suelta a los demás. Solo a mí. Suéltame solo a mí.

La puerta cedió a mi espalda con estruendo. Vega irrumpió en una nube de humo, gritando algo que no oí. Nora, a cuatro patas, me tiraba del pantalón hacia la salida. El techo escupía fuego. Y yo tenía a mi hermana de una muñeca, en el filo de una ventana, sobre seis pisos de oscuridad, y disponía de medio segundo para decidir si la salvaba —para que matara a un sexto, a un séptimo, a una ciudad más— o si hacía, por una vez, lo que ella siempre supo hacer y yo nunca cerrar el proceso.

No la solté. Que conste. En la versión que conté después a la policía, y en todas las que vinieron, dije que la solté, porque era más sencillo, porque a un hombre que ya carga con todo le creen cualquier cosa. La verdad —la del cuaderno, la que ni al cuaderno confío— es que no la solté. Apreté. Tiré de ella hacia dentro con toda el alma, hacia la vida, hacia el humo, hacia la cárcel y los juicios y la luz horrible de saberse a salvo.

Fue Marina quien se soltó. Mi hermana, que se llenaba donde yo me vaciaba, que era buena en lo suyo como nadie, ejecutó el último trabajo limpio de su carrera. Me abrió los dedos, me sonrió con la media sonrisa de la familia y se dejó caer hacia atrás, hacia el patio, hacia el único lugar del mundo donde por fin no habría testigos.

Lo último que vi de ella, antes de que Vega me arrancara de la ventana y el fuego se tragara el alféizar, fue su mano abierta contra el cielo negro del patio. La misma mano que, diecisiete años atrás, había abierto una jaula para que un pájaro no ardiera.

Esta vez, el pájaro era ella.

145

(Nora)

Del incendio recuerdo el orden equivocado de las cosas, que es como la memoria guarda el terror: a destiempo.

Recuerdo que Marina estrelló la lámpara contra las cajas y que el fuego subió como sube un animal al que sueltan, y que pensé, absurdamente, en mis sobres anónimos, en que iban a arder, en que perdería las pruebas. Recuerdo el humo bajando del techo en cortinas grises, y mi propia tos, y el suelo de pronto a la altura de mi cara porque me había caído sin notar la caída. Recuerdo buscar el teléfono a tientas, porque en él había la voz de Marina contándolo todo y periodista hasta para morir, no pensaba dejar que ardiera la única verdad del caso.

Y recuerdo a David.

Lo recuerdo de pie entre el humo, sin prisa, con esa quietud suya que tantas veces me había helado y que aquella noche, por primera vez, me salvó la vida. No corría, no gritaba. Calculaba. Vi cómo medía la habitación de un solo vistazo —la puerta, la ventana, las llamas, yo en el suelo, su hermana en el alféizar— igual que medía el cruce desde su ventana, tres veces por minuto, durante años. Y vi el instante exacto en que decidió. No fue hacia su hermana primero. Fue hacia mí. Me agarró del brazo, tiró de mí hacia la puerta, me empujó al rellano donde Vega ya entraba a trompicones, y solo entonces, asegurada yo, se volvió hacia la ventana, hacia Marina, hacia el único ser que había querido en su vida.

He contado esa noche muchas veces: en el libro, en la serie, en entrevistas. Siempre la cuento mal a propósito. Pero la verdad, la que me guardo, es esta: vi a un hombre al que el mundo entero llamaría monstruo elegir, entre dos personas que ardían, salvar primero a la testigo y después a la hermana. Los monstruos no eligen ese orden. Los monstruos se salvan a sí mismos. David no se salvó. Salió el último, con las manos quemadas de haber sujetado lo que no quería soltar, y esas manos —se lo oí decir a Vega, aunque ella no quería que yo lo oyera— eran la

manos de quien entra a sacar a alguien, no las de quien prende un fuego para borrarse.

Aquella noche supe dos cosas a la vez, y llevo años sin poder separarlas. Que David Salinas no era el monstruo de esta historia. Y que iba a dejar que el mundo creyera que sí.

146

(Vega)

Llegué al cuarto piso cuando el humo ya salía por debajo de la puerta y la mader empezaba a combarse. Embestí dos veces, tres; a la cuarta cedió, y entré en un habitación que era un horno y un teatro a la vez.

Lo que vi en aquellos segundos lo he reconstruido mil veces, en informes y e pesadillas, y nunca lo cuento igual, porque el fuego desordena la memoria com desordena todo. Pero hay tres imágenes que no se mueven. La periodista, cuatro patas, arrastrándose hacia mí con algo apretado contra el pecho. Un mujer en el alféizar de la ventana, recortada contra el resplandor del patio, seren en mitad del infierno como si el infierno fuera su salón. Y Salinas, de pie entre la dos, con un brazo extendido hacia la ventana y el cuerpo entero girado hacia l puerta, hacia nosotras, partido por la mitad en una decisión que duró lo que dur un latido.

Yo grité que saliéramos. Salinas no me oyó, o no quiso oírme. Lo vi terminar d empujar a la periodista hacia mí, asegurarse de que yo la agarraba, y solo entonce volverse del todo hacia la mujer de la ventana y lanzarse a por ella a través de fuego. La agarró de la muñeca. Tiró. Y la mujer —lo vi, juraría que lo vi, aunqu ningún tribunal admitiría como prueba lo que se ve entre el humo— le abrió lo dedos uno a uno, con una calma imposible, y se dejó caer hacia atrás, hacia e patio, con una sonrisa que no era de miedo ni de derrota, sino de quien por fi coloca la última pieza de un plan larguísimo.

Saqué a Salinas a rastras. Según supe después, no era la primera vez que se dejab arrastrar de aquella manera. Diecisiete años antes había salido de otro incendi sonámbulo, sin oponer resistencia y con las dos manos en carne viva. En e rellano, mientras los servicios subían y la periodista tosía el humo de su pulmones quemados, lo tumbé contra la pared y le miré las manos, y supe, con l certeza que da el oficio, que aquellas no eran las manos de quien prende un fueg para borrar pruebas. El que prende sale limpio; lo tiene calculado, siempre.

Lo escribí en mi informe, con todas las letras. Y vi cómo, en las semana siguientes, todo el mundo —el fiscal, el juez, la prensa, el propio Salinas con su confesión imposible— pasaba por encima de aquella frase como se pasa po encima del pastor borracho que dijo la única verdad. Hay verdades que no caben en la historia que todos prefieren conservar. La de las manos de Salinas fue una de ellas. La guardé para mí, como se guarda un nombre que ablanda los ojos, y solo se la dije a él, una vez, en el traslado, para que supiera que en algún lugar del mundo había una persona que no se había creído su mentira. Creo que fue lo único que le di durante todo el proceso. Creo que fue más de lo que nadie le dio.

147

(Vega)

Lo interrogué en el hospital, dos días después del incendio, con las mano todavía vendadas y la voz ronca por el humo. Fui sola. Había aprendido, en aque caso, que, delante de testigos, Salinas se volvía de piedra, y que la únic posibilidad de sacarle algo era la que menos me gustaba: el tú a tú, sin grabador oficial, dos profesionales reconociéndose.

—Sé que no la mató usted —le dije, sin preámbulos, porque a un hombre así lo preámbulos lo aburren—. Sé que la mala era ella. Tengo cinco ciudades, cinc muertes, un perfil que encaja con su hermana como un guante y con usted n encaja en nada. Tengo unas manos quemadas que cuentan que usted entró sacarla, no a quemarla. Lo sé, Salinas. Y voy a poder probarlo. Así que dígame l verdad y déjeme hacer mi trabajo.

Me miró desde la cama, con esa calma suya que me sacaba de quici precisamente porque la respetaba. Y dijo, despacio:

—Inspectora, usted es muy buena. La mejor con la que me he cruzado, y me h cruzado con tres mujeres muy capaces estos meses. Pero se equivoca en una cosa No me está ofreciendo la verdad. Me está ofreciendo su verdad: la que cuadra, l que la dejaría dormir tranquila al jubilarse. Y yo le voy a dar otra, que cuadra igua de bien para todos los papeles y que tiene la ventaja de que no obliga a nadie perseguir a una muerta. ¿Sabe cuánto cuesta, en dinero y en dolor, reabrir un cas contra alguien que ya no puede defenderse ni ser juzgado? ¿Sabe lo que es, par las familias de esas cinco ciudades, que les digan que la asesina de los suyos muri impune en un patio y que no habrá juicio, ni condena, ni nada? Yo les doy u culpable vivo, accesible, encarcelado. Usted quiere darles un fantasma. Dígame inspectora, con la mano en el corazón: ¿cuál de las dos verdades es más piadosa?

No supe contestarle. Es lo único que, en veintiocho años, un sospechoso h logrado: dejarme sin respuesta usando mi propio oficio contra mí. Porque ten razón, el muy… tenía razón. Mi verdad era la correcta y la suya, la útil, y en est

trabajo demasiadas veces la útil gana. Me levanté. En la puerta, me volví y le dij lo único que me quedaba, lo que le repetiría en el traslado, lo único verdader que pude darle:

—Que sepa que yo no me lo trago. Que en algún sitio, aunque sea solo en l cabeza de una vieja policía jubilada, conste que usted se quemó sujetando, n soltando.

—Con eso me basta, inspectora —dijo, y por primera vez le vi algo parecido a alivio—. Con que lo sepa una persona, me basta. No necesito que el mundo l sepa. El mundo nunca ha sabido nada de esta historia, y no va a empezar ahora Gracias por ser usted esa persona. No tenía a nadie más para el puesto.

148

Salí con quemaduras en ambas manos y en el antebrazo derecho. Me lo comunicaron en el hospital como si fuera una novedad, como si no las hubiera ganado yo una a una sujetando una muñeca que se negaba a ser sujetada. Línea de Langer. Por fin las tenía en mi propio cuerpo, y por fin entendía, con un humor negro que solo yo entendía, por dónde cede la piel y por dónde se resiste. La mía cedió por donde la sujetó ella.

Diecisiete años antes había salido de una casa en llamas sin un rasguño, y aquel detalle —un crío de quince, intacto— había perseguido a Vega media vida porque los inocentes se queman y los culpables salen limpios, o eso dicta la lógica torcida de la sospecha. Esta vez salí quemado. Y, por una de esas ironías que el universo reparte con su mal gusto de costumbre, fue salir quemado lo que más me incriminó. Un hombre con quemaduras de haber estado dentro. Un hombre al que la mujer muerta había alquilado el piso. Un hombre con una pared cubierta de su propia obsesión a quince metros de su ventana. Vega tenía su caso. Le había caído en las manos envuelto y con lazo, tal como Marina lo había envuelto.

Nora sobrevivió. La saqué yo, o me sacó ella; nunca nos pusimos de acuerdo sobre la dirección del rescate, y al final decidimos que daba igual, que no habíamos sacado el uno al otro, que es la única forma decente de salir de un incendio. Tragó humo. Pasó dos días con un tubo en la garganta. Pero vivió. Y vivió con algo en el bolsillo del abrigo verde —el abrigo verde, chamuscado por los bordes, que conservó después como otros conservan una cicatriz— que lo cambiaba todo.

Su teléfono.

Lo había rescatado del suelo en el último instante, a cuatro patas, mientras me tiraba del pantalón. La grabación estaba entera. Cuarenta minutos. Mi hermana con su voz de verdad, relatando con orgullo y detalle cómo mató a nuestra madre y a nuestro hermano a los doce años, cómo soltó al canario, cómo prendió el fuego; y luego, ciudad por ciudad, la tía, el novio, la compañera, el casero, la psicóloga. Cuarenta minutos en los que la única voz que se incriminaba era la

suya, y en los que la mía, la del hermano sentado en el suelo, solo pedía, una
otra vez, que alguien la escuchara hasta el final.

Cuarenta minutos que me exoneraban por completo.

Nora me los puso en el hospital, con sus auriculares, la pantalla girada para qu
Vega, que rondaba el pasillo, no la viera. Me los puso sin decir nada, mirándome
esperando. Sabía lo que tenía en la mano: la verdad, entera, grabada, irrefutable
El reportaje de su vida y mi libertad en el mismo archivo. Solo debía pulsa
enviar.

—Es tu salida —dijo en voz baja—. Una sola tecla. Vega lo oye, y mañana ere
una víctima. El hermano que protegió a una niña que lo convirtió en u
monstruo. Te creerán. Con esto, te creerán. —Tragó saliva; le dolía la gargant
quemada—. Pero no me has dejado pulsarla. Llevas tres días sin dejarme. Y
necesito que me digas por qué, David. Porque yo rompo mi norma por ti, ¿sabes
La de no enamorarme de la teoría. La rompí hace tiempo. Esto ya no es un
norma; es enviar o no enviar la verdad. Y eso no puedo romperlo yo sola.

Miré la pantalla. El archivo. Cuarenta minutos. La voz de mi hermana, viv
todavía ahí dentro, contándolo todo, por fin con testigo, por fin sabida, por fi
entera.

Supe lo que iba a pedirle. Lo había

sabido, en realidad, desde el alféizar. Desde el beso en la mano. Desde déjame se
la niña de la jaula.

149

(Nora)

Pasé las primeras cuarenta y ocho horas en la sala de espera del hospital, con e abrigo verde chamuscado todavía puesto, porque quitármelo era admitir qu aquello había terminado y que yo no estaba lista.

Tenía el teléfono en el bolsillo. Dentro, cuarenta minutos que lo cambiaban todo la voz de Marina confesándolo, la prueba de que David era inocente de casi todo Lo saqué cien veces. Lo miré. Acerqué el pulgar al botón de enviar, a la lista d contactos donde estaba el número de Vega, a la dirección del periódico. Cie veces. Y lo guardé cien veces, porque cada vez que iba a pulsar, recordaba la car de David entre el humo, eligiendo sacarme a mí primero, y entendía que envia esa grabación no era hacer justicia: era desobedecer a la única persona que, e mitad del fuego, me había dado prioridad sobre su propia sangre.

Mi oficio entero gritaba que la enviara. Una periodista tiene una sola lealtad: l verdad. Me lo enseñó el hombre que olía a tabaco y a certeza, me lo repetí mi veces, lo había cumplido siempre, incluso cuando dolía, incluso cuand perjudicaba a gente que me caía bien. La verdad por encima de todo. Y all estaba, en mi bolsillo, la verdad más limpia de toda mi carrera, a la espera de u solo gesto para salir a la luz y exonerar a un inocente. No la envié. Por primer vez en mi vida profesional, no la envié. Y supe, en aquella sala de espera, qu acababa de dejar de ser la periodista que había sido, que aquella renuncia m marcaría para siempre, que después de Sin testigos no podría volver a mirar a un fuente a los ojos y prometerle la verdad, porque yo, la incorruptible, habí decidido callar la más importante.

¿Por qué lo hice? Me lo han preguntado, indirectamente, en cada entrevista sobr el libro, y nunca contesto. La verdad es esta, y la escribo aquí, donde nadie l leerá: lo hice porque entendí, en aquella sala, que hay verdades que solo sirve para satisfacer a quien las cuenta. Enviar la grabación me habría hecho senti íntegra. Habría reabierto el caso, sí. Pero no habría devuelto la vida a ninguna d

las cinco víctimas, no habría resucitado a Marina para juzgarla, y habría arrebatado a David lo único que parecía sostenerlo: el derecho a cargar, por fin, con un peso que llevaba diecisiete años queriendo cargar. Mi integridad contra su paz. Mi titular contra su descanso. Visto así, mi famosa lealtad a la verdad no era más que vanidad con buena prensa. Lo entendí a los treinta y ocho años, en una silla de plástico, con un abrigo quemado, y fue la lección más cara y más útil de mi vida: que a veces el acto más honesto que puede cometer quien vive de contar la verdad es, precisamente, callarla.

150

—Bórralo —dije.

Nora no se movió. El zumbido de las máquinas del hospital ocupó el silencio qu yo no pensaba ocupar.

—No lo dices en serio.

—Lo digo más en serio que nada en toda mi vida. —Las manos vendadas m latían al compás del corazón, dos puños de dolor sordo—. Bórralo, Nora. No l envíes. No lo guardes. No lo transcribas. Que no quede.

—David. —Se inclinó hacia mí, furiosa, y la furia era el disfraz de otra cosa, l reconocí porque llevo la vida entera disfrazando cosas—. Eso es tu vida. Sin es grabación te caen los cuatro de La Vega. Te caen las cinco muertes de Marina. T caen treinta años, cuarenta, los que el juez quiera, porque todo apunta a ti; ella s encargó de que todo apuntara a ti, ¡y esto es lo único en el mundo que dice l verdad! ¿Y quieres que lo borre? ¿Por qué? ¿Por una muerta? ¿Por una asesin que iba a dejarte pudrirte por sus crímenes y que intentó quemarte vivo? —L temblaba la voz quemada—. Explícamelo. Porque o me lo explicas o pulso envia ahora mismo y que te salve, la verdad, aunque tú no quieras.

Me costó encontrar las palabras. No por carecer de ellas. Por ser las más cara que he pagado nunca.

—Cuando teníamos lo que teníamos —dije—, una casa lejos de todo, un padr que volvía temprano (que era lo peor), una madre con el brazo roto, un hermano con la música alta para no oír… había una sola persona buena en aquella casa Una. Y no era yo. Yo ya entonces leía tratados de muertos y miraba a la gente po dónde se abre. El bueno no era yo, Nora. —Tragué—. Era la niña. La de la jaula La que bautizó a un pájaro con un nombre enorme para que no tuviera miedo Esa niña existió. Fue real. La quise, y ella, a su manera rota, me quiso. Y luego aquella casa, aquel padre, aquella noche, esa niña… la rompieron. La convirtiero en lo que llegó a ser. No nació monstruo: la fabricaron. Y yo abrí la puerta por l que entró el horror que terminó de fabricarla. Maté a mi padre delante de ella,

los quince años. Le enseñé, sin querer, que eso podía hacerse. Que las personas se abren. Fui yo su primer tratado de anatomía.

Nora callaba. El teléfono seguía en su mano, entre los dos, con la verdad dentro.

—Si envías eso —continué—, el mundo se quedará con la última versión de mi hermana. La de las cinco ciudades. La de los cuarenta minutos contándolo con orgullo. Esa será Marina para siempre: la asesina en serie que volvió a vengarse del hermano. Y la niña de la jaula desaparecerá, tragada por el monstruo en que la convirtieron, igual que el monstruo que yo me inventé a los quince se tragó a un chico que solo quiso detener a su padre. —Abrí los ojos—. Me pasé diecisiete años cargando con cuatro muertes para no mirar una verdad. Déjame cargar con ellas otra vez. Pero esta vez sabiendo lo que hago. Esta vez no por niebla: por elección. Déjame ser yo el monstruo, Nora, para que ella pueda volver a ser la niña. Es lo único que un hermano puede regalarle a estas alturas. Una versión amable. La que todos preferían conservar.

—Te encerrarán de por vida por crímenes que no cometiste —susurró.

—Cometí uno —dije—. Y los otros los dejé entrar. En mi oficio a eso le llamamos responsabilidad, y es lo único que nunca he sabido fingir. —Miré el teléfono—. Bórralo. Por favor. Sé mi último testigo, Nora. Y luego no lo seas. Calla. Es lo más difícil que le he pedido a nadie, y te lo pido a ti porque eres la única que sabe lo que cuesta no contar una historia que ya se sabe.

Nora lloró. En silencio, con la garganta rota, sin querer. Y mucho rato después, cuando Vega asomó por el pasillo y preguntó si todo iba bien, se secó la cara, guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo verde chamuscado y dijo, con una voz perfectamente profesional, perfectamente vacía, la primera mentira de su vida que de verdad le importó:

—Todo bien, inspectora. El señor Salinas quiere hacer una declaración completa. Lo confiesa todo.

151

(Vista oral. Informe final del Ministerio Fiscal y última palabra del acusado. Transcripción parcial.)

«FISCAL: …y por todo ello, señorías, nos hallamos ante uno de los perfiles má fríos que ha conocido esta sala. Un hombre que a los quince años acabó con su familia; que preservó a su hermana menor no por afecto, sino como instrumento que durante diecisiete años orquestó, a través de ella, una sucesión de muerte disfrazadas de accidente. La defensa apelará a su infancia, a los malos tratos de padre. No lo niego. Pero miles de niños padecen lo que él padeció y no se convierten en esto. La diferencia, señorías, no está en lo que le hicieron. Está en lo que él decidió hacer con ello. Solicito la pena máxima.

»PRESIDENTE: ¿Desea el acusado hacer uso de su derecho a la última palabra?

»ACUSADO: Sí, señoría. Seré breve. El fiscal tiene razón en casi todo, y se equivoca solo en un detalle, que no pienso corregir, porque corregirlo costaría más vidas de las que ya se han perdido. Dice que miles de niños padecen lo que yo padecí y no se convierten en esto. Es verdad. También es verdad lo contrario: que de una misma casa, de un mismo padre, de un mismo miedo, pueden salir dos personas que eligen caminos opuestos, y que a veces el que parece haber elegido bien solo ha tenido la suerte de que su daño se note menos. No pido clemencia. No la merezco por los motivos que ustedes creen, y los motivos verdaderos no caben en un código penal. Solo pido una cosa, y se la pido a quien tome nota de esta sala: que cuando cuenten esta historia —y la contarán, siempre se cuentan—, recuerden que ninguna casa arde de golpe. Arden despacio, durante años, mientras los vecinos prefieren no oír y los pueblos prefieren no remover. Yo encendí una cerilla. Pero la casa llevaba ardiendo desde mucho antes de que yo naciera. Eso es todo, señoría. Acepto lo que decidan. Llevo diecisiete años esperándolo.

»(El acusado se sienta. Consta en acta un silencio prolongado en la sala antes de que el presidente levante la sesión para deliberación.)»

152

Antes de confesar, tuve que convencer a mi propio abogado de que me dejar
hacerlo, y fue, de todas las conversaciones de aquellos días, la más difícil, porqu
era la única con alguien que intentaba salvarme.

Se llamaba Quílez, era joven, de oficio, y tenía esa indignación limpia de los qu
todavía creen que el derecho sirve para que gane la verdad. Vino a verme con un
carpeta llena de motivos para pelear: el informe de Vega, las quemaduras, l
ausencia de móvil para los crímenes antiguos que se me atribuían, la posibilida
real de desmontar la acusación pieza por pieza. Lo expuso con entusiasmo
convencido de que me traía una buena noticia, la mejor: que podía salir, que n
todo estaba perdido, que con su ayuda quizá ni siquiera entraría en prisión.

Lo escuché entero, por respeto a su entusiasmo. Y luego le dije que no. Que iba
confesar. Que no quería recurrir, ni defenderme, ni desmontar nada. La cara qu
puso no la olvido: la del médico joven al que el paciente rechaza el tratamient
que le salvaría la vida. Me preguntó por qué, una y otra vez, con la honradez d
quien no concibe que alguien rechace su propia inocencia. Y yo no podía darle l
razón verdadera, porque la razón verdadera tenía nombre de mujer enterrada e
un pueblo, y darle ese nombre habría sido traicionarla.

Así que le di la única explicación que un abogado puede archivar: «Soy culpable
letrado. No de la forma en que usted cree, pero culpable. Y hay culpas que n
caben en su carpeta.» Quílez insistió, alegó, me trajo jurisprudencia, me habló d
mi futuro, de los años, de la vida que tiraba por la borda. Era buen chico. Hací
bien su trabajo. Al final, derrotado, me hizo firmar un documento en el qu
constaba que actuaba contra su consejo expreso, para cubrirse, y, al firmarlo, m
miró con una mezcla de lástima y de algo más incómodo, casi de miedo, la que s
reserva para quien hace, con plena lucidez, lo contrario de lo que cualquiera haría
«No le entiendo, señor Salinas», dijo al marcharse. Le contesté lo único cierto
«Lo sé. Y le envidio por ello. Que no me entienda significa que usted no viene d
donde yo vengo. Cuídelo. Es lo más valioso que tiene: no entender a los hombre
como yo.»

Se fue. Cumplió, eso sí, su trabajo hasta el final: dejó constancia en el sumario de las reservas de Vega, por si algún día, sin mi permiso, alguien quería usarlas. Aún hoy, supongo, esas reservas duermen en un expediente, junto a las quemaduras de mis manos y a la frase de una inspectora jubilada, formando entre todas una verdad que existe y que nadie ha querido leer. Como mi hermana. Como yo. Como casi todo en esta historia: cierto, archivado y sin testigos.

153

El día del veredicto, la sala estaba llena, y en las primeras filas, separadas de m por una barandilla de madera, se sentaban las familias.

No las de La Vega; de mi familia no quedaba nadie que pudiera ocupar un banco Eran las otras. Las cinco ciudades habían enviado a sus deudos. El hijo de la tí del norte, ya mayor, que apenas conoció a su madre y a quien yo, según m confesión, le había arrebatado lo poco que le quedaba. La madre del hombre d la recta, una anciana con un pañuelo en la mano. La hermana de la socorrista d la piscina. Los hijos del casero. Y, en un extremo, sola, una mujer de median edad que resultó ser la hija de María Jesús, la psicóloga; tenía los ojos de s madre, supuse, los mismos que tres años habían sostenido la mirada de m hermana sin apartarla.

Me miraban con un odio limpio, merecido, dirigido a la persona equivocada. Y esto fue lo más difícil de toda la farsa, más que leer la confesión, más qu renunciar al recurso: sostener aquel odio sabiendo que pertenecía a otra, que l mano que cerró las puertas de sus seres queridos se había soltado de la mía e una ventana en llamas, y que yo, al cargar con su culpa, les estaba robando aquellas familias incluso la verdad de a quién odiar. Es una crueldad que no habí calculado. Uno cree que cargar con la culpa ajena solo le hace daño a uno mismo No es verdad. Les robé a esos deudos el rostro real de su dolor. Les di u monstruo cómodo, encarcelado, accesible, y les escondí al monstruo verdadero libre por fin en la única libertad que le quedaba, la de no ser nombrado nunca.

Cuando el presidente leyó «culpable» y enumeró los cargos, la hija de María Jesú se echó a llorar, y yo bajé la vista, no por vergüenza de lo que había hecho —n lo había hecho—, sino por vergüenza de lo que estaba haciendo allí mismo, e aquel instante: usar a mi hermana muerta como mortaja y, de paso, usar a aquella familias como coro de mi penitencia. Me dije que era el precio. Me dije que un versión amable de Marina valía cualquier precio, incluso ese. Pero al sali esposado, crucé un segundo la mirada con la hija de la psicóloga, y en sus ojos — los ojos de María Jesús— vi la única acusación que sí me correspondía entera, l

que ningún tribunal formuló: tú sabías quién era, y dejaste que se acercara a m madre, y no la paraste a tiempo. Tenía razón. No la paré a tiempo. Llev diecisiete años sin parar a tiempo nada que tuviera que ver con mi hermana. Es es mi verdadera culpa, la única, y por esa sí cumpliría con gusto los treinta años aunque por todas las demás esté pagando una factura que no firmé.

154

Lo confesé todo.

Lo hice bien, porque hago bien las cosas y porque llevaba diecisiete año ensayando sin saberlo. Le conté a Vega, después al juez, después a un perito y luego a otro, la historia que el mundo ya deseaba creer: que a los quince años, en una casa lejos de todo, maté a mi padre, a mi madre y a mi hermano; que saqué de la casa a mi hermana pequeña, la única a la que no toqué, no por piedad sino por uso, porque una niña viva es una coartada andante; que la escondí, la crié de lejos a través de una tía, la convertí en un arma; y que durante diecisiete años fui dejando, ciudad por ciudad, un reguero de muertes limpias, sirviéndome de ella hasta que una periodista y una policía me cercaron y yo, acorralado, intenté quemar el último cabo suelto y, en el incendio, perdí a la hermana que era mi única obra y mi única debilidad.

Era mentira casi entera. Era, palabra por palabra, la historia que Marina había levantado para colgármela. Se la conté yo mismo, mejorada con los detalles que solo el verdadero autor podía aportar, y, al hacerlo, le ofrecí a mi hermana muerta el último regalo: convertí su obra maestra en mi declaración voluntaria. Ella quería que cargara la cuenta. La cargué. Pero la cargué eligiendo, que era la única libertad que me quedaba, y al elegirla dejé de ser su víctima para volver a ser lo que fui aquella primera noche, en el pasillo: el que se interpone. El que para. El hermano del medio.

Nadie buscó a la niña de la jaula. ¿Para qué? La niña había muerto en un incendio diecisiete años atrás; esa era la versión amable, tres hermanos, el del medio, uno padres, una casa. El expediente se cerró tan limpio que daba gusto. Vega firmó con una expresión rara, la del que resuelve un caso y a la vez intuye que algo no encaja, ese pliegue que ni el mejor cierre alisa del todo. La última vez que la vi, en el traslado, se acercó y me dijo en voz baja, sin mirarme, la vista al frente como Don Emilio frente a su periódico:

—Hay un detalle que no me cuadra, Salinas. Usted salió quemado. Las dos manos. El que prende un fuego para borrar pruebas sale limpio; lo tiene

calculado. Usted salió como sale el que entra a sacar a alguien. —Una pausa— No le voy a retirar su confesión: está firmada, le conviene al sistema y a usted parece convenirle algo de dentro que no alcanzo a entender. Pero quiero que sepa que yo no me la creo del todo. Creo que en aquella casa, hace diecisiete años, la mala no era usted. Y creo que sigue sin serlo. —Por fin me miró—. Le dejo con su versión, porque es la que ha elegido y porque a veces el castigo que uno se busca resulta más exacto que el que le buscaríamos nosotros. Pero, por si le sirve doctor: yo sé que esas quemaduras se las ganó sujetando, no soltando.

No le contesté. Le agradecí en silencio, eso sí, que alguien en el mundo —una sola persona— supiera leer las líneas de Langer en mis manos y entender por dónde había cedido.

Me cayeron treinta años. Escribo esto desde dentro. Tengo una celda con una ventana pequeña que da a un muro, y al muro, algunas mañanas, acude un pájaro que no es un canario, aunque se le parece lo justo para que yo le consienta parecérselo. Hago la cama en doce minutos. Bebo, cuando logro conseguirlo, un té malo que recuerda de lejos al hojicha y que sigo odiando con idéntica constancia. Y por las noches, cuando la prisión baja el volumen, miro la oscuridad y pienso en una niña flaca sentada en un escalón con una jaula en el regazo, mirando hacia un lado, hacia algo fuera del encuadre, y me digo que esa niña existió, que fue real, que la quise, y que mientras yo cargue con lo que cargo ella, de un modo absurdo y privado, seguirá siendo solo eso: una niña con un pájaro y un nombre demasiado grande para no temerle al mundo.

Es la única forma de duelo que me he permitido. Una que se parece, exactamente, a una condena.

155

(Vista oral. Declaración del perito psiquiatra propuesto por la defensa. Transcripción parcial.)

«LETRADO: Doctor, usted ha evaluado al acusado. ¿Presenta el perfil de un asesino en serie organizado, como sostiene la acusación?

»PERITO: Es una pregunta más compleja de lo que parece. El acusado presenta, sin duda, rasgos compatibles con ese perfil: inteligencia elevada, afecto restringido, capacidad de planificación, ausencia de sintomatología de estrés postraumático pese a una historia de trauma severo. Ahora bien, esos mismos rasgos son compatibles con otros cuadros, y hay un dato que, como profesional, me obliga a la cautela.

»LETRADO: ¿Qué dato?

»PERITO: La incongruencia entre el afecto y la conducta confesada. Los asesinos seriales organizados que he evaluado en mi carrera comparten una característica: una relación particular con su propia narrativa. Tienden a la grandiosidad, a la justificación, a cierto orgullo soterrado por su obra. El acusado presenta lo contrario. Confiesa con detalle, sí, pero sin el menor componente de grandiosidad; más bien con lo que yo describiría como alivio. No el alivio del que se desahoga de una culpa, sino el del que por fin ocupa un lugar que considera que le corresponde. Es un matiz clínico sutil, pero relevante. En mi experiencia, quien confiesa así no suele estar describiendo crímenes propios. Suele estar… asumiendo una posición. Cargando con algo.

»FISCAL (interrumpiendo): Señoría, el perito está especulando.

»PRESIDENTE: Limítese a su valoración clínica, doctor.

»PERITO: Mi valoración clínica es esta, y la sostengo: el acusado es plenamente imputable, comprende sus actos y sus consecuencias. Pero, si el tribunal me permite una observación que excede lo estrictamente solicitado, diré que en veinte años de profesión no había visto a nadie confesar nueve homicidios con

tan poca implicación emocional en los hechos y tanta serenidad en la asunción d
la pena. Es un caso, clínicamente, único. Y los casos únicos, señoría, deberían
darnos a todos —a la acusación, a la defensa, a este perito— una saludabl
humildad respecto a lo que creemos saber.»

156

(Testimonio de la inspectora L. Vega ante el tribunal. Transcripción parcial de la vista oral.)

«PRESIDENTE: Inspectora, usted instruyó la reapertura del caso. ¿Considera que la confesión del acusado es coherente con las pruebas materiales?

»VEGA: Es coherente, señoría. Coherente no es lo mismo que cierta.

»PRESIDENTE: Explíquese.

»VEGA: El acusado confiesa de manera ordenada, completa y conveniente. Encaja con todo. El problema es que encaja demasiado. En veintiocho años de oficio he aprendido que la verdad suele tener flecos, contradicciones, detalles que no cuadran. La confesión del señor Salinas no tiene ninguno. Es perfecta. Y lo único perfecto que he visto en mi carrera son las coartadas que alguien ha tenido mucho tiempo para pulir.

»FISCAL: Inspectora, ¿está usted insinuando que el acusado, que se autoinculpa, podría ser inocente? Resulta poco habitual que la acusación tenga que defender al reo de sí mismo.

»VEGA: No insinúo que sea inocente. Maté… perdón. (La testigo se corrige. Mató, según su propia declaración. Lo que digo, y consta en mi informe, es que las quemaduras del acusado son incompatibles con la conducta de quien provoca un incendio para destruir pruebas. Quien prende y huye, sale ileso. El señor Salinas salió con las dos manos abrasadas. Esas son manos de quien entra a sacar a alguien del fuego, no de quien lo enciende.

»PRESIDENTE: ¿Y qué conclusión extrae usted de ello, inspectora?

»VEGA: Ninguna que el tribunal pueda usar, señoría. Solo una que me llevaré a la jubilación: que esa noche, en ese piso, había dos personas capaces de matar, y que el acusado, pudiendo salvarse, eligió quemarse las manos sujetando a la otra. Hagan ustedes con eso lo que quieran. Yo ya no sé hacer nada.»

(Consta en acta que, finalizada su declaración, la testigo solicitó retirarse y abandonó la sala sin mirar al acusado. El acusado, según recoge el acta, sí la miró a ella.)

157

(Nota manuscrita hallada, años después, entre los papeles personales del magistrado que presidió el caso. No formó parte de ninguna actuación judicial. Se reproduce por su valor humano.)

«Hoy he dictado sentencia en el caso Salinas. Treinta años. Conforme a Derecho conforme a la confesión, conforme a las pruebas. Una sentencia impecable. Y llevo toda la tarde sin poder quitarme de encima una incomodidad que no me corresponde como juez y que me asalta como hombre.

»Hay algo en ese acusado que no he visto en treinta años de carrera. No es frialdad; he juzgado a muchos fríos. Es… exactitud. Confesó con una precisión que no buscaba clemencia, sino lo contrario: parecía pedir la pena, ocuparla, encajar en ella como una pieza en su hueco. Y cuando le concedí la última palabra, dijo algo que no he podido olvidar: que ninguna casa arde de golpe, que arden despacio durante años mientras los vecinos prefieren no oír. Lo dijo mirándome a mí, o eso me pareció. Como si me incluyera. Como si yo, al dictar mi sentencia impecable contra la cerilla, estuviera siendo uno más de los que no removieron la pared.

»No es mi trabajo juzgar paredes. Mi trabajo es la cerilla, los hechos probados, la confesión. Y, sin embargo. La instructora dejó en el sumario unas reservas que técnicamente no podía valorar y que, como hombre, no consigo soltar: las quemaduras incompatibles, la frase de que se quemó sujetando. He firmado treinta años contra un hombre que quizá —solo quizá, y el quizá no es jurídico— cargó con la culpa de otra. Lo he hecho bien según la ley. Y me pregunto, esta noche, si hacer bien las cosas según la ley es siempre lo mismo que hacer justicia o si a veces son cosas distintas, y la ley, como el pueblo, como la familia, prefiere también ella no remover.

»No volveré a escribir sobre esto. Mañana hay otros casos. Pero quería que constara, aunque sea en un papel que nadie leerá, que el juez que condenó a David Salinas durmió mal la noche de la sentencia, mientras que el condenado

según el informe penitenciario que he leído de reojo, durmió, como siempre profundamente. Hay algo ahí que la Justicia, con mayúscula, no alcanza. Y un juez viejo, esta noche, lo reconoce en la intimidad de un papel, con la humildad que no puede permitirse en la sala.»

158

El juicio duró once días, y de los once recuerdo sobre todo el silencio de la sal cuando leí, a petición de mi abogado y contra su consejo, una declaración qu había escrito de mi puño y letra.

No fue una defensa. Fue lo contrario. Subí al estrado, desplegué tres folios co mi caligrafía minúscula e inclinada, y leí, con la voz de cura, la confesión má completa y más falsa de la historia reciente de esta provincia: cómo, a los quinc años, había decidido terminar con mi familia; cómo había salvado a mi herman pequeña no por piedad, sino por uso, para tener una coartada viva; cómo la habí criado de lejos y la había convertido, con los años, en el instrumento de un venganza metódica contra el mundo; cómo habíamos dejado, ciudad por ciudad un reguero de muertes razonables; y cómo, acorralado al fin, había intentad quemar el último cabo suelto y, en el incendio, había perdido a mi hermana, m única obra y mi única ruina.

La sala escuchaba sin respirar. Los periodistas escribían sin levantar la cabeza. En la tercera fila, una mujer de abrigo verde —el abrigo verde chamuscado por lo bordes, que conservaba como otros conservan una cicatriz— me miraba con lo ojos llenos de algo que no era admiración ni horror, sino una súplica muda qu solo ella y yo entendíamos: no lo hagas, todavía puedes no hacerlo. No le devolv la mirada. Si se la devolvía, no podría terminar de leer.

El fiscal, un hombre meticuloso, me preguntó por qué confesaba con tant detalle, cuando lo habitual es lo contrario. Le di la única respuesta verdadera qu pronuncié en aquella sala:

—Porque llevo toda la vida cargando esto, señoría. Y cargarlo en voz alta pes menos que cargarlo en silencio.

Era cierto. Solo que la cosa que cargaba no era la que yo describía. La inspecto Vega, sentada al fondo, lo sabía; me lo dijo con la mirada cada uno de los onc días, una mirada que repetía, sin palabras, lo que me había susurrado en e traslado: yo sé que esas quemaduras se las ganó sujetando, no soltando. Pero n

me desmintió. Una confesión firmada, voluntaria, coherente y conveniente para todos es un regalo que ningún tribunal rechaza. El sistema, ya lo dijo mi hermana, está empeñado en que todo suene razonable. Y nada sonaba más razonable que el monstruo que se ofrecía gratis.

Me condenaron por todo. Por los cuatro de La Vega, por las cinco ciudades, por el incendio de las dos torres. Treinta años. Cuando el juez leyó la sentencia, sentí por primera vez en diecisiete años, algo parecido a la paz: la paz del que por fin ocupa, ante el mundo, el lugar que su hermana le asignó a los quince años, en un jardín, al oído, mientras la casa ardía. Tú nos has salvado. Yo ya estaba muerta. Tardé diecisiete años en obedecer aquella frase del todo. Pero soy, ya lo he dicho, un alumno aplicado. Casi tanto como ella.

159

(Nora)

Visité a David en prisión una sola vez, seis meses después del juicio, y no h vuelto, porque salí de allí sabiendo que no debía volver.

Nos sentamos frente a frente, separados por una mesa de plástico atornillada a suelo, bajo la mirada aburrida de un funcionario. Tenía buen aspecto, dentro de l que cabe: más delgado, las manos marcadas todavía por las cicatrices de incendio, esas líneas blancas que él miraba a veces de reojo con una expresió que no supe leer. Hizo la cama de su celda en doce minutos, me contó, sin que s lo preguntara. Bebe un té malo que aborrece. Sigue siendo, hasta entre rejas, e hombre más ordenado que he conocido.

No hablamos del caso. Hablamos de tonterías, del barrio, de Don Emilio, qu pregunta por él y que ha decidido, en su sabiduría de portero, que «el doctor er buena persona, pasara lo que pasara, que yo a la gente la conozco de verla bajar l escalera». Hablamos de todo menos de lo único que importaba, hasta que, a final, cuando el funcionario avisó de que quedaban cinco minutos, me inclin sobre la mesa de plástico y le dije lo que había ido a decirle, lo que llevaba sei meses sin poder callar:

—La borré. La grabación. Como me pediste. —Tragué saliva—. Pero l transcribí antes. La tengo. Tu hermana, en esos cuarenta minutos, lo confies todo. Podría reabrirse. Podrías salir. Solo tienes que decírmelo, David. Un palabra.

Me miró un rato largo, con esa quietud suya que ya no me helaba, que habí aprendido a entender como otra cosa. Y sonrió, apenas.

—¿Sabes qué dice mi nueva psicóloga? —respondió, sin contestar a mi pregunt —. Que «elabore mi culpa». Es buena chica. Tiene tu edad. —Apoyó las mano cicatrizadas sobre la mesa—. Lo que no sabe, lo que no le pienso explicar, es qu aquí dentro, por primera vez en diecisiete años, no tengo nada que elabora

Estoy donde mi hermana me puso a los quince años. He llegado, Nora. Tarde pero he llegado. —Negó con la cabeza, despacio—. No uses la transcripción. S la usas, me sacas de aquí y me devuelves allí: al pasillo, al sillón vacío, a conta cuatro cuando eran tres. Aquí soy el monstruo y descanso. Fuera era un hombr y no dormía. Déjame descansar.

El funcionario dijo que se había acabado el tiempo. Me levanté. Y David, ante de que se lo llevaran, me dijo la última cosa que le he oído decir en persona, l que me ha hecho guardar una libreta en un cajón cerrado durante años sin atreverme a abrirla:

—Cuenta la historia que vendas mejor, Nora. La gente quiere un monstruo qu tiemble. Dáselo. Pero guarda en algún sitio, aunque no lo publiques nunca, l verdad de que hubo un niño en una acequia que solo quiso ponerse delante. N por mí. Por él. Para que exista en algún cajón del mundo, aunque nadie lo lea. E lo único que te pido. Que exista. Sin testigos, si hace falta. Pero que exista.

160

Volví a hablar con el capellán, meses después, y aquella conversación sobre e perdón es lo más cerca que he estado, entre rejas, de algo parecido a un confesión religiosa, aunque yo no creo.

Me preguntó, con la delicadeza de los que de verdad creen, si había pensado e pedir perdón. No a la justicia, que ya me había juzgado, sino «a Dios, o a quie usted ponga en su lugar». Le dije que el perdón es una transacción que n entiendo, porque requiere dos cosas que yo no tengo: arrepentimiento de lo qu confesé, que no es mío, y fe en alguien que cobre la deuda, que no tengo. E capellán insistió, a su manera mansa: «Pero algo le pesará, hijo. A todos nos pes algo. ¿Qué le pesa a usted?» Y le di la única respuesta verdadera, la que no l había dado a Andrea, ni a Vega, ni a Nora: «Me pesa no haber mirado a m hermana cuando era niña. No protegerla del peligro de fuera, que eso sí lo hice Mirarla de verdad. Ver lo que llevaba dentro y no apartar la cara, para que dejar de ser para tanto. Eso no lo hice. Y de eso, padre, sí me arrepiento. Pero no es u pecado que su Dios sepa perdonar, porque no es una acción. Es una omisión. E todo lo que no hice mirando hacia otro lado, creyéndome que la cuidaba.»

El capellán se quedó callado, y luego dijo algo que no esperaba de un hombre d fe, algo que me acompaña: «Las omisiones son los pecados que más pesan, hij porque no tienen forma, y lo que no tiene forma no se puede dejar en ningú sitio. Un crimen se confiesa, se purga, se cumple. Una omisión se arrastra, porqu ¿cómo se purga lo que uno no hizo? ¿Cómo se cumple condena por una cara qu apartó hace diecisiete años?» Le dije que no lo sabía, que llevaba toda la vid intentando purgar con cárceles y culpas inventadas una omisión que no cabe e ningún código. Y él, en lugar de ofrecerme su Dios, hizo lo único que de verda me ayudó en años: no apartó la cara. Me miró, a mí, al monstruo del módulo, co una normalidad mansa, como Néstor dijo que yo lo había mirado a él, com nadie me miró a los quince años. «Yo no le aparto la cara, David —dijo, usand mi nombre por primera vez—. Para lo que valga. Yo le veo, y sigo aquí.»

No me convirtió. Sigo sin creer. Pero salí de aquella conversación con algo qu
no tenía: la certeza de que una omisión también se puede aliviar, aunque no s
purgue, del único modo posible: que alguien, sabiéndolo todo, no aparte la cara
El capellán me dio eso. Tarde, como todo lo bueno de mi vida. Pero me lo dio. Y
a veces, las noches malas, pienso que si alguien le hubiera dado eso mismo a una
niña de doce años empapada de acequia —una cara que no se apartara—, no
haría falta ningún capellán mirándome a mí ahora. La cadena de las caras que s
apartan. Empieza en una verbena, sigue en un pasillo, y solo se rompe cuando
alguien, por fin, decide mirar. El capellán rompió la cadena conmigo. Demasiado
tarde para servir de nada. Lo bastante a tiempo para que yo lo escriba, y para qu
conste, aunque sea aquí, sin testigos, que ocurrió.

161

El capellán de la prisión, un hombre joven y bienintencionado al que yo tratab con la cortesía distante que reservo para quienes creen en algo, me pidió un favo a los pocos meses de mi llegada.

Había un chico en el módulo de jóvenes, casi un niño, condenado por u arranque de violencia del que no lograba salir; se pasaba las noches gritando, lo días en silencio, y los psicólogos de la prisión, desbordados, no daban abasto. E capellán había averiguado mi antigua profesión —en la cárcel se sabe todo, es u pueblo con barrotes— y se le había ocurrido que «el doctor», ese interno tranquilo que leía y no daba problemas, podría hablar con el chaval. «Usted entiende a la gente rota —me dijo—. Se le nota.»

Estuve a punto de negarme. ¿Qué clase de obscenidad sería esa, que u condenado por nueve muertes ejerciera de terapeuta entre rejas? Pero el capellá insistió, y el chico empeoraba, y yo, que llevo toda la vida sin arrebatarle a l gente las palabras con las que se sienten seguros, accedí, con la condición de qu fuera extraoficial, dos sillas en un rincón del patio, nada de fichas ni de actas. Do sillas. Como en mi consulta. Como en la sala de Andrea. El mundo, con s humor que no comparto, insistía en sentarme una y otra vez frente a alguien qu sufría.

El chico se llamaba —da igual cómo se llamaba— y había hecho lo que hacen lo chicos a los que un padre enseñó las manos cerradas: repetir el gesto en cuant tuvo a alguien más débil delante. Reconocí la historia antes de que la contara; m la sé de memoria, la viví, la heredé. No le di técnicas; las técnicas, a esa edad y e ese sitio, son ruido. Le di lo único verdadero que tengo: le dije que pensar e hacer daño y hacer daño no son lo mismo, que la culpa no prueba nada, que s puede venir del pasillo y no volver a él. Le dije, en fin, lo que años atrás le habí dicho a un paciente llamado Néstor, y lo que nadie me dijo a mí a los quince año en un jardín, descalzo, mirando arder mi casa. El chico mejoró. No por mí; por e simple hecho de que alguien se sentara enfrente y no apartara la vista. Es cas siempre lo único que cura, y casi nunca se ofrece.

Lo cuento porque hay una ironía que no se me escapa y que, supongo, es m
verdadera condena, más que los treinta años. Que me pasé la vida fuera curand
a desconocidos de la culpa mientras cultivaba la mía como un jardín. Y que aqu
dentro, marcado para siempre como monstruo, sigo haciendo lo único que s
hacer: sentarme enfrente del que se rompe y acompañarlo. Soy, hasta en prisión
lo que don Ricardo vio en un chico raro que subrayaba a los muertos: alguien qu
entiende la rotura porque viene de ella. La diferencia es que ahora ya no finjo n
venir de ella. Y, curiosamente, eso me ha vuelto mejor en mi oficio de lo que fu
nunca en libertad. La verdad, aunque llegue tarde y entre rejas, tiene esa cualidad
te quita el miedo a las manos del otro, porque ya no necesitas esconder las tuyas.

162

Comparto celda, desde hace tiempo, con un hombre al que llamaré Mateo, y Mateo, sin proponérselo, me ha enseñado más sobre mí mismo que diez años de mi propia profesión.

Mateo cumple por algo que hizo en caliente, una pelea que acabó mal, un golpe de más; un crimen de los que la gente entiende, casi perdona, «cualquiera en su lugar». Llora por las noches. Habla de su víctima, se arrepiente en voz alta, reza, escribe cartas a una familia que no le contesta. Tiene, en una palabra, todo lo que se supone que debe tener un hombre que ha matado: culpa, remordimiento, insomnio, la necesidad desesperada de ser perdonado. Y al verlo, noche tras noche, en la litera de abajo, comprendo por contraste lo que soy, lo que el perito intentó decir en el juicio sin que nadie lo entendiera: que yo no tengo nada de eso. Que duermo. Que no rezo. Que no escribo cartas de arrepentimiento a nadie. Que estoy, como dije, en paz.

Mateo me preguntó una vez, con la inocencia de los que matan en caliente, cómo lo hago. «Tú has hecho cosas mucho peores que yo, doctor, eso dicen, y duermes como un bendito, y yo maté a uno y no pego ojo. ¿Cómo lo haces? Enséñame.» No supe qué contestarle sin asustarlo, así que le dije una verdad parcial, la de siempre: «Tú mataste una vez, Mateo, y no eres un asesino; eres un hombre que mató, que es distinto, y por eso no duermes, porque tu conciencia funciona porque eres normal. No quieras parecerte a mí. Mi sueño no es paz: es ausencia. Tú tienes algo que yo no tengo, y que vale más que dormir: tienes culpa. Cuídala. Es lo que te hace humano.» Mateo no lo entendió del todo, pero dejó de envidiarme el sueño, y eso ya fue una pequeña curación.

Lo que no le dije a Mateo, lo que solo escribo aquí, es la verdad entera y más incómoda: que mi paz no viene de no sentir culpa por los crímenes que confesé —que no son míos—, sino de algo más retorcido. Vengo durmiendo bien desde los quince años, antes de cualquier crimen, propio o ajeno. Mi sueño profundo no es la consecuencia de mis actos: es mi naturaleza, la misma que el psicólogo del centro de acogida anotó como rareza, la misma que comparto con mi

hermana, la que viene de la casa que ardió despacio. Mateo mató y no duerm
porque es humano. Yo no maté —apenas, una vez, a mi padre— y duermo
porque hay algo en mí, anterior a todo, que nunca aprendió a no dormir. Esa e
mi verdadera condena, la que ningún tribunal me impuso y de la que ningun
cárcel me libera: no la culpa, sino su ausencia. Dormir bien en un mundo qu
arde. Ser, en la litera de arriba, el que descansa, mientras el de abajo, que hizo mi
veces menos, llora lo que yo no sé llorar.

163

A los pocos meses de haber entrado, un preso me reconoció.

Fue en el patio, una mañana fría. Un hombre joven, nervioso, de los que gritan su rotura, se me acercó con un periódico atrasado en la mano y los ojos muy abiertos. «Tú eres el del pódcast —dijo—. El de Sin testigos. El que se cargó a su familia y luego a media España con su hermana.» Lo dijo con una mezcla de miedo y fascinación que ya conocía, la que la gente reserva para los monstruos célebres. En la cárcel, como fuera, hay una jerarquía, y la cúspide la ocupan los que han hecho lo más inimaginable. Mi confesión, sin pretenderlo, me había coronado.

No lo desmentí. Llevo toda la vida sin arrebatarle a la gente las palabras con las que se sienten seguros, y aquel chico necesitaba creer que compartía patio con un monstruo de leyenda; le daba, supongo, una historia que contar, una manera de soportar su propia condena por algo mucho más pequeño y más triste. Asentí apenas, le sostuve la mirada el tiempo justo, y el chico se alejó con su periódico y su escalofrío, a repartir entre los demás la noticia de quién era yo. A partir de aquel día, el patio se abría a mi paso. Nadie me molestaba. Los hombres que gritan su rotura respetan, por encima de todo, al que no grita la suya, porque intuyen que el silencio esconde algo peor que sus gritos.

Así que tengo, también aquí, mi versión amable y monstruosa, igual que la tuve en el barrio de las dos torres, donde era «el doctor». Allí me inventaron bueno; aquí me inventan terrible. En ambos sitios me inventan, que es lo único que la gente sabe hacer con un hombre que no se deja leer: rellenarlo con lo que necesitan que sea. El barrio necesitaba un doctor que lo tranquilizara. La cárcel necesita un monstruo que la jerarquice. Y yo, en medio, sigo siendo lo que fui siempre: un hueco con forma de hombre, cuidando un jardín aparente para que nadie repare en que detrás no hay nada, o hay solo una niña en una acequia preguntándome dónde escondería una cosa para que no la encontraran nunca. Donde ya hayan mirado, dijo ella. En la cárcel, por fin, nadie mira dos veces. Es, a su manera atroz, el mejor escondite que he tenido nunca.

164

La cárcel, para alguien como yo, no es un castigo: es una versión depurada de l vida que ya llevaba.

Aquí todo está calibrado al minuto, como mis mañanas. El recuento a las siete. E desayuno a las siete y media. El patio, el taller, la biblioteca, la cena, el cierre. U orden impuesto por otros que se parece tanto al orden que yo me imponía a m mismo que, las primeras semanas, sentí una paz casi vergonzosa, la del hombr que por fin no tiene que sostener él solo la arquitectura, porque hay muros d verdad que la sostienen por él. Hago mi cama en doce minutos. Coloco el escas material de mi celda con una atención fuera de lugar. Tomo cuando logr cambiárselo a un compañero por tabaco que no fumo, por un té malo qu aborrezco. Las manías sobreviven a todo; son lo último que se pierde, más leale que la memoria, más tercas que la culpa.

Comparto módulo con hombres que gritaron su rotura toda la vida y la sigue gritando aquí, igual que los chicos del primer centro de acogida. Y yo hago lo d siempre: no doy problemas, bajo la escalera igual que cada día, me vuelv invisible. Un funcionario veterano me dijo una vez, casi con respeto: «Usted n parece de aquí, doctor.» Le contesté que llevaba toda la vida pareciendo de otr sitio, que era mi especialidad. No lo entendió. Hizo bien.

Lo único que me desordena, lo único que el orden de la cárcel no consigu calibrar, son los martes. Los martes viene Andrea, la psicóloga joven, y se sient enfrente con su carpeta, y la sala se parece tanto a mi antigua consulta —do sillas, una mesa, una caja de pañuelos que ella tiene por si acaso— que cad martes, durante un segundo, soy de nuevo el doctor Salinas esperando a un paciente que dobla su abrigo gris sobre el brazo del sillón. Cada martes esper contra toda razón, que la que entre por esa puerta sea ella. Y cada martes entr Andrea, joven, viva, ignorante de todo, y yo coloco la decepción donde coloco la almohadas: con cuidado, para que no descomponga la arquitectura. Mi herman me cazó haciéndose pasar por paciente. Ahora paso los martes con una pacient de verdad que me trata a mí, y al mundo, que tiene un sentido del humor que n

comparto, y ha cerrado así su círculo más cruel: me ha sentado, para siempre, en el sillón equivocado.

165

En la cárcel me asignaron una psicóloga. Se llama Andrea, tiene veintinueve año —la edad de mi hermana, no se me escapan estas cosas— y la ilusión intacta d quien todavía cree que las personas son problemas con solución. Viene lo martes. Se sienta enfrente, con su carpeta y su bolígrafo, en una sala que se parec tanto a mi antigua consulta que el primer día tuve que sujetarme al borde de l silla.

Es buena, Andrea. Por eso me da pena. Hace las preguntas correctas, en el orde correcto, con la calidez correcta. Quiere que «procese mi culpa», que «elabore e trauma», que «integre lo sucedido». No sabe que tiene delante al hombre qu escribió el manual con el que la formaron; que cada técnica que ensaya conmig la inventé, la enseñé, la usé durante años en una habitación gris con dos sillone desviados. Cuando me hace la pregunta del centro comercial —sin saber que s llama así, sin saber que es mía—, le sigo la corriente, porque quitarle su herramientas sería como quitarle a un niño su juguete, y yo, desde muy joven aprendí a no arrebatarle a la gente las palabras con las que se siente segura.

Un martes me preguntó si me arrepentía. Le dije que sí, y no mentí, aunque ell entendió mal de qué. Cree que me arrepiento de lo que confesé: de los cuatro, d las cinco ciudades, del incendio de las torres. Me arrepiento de otra cosa. M arrepiento de no haber visto, en una acequia seca, hace veinticuatro años, lo qu mi hermana de ocho años me estaba diciendo con una brizna de paja entre lo dientes. Me arrepiento de haber creído que, poniéndome delante, la protegía cuando en realidad le enseñaba. Me arrepiento de cada hueso que le nombré escafoides, semilunar, piramidal, porque cada nombre era una lección de que e cuerpo es un mecanismo, y los mecanismos se abren, y ella aprendía.

Andrea anota mis respuestas con esa letra redonda y optimista de quienes aún n han tachado nada de su propia memoria. Algún día, dentro de muchos años comprenderá que el paciente más tranquilo de su carrera, el que mejo «elaboraba», el que nunca tenía pesadillas, era el que más le ocultaba. Y entonces si tiene suerte, sentirá un escalofrío y dejará el caso. Si no la tiene, escribirá u

artículo sobre mí, «afecto aplanado, ausencia llamativa de sintomatología», la mismas palabras que escribieron de un niño de quince años en un jardín. La ciencia, como los pueblos, prefiere no remover. Pone nombre a la calma de culpable y la archiva como rareza clínica, y duerme tranquila, igual que yo, que duermo tan bien, que siempre dormí tan bien, desde aquella primera noche que no recuerdo y que, sin embargo, no me ha dejado descansar de verdad ni una sola vez.

166

(Auto de la Audiencia Provincial. Declaración de firmeza de la sentencia. Extracto.)

«Notificada la sentencia a las partes, y habiendo manifestado el condenado D. S. de forma expresa, reiterada y ratificada ante su letrado y ante este tribunal, su voluntad de NO interponer recurso de apelación pese a haber sido informado de los motivos en que dicho recurso podría fundarse —en particular, de las reserva consignadas en el informe de la instructora respecto a la compatibilidad de la lesiones del condenado con la autoría material del incendio—, se declara FIRME la sentencia dictada.

»Hace constar este tribunal, a los solos efectos de su reflejo en acta y sin que ello afecte a la firmeza acordada, la singularidad del presente caso, en el que un condenado renuncia voluntariamente a una vía de recurso que su propia defensa consideraba viable. Preguntado el condenado por la razón de dicha renuncia manifestó —y así se recoge a petición de su letrado— que "hay condenas que uno necesita más que la libertad". Este tribunal carece de competencia para valorar afirmaciones de tal naturaleza, que pertenecen a un orden distinto de jurídico, y se limita a dejar constancia de ellas.

»Procédase al cumplimiento de la pena en el centro penitenciario designado.»

(Grapado al auto, en el ejemplar conservado por la inspectora Vega ya jubilada un papel manuscrito:)

«"Hay condenas que uno necesita más que la libertad." Lo dijo delante del juez del fiscal, de su abogado, de todos. Y nadie entendió que no hablaba de derecho penal. Hablaba de una hermana. Yo sí lo entendí. Llegué tarde a todo en este caso menos a entenderlo, y entenderlo no le sirve de nada a nadie, ni a él ni a las víctimas ni a mí. Pero lo escribo, porque alguien tiene que escribir la verdad en alguna parte, aunque sea al margen de un auto que nadie volverá a leer. — L. V. inspectora (R)."*

167

(El Diario del Turia. Sección de sucesos. Transcripción.)

«INCENDIO MORTAL EN EL EMBLEMÁTICO EDIFICIO DE LAS DOS TORRES. — Una mujer falleció anoche al precipitarse al patio interior durante el incendio declarado en una vivienda del cuarto piso del conocido inmueble del cruce de Russafa con Colón. El fuego, según fuentes policiales, fue provocado. En relación con los hechos, ha sido detenido un vecino del inmueble, D. D. S., de 32 años, psicólogo de profesión, sobre quien recaen además, según ha trascendido, indicios relativos a una causa antigua reabierta recientemente. Los servicios de emergencia atendieron a una segunda mujer por inhalación de humo. El portero del edificio, visiblemente afectado, declaró a este diario: "Era un hombre tranquilo, el doctor. Bajaba la escalera igual todos los días. Yo a la gente la conozco de verla bajar, y a ese hombre algo le pasaba, pero malo, lo que se dice malo, yo no lo vi nunca."»

(Recorte conservado entre las páginas de una libreta, en un cajón cerrado, con una anotación a mano en el margen, letra de mujer:)

«Don Emilio tenía razón y no lo sabe. Lo malo no lo vio nadie, porque lo malo cruzó un campo hacia una acequia hace diecisiete años y volvió con otro nombre. Yo sí lo vi. Tengo cuarenta minutos de cinta que lo prueban. Y voy a callármelos porque él me lo pidió y porque, que Dios me perdone, la otra historia se vende mejor. — N.»

168

Me ofrecieron recurrir. Un abogado de oficio, joven y honrado, me explicó qu mi confesión tenía «lagunas técnicas», que las quemaduras «no encajaban con e perfil», que una inspectora llamada Vega había dejado en el informe una fras «que un buen letrado podría convertir en una duda razonable». Me dijo que, si yo quería, podíamos pelear. Que quizá no todo estaba perdido.

Le di las gracias y le dije que no.

No lo entendió, claro. Nadie lo entiende, y hace bien en no entenderlo, porqu entenderlo exigiría haber estado en un jardín, descalzo, a los quince años, oyend a una niña susurrar al oído la versión soportable de un horror. El abogado veí un caso con lagunas. Yo veía una cuenta por fin saldada. Mi hermana me asign un lugar aquella noche —el del que carga— y me costó diecisiete años llegar a é del todo. Recurrir habría sido desandar el camino. Habría sido devolverle a mundo a una niña con un canario convertida en una asesina de cinco ciudades, quedarme yo, a cambio, con la libertad y el sueño roto para siempre. No m compensaba. Hay condenas que pesan menos que la absolución.

Firmé la renuncia al recurso con mi letra minúscula e inclinada, la de la escue del pueblo, la misma con la que mi hermana firmó durante diecisiete años lo sobres que le mandó a una periodista. Idéntica. Solo que la mía es un poco má grande, un poco menos apretada: la letra del hermano mayor que enseña, no la d la pequeña que aprende y supera. El funcionario recogió el papel sin mirarlo. Par él era un trámite. Para mí era la última puerta. La cerré yo, por una vez, en luga de sostenérsela abierta a ella. Y, al cerrarla, sentí algo que no había sentido e toda mi vida, ni siquiera de niño en la patria diminuta de una taza de hojicha sentí que estaba, por fin, exactamente donde debía estar. Quieto. En mi sitio Como las cosas que mi hermana, de niña, colocaba con una atención fuera d lugar, para que la arquitectura entera no se viniera abajo.

169

(Informe de evaluación psicológica penitenciaria. Interno: D. S. Profesional: A. R., n.º colegiada omitido. Extracto.)

«El interno colabora en todas las sesiones con una corrección notable. Discurso ordenado, inteligencia muy por encima de la media, ausencia total de hostilidad. Llama la atención, no obstante, la cualidad de dicha colaboración: el interno parece anticipar el objetivo de cada técnica empleada y facilitar su desarrollo como si conociera el procedimiento desde dentro. (N. de la examinadora: posteriormente se confirma que el interno ejerció durante años como psicólogo clínico, lo que explica esta circunstancia.)

»No se aprecia sintomatología depresiva ni ansiosa. El sueño, según refiere y confirma el personal de vigilancia, es profundo y regular. Resulta clínicamente excepcional que un interno condenado por hechos de tal gravedad no presente alteración alguna del descanso. El propio interno, preguntado al respecto, responde —cito textualmente—: "Duermo bien desde los quince años. Es lo que más le sorprende a todo el mundo, y es lo único que deberían mirar."

»El interno no solicita beneficios, no recurre la condena y rechaza expresamente cualquier gestión orientada a su excarcelación. Manifiesta, cito de nuevo, encontrarse "en el lugar correcto". Esta aceptación, lejos de indicar una resignación patológica, presenta las características de una decisión meditada y firme, casi de alivio.

»Conclusión provisional: afecto aplanado, ausencia llamativa de culpa subjetiva pese a la confesión objetiva. Se recomienda continuar el seguimiento. (Anotación manuscrita posterior de la examinadora, sin fecha: "He buscado su expediente de menor. El psicólogo que lo evaluó a los quince años escribió, palabra por palabra, lo mismo que acabo de escribir yo. Diecisiete años después. La misma frase. No sé qué hacer con esto. No sé si estoy ante el caso más sencillo de mi carrera o ante el que no he entendido en absoluto.")»

170

(Hilo de un foro de crímenes reales. Usuarios anónimos. Sin editar.)

«ASUNTO: El caso Salinas / "Sin testigos" (el pódcast) — ¿alguien más flipa?

»—Acabo de terminar la temporada. Doce horas del tirón. El tío confesó CUATRO asesinatos de su familia + CINCO más en plan asesino en serie usando a su hermana. Brutal. Lo que no entiendo es por qué la peri (Nora Vidal) deja caer al final que igual no fue él??? Vendehúmos.

»—No es vendehúmos. Yo escuché el episodio 4 tres veces. Está DICIÉNDONOS que el monstruo es la hermana y que él se comió el marrón. Lo dice sin decirlo. La pista es la foto del jardín: "mirad quién sostenía la cámara".

»—Pero la hermana está muerta, se tiró por el patio. Muertos no juzgas. Y él CONFESÓ. ¿Por qué iba a confesar un inocente?

»—Porque la quería?? Hermano mayor protege a hermana pequeña destrozada por el padre maltratador, carga él con todo. Es literalmente el tema del título: SIN TESTIGOS. No quedó nadie que pudiera contar la verdad… menos la peri, que se la calla.

»—Si Nora Vidal sabe la verdad y se la calla para vender, es tan culpable como cualquiera. Periodismo basura.

»—O es lo más humano del libro. Él le PIDIÓ que se la callara. Hay una entrevista donde ella dice "hay promesas que pesan más que una exclusiva". Llorá.

»—Conspiranoia. El tío es un psicópata manipulador y os ha manipulado HASTA MUERTO Y EN LA CÁRCEL. Que es justo lo que haría un psicópata. Pensadlo.

»—…vale, ESO me ha dado escalofríos. ¿Y si la confesión "demasiado perfecta" es la última manipulación? ¿Y si nos quiere a todos discutiendo si es inocente

para limpiarse? Madre mía. No voy a dormir.

»—Nadie en este caso duerme. Menos él. Buscad el informe de la cárcel "duerme profunda y regularmente". Un tío que confiesa nueve muertes y duerme como un bebé. Ahí está TODO. Buenas noches (es un decir).»

171

(Páginas de un cuaderno hallado por la policía entre los efectos calcinados del piso del patio. Letra inclinada, idéntica a la del condenado salvo por el tamaño. Se transcriben las entradas legibles.)

«Día 1. He pedido cita. Voz amable al teléfono, la de la secretaria que no existe porque la secretaria soy yo grabando un buzón. Cita el jueves a las diez. Dos golpes. Siempre dos. Es lo primero que notará de mí, sin saber que lo nota.

»Día 9. Hoy le he hablado del pasillo. No ha pestañeado, pero ha apretado el bolígrafo. Bien. La grieta empieza por donde apaña el dolor: en mi hermano, por la mano que escribe.

»Día 34. Le he dejado la jaula trece días antes de contarla. Cuando la cuente, ya llevará contando sin saberlo. Es mi mejor truco y lo aprendí de él: esconder la cosa donde ya ha mirado.

»Día 51. Hoy casi me reconoce. Ha preguntado por el nombre del pájaro. He dicho que no me acuerdo. Mentira. Pero el reconocimiento, para que valga, tiene que llegarle solo. Un testigo avisado es un cómplice, y yo no quiero un cómplice. Quiero que me vea. Que me vea entera y no aparte la cara. Es lo único que he querido nunca. Lo escribo y me da risa por lo poco que es y por lo imposible que parece.

»Día 70. Empiezo a tenerle… no sé la palabra. No es cariño, el cariño lo perdí en una acequia. Es reconocimiento. Sentarme enfrente de la única persona del mundo hecha de mi material y hablarle, aunque sea con un nombre falso, aunque sea fingiendo. Llevo quince años sin que nadie me hable de verdad. Él me toma notas con nuestra letra. A veces, al verle escribir, me dan ganas de llorar, y yo no lloro desde el norte.

»Día (sin número, última legible). Sé cómo termina. Lo supe antes de venir. Uno de los dos sobra, y no voy a permitir que sobre él, porque él es el bueno, siempre lo fue, el que se ponía delante. Solo le pido a quien lea esto —y alguien lo leerá

los cuadernos siempre los lee alguien, lo sé porque él también lleva uno— que entienda una cosa: no vine a hacerle daño. Vine a que me viera. Y que si al final el fuego nos coge a los dos, que conste que fui yo quien encendió la cerilla, como la primera vez, como siempre. Él solo abre puertas. La que cierra, soy yo.»

172

(Vega)

Hay algo que hice al jubilarme y que no figura en ningún registro: me llevé una copia del expediente de Salinas a casa.

No la oficial; esa se queda en el archivo, cerrada, resuelta, con su confesión y su condena, perfecta. La mía: mis notas, las reservas, la frase de las quemaduras, los márgenes donde escribí lo que no cabía en los informes. Me la llevé porque hay casos que una resuelve y casos que a una la resuelven, y el Salinas fue de los segundos: me jubiló, me cambió, me enseñó los límites de mi propio oficio. Necesitaba conservarlo, no como trofeo, sino como cicatriz.

Lo saco algunas noches, ya vieja, con un vino que el médico me ha prohibido. Releo mis márgenes. «Se quemó sujetando, no soltando.» «El pueblo sabía.» «Hay condenas que uno necesita más que la libertad.» «No remover.» Y me pregunto cada vez, si hice bien. Resolví el caso oficial y dejé sin resolver el verdadero. Metí en la cárcel a un hombre que confesó crímenes que probablemente no cometió, y dejé que muriera impune, en un patio, la mujer que sí los cometió. Por los manuales, fracasé. Por la justicia de verdad, esa que no cabe en los manuales, no sé. A veces creo que el único acto verdaderamente justo de todo el caso lo cometió el propio condenado al renunciar al recurso: eligió su castigo con más exactitud de la que yo habría sabido aplicarle. Se condenó no por lo que hizo, sino por lo que no hizo: por no mirar a tiempo a su hermana. Y de eso, tiene razón, no absuelve ningún tribunal.

Le escribí una vez, ya jubilada. Una carta corta. No le pedía nada, no le ofrecía nada. Solo le decía que seguía sin tragarme su confesión, que en mi expediente personal constaba la verdad aunque nadie fuera a leerla, y que, por si le servía de algo, una vieja policía testaruda sabía que él se había quemado sujetando. Me contestó con dos líneas, las únicas que tengo de su puño: «Gracias, inspectora. Usted y una periodista son las dos únicas personas que guardan la verdad de esta historia en un cajón. Cuídela. Es lo más parecido a una tumba decente que tendrá

mi hermana, y a una absolución que tendré yo. Sin testigos no es no haber sido visto. Es ser visto por una sola persona, y que esa persona calle por amor o por respeto. Ustedes me vieron. Con eso me basta para dormir, que ya sabe que se me da bien.» Guardo esa carta en el expediente, con mis márgenes. Cuando me muera, alguien lo encontrará, y no entenderá nada, y lo tirará. Está bien. Las verdades de este caso están hechas para no leerse. Para existir en cajones. Para descansar, como sus muertos, sin testigos.

173

(Vega)

Me jubilé seis meses después de la sentencia. No por edad; me quedaban do años buenos. Me jubilé por el caso Salinas, aunque en la fiesta de despedid brindé por «una carrera completa» y nadie supo que, en realidad, brindaba po una derrota disfrazada de éxito.

Resolví el caso. Eso dicen mis superiores, eso dice el expediente, eso dirá m placa cuando la cuelgue: la inspectora Vega reabrió un incendio de hace diecisiet años y obtuvo una confesión y una condena ejemplares. Lo que no dice ningú papel es que pasé la última noche de mi carrera sentada en mi cocina, con e informe forense de las cinco ciudades extendido sobre la mesa y la certeza, inúti a esas alturas, de que había metido entre rejas al hermano y dejado morir a l asesina, y de que ambas cosas, por caminos opuestos, eran exactamente lo que lo dos Salinas habían querido que ocurriera. Me usaron a mí también. A mí, qu llevo veintiocho años usando a la gente para que confiese. La hermana m alimentó de pistas a través de la periodista; el hermano me regaló una confesió perfecta. Entre los dos me convirtieron en la herramienta que necesitaban: l autoridad que pone el sello oficial a la versión que eligieron. Y lo peor, lo que d verdad me jubiló, es que lo haría otra vez. Porque la alternativa —destrozar l confesión, reabrir, perseguir a una muerta, devolverle al mundo a la niñ convertida en monstruo— no le habría devuelto la vida a ninguna de las víctima y le habría quitado a un hombre lo único que parecía darle paz.

Fui a verlo una vez, antes de jubilarme, sin motivo oficial. Hablamos de nada die minutos. Al final le dije lo único que había ido a decirle, lo mismo que le habí susurrado en el traslado: «Yo sé que se quemó sujetando, no soltando.» Y él, po primera y única vez, me sonrió de verdad, una sonrisa cansada, casi de gratitud, y me contestó una frase que me llevo a la jubilación como otros se llevan un medalla: «Gracias, inspectora. Es usted la única persona que me ha detenido po el motivo correcto.» No entendí del todo lo que quiso decir hasta meses después una noche de insomnio, cuando comprendí que no hablaba de los crímenes

Hablaba de su hermana. Yo no lo detuve por matar. Lo detuve por no habe sabido parar, a tiempo, a la única persona que quiso. Y de eso, de no parar a tiempo, sí era culpable. Tanto como yo, que llegué tarde. Tanto como la periodista, que calla. Tanto como un pueblo entero que, hace diecisiete años, prefirió no remover. En esta historia, inspectora retirada, lo aprendí demasiado tarde: no hubo un culpable y unos inocentes. Hubo una casa que ardió despacio durante años, y un montón de gente alrededor mirando hacia otro lado con elegancia. Sin testigos. Siempre, sin testigos.

174

(Nora)

Mi editora se llamaba Rosa, llevaba treinta años en el oficio y tenía una frase para todo. Cuando le llevé la propuesta del libro sobre el caso Salinas, leyó las diez páginas de muestra, se quitó las gafas y me dijo la suya: «Nora, esto es un caso de los que hacen carrera. Pero tienes que decidir qué libro escribes, porque hay dos y solo uno se vende.»

Los dos libros eran estos. El primero, el que ella quería: el retrato de un monstruo. El psicópata frío de las dos torres, el superviviente que se convirtió en asesino, con su confesión, su condena, su frialdad clínica; un villano redondo accesible, que el lector odia y devora a partes iguales. El segundo, el que yo tenía en el cajón cerrado: la verdad. Un hermano que cargó con la culpa de otra, una hermana convertida en monstruo por una casa que ardió despacio, un sistema que prefirió no remover. Rosa lo vio enseguida, porque es muy buena: «El segundo es mejor literatura, Nora. Y no lo vas a poder publicar, porque no tienes pruebas que aguanten una demanda, porque la principal implicada está muerta, y porque, seamos sinceras, la gente no compra matices. Compra monstruos. Escribe el primero. Te lo digo yo, que te quiero.»

No le confesé a Rosa que sí tenía pruebas, que la grabación había existido, que la transcripción dormía en mi cajón. No le confesé que el segundo libro, el imposible, era el verdadero y que escribir el primero era traicionarlo. Asentí. Escribí el primero. El monstruo. Y cada capítulo que entregaba, Rosa lo celebraba —«esto sí, Nora, esto engancha»— y cada celebración suya era una puñalada limpia que yo encajaba sonriendo, porque había hecho una promesa en una sala de hospital y porque, en el fondo, sabía que Rosa tenía razón sobre el mercado y David tenía razón sobre todo lo demás, y que entre los dos, sin pretenderlo, me habían dejado un único camino: vender el monstruo para proteger al hombre.

El libro salió, se vendió y ganó premios. Rosa estaba feliz. Me propuso una segunda parte, «las cinco ciudades en profundidad, el origen del monstruo». Le dije que no, que ya no escribiría más true crime, y no me creyó, porque en este oficio el éxito es una droga y nadie la deja voluntariamente. Pero la dejé. No por virtud: por agotamiento moral. No podía seguir construyendo monstruos rentables sobre dolores reales, sabiendo, como sabía, que el monstruo más rentable que había construido era, en realidad, el hombre menos monstruoso de toda la historia. Rosa no lo entendió. Me dijo su última frase, casi con pena: «Es una lástima, Nora. Tenías el mejor monstruo de la década en las manos.» Y yo pensé, sin decirlo: no, Rosa. Tenía al mejor hombre. Y lo vendí de monstruo porque él me lo pidió y porque tú tenías razón sobre el mercado. Que Dios no perdone a las dos, y al mercado, que es el que de verdad escribió este libro.

175

(Nora)

Escribir el libro me llevó dos años, y los dos los pasé enferma de una dolenci para la que no hay nombre: la del que conoce la verdad y elige, página a página no contarla.

Tenía la transcripción en un cajón cerrado. Cuarenta minutos de Marin confesándolo todo, la prueba que habría reabierto el caso, exonerado a David devuelto a las cinco familias el rostro real de su dolor. Cada mañana, antes d empezar a escribir, miraba el cajón. Cada noche, al terminar, volvía a mirarlo. Y entre una mirada y otra escribía un libro que sabía falso en lo esencial y verdader en cada detalle, que es la peor clase de mentira, la que no se puede desmenti porque está hecha de hechos ciertos mal ordenados. Conté la infancia de Davi con precisión documental. Conté el incendio con los datos del atestado. Conté la cinco ciudades con certificados de defunción reales. Todo cierto. Y, sobre es andamiaje de verdades, colgué la única mentira que importaba: que el autor d todo era él.

Me decían, en las entrevistas, que tenía «una sensibilidad especial para el mal» Sonreía y daba las gracias. No tenían ni idea. Lo que tenía era una promesa hech a un hombre con las manos quemadas en la sala de visitas de una prisión, y un libreta en un cajón, y un insomnio que ninguna cifra de ventas curaba. Porque la ventas llegaron, y los premios, y la serie, y todo aquel ruido que confunde el éxit con el perdón. Cada ejemplar firmado era una traición más a María Jesús, a l socorrista, al hijo de la tía, a todos los que compraban mi libro buscand comprender a un monstruo que no lo era. Y, a la vez, cada ejemplar era un promesa cumplida a David, que me había pedido exactamente eso: «cuenta l historia que vendas mejor; la gente quiere un monstruo que tiemble; dáselo».

Hay una pregunta que me hacen siempre y que nunca contesto del todo: ¿por qu este caso, y no otro? Doy una respuesta profesional, hablo de la fotografía de niño en el jardín, del enigma del superviviente. La verdadera la guardo, com

guardo la transcripción. Elegí este caso porque, en el fondo, trata de lo único qu siempre me ha importado: de un hermano que carga con todo por otro, de l lealtad llevada hasta el punto en que se vuelve indistinguible del crimen. Yo perd a un hermano por una escalera hace veinte años. David perdió a la suya por un ventana en llamas, y eligió perderse él también, voluntariamente, en una celda antes que dejarla mal recordada. No escribí un libro sobre un asesino. Escribí, si que nadie lo sepa salvo yo y este renglón que nadie leerá, un libro sobre el amo más extremo que he visto nunca. Lo disfracé de crimen porque el amor, e estado puro, no se vende. El crimen, sí.

176

(Nora)

La hija de María Jesús me localizó tres años después de publicar el libro, y nuestra conversación fue la más incómoda de toda mi vida profesional, porque fue la única en la que la persona que tenía delante sabía, sin pruebas pero con certeza, que yo mentía.

Se llamaba Clara. Tenía los ojos serenos de quien ha decidido algo difícil. Me escribió, insistió, y acabé aceptando un café que no quería tomar. Fue directa. «He leído su libro. Es brillante. Y es falso en lo esencial, y usted lo sabe.» No me acusó con rabia; me lo dijo con una tristeza tranquila que era mil veces peor que la rabia. «Mi madre era psicóloga. Me enseñó a leer a la gente. Y la estoy leyendo a usted ahora mismo, señora Vidal, y veo a una mujer que carga con algo. Usted sabe quién mató a mi madre. No fue David Salinas. Fue su paciente, la hermana. Y usted lo sabe y lo calla. Lo único que no entiendo es por qué.»

Me quedé sin defensa. Llevaba tres años perfeccionando las respuestas para las entrevistas, las evasivas elegantes, el «la verdad es compleja». Con Clara no me sirvió ninguna. Porque Clara no quería una entrevista: quería a su madre. Quería saber. Y yo tenía en un cajón, a media hora de aquel café, la transcripción que le habría dado la verdad entera. Estuve a punto de contárselo todo. De llevarla a mi casa, abrir el cajón, ponerle los cuarenta minutos de Marina confesando cómo mató a su madre «que no se merecía, esa me dolió». Estuve a punto. Y no lo hice porque había hecho una promesa, y porque entendí, mirando los ojos serenos de Clara, que darle la transcripción no le devolvería a su madre, solo le cambiaría el nombre del culpable y la condenaría a perseguir a una muerta el resto de su vida.

Le di lo único que podía darle sin romper mi promesa: una pista. «No le voy a confirmar nada, Clara —dije—. Pero si de verdad necesita entenderlo, no me pregunte a mí. Pregúntele a él. Pida verlo. David Salinas es el único que le dirá la verdad sobre su madre, porque es el único que ya no tiene nada que proteger.» Era mentira a medias: David sí tenía algo que proteger, la memoria de su

hermana. Pero confié en que, frente a la hija de la mujer buena que casi lo salv
todo, David elegiría, por una vez, la verdad por encima de la protección. Acerté
Meses después supe que Clara lo visitó, que él le dijo lo que necesitaba oír, que s
fue en paz. No me dio las gracias; hizo bien. Yo no merecía las gracias de Clara
Le había vendido a su madre como víctima de un monstruo equivocado y, a
cambio, le había dado una pista para que encontrara la verdad por otra puerta. E
lo más cobarde y lo más decente que he hecho a la vez. Mi oficio entero, al final
cabe en esa contradicción.

177

(De la investigación privada de C. J., hija de la psicóloga M. J. Notas personales, no destinadas a publicación.)

«No me creo la versión oficial. Lo escribo aquí, en este cuaderno que no enseñaré a nadie, porque necesito verlo por escrito para no volverme loca: no me creo que el hombre del pódcast, David Salinas, matara a mi madre.

»He leído el libro de Nora Vidal tres veces. Es brillante y es tramposo. Cuenta todo con datos reales y, sobre esos datos, monta una conclusión que no se sostiene si una mira de cerca. Mi madre murió de un fallo cardíaco a los cuarenta y un años, sin antecedentes, justo cuando trataba a una paciente que, según el propio libro, era la hermana de Salinas, la que se hacía pasar por muerta. ¿Y la conclusión del libro es que el culpable es él, el hermano, que ni siquiera vivía en nuestra ciudad? ¿Que la mató "a través de ella"? Por favor. La mató ella. La paciente. La mujer a la que mi madre dedicó tres años de su vida y de su paciencia. Lo sé como se saben las cosas que duelen: con el cuerpo antes que con la cabeza.

»He localizado a la inspectora que llevó el caso, una tal Vega, ya jubilada. Me costó que aceptara un café. Habló poco. Pero cuando le dije a la cara que no me creía que Salinas matara a mi madre, no me contradijo. No dijo "se equivoca, señorita". Removió el café, miró por la ventana y dijo: "Hay confesiones que son la última mentira de un hombre, y son las más difíciles de desmontar, porque nadie quiere desmontar a alguien que se acusa solo." Y luego me miró y añadió: "Si de verdad quiere entenderlo, no le pregunte al expediente. Pregúntele a él. Pídale verlo. Es el único que le dirá la verdad, porque es el único que ya no tiene nada que perder ni nadie a quien proteger. Su hermana está muerta. Ya solo le queda la verdad, y a los hombres como él la verdad, al final, les pesa menos dicha que callada."

»Voy a pedir verlo. A Salinas. Al monstruo de mi libro, al asesino de mi madre según todos. Voy a sentarme enfrente del hombre al que medio país odia y voy a

hacerle la única pregunta que me quita el sueño: ¿Mi madre entendió, al final quién la mataba? Necesito saber si murió engañada o si murió sabiendo. No po él. Por ella. Por mi madre, que se pasó la vida enseñando a otros a mirar de frente lo que duele, y que merece, al menos, que su hija la mire así a ella.»

178

Años después de mi condena —me lo contó Andrea, la psicóloga, una de la últimas veces que la vi—, una mujer pidió permiso para visitarme. No figurab en mi lista, así que pudieron negárselo, y se lo negaron, y ella insistió por escrit durante meses hasta que se lo concedieron. Era la hija de María Jesús. L psicóloga de mi hermana. La quinta de las cinco ciudades.

Vino un martes, en lugar de Andrea. Se sentó enfrente, en la silla de las visita con los ojos de su madre —los mismos que tres años habían sostenido la mirad de Marina sin apartarla— y una calma que reconocí enseguida, porque era prim de la mía: la calma del que ha decidido algo difícil y viene a ejecutarlo sin tembla Pensé que venía a insultarme, a escupirme, a exigirme un porqué. Vienen a eso, veces, los deudos; es su derecho, y yo se lo habría concedido entero, porque aquella mujer sí le debía algo, aunque no lo que ella creía.

No vino a eso. Me miró un rato largo, en silencio, y luego dijo: «He leído el libr He escuchado el pódcast. Y he hablado, mucho, con una inspectora jubilada qu se llama Vega y que un día, en un bar, después de tres cafés, me dijo más con l cara que con las palabras.» Hizo una pausa. «Sé que usted no mató a mi madre Lo sé como se saben estas cosas, sin prueba, con el estómago. Y he venido preguntarle una sola cosa, y le ruego que, por una vez, no me proteja con un mentira amable, que ya sé que es su especialidad: ¿mi madre llegó a entenderlo Al final. ¿Entendió quién la mataba y por qué? ¿O murió creyendo que ayudaba una paciente más?»

Tenía dos respuestas, como siempre. La amable: tu madre no sufrió, no entendi nada, se fue en paz. Y la verdadera, que era atroz: tu madre lo entendió todo en e último instante, porque era buena en su oficio, tan buena que vio el dibujo enter un segundo antes del final, y ese segundo de comprensión fue su única crueldad recibida y su mayor grandeza profesional. Miré los ojos de María Jesús en la car de su hija, y por una vez en mi vida no elegí la mentira amable. Le debía la verda a esa mujer, a las dos, a la viva y a la muerta. «Su madre lo entendió —dije—. A final. Y le aseguro, porque conozco a quien lo hizo mejor que nadie en el mund

que entenderlo no la hizo sufrir más: la hizo, en aquel último segundo, la person
más lúcida de la habitación. Su madre no murió engañada. Murió sabiendo. Es lo
más que puede aspirar a llevarse cualquiera de nosotros, y casi nadie lo consigue.
La hija de María Jesús lloró, asintió, me dio las gracias —a mí, al monstruo de su
libro— y se fue. Nunca volvió. Pero aquel martes me devolvió, sin saberlo, lo
único que la cárcel no me daba: la ocasión de decir, una vez, una sola, la verdad
entera a quien tenía derecho a oírla. Aunque fuera sobre la muerte. Aunque fuera
como todo en mi vida, casi sin testigos.

179

(De la correspondencia entre el interno D. S. y N. V. Cartas conservadas por la destinataria. Se transcriben fragmentos.)

«Nora: no hace falta que vengas más. Lo digo sin dureza, al contrario. Verte me devuelve al mundo de fuera, y el mundo de fuera, para mí, ya solo es ruido. Aquí he encontrado una cosa que nunca tuve: un sitio que coincide exactamente con lo que merezco, ni más ni menos. Es una forma de paz que no espero que entiendas, y que ojalá no tengas que entender nunca. Escríbeme si quieres. Leer no me devuelve al mundo; leer siempre fue mi manera de estar a salvo de él. — D.»

«David: he empezado a escribir el libro. Cada mañana miro el cajón donde guardo lo que me pediste que borrara y que no borré del todo —ya lo sabes, te lo confesé, soy incapaz de destruir una palabra, es mi enfermedad—. No voy a usarlo. Te lo prometí y lo cumpliré. Pero necesito que sepas que existe, que en algún lugar del mundo hay cuarenta minutos y una libreta que dicen la verdad aunque nadie los lea jamás. Me pediste que algo verdadero existiera, aunque fuera sin testigos. Existe. Lo guardo yo. Soy tu testigo, y voy a callar. Las dos cosas, a la vez, para siempre. — N.»

«Nora: gracias. Es lo único que necesitaba: que existiera. La gente cree que el infierno es no saber la verdad. No lo es. El infierno es que la verdad no exista en ninguna parte, ni siquiera en un cajón cerrado. Mientras tú guardes esa libreta, mi hermana fue una niña antes de ser lo que fue, yo me puse delante y no al revés, y hubo, en aquella casa de mal recuerdo, un canario que salió volando. Que nadie lo lea es el precio. Que exista es el milagro. Cuida la libreta. Es lo más parecido a una tumba que tendremos ninguno de los tres. — D.»

«David: hoy ha salido la serie. El actor que te hace temblar todo el rato. Pensé en lo que me dijiste, en que la gente necesita monstruos que tiemblen, y me dieron ganas de gritarle a la pantalla que el hombre de verdad no temblaba, que el hombre de verdad hacía la cama en doce minutos y se quemó las manos

sujetando. Pero no grité. Apagué la tele y abrí, por primera vez en tres años, e
cajón. No leí la libreta. Solo la toqué, para asegurarme de que sigue ahí. Sigue ahi
Buenas noches, hermano de nadie. Duerme, que se te da bien. Yo guardo. — N.»

180

(Nora)

A Bruno Sales, mi rival, el caso Salinas le salió caro, y reconozco que su naufragio me dio una satisfacción que no me honra.

Mientras yo esperaba, investigaba y dudaba, Bruno corría. Publicó primero semanas antes que yo, una temporada atropellada y sensacionalista que titulaba sin matices, «El monstruo de las dos torres». Lo tenía casi todo: el incendio, el superviviente, la confesión. Le faltaba lo único que yo tenía y que él habría matado por conseguir: la verdad de debajo, la hermana, la fuente. Así que rellenó los huecos como rellenan los que corren: inventando. Afirmó cosas que no podía probar. Dio por hecho un móvil económico inexistente. Inventó una amante, un cómplice, detalles jugosos y falsos. Su temporada arrasó las primeras semanas porque iba primero y porque era más ruidosa que la mía.

Y luego se le cayó encima. Una de las familias de las cinco ciudades —los hijos del casero— lo demandó por varias afirmaciones falsas sobre su padre. Otra fuente a la que había citado lo desmintió en público. La prensa, que encumbra y devora con el mismo apetito, se cebó con él: «el podcaster que se inventó un caso real». Su credibilidad, que es lo único que tiene quien vive de esto, se hizo añicos. Cerró el pódcast. Desapareció durante una temporada. Reapareció tiempo después, haciendo otra cosa, con contenidos más inofensivos: dietas o misterios sin víctimas reales.

Lo cuento porque la diferencia entre Bruno y yo no fue, como me gustaría creer, la honradez. Fue la paciencia. Él corrió y mintió de más; yo esperé y mentí de menos, callando una verdad en lugar de inventar una falsa. Pero las dos somos hijas del mismo oficio carroñero, y la única razón por la que mi libro se sostiene y el suyo se hundió es que yo tuve acceso al dolor de verdad y él tuvo que fabricarlo. Acercarse al fuego, otra vez. Yo me quemé las manos —metafóricamente, las mías; literalmente, las de David— acercándome al dolor real, y por eso mi relato pesa. Bruno se quedó lejos, inventó el calor, y se le notó

el frío. En el true crime, como en casi todo, el que no se quema es el que miente
La paradoja de mi profesión, la que me hizo dejarla, es esa: que para contar l
verdad del dolor ajeno hay que quemarse en él, y quien se quema deja de se
objetivo, y quien no se quema, miente. No hay salida limpia. Solo grados d
contaminación. Yo elegí el mío: quemarme y callar. Bruno eligió el suyo: quedars
lejos e inventar. Ninguno de los dos saldrá del todo limpio de la familia Salinas
Pero al menos yo tengo, en un cajón, la prueba de que mi mentira protegía un
verdad. Bruno solo tiene, en algún disco duro, la prueba de que la suya tapaba u
vacío.

181

(Nora)

El éxito del libro me trajo, además de dinero y de premios, algo que no había previsto: lectores que se creían parte de la historia.

Recibía cartas. Muchas. La mayoría, normales: gente que se había emocionado que tenía teorías, que quería más temporadas. Pero algunas no eran normales. Una mujer me escribió, durante meses, convencida de que ella era la verdadera Marina, de que «había sobrevivido al fuego» y de que yo «le había robado su historia». Un hombre me mandaba fotografías de incendios de prensa con notas pidiéndome que «investigara, que todos eran ella». Y uno, el que me hizo cambiar de cerradura, empezó a firmar sus cartas con bucles inclinados, imitando la letra que yo había descrito en el libro, la de los Salinas, como si quisiera decirme: sé tu secreto, sé que hubo una letra, sé que callas algo.

Aquello me enseñó una cosa incómoda sobre mi oficio, sobre el género entero del que vivo: que cuando conviertes un dolor real en relato de consumo, el relato deja de pertenecer a sus dueños y pasa a la multitud, que lo manosea, lo reinventa, se disfraza de él. María Jesús, la socorrista, el casero, la tía, el conductor de la recta: cinco personas reales, con cinco familias reales, se habían convertido gracias a mí, en personajes de un pódcast que la gente escuchaba mientras planchaba. Y David, que me había pedido que vendiera la historia que mejor se vendiera, se había convertido en una figura de culto, un monstruo elegante con foro propio, teorías y fan art. No sé si me arrepiento. Sí sé que dejé de dormir bien, yo también, como si la maldición de aquella familia se contagiara a quien la tocaba demasiado tiempo.

Dejé el true crime después de Sin testigos. Lo intenté con otro caso, un desaparecido, justo el tipo de historia que llevaba toda la vida persiguiendo por mi hermano Quim, y a la tercera entrevista lo dejé. No podía. Veía, detrás de cada desaparecido, a David eligiendo desaparecer; detrás de cada familia rota, la mía, la suya, todas. Me había convertido en una experta en el mal ajeno para no mirar el

hueco propio, y el caso Salinas, al obligarme a callar una verdad para cumplir una promesa, me había curado de la peor manera posible: quitándome las ganas de seguir contando las verdades de los demás cuando ni siquiera era capaz de contar la única que importaba. Ahora escribo otras cosas. Ficción, dicen en la editorial con cierta decepción, porque la ficción vende menos. No saben que es lo más honesto que he escrito nunca. Porque en la ficción, por fin, puedo contar la verdad entera sin traicionar a nadie. Cambio los nombres, cambio las ciudades, suelto un canario por una ventana. Y en alguna parte de cada novela, escondido donde ya han mirado, dejo a un hermano que se quema las manos sujetando a otra. Para que exista. Aunque nadie sepa que es verdad. Sobre todo entonces.

182

(Apunte hallado años después en los materiales de un curso universitario de Psicología Forense. Tema 7: «Memoria, trauma y falsa confesión». Caso de estudio.)

«El llamado "caso Salinas" se incluye en este temario no por su notoriedad mediática —que la tuvo, amplificada por el pódcast Sin testigos y su posterior adaptación— sino por su valor clínico excepcional, que reside en una paradoja: se trata, probablemente, de la confesión más coherente y a la vez más sospechosa documentada en la jurisprudencia reciente.

»El sujeto, psicólogo de formación, confesó la autoría de nueve homicidios a lo largo de diecisiete años. Su confesión es impecable: ordenada, detallada, libre de contradicciones. Y, sin embargo, varios indicios materiales —en particular, las quemaduras en ambas manos, incompatibles con el perfil del incendiario que pretende destruir pruebas— apuntan a una realidad distinta. El informe de la instructora del caso consigna estas reservas con notable honestidad profesional; reservas que el propio condenado se negó a esgrimir en su defensa.

»El caso se propone al alumnado como ejercicio sobre los límites de la confesión como prueba. Cuestiones para el debate: ¿Puede una confesión voluntaria ser coherente y conveniente para el sistema encubrir una verdad opuesta? ¿Qué función psicológica puede cumplir la autoinculpación para un sujeto con una historia de trauma infantil severo? ¿En qué medida el aparato judicial, los medios y la opinión pública prefieren —cito la expresión empleada por la propia instructora en una entrevista posterior— "no remover"?

»Se recomienda, como lectura complementaria, el único ensayo publicado por el propio condenado años antes de los hechos, Pequeñas crueldades: estructura de control en la infancia temprana, cuya tesis central —que el daño se hereda y se transmite a través de gestos cotidianos, y que el verdugo suele haber sido, antes, una víctima— adquiere, a la luz del caso de su autor, una densidad difícil de exagerar. Nota del profesorado: ningún ejercicio de este temario debe perder de

vista que detrás de cada "caso de estudio" hubo personas reales, muertes reales y un dolor que ninguna nota a pie de página alcanza a contener.»

183

A mi hermana la enterré yo, aunque no me dejaron salir para hacerlo.

Su cuerpo, el que cayó al patio de aquel edificio imposible de no ver, no lo reclamó nadie durante semanas. No tenía nombre legal vigente —Carla Mond no existía, y Marina Salinas llevaba diecisiete años oficialmente muerta en otro incendio—, de modo que el cadáver de mi hermana quedó atrapado en la misma grieta administrativa por la que ella se había deslizado toda su vida: viva sin constar, muerta sin reclamar, sin testigos hasta el final. Hizo falta que yo, desde la cárcel, a través de mi abogado, iniciara el trámite imposible de demostrar que la mujer del patio era la niña de un incendio de hacía diecisiete años, para que el Estado le concediera, por fin, el único derecho que nunca tuvo: el de un nombre sobre una lápida.

No me dejaron asistir. Lo entiendo; soy quien soy a ojos de la ley, el monstruo que la empujó. Pagué, con el poco dinero de los derechos de un libro que detesto y que firmó por mí no sé qué gestoría, un entierro modesto en el pueblo, en La Vega, junto a la tumba colectiva donde diecisiete años atrás se habían depositado los restos de nuestros padres y de Tomás. Pedí una sola cosa, y Nora se encargó de que se cumpliera: que en la lápida no pusiera «asesina», ni fechas que delataran la mentira de su primera muerte, ni nada de las cinco ciudades. Que pusiera solo su nombre, Marina, y debajo, una línea que elegí yo y que nadie entendió: «Voló la primera.» Por el canario. Porque ella lo soltó. Porque, de todos los habitantes de aquella casa, fue la que abrió la puerta y echó a volar, aunque tardara diecisiete años en caer.

A veces imagino el pueblo, la tumba, la lápida con esa frase absurda que los vecinos comentarán sin entender —«voló la primera», qué cosa más rara de poner—. Y me consuela, en mi celda, pensar que al menos en un cementerio de provincias existe una piedra que dice la verdad sin que nadie la lea: que mi hermana, antes de ser lo que fue, fue una niña que le ponía a un pájaro un nombre grande para que no tuviera miedo, y que cuando todo ardió, lo primero que hizo, antes que matar, antes que huir, fue abrir una puertecilla para que algo

inocente saliera volando. Enterré a esa niña, no a la otra. La otra la enterró e
mundo con su libro y su pódcast y su monstruo. Yo enterré a la de la acequia
Cada uno entierra al muerto que puede querer. Yo solo podía querer a ese. Y l
quise. Y lo quiero. Es lo único de toda esta historia que diría otra vez, igual, si
cambiar una coma: que la quise. Hasta el final. Hasta debajo de una lápida con u
pájaro.

184

De todas las cartas que he recibido en prisión, la que guardo —la única qu guardo— no es de Nora, ni de ningún periodista, ni de ninguno de los curioso que escriben a los monstruos célebres. Es de Adela.

Llegó dos años después de mi condena, reenviada desde no sé qué oficina, con l letra cuidada de quien ha pensado mucho cada palabra. No mencionaba el casc ni el pódcast, ni nada de lo que el mundo cree saber de mí. Decía, simplemente que se había enterado «de lo mío» por las noticias, que al principio no se lo creyó que «el hombre que me sentó en aquel banco del juzgado y me esperó tres hora no podía ser el de los titulares». Decía que ahora vivía bien, lejos, que dormía que había rehecho su vida, que tenía a alguien que la trataba como hay que trata a la gente. Y terminaba con una línea que llevo dos años releyendo las noches en que el módulo baja el volumen y me quedo a solas con quien soy:

«No sé qué hizo usted, doctor, ni quiero saberlo. Solo sé lo que hizo conmigo. A mí me salvó por las buenas, cuando podría haberlo hecho por las malas, que un hombre como usted, ahora lo entiendo, sabía hacerlo por las malas. Eligió la buenas conmigo. Me niego a creer que con todos los demás eligiera lo contrario Pero, aunque así fuera, aunque sea verdad todo lo que dicen, yo solo puedo da testimonio de una cosa: de que existió, al menos una vez, al menos conmigo, e hombre bueno que usted decidió ser aquella tarde. Yo lo vi. Yo estaba allí. Y mientras yo viva, ese hombre habrá existido, diga lo que diga el mundo.»

No le he contestado. No sabría qué decirle sin mentir ni contarle más de lo qu merece cargar. Pero guardo su carta doblada dentro del único libro que tengo en la celda, y a veces, en lugar de rezar, que no sé, la toco, igual que Nora toca una libreta en un cajón que no abre, igual que el señor Bru cambiaba de sitio una carta que no leía. Cada uno de nosotros custodia un papel que dice una verdad que el mundo no leerá. El de Nora prueba que no fui el monstruo. El de Adel prueba que pude ser un hombre. Entre los dos papeles cabe, entera, la única biografía mía que me importa, la que nadie publicará jamás: la de alguien que pudiendo elegir el fuego, eligió una vez, una sola, tarde, con una desconocid

asustada, acompañarla a la salida. Es poco. Lo sé. Pero es mío, y es verdad, y existe. Sin testigos casi. Pero con uno. Con Adela. Y con uno, ya lo aprendí, a veces basta.

185

(Nora)

Visité el rodaje de la serie una sola vez, y salí de allí con la certeza de que e mundo nunca sabría la verdad, no por falta de pruebas, sino por exceso de relato.

Habían reconstruido el edificio de las dos torres en un plató, con una fidelida que daba escalofríos: el cruce, la portería, hasta la jaula del patio. Y en mitad d aquel decorado, un actor guapo, más guapo que David, ensayaba la escena de incendio. Temblaba. Gritaba el nombre de su hermana. Lloraba de un mod desgarrador y hermoso. El director estaba encantado: «¡Así, así, que se vea e monstruo sufriendo, que el público necesita que sufra!». Y yo, sentada en una sill de tela con mi nombre detrás —«Nora Vidal, autora del libro original»—, asistía la fabricación definitiva de la mentira, la que sustituiría para siempre, en la cabez de millones, a la verdad que yo guardaba en un cajón.

Porque el David de verdad no temblaba. No gritaba. No lloraba de form hermosa. El David de verdad calculaba, empujaba a una testigo hacia la puerta, s quemaba las manos sujetando, y se dejaba arrastrar fuera en silencio. Pero eso n se rueda bien. Eso no engancha. El público no quiere a un hombre quieto qu carga con la culpa de otra; quiere a un monstruo que tiemble y sufra y pague. As que el actor temblaba, el director sonreía y yo callaba, contractualmente obligad a callar, porque había firmado la cesión de derechos, porque me habían pagad bien, porque era cómplice del relato hasta la médula.

En un descanso, el actor se me acercó, amable, profesional, y me preguntó: «Oye tú lo conociste de verdad. Para meterme en el personaje… dime, ¿cómo era ¿Daba miedo?» Tuve, una vez más, la verdad en la punta de la lengua. Podrí haberle dicho: no temblaba, no daba el miedo que tú interpretas, daba otro, el d la quietud; era un hombre que se puso delante toda su vida y al final cargó co todo por amor. Podría haberle dado, a aquel actor, las llaves del personaj verdadero. No lo hice. Le dije: «Sí. Daba miedo. Hazlo como lo estás haciend Está perfecto.» Y le sonreí, y volví a mi silla de tela, y me odié con la precisió

con que una aprende a odiarse cuando lleva años haciéndolo. Aquel dí
comprendí del todo lo que había hecho: no solo había contado la mentira en u
libro. La había convertido en industria, en plató, en serie, en verdad oficia
reproducida en millones de pantallas. La verdad de David ya no tenía ningun
posibilidad. No competía contra el olvido, que es vencible. Competía con u
relato mejor, más rentable, más satisfactorio, protagonizado por un actor guap
que temblaba. Y contra un buen relato, la verdad siempre pierde. Lo sé porqu
vivo de fabricar los relatos que la derrotan.

186

(Transcripción — «Sin testigos», episodio final. Voz: Nora Vidal.)

«Llegamos al final, oyentes, y os debo la verdad sobre por qué este es el último episodio, no solo de la temporada, sino de mi carrera en esto.

»Os prometí, en el primer episodio, que la verdad sería la tercera, que llegaría tarde y que dolería. No os mentí. Lo que no os dije es que, cuando la verdad llegó, decidí no contárosla entera. He pasado la temporada insinuando, dejando pistas, pidiéndoos que contarais otra vez cuando una cuenta os cuadre demasiado bien. Y lo he hecho porque hice una promesa a una persona, y porque hay verdades que, contadas, no hacen justicia: solo hacen ruido, audiencia, premios. Os he dado un monstruo. Lo habéis disfrutado. Yo he vivido de ello. Y me ha costado el sueño y el oficio.

»No os voy a revelar lo que guardo. Seguirá en un cajón. Pero antes de despedirme para siempre de este micrófono, os voy a pedir una última cosa, la más difícil, la que de verdad importa de todo lo que os he contado en estos meses. Cuando oigáis una historia de monstruos —en un pódcast, en una serie, en un periódico—, acordaos de que detrás de casi todo monstruo hubo una casa que ardió despacio, y alrededor de esa casa, un montón de gente que prefirió no oír. Acordaos de que es más fácil y más rentable señalar la cerilla que mirar la pared. Y acordaos, sobre todo, de que el verdadero "sin testigos" de esta y de tantas historias no es que no hubiera nadie mirando. Es que había muchos, y todos prefirieron mirar hacia otro lado con elegancia. Esa es la única lección que me llevo, y os la regalo: no apartéis la cara. Ante el horror del vecino, del amigo, del desconocido en el tren. No apartéis la cara. Es lo único que de verdad rompe la cadena. Lo único que habría salvado a esta familia, y a las cinco familias de las cinco ciudades, y quizá, quién sabe, a alguien cercano a vosotros que ahora mismo lleva gafas de sol en enero.

»Soy Nora Vidal. Esto ha sido Sin testigos. Gracias por escuchar. Y, por favor: a partir de mañana, mirad. Aunque duela. Sobre todo si duele.»

187

El edificio de las dos torres sigue en pie, me cuentan. Lo reformaron tras e incendio; el cuarto piso, el de mi hermana, lo rehabilitaron y lo alquilaron d nuevo, porque las ciudades no guardan luto, y un piso con vistas al cruce val demasiado para dejarlo vacío por respeto a una historia que casi nadie conoce d verdad.

Vive allí ahora, según Nora, una pareja joven, con un bebé. No saben nada, saben lo que sabe todo el mundo: que «pasó algo» en ese piso, un incendio, u caso famoso, «el del pódcast». Quizá una noche, en una cena, alguien lo cuent entre el café y las copas, con el morbo agradable de las desgracias ajenas: «¿sabéi que aquí vivía la hermana del asesino aquel?». Y los invitados se estremecerán u poco, mirarán el patio por la ventana, dirán «qué fuerte», y seguirán con sus vidas porque eso es lo que hace la gente con el horror que no le toca: se estremece u instante y pasa el plato. No los culpo. Es sano. Es lo que yo no supe hacer, lo qu mi hermana no supo hacer, lo que nos habría salvado a los dos: estremecernos u instante y pasar el plato. Quedarse con el horror dentro, en cambio, te convier en lo que nos convirtió.

A veces imagino ese piso. La pareja joven, el bebé, los muebles nuevos dond estuvo la pared de mi caso, la ventana donde colgó la jaula. Imagino al beb creciendo allí, jugando en un suelo bajo el que no hay ninguna baldosa suelta co una lata de membrillo, en una casa que no arde despacio, con unos padres que — ruego, a mi manera sin dios— se hablen sin gritar y no lleven gafas de sol e enero. Imagino, en fin, la casa a la que los Salinas no fuimos, ocupando el mism espacio físico que la que sí fuimos, como si la geografía pudiera redimirse aunqu la historia no pueda. Y me consuela, en la celda, pensar que sobre las cenizas d mi familia crece ahora una familia cualquiera, ruidosa y feliz y normal, que nunc sabrá que pisa el lugar exacto donde una niña preguntó a su tía si el fuego l arregla todo. Ojalá no lo arregle, pequeña. Ojalá esa familia nueva familia nunc necesite averiguar si el fuego arregla algo. Ojalá vivan, sin más, en el piso de cuarto, con la ventana abierta al patio, sin jaula, sin pájaro, sin testigos de nad

peor que una vida corriente. Es lo único que le pido al mundo que me encerró que sobre lo nuestro crezca algo que no tenga nada que contar.

188

(Carta de un oyente, recibida por N. V. años después de concluir el pódcast. Conservada por la destinataria. Sin firma legible.)

«Señora Vidal:

»No le escribo para felicitarla ni para reprocharle nada, sino para decirle que la h entendido, y sospecho que somos pocos, y que necesitaba que al menos un persona se lo dijera.

»Escuché Sin testigos como todo el mundo, enganchado al monstruo. Pero so de un pueblo parecido al de su historia, y en mi familia hubo una casa que ardi despacio, sin fuego, durante años, con un padre y unos silencios, y aprendí pront a reconocer cuándo a una le tiembla la mano y cuándo la sostiene. Y oyéndola usted, episodio tras episodio, noté que le temblaba. Que cada vez que afirmab que el hermano era el monstruo, le temblaba un poco la voz, como a mi madr cuando defendía a mi padre. Y entendí que usted no se creía su propia historia Que estaba protegiendo a alguien. Que el verdadero relato no era el que contaba sino el que callaba.

»No le pido que me confirme nada. Sé que no lo hará, y hace bien. Solo quier decirle que, gracias a usted, gracias a lo que NO contó, una noche miré a m propia familia de manera distinta. Llamé a una hermana con la que no hablaba Le pregunté, por primera vez en mi vida, qué le había pasado de verdad e aquella casa. Y me lo contó. Y lloramos. Y no ardió nadie, señora Vidal, porqu alguien, por una vez, no apartó la cara. Usted me enseñó eso sin querer escondiéndolo en una historia de monstruos: que detrás de cada monstruo ha una pared que construimos entre todos, y que la pared se puede derribar tiempo si alguien pregunta. Yo pregunté. Llegué a tiempo. Por los pelos, pero tiempo.

»Así que gracias. No por el monstruo que vendió. Por la verdad que escondió ta mal que algunos la vimos. Esa verdad salvó a mi familia. Espero que le sirva d

algo saberlo, las noches en que el cajón le pese. No está usted tan sola con lo qu
guarda. Al menos un oyente lo oyó. Y le hizo bien.»

(Anotación de N. V. al pie: "Guardo esta carta junto a la libreta que no abro. Es l
única reseña que me importa. La única que perdona lo que hice contando lo qu
conté. Un oyente lo oyó. Con uno basta. Él me lo enseñó.")

189

(Entrada de una enciclopedia colaborativa en línea. Artículo: «Caso Salinas». Sección final: «Controversia y cultura popular». Extracto.)

«El caso Salinas ha generado un debate persistente sobre la fiabilidad de la confesiones y el papel de los medios en la construcción de la culpabilidad Aunque la condena de David Salinas es firme y se basa en su confesión detallada diversos comentaristas —apoyándose en las reservas consignadas por l inspectora instructora y en el peritaje psiquiátrico de la defensa— ha cuestionado la versión oficial, sugiriendo que el condenado podría haber asumid la responsabilidad de crímenes cometidos por su hermana, Marina Salina fallecida durante los hechos.

»Esta hipótesis, popularizada de forma indirecta por el pódcast Sin testigos de l periodista Nora Vidal, no ha podido ser confirmada ni desmentida, dado que l principal implicada falleció y que no existe constancia documental que sustent una autoría alternativa. La propia Vidal ha declinado en repetidas ocasione pronunciarse sobre el particular, limitándose a afirmar que "hay verdades que e mejor dejar descansar".

»El caso ha sido objeto de un libro homónimo, una serie de televisión numerosos análisis en foros y publicaciones especializadas. Es citado co frecuencia en contextos académicos como ejemplo de "confesión sospechosa" de los límites del sistema penal ante un acusado que renuncia voluntariamente su defensa.

»David Salinas cumple condena en un centro penitenciario no especificad Según fuentes próximas, no recibe visitas, no ha concedido entrevistas y h rechazado en varias ocasiones participar en producciones audiovisuales sobre s caso. Una empleada del centro, citada de forma anónima, lo describió como "e interno más tranquilo y educado del módulo", y añadió una frase que se ha citad profusamente: "Duerme mejor que ninguno de nosotros. A veces pienso que e

el único que está en paz, y a veces pienso que esa paz es lo más inquietante d todo el caso."»

(El artículo ha sido editado 1.204 veces. Su página de discusión, donde usuario anónimos debaten desde hace años la culpabilidad del condenado sin llegar acuerdo, es una de las más extensas de la categoría "Casos criminales sin resolve del todo".)

190

(Última anotación del cuaderno del condenado, el cuaderno negro de las listas, requisado y archivado entre sus efectos. Página final. Letra minúscula e inclinada.)

«Ya no hago listas. Aquí no hace falta: el orden lo ponen los muros, los horarios los recuentos. Por primera vez en mi vida, alguien sostiene la arquitectura por mí y puedo soltar.

»Pero quería escribir una última cosa, no como lista, sino como lo que es: una despedida. A nadie en concreto. A todos los que no van a leerla.

»A mi madre, que cantaba bajito y ahorraba bajo una baldosa para una huida que no llegó: perdón por haberte dado por perdida. Cantabas. No lo vi a tiempo.

»A Tomás, que se quitó los cascos en el peor momento por ayudar: gracias por aquellos tres minutos de música, hermano. Fue el único sitio sin miedo que conocí de niño.

»A mi padre: nada. Ni perdón ni rencor. Solo la constatación de que a ti también te llevaron de la mano a un pasillo, antes de que nacieras yo. La cadena. Ojalá se rompa en alguien, algún día, en alguna casa.

»A Nora: gracias por callar. Y por una mano sobre la mía, frente a una ventana una noche. Fue lo más parecido a una vida normal que tuve. Quema la libreta cuando ya no te pese. O no la quemes. Tú sabrás. Confío en ti más que en mí.

»A Marina: voló la primera. Lo puse en tu lápida y lo repito aquí. De todo lo que ardió en aquella casa, tú fuiste lo único que abrió la puerta y echó a volar, aunque tardaras diecisiete años en caer. Te quise. Es lo único que firmaría otra vez sin cambiar una coma. Te miré, al final. Tarde. Pero te miré, y no aparté la cara, y eso, me dijo un capellán que no creo pero que tenía razón, es lo único que rompe la cadena. No la rompí a tiempo para salvarte. La rompí a tiempo para verte. Con eso me duermo. Y ya sabes que se me da bien.

»Y a quien encuentre esto algún día, en un archivo, entre cenizas o papeles: no aparte la cara. De su vecino, de su hermano, del desconocido del tren. No la aparte. Es lo único que de verdad salva. Lo aprendí demasiado tarde, como todo. Pero lo aprendí. Y por una vez, lo escribo donde quede.

»Firmado: el del medio. El que se ponía delante. El que, al final, miró.»

191

Me preguntan, las pocas veces que me preguntan algo, si me arrepiento. Ya h contestado a esa pregunta a un capellán, a una psicóloga, a un abogado, y a cad uno le di la respuesta que podía cargar. Aquí, en la última página que escribiré d mi puño y letra, doy la entera.

No me arrepiento de haber confesado lo que no hice. Lo volvería a hacer, porqu le dio a mi hermana una tumba con su nombre y una versión amable, y a cinc familias un culpable accesible en lugar de un fantasma impune, y a mí el únic lugar del mundo que se ajusta a lo que merezco. No me arrepiento del fuego de pueblo: detuve a un hombre que estaba destruyendo a los suyos, y lo haría otr vez, aunque ahora sé que existían cauces, porque a los quince años no los conocí y nadie me los enseñó. No me arrepiento de Adela, ni de Néstor, ni de lo pacientes a los que, sin apartar la cara, ayudé a no convertirse en lo que huían.

Me arrepiento de una sola cosa, y cabe en una frase: me arrepiento de no habe mirado a mi hermana cuando aún era una niña. De haberla sacado del pasill creyendo que la salvaba, sin sentarme con ella en el suelo a mirarla de verdad. Es omisión construyó a Marina tanto como la construyó mi padre, tanto como la tía tanto como un pueblo que prefirió no remover. Yo fui el último ladrillo de s pared, el que más la quería, el que mejor podría haberla visto, y aparté la car llamándolo protección. De eso me arrepiento. Solo de eso. Y por eso, y no po los nueve muertos que el mundo me cuelga, cumplo con gusto cada día de esto treinta años.

Duermo bien, eso no ha cambiado. Sigue inquietando a todos. Que les inquiet Mi sueño no es inocencia ni es paz: es la naturaleza con la que nací en una cas que ardía despacio. Pero hay una diferencia entre el hombre que se durmió a lo quince años en un jardín, sin temblar, mirando arder a su familia, y el que s duerme ahora en una celda. Aquel dormía porque había apartado la cara de tod Este duerme porque, al final, una vez, demasiado tarde, no la apartó. Es poco. L sé. Pero es la única redención que conozco, y me la quedo. Buenas noches. Se m da bien.

EPÍLOGO

(Nora)

Tres años después, publiqué el libro.

Se tituló Sin testigos, y vendió más ejemplares de los que pienso admitir aquí, porque la cifra me da una vergüenza que ni yo sé si es por mucha o por poca. Narraba la historia de David Salinas, el psicólogo del edificio de las dos torres, el niño que sobrevivió a un incendio sin un rasguño y se convirtió en uno de los asesinos más metódicos y discretos del país. La crítica habló de «frialdad clínica» y de «un retrato escalofriante del mal que se esconde en lo cotidiano». Una plataforma compró los derechos. En la serie, el actor que interpreta a David es más guapo que David y tiembla mucho más que David, porque el público necesita que los monstruos tiemblen, y yo, que sé que los de verdad no tiemblan, no dije nada. Ya no digo nada. Es mi nuevo oficio: callar profesionalmente lo que sé.

Borré la grabación. La borré delante de él, en el hospital, como me pidió, y vi desaparecer el archivo de la pantalla, de la nube, de todas partes, mientras lloraba como no había llorado nunca; no por lo que perdía el mundo, sino por lo que ganaba él, que era justo lo que había venido a buscar a esta vida sin saberlo: una condena a la medida de un cariño que nadie le supo dar de otra manera.

Pero hay algo que David no calculó. Él, que lo calculaba todo. Una sola cosa, igual que su hermana dejó una sola sin calcular. Y es que soy periodista, y los periodistas padecemos una enfermedad muy parecida a la suya, la de las manías que justificamos diciendo que no cuestan nada: lo apuntamos todo. Antes de borrar el audio, aquella noche en el hospital, mientras él dormía sedado con las manos vendadas como dos crisálidas, transcribí los cuarenta minutos en una libreta. De las que apuntan. A mano, con mi letra, que no se parece a la de ellos en nada. Esa libreta lleva tres años en un cajón con cerradura, bajo unas carpetas, en un piso nuevo que no da a ningún patio, porque ya no soporto los patios.

No la he abierto. No pienso abrirla. La guardo igual que él guardaba su cuaderno: no para usarla, sino para que el esfuerzo de no usarla me obligue, cada día, a decidir otra vez que no la uso. Es mi penitencia y es mi compañía. Algunas noches me sirvo un té —hojicha, que detesto, que empecé a beber sin saber cuándo y que sigo bebiendo porque, mientras lo aborrezco, hay un hombre en una celda con una ventana pequeña que, de un modo absurdo y privado, continúa al otro lado de mi mesa— y me siento frente al cajón cerrado, y pienso en la única pregunta que el libro no respondió, la que no responderá ningún libro, la que de verdad me quita el sueño.

Porque escuché la grabación. La escuché entera, muchas veces, antes de borrarla. Y en ningún momento de esos cuarenta minutos dice Marina «yo maté a mamá y a Tomás». Lo que dice, exactamente, con esa voz de pozo idéntica a la de él, es: «Te conté cómo lo hice, hermano. Te lo conté aquella noche, en el pasillo, para que lo supieras. Y tú me escuchaste hasta el final.»

Lo conté. Yo lo conté. No: lo hice.

He pasado tres años repitiéndome que es un matiz, una manera rota de hablar, la sintaxis enferma de una asesina que reparte la culpa para diluirla. Tres años convenciéndome de que David recordó bien aquella última sesión, de que la regresión fue cierta, de que la niña salió al pasillo y remató la faena mientras él se miraba las manos. Casi siempre lo consigo. Casi.

Pero hay noches, frente al cajón cerrado, con el té que odio enfriándose, en que vuelvo a oír su voz en el suelo de aquel piso en llamas, pidiendo una y otra vez que alguien la escuchara hasta el final. Y me pregunto cuál de los dos hermanos paró en el pasillo, hace ya veinte años, y cuál siguió. Y me pregunto si el hombre más metódico que he conocido se inventó un monstruo a los quince para esconder a uno real, o si se inventó una hermana monstruo a los treinta y dos para esconderse a sí mismo una última vez, la definitiva, la perfecta, la que nadie podría desmontar porque la única capaz de hacerlo había caído a un patio sin testigos.

Nunca lo sabré. Él se aseguró de eso. Era bueno en lo suyo. El mejor que he visto.

Nada es exacto. Lo decía un poema que encontré, años después, entre sus cosas, escrito de su puño y letra, con esa caligrafía minúscula e inclinada, idéntica a la de ella. O nunca fue un acto.

Apago la luz. Dejo el té sin terminar, como él dejaba siempre la taza vacía sobre la mesa. Y antes de irme a la cama que hago en doce minutos —se me

pegó, como tantas cosas—, hago lo único que me queda de aquella historia que vendí y que no conté: pego el oído un segundo a la puerta del cajón cerrado.

No espero oír nada. Es una manía.

Pero algunas noches, lo juro, oigo el pequeño ruido de una puertecilla que se abre y se cierra con la corriente. Como si dentro de la libreta, todavía, hubiera un pájaro decidiendo si cantar.
